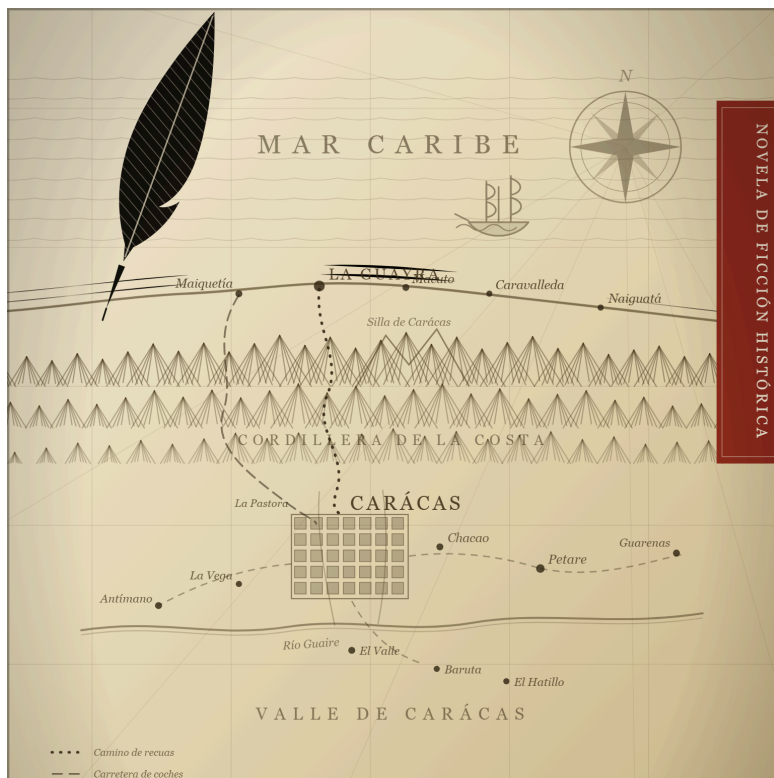




CRÓNICAS DEL CORREO

TINTA Y FUEGO

ALBERTO NAVA

TOMO I · 1858-1901

BFV EDICIONES

2026

TINTA Y FUEGO

CRÓNICAS DEL CORREO · TOMO I

TINTA Y FUEGO

ALBERTO NAVA

BFV EDICIONES · 2026

TINTA Y FUEGO Crónicas del Correo · Tomo I (1858-1902)

Primera edición · 2026

© 2026, Alberto Nava — texto
BFV Ediciones

Ilustración de cubierta: *La carta del puerto* — el litoral de La Guayra* y el valle de Carácas hacia 1865. La cubierta y las viñetas de capítulo son imágenes generadas con inteligencia artificial a partir de indicaciones del autor.

ESTE LIBRO SE PUBLICA PARA SER LEÍDO

El autor ofrece esta obra en **descarga gratuita** en la Biblioteca Filatélica de Venezuela, y mantiene además ediciones de pago autorizadas por él.

Se autoriza expresamente a cualquier persona a **descargar, copiar, imprimir para uso personal, reenviar y regalar** esta obra a quien quiera leerla. No hace falta pedir permiso: el permiso está dado aquí.

Lo que se reserva el autor es la **explotación comercial**. Nadie más puede venderla, cobrar por el acceso, incluirla en publicaciones o servicios de pago, ni distribuir ediciones derivadas, sin su autorización escrita. Tampoco se autoriza el uso del texto para entrenar sistemas automatizados. Si comparte la obra, conserve el nombre del autor y esta página.

Descarga gratuita y fondos documentales: **Biblioteca Filatélica de Venezuela**
bfv1859.pages.dev

Presentación en vídeo: **Mi Oficina Philatelic Society**
youtube.com/@MiOficinaPhilatelicSociety

El autor conserva los derechos sobre la obra. Conforme al Convenio de Berna, del que Venezuela y Canadá son parte, esos derechos nacen con la creación de la obra y no dependen de registro alguno.

NOTA SOBRE LA NATURALEZA DE ESTA OBRA

Tinta y Fuego es una **novela de ficción histórica**. Los decretos, resoluciones, emisiones postales, expedientes y cifras que la sostienen son documentos reales, identificados uno por uno en el apéndice «Lo que es verdad». La familia Aguirre y quienes la rodean son invención del autor. Las personas históricas que aparecen con su nombre real existieron y obraron, en lo esencial, como aquí se cuenta; pero sus palabras en escenas privadas, sus gestos y sus motivos íntimos son imaginación del novelista, construida para no contradecir lo que de ellas consta. Cualquier parecido de los personajes de ficción con personas reales, vivas o fallecidas, es casual.

FUENTES

La investigación de esta novela se apoya en los fondos digitalizados de la **Biblioteca Filatélica de Venezuela (BFV)** y en la **Recopilación de Leyes y Decretos de Venezuela**. El detalle completo consta en el apéndice.

* No es una errata. «La Guayra» y «Carácas» son las grafías del siglo XIX: así aparecen en los cuños del correo de entonces, que dicen GVAYRA y GUAYRA. Se conservan en el pie de la ilustración porque retrata ese tiempo; en el resto del libro se escribe como hoy, La Guaira y Caracas.

*Para Marina, para Cecilia y para
Vittoria — que saben cuáles.*

*Y para las mujeres de la filatelia,
que son pocas, pero siempre
presentes.*

ÍNDICE

Prólogo · La ceniza	10
PARTE I · LOS COLORES DE LA BANDERA	14
1 El bergantín <i>Joseph</i>	15
2 La Gaceta	28
3 La despeinada	43
4 Sueldos en estampillas	57
5 El pliego invertido	75
6 Las fajas de periódico	88
7 El año terrible	96
PARTE II · EL ÁGUILA Y LA GUERRA	115
8 Federación	116
9 El pliego sellado	125
10 La carta parchada	134
11 Cincuenta y dos perlas	143
12 Cuatro días	152
13 Las cuadradas	160
14 El resello	176
PARTE III · LA RENTA SAGRADA	186
15 El decreto de junio	187
16 La renta sagrada	195
17 La lavandería	203
18 El venezolano	212
19 Nueve días	220
20 El medallón	228

21	La caída de Rasco	238
PARTE IV · EL ACERO DE NUEVA YORK		249
22	American Bank Note	250
23	El alsaciano	262
24	La tinta deleble	272
25	La renta que caía	281
26	El escandaloso fraude	289
27	La ceniza (II)	298
28	Entreacto: la estatua caída	306
29	Vittoria, su castor, su oso y su caballo	314
PARTE V · AÑOS DE PÓLVORA		329
30	Las zulianas de Parra	330
31	La Revolución Legalista	343
32	El cuño del escudo	353
33	El Bolívar anónimo	364
34	La escena que nunca ocurrió	371
35	El mapa en miniatura	379
PARTE VI · EL BOLÍVAR NEGRO		395
36	Sesenta hombres	396
37	R.T.M.	417
38	La hoja dormida	424
39	La media firma	433
40	Cien ejemplares, ningún usado	444
41	Tinta y fuego	454
	Epílogo · La biblioteca	465
	Apéndice · Lo que es verdad	471

PERSONAJES

Los principales. Los demás se van presentando solos.

SANTOS AGUIRRE — Hijo de una lavandera de La Guaira y de padre desconocido. A los catorce años ve descargar de un bergantín las cajas de la primera estampilla venezolana, y decide ahí mismo que su vida va a ser la tinta. Entra de aprendiz en una imprenta de Caracas.

EUSEBIO «EL TUERTO» RENDÓN — Tío suyo por parte de madre. Lleva el correo a lomo de mula por el camino de Caracas a La Guaira. No sabe leer y carga las cartas de todo el mundo.

HENRIQUE NEUN — Impresor alemán establecido en Caracas. El maestro de Santos: severo, minucioso, con la prensa por patria.

BELISARIO FONSECA — Del mismo puerto y la misma edad que Santos, e hijo del hombre que revisaba la carga en la Aduana. Vio descargar el mismo bergantín. Tiene mejor ojo, mejores modales y ninguna paciencia con la pobreza honrada.

MARINA LANDAETA — Hija del escribiente del correo de La Guaira, el que copiaba a mano todo lo que entraba y salía. Maestra de escuela — de las que llegaron a maestras cuando en el país no había todavía una sola casa donde aprender a serlo.

Por estas páginas pasan más de cincuenta personas, y muchas existieron de verdad, con nombre, cargo y expediente. Cuáles son cuáles se dice al final, en el apéndice, cuando saberlo ya no puede estropear la lectura.

PRÓLOGO

La ceniza

Una novela



Caracas, octubre de 1888

El papel arde de un modo particular cuando está engomado. Santos Aguirre lo sabía mejor que nadie en Venezuela, y hubiera preferido no saberlo.

Las hojas comunes se encienden por el borde y se consumen parejas, con una llama dócil de vela. Las hojas de estampillas no. La goma se abomba primero, hace ampollas como una piel quemada, y luego el pliego entero se retuerce sobre sí mismo igual que un animal que no quiere morir. Al final queda una lámina de ceniza gris que conserva, durante uno o dos segundos, el dibujo completo: se alcanza a ver el marco, la cifra del valor, a veces hasta el rostro. Después el aire la deshace.

Aquella mañana de octubre, en el patio del Ministerio, ardían millones.

—¿Cantidad conforme, señor perito?

El escribiente tenía la pluma lista sobre el acta. Era joven y llevaba el cuello duro de los que aspiran a ministerio propio; el humo lo hacía lagrimear y él fingía que no.

—Conforme —dijo Santos.

No era del todo cierto, y esa era precisamente la razón de la hoguera. Nadie sabía cuántas estampillas habían impreso los hermanos Aramburu en aquellos dieciséis meses de contrato, porque buena parte había salido del taller por la puerta de atrás, vendida de contrabando con la bendición del propio fiscal que debía vigilarlas. El expediente lo llamaba «escandaloso fraude», y cuando un expediente del siglo diecinueve gastaba adjetivos era porque la cosa había sido seria. Lo que ardía en el patio era el resto: las existencias anuladas, las planchas de resmas enteras, la renta sagrada de la instrucción pública convertida en humo que olía a trementina y a caramelo quemado.

Santos tenía cuarenta y cuatro años y el oficio le había encanecido las manos antes que la cabeza: la tinta de imprenta, con los años, se mete en las rayas de la piel y ya no sale ni con piedra pómez. Se apartó de la mesa del acta y se acercó al fuego más de lo prudente, porque había visto algo.

Entre los paquetes que un soldado echaba a la pira había un mazo de pliegos viejos, amarillentos, que no eran de los Aramburu. Papel de otro tiempo, más delgado, cortado a mano. El soldado los tiró sin mirarlos, la goma hizo sus ampollas, el pliego de arriba se retorció — y durante un segundo, un solo segundo, Santos vio en la ceniza el círculo de perlas y el águila con las alas extendidas.

FEDERACIÓN VENEZOLANA.

Un pliego de las Águilas de 1863. Sabría Dios en qué gaveta de qué archivo había dormido veinticinco años, hasta que una orden de limpieza lo mandó al patio con todo lo demás. Santos conocía ese pliego como se conoce la letra propia: él había ayudado a imprimirlo, a los diecinueve años, en el taller de la esquina de La Gorda, contando en voz baja las perlas del círculo para verificar la contraseña secreta — cincuenta y dos para el real, y la duodécima fuera de línea, apenas, lo justo para que un falsificador no lo notara y un hombre del oficio sí.

El águila ardió con lo demás.

Nadie en el patio entendió por qué el perito, un hombre serio, de los que no hablan de más, se quedó mirando el fuego hasta que no quedó nada que mirar. El escribiente lo anotó mentalmente como rareza de viejo. Los soldados removieron la ceniza para que no quedara pliego sano, porque esa era la orden: que no quedara ni uno.

Santos pensó, sin amargura, con una especie de asombro sereno, que todo lo que había impreso en su vida había terminado así. Las reimpresiones del cincuenta y nueve, canjeadas y destruidas. Las Águilas, muertas por decreto un treinta y uno de diciembre. Las cuadradas, reselladas hasta la asfixia y luego incineradas. Las Escuelas, quemadas en el setenta y nueve en ese mismo patio o en otro idéntico. Y ahora esto. Cuarenta años de trabajo cabían en un acta de incineración firmada por un muchacho con cuello duro.

Y sin embargo —y esto era lo que el escribiente no habría entendido nunca, lo que casi nadie entendía— Santos sabía que volvería a imprimirlo todo. Pliego por pliego. Perla por perla.

Porque en algún lugar de La Guaira, de Valencia, de Maracaibo, de Ciudad Bolívar, había sobres guardados en cajas de lata. Cartas de novios, de comerciantes, de madres a hijos alzados en armas. Y en la esquina de cada sobre, pegado con aquella goma que ardía tan mal, un pedacito de papel de color había sobrevivido a todos los decretos, a todos los canjes, a todas las hogueras del Estado. El fuego era del gobierno. El papel, una vez viajaba, era de la gente.

Eso no lo podía quemar nadie.

—Señor perito —llamó el escribiente—. Falta su firma.

Santos volvió a la mesa, tomó la pluma y firmó donde debía. Tenía por delante, aunque no lo sabía, los años más extraños de su oficio: una revolución que entraría a Caracas a saco, tres resellos en dieciocho meses, un general andino con sesenta hombres, y una hoja de cien estampillas que se quedaría dormida bajo otra hoja en una prensa de Nueva York para convertirse en la joya de toda esta historia.

Pero esta historia no empieza en el fuego.

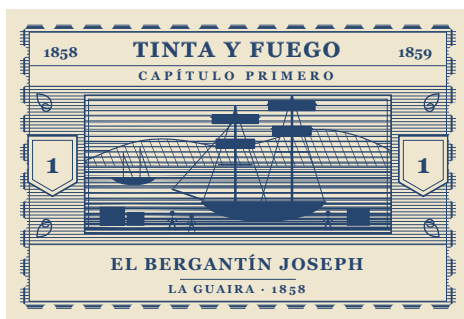
Empieza cuarenta años antes, en un muelle, con un muchacho descalzo mirando entrar un bergantín.

Empieza con la tinta.

P A R T E I

LOS COLORES DE LA BANDERA

1858 · 1863



CAPÍTULO 1

El bergantín *Joseph*

La Guaira, 18 de octubre de 1858

El primero que vio la vela fue Santos Aguirre, y no porque tuviera los ojos más agudos del muelle, sino porque era el único que miraba el mar por gusto.

Los demás miraban el mar por oficio. Los estibadores lo miraban para calcular cuánto lomo iba a costarles el día; los inspectores de aduana, para calcular cuánto iba a rendirles; los arrieros, que no eran gente de agua, no lo miraban en absoluto y le daban la espalda con sus mulas, esperando carga. Santos lo miraba porque tenía catorce años y porque a los catorce años el mar de La Guaira es la única puerta de la casa.

—Vela al oeste —dijo, a nadie.

El puerto se lo repitió de boca en boca sin darle crédito, como pasa siempre con las noticias de los muchachos, hasta que el vigía del fortín la confirmó con la bandera y entonces resultó que la había visto el vigía. A Santos no le importó. Estaba acostumbrado a que las cosas que él veía primero llegaran al mundo con el nombre de otro.

Era un velero de dos palos, entrando despacio con el viento flojo de la mañana, y traía matrícula americana. Para el mediodía ya todo el mundo sabía lo que había que saber: se llamaba *Joseph*, venía de Filadelfia con veinticinco días de mar, y su carga era la de siempre —harina, manufacturas, clavos— más una partida menuda consignada al Gobierno que en el manifiesto figuraba con dos palabras que no le decían nada a nadie:

Efectos postales.



La Guaira, aquel año, era un pueblo largo y angosto apretado entre el cerro y el agua, tan angosto que se decía que los guaireños dormían de medio lado para caber. Tenía casas de dos pisos con balcones de madera despintados por el salitre, una iglesia, un fortín, un cementerio de ingleses y el calor más célebre de la República: un calor de plancha, húmedo, que a los recién llegados les caía encima al bajar del bote como un bulto mal estibado. Vivía del muelle. Todo lo que Venezuela

vendía —el café, el cacao, los cueros— bajaba el cerro a lomo de mula para embarcarse allí, y todo lo que Venezuela compraba subía por el mismo camino, de modo que el país entero, visto desde La Guaira, era una fila de mulas.

Santos conocía la fila mula por mula. Su tío Eusebio, a quien decían el Tuerto por un ojo que le había nublado una espina de mora en el camino de Macuto, era arriero del correo y de lo que cayera. La valija entre La Guaira y Caracas iba y venía dos veces al día —así lo mandaba la Administración desde tiempos de la Cosiata, la revuelta separatista de 1826—, y Eusebio hacía sus turnos de subida: seis horas cerro arriba por el camino real de las mulas, que él prefería con terquedad de gremio a la carretera de coches inaugurada el año cuarenta y cinco. «La carretera da vueltas de señorita y cobra peaje», dictaminaba. «El cerro va derecho y cobra sudor. El correo no puede esperar a las ruedas.» Bajaba con las cartas del interior para los barcos. Santos había hecho la ruta con él desde que tenía memoria, agarrado primero al aparejo de la mula y después caminando, y sabía que el tío, que no había aprendido a leer, trataba la valija de cuero con más respeto que al Santísimo.

—Ahí va la conversación de la gente —decía Eusebio, palmeando el cuero—. Uno carga café y carga cueros y eso es plata, muchacho, pero esto es otra cosa. Una carta es una persona diciendo algo. Se carga con cuidado.

La madre de Santos lavaba ropa para tres casas de comerciantes y para los oficiales del fortín, y de padre no se hablaba en el rancho: era un asunto liquidado antes de nacer él, del que solo quedaba el apellido Aguirre, que la madre defendía con una ferocidad silenciosa, como si lo hubiera ganado en buena lid. Sabía leer. Eso, en el barrio del Guamacho, era casi una extravagancia, y la extravagancia mayor fue empeñarse en que el hijo aprendiera también, a real la lección, con un maestro particular que enseñaba en el corredor de la iglesia. El padre Ceferino Ruz, cura viejo de la parroquia, completó gratis lo que los reales no alcanzaron, con el catecismo, el silabario y los periódicos atrasados que le llegaban de Caracas.

Por eso Santos Aguirre, estibador de a medio jornal, cargador de agua, muchacho de mandados de la aduana, era a sus catorce años uno de los pocos en el muelle que podía leer un manifiesto de carga. Y por eso fue él quien leyó, aquella tarde del dieciocho de octubre, la marca pintada de negro en las cajas que el *Joseph* empezó a descargar a las tres, cuando bajó un poco el sol.

Eran cajas de pino, medianas, reforzadas con bandas metálicas, más livianas de lo que aparentaban. Venían estibadas aparte, con papeles aparte, y las recibió en persona el inspector de aduana, don Crispulo Fonseca, que no bajaba al muelle ni para los naufragios.

—REPÚBLICA DE VENEZUELA —leyó Santos en voz alta, silabeando la pintura negra—. ADMINISTRACIÓN GENERAL DE CORREOS.

—¿Y a ti quién te dio vela en este entierro?

El que hablaba era Belisario Fonseca, el hijo del inspector de aduana. Tenía un año más que Santos, un chaleco que en La Guaira sobra y una manera de pararse con las manos a la espalda, mirando trabajar a los demás, que era el retrato en pequeño de su padre. No era tonto — eso era lo malo. Los tontos con plata terminaban estafados por los vivos sin plata, y en eso había cierta justicia; pero Belisario era el muchacho más despierto que Santos conocía, y usaba el ingenio como usaba el chaleco: para que constara la diferencia.

—El que sabe leer, lee —dijo Santos, y siguió con la caja al hombro.

—El que sabe leer cobra por leer —dijo Belisario, sin moverse—. Tú lees gratis y cargas por medio. Por eso el bruto eres tú.

Aquello fue la primera lección del negocio de Belisario Fonseca, dictada gratis a los catorce años en el muelle de La Guaira: que todo lo que uno sabe hacer se puede cobrar dos veces — una por hacerlo y otra por hacerlo torcido.



La caja se rompió por culpa del calor, del apuro y de un tablón podrido, que son las tres causas de casi todo lo que se rompe en los puertos.

Fue en el depósito de la aduana, pasadas las cinco. Los estibadores apilaban la partida del Gobierno separada del resto, contra la pared del fondo, y el penúltimo viaje lo hizo Santos con una caja que ya venía sentida de la bodega del barco. La banda metálica cedió en el momento de asentarla, la tapa saltó de un canto y de adentro se deslizó, con un suspiro de papel de seda, un paquete envuelto que fue a abrirse contra el piso de tierra.

—¡Lo que faltaba! —gritó el capataz—. ¡Recoge eso, muchacho, que es del Gobierno!

Santos se agachó. Y se quedó agachado.

En el suelo del depósito, sobre el papel de seda roto, había pliegos de estampillas. Él no sabía todavía que se llamaban así —nadie en La Guaira lo sabía, fuera de don Crispulo y del administrador de la estafeta—, de modo que lo que vio fue esto: hojas enteras de un papel fino, cubiertas de arriba abajo por hileras de cuadritos idénticos, cada cuadrito con el escudo de la República en el centro, el cornucopio y las espigas y el caballito, todo dibujado con una delicadeza de miniatura, en un color amarillo que no era el amarillo de ninguna cosa de La Guaira: no era el amarillo del mango ni el de la fiebre ni el del latón de los candeleros, sino un amarillo exacto, parejo,

sereno, repetido cien veces sin variar un pelo, como si cien pintores hubieran pintado cien escudos y todos hubieran acertado el mismo día.

Santos había visto papel impreso. Había leído periódicos, hojas sueltas, el silabario, una Biblia de láminas. Todo aquello era letra: gris, apretada, útil. Esto era otra cosa. Esto era *perfecto*, con una perfección que no se parecía a nada hecho en el país, y al mismo tiempo lo que decía en cada cuadrito, en letras menudas alrededor del escudo, era el nombre del país:

CORREO DE VENEZUELA. MEDIO REAL.

Levantó el pliego con las dos manos, por los bordes, sin saber por qué lo hacía así —por puro instinto, como hay quien monta bien a caballo la primera vez sin que nadie le enseñe—, y lo que sintió no supo decirlo entonces ni pudo olvidarlo después. El papel casi no pesaba. Cien escudos de la República no pesaban nada. Y sin embargo aquello, fuera lo que fuera, valía tanto que viajaba con papeles aparte y lo recibía el inspector de aduana en persona.

—Trae acá.

Don Críspulo Fonseca le quitó el pliego con dos dedos, lo miró de reojo contra la luz de la puerta, con el gesto del que cata un aguardiente, y por primera vez en la tarde pareció satisfecho de algo.

—Impresión fina —dictaminó, palabra por palabra, para que lo oyera el escribiente—. Trabajo de primera. Esto no se hizo en Caracas, ni soñando.

—¿Y eso qué es, don Crispulo? —se atrevió el capataz.

—El correo nuevo. —El inspector de aduana devolvió el pliego a su caja como quien acuesta a un enfermo—. Decreto de junio: ahora las cartas no se pagan al llegar, se pagan al despachar, y se paga con esto. Se compra la estampilla, se pega en el sobre, y la carta camina sola. Medio real las cartas de aquí adentro; esas son las amarillas. Las azules de a real y las coloradas de a dos, para lo demás.

—¿Y si uno no pega nada?

—La carta no camina.

El capataz se rascó la cabeza con toda honradez.

—¿Y quién va a comprar papelitos, pudiendo pagar en plata como toda la vida?

—Todo el mundo —dijo una voz nueva—, porque va a ser obligatorio. Desde el primero de enero.

En la puerta del depósito estaba don Braulio Landaeta, el escribiente de la estafeta, con el sombrero en la mano y el aire perpetuo de disculpa de los hombres que llevan veinte años cobrando tarde su sueldo. Traía del brazo a su hija, y la hija traía, contra el pecho, los libros de la escuela de doña Rita, forrados en papel azul.

Se llamaba Marina. Santos la conocía como se conocía todo el mundo en La Guaira, de vista y de nombre, de la misa y del padrón: la hija del escribiente Landaeta, doce años, la que leía

corrido mejor que el sacristán. Nunca habían cruzado seis palabras.

—Con permiso de ustedes —dijo don Braulio—. Vengo por cuenta del administrador, a la verificación. ¿Llegó completo?

—Se está contando —dijo el inspector, con frialdad de aduana—. Una caja averiada, sin faltante.

Los mayores se enredaron en papeles. Y Marina Landaeta, que había seguido con los ojos el pliego amarillo durante toda la conversación, se acercó a la caja abierta, miró sin tocar, y luego miró a Santos —exactamente a Santos, que era el único en el depósito tan interesado como ella—, y dijo en voz baja, con una seriedad de persona grande:

—Cada cuadrito es una carta que va a viajar. Ahí debe haber como mil cartas, todavía sin escribir.

Santos miró el pliego. Ya no vio cien escudos idénticos: vio cien sobres saliendo de cien casas, cerro arriba, en la valija del tío Eusebio.

Aquella muchacha acababa de decir, sin saberlo, la única definición de la filatelia que Santos Aguirre aceptaría en su vida.

—¿Y usted cómo sabe eso? —preguntó él.

—Porque mi papá lleva un mes copiando el decreto y las circulares. —Se encogió de hombros—. En mi casa no se habla de otra cosa. Mi papá dice que esto va a ser un desastre, que la gente no va a entender.

—¿Y usted qué dice?

Marina lo pensó. Después dijo, con la misma seriedad:

—Que la gente entiende rápido cuando la carta es de uno.



Esa noche, en el rancho del Guamacho, Santos no habló de la caja rota. Habló el tío Eusebio, que había bajado de Caracas con la valija y con hambre, y que traía su propia versión del asunto, recogida en las pulperías del camino.

—Papelitos —dijo, sopando el caldo—. Ahora el franqueo se paga con papelitos que manda el Gobierno. Y yo pregunto: ¿el Gobierno de cuándo? Porque el papelito lo mandó a hacer el Gobierno de antes, el de marzo, y llega ahora con el Gobierno nuevo, y para enero quién sabe cuál Gobierno habrá. El papelito dura más que el que lo manda a hacer. Eso no se había visto.

—El escudo no cambia —dijo la madre, sin levantar la vista de la costura.

—Cambia, comadre. Yo le he cargado tres escudos distintos a esta República, en los papeles del correo. Le ponen cañones, le quitan cañones, le voltean el caballo. —El tío se rió con su risa de un solo lado—. El día que el caballo del escudo se esté quieto, ese día hay paz.

Santos, sentado en el pilón, con el plato en las rodillas, hizo por fin la pregunta que llevaba atravesada desde las cinco de la tarde. La hizo con cuidado, porque sabía que era una pregunta rara, y en el Guamacho las preguntas raras se pagaban con burla:

—Tío, ¿y quién los hizo?

—¿Quién hizo qué?

—Los papelitos. Las estampillas. —La palabra nueva le llenó la boca—. Alguien las tuvo que dibujar. Alguien las imprimió, allá en Filadelfia. ¿Quién?

Eusebio el Tuerto miró a su sobrino con el ojo bueno, largamente, como miraba el cielo antes de cargar las mulas.

—Muchacho —dijo al fin—, yo cargo cartas hace treinta años y jamás se me había ocurrido preguntarme quién hace el papel. —Se volvió hacia la madre—. Comadre, este muchacho suyo o va a ser sabio o va a ser pobre. Y por lo general es la misma cosa.

Nadie le respondió la pregunta esa noche. Ni esa noche ni nunca: el doctor José María Rojas, el hombre fino y eficiente que había contratado aquella primera emisión en el Norte por encargo del ministro Herrera, eligiendo para los tres valores los tres colores de la bandera, no dejó constancia escrita del taller ni de la ciudad. Quien afirme saberlo con certeza está, sencillamente, adivinando.

Pero eso Santos no podía saberlo. Lo que supo esa noche, acostado en su hamaca, oyendo el mar, fue otra cosa, más sencilla y más grave. Pensó en el amarillo exacto, repetido cien veces sin un temblor. Pensó en el inspector Fonseca dictando «esto no se hizo en Caracas, ni soñando». Pensó en la muchacha de los libros forrados de azul: *mil cartas todavía sin escribir*.

Y pensó, con esa claridad total que solo se tiene a los catorce años y que después la vida pasa décadas confirmando o desmintiendo:

Yo quiero hacer eso. Yo quiero ser de los que hacen eso.

En Caracas, seis horas cerro arriba, había imprentas. El tío subía un día sí y otro no.

Lo demás era atreverse a pedirlo.



El primero de enero de 1859, tal como mandaba la circular, las estampillas de la República salieron a la venta en las administraciones de correos. En La Guaira, la existencia la custodiaba don Braulio Landaeta en un armario con dos llaves, y la venta de la primera mañana fue exactamente como

el país: seis curiosos, dos desconfiados, un comerciante inglés que compró una hoja entera de las azules «para tenerlas antes de que las dañen», y un pleito.

El día dos, un lunes, la venta fue mejor.

Y el día tres, en el mostrador de la estafeta, una muchacha de doce años pegó con pegamento casero —porque la goma, descubrió, se le pegaba en los dedos— una estampilla amarilla de medio real en un sobre dirigido a Caracas, a una tía monja, y lo despachó en la valija de la tarde, que subió el cerro a lomo de mula, al cuidado de un arriero tuerto.

Marina Landaeta no le dio importancia, ni tenía por qué dársela: acababa de echar al correo, con el medio real amarillo, una carta cualquiera de un martes cualquiera. De todo aquel correo —porque el correo se quema, se pierde en las mudanzas, se lo come el comején de los archivos— no había manera de saber cuál duraría, ni falta que hacía saberlo. Se cierra el sobre, se paga el franqueo, se suelta al mundo. Lo demás no es asunto del que escribe.

La historia guarda lo que le da la gana. Casi nunca guarda lo que uno hubiera elegido.

Por eso hay que escribir las cartas.



CAPÍTULO 2

La Gaceta

Caracas, febrero de 1859

El camino de La Guaira a Caracas subía novecientos metros en seis horas, y el que lo subía por primera vez a pie aprendía tres cosas: que el mar se ve más grande mientras más se le abandona, que el frío existe, y que las mulas son mejores que los hombres para todo lo que importa en una cuesta.

Santos hizo el camino detrás de la fila de mulas del tío Eusebio, con su bulto pequeño al hombro —una muda, un silabario que ya no necesitaba pero que era de su madre, y seis reales cosidos en el cinturón del pantalón—, y cuando pasaron el boquerón —el paso llamado así en el camino— y Caracas se abrió abajo, en su valle, verde y roja y con sus torres, el tío detuvo la mula de adelante y dejó que el muchacho mirara, porque para eso también hay que dar tiempo.

—Ahí está —dijo—. Ciento y pico de cuadras y cuarenta mil almas, y la mitad son doctores. Cuidado con los doctores, muchacho: cobran por hablar como tú cargas por leer.

La ciudad, de cerca, era menos torre y más barro de lo que prometía desde arriba, pero a Santos le pareció enorme, y sobre todo le pareció escrita: había letreros en las pulperías, papeles pegados en las esquinas, hojas sueltas que los muchachos voceaban, y en la plaza mayor, bajo los arcos, un hombre leía en voz alta la *Gaceta Oficial* para un grupo de gente que discutía cada párrafo como si fuera pelea de gallos. Venían de meses revueltos: en marzo del año anterior una revolución había sacado a los Monagas después de doce años, el general Castro presidía entre conspiraciones, y todo el mundo, hasta los ciegos de los portales, opinaba de política con una autoridad que en La Guaira solo se gastaba en asuntos de mar.

La tipografía de Henrique G. Neun —el nombre que entonces se le daba a una imprenta— quedaba a pocas cuadras de la plaza, y no tenía letrero lujoso ni falta que le hacía: por la puerta abierta salía a la calle el olor —tinta, aceite, papel húmedo, trementina— y ese olor, en una ciudad de talleres, era el letrero. Eusebio conocía la casa porque el correo conoce todas las casas. Se plantó en la puerta con el sombrero en la mano y negoció en el tono que usaba para vender una mula sana:

—Don Enrique, le traigo un sobrino que lee corrido, escribe parejo, no bebe porque no le ha dado tiempo, y carga desde los ocho años. En el muelle se pierde. Aquí puede servir.

Neun era un hombre ancho, de cuarenta y tantos años, con antebrazos de herrero y unos lentes pequeños que se le habían vuelto parte de la cara. Hablaba un castellano correcto y duro, con las erres del Rin, y gastaba las palabras como si las hubiera comprado con su plata. Miró al muchacho de arriba abajo.

—¿Qué es esto? —le preguntó, mostrándole un pliego recién tirado.

—Papel de imprenta.

—Eso lo ve un burro. ¿Qué es?

Santos miró el pliego. Era una hoja de la *Gaceta*, todavía fresca, con el escudo arriba. Se acordó del depósito de la aduana, del amarillo exacto repetido cien veces, y dijo lo que pensaba de verdad, porque no le dio tiempo de inventar otra cosa:

—Es la palabra del Gobierno, puesta donde no se puede desdecir.

Neun se quitó los lentes, los limpió con el delantal, se los volvió a poner. Después le dijo a Eusebio, en el mismo tono de negocio de mulas:

—Duerme en el taller, come de mi cocina, y los primeros seis meses no cobra porque no sabe nada y me va a dañar papel. Si a los seis meses no sirve, se lo lleva usted de vuelta con las cartas.

Así entró Santos Aguirre, en febrero de 1859, de aprendiz en la tipografía donde —aunque ninguno de los presentes podía saberlo— iba a imprimirse buena parte del correo de la República durante los siguientes quince años.



Lo primero que aprendió fue a barrer.

No era una humillación: era el oficio. En un taller de imprenta el piso es un inventario —un tipo de plomo caído y pisado es un tipo muerto, y los tipos venían de Europa y costaban un ojo—, de modo que el que barre aprende, sin que nadie se lo explique, el valor exacto de cada cosa que encuentra. Santos barrió, acarreó agua, lavó formas con lejía hasta que las manos se le pelaron, y a la tercera semana el jefe de taller, un mulato flaco y sentencioso llamado Facundo Meza, lo paró frente a la caja de tipos y le enseñó la distribución de las letras.

—La *e* es la reina —dijo Facundo—. Mira el cajetín —el compartimento de cada letra—: el más grande y el más hondo. El castellano es un idioma que vive de la *e*. Después la *a*, después la *o*. Un buen compositor de texto no busca las letras:

las letras le vienen a la mano, como los pollos a la campesina. Tú vas a componer con la zurda de leer, no con la derecha de agarrar: el que compone leyendo se equivoca menos y se cansa más, y así es todo en este oficio.

El taller hacía de todo: la *Gaceta* por contrato, hojas sueltas, avisos de defunción, facturas, un semanario de avisos, papel de música una vez, y naipes que Neun imprimía sin comentario y cobraba por adelantado. Pero el corazón de la casa, el cuarto donde Neun no dejaba entrar sino a dos hombres, era el de las piedras.

Santos las vio de lejos muchas veces antes de tocarlas: lajas de caliza alemana, del grueso de una mano, pulidas como agua quieta, acostadas en sus estantes de madera igual que lápidas en espera de nombre. La litografía era la otra mitad del oficio, la mitad fina: donde el tipo de plomo decía, la piedra *dibujaba*. Sobre esa superficie se escribía con una tinta grasa, se mojaba la piedra, y la piedra —esto era lo que a Santos le parecía brujería pura, y en el fondo nunca dejó de parecérselo— *recordaba*: el agua se quedaba donde no había dibujo, la tinta del rodillo se quedaba solo donde sí, y del abrazo de la piedra y el papel salía la imagen, una vez y mil veces, siempre la misma.

—La piedra no perdona —le dijo Neun la primera vez que lo dejó mirar de cerca, mientras el oficial litógrafo pasaba el rodillo—. El plomo se corrige: sacas la letra, pones otra. La piedra no. Lo que se dibuja en la piedra se queda en la piedra,

y si está mal, está mal quinientas veces. Por eso el litógrafo piensa despacio y trabaja una sola vez. Acuérdate: los apurados imprimen dos veces.

Santos no lo olvidó.



Las noticias del correo nuevo llegaban al taller con la *Gaceta*, con los clientes y con el tío Eusebio, que pasaba con su valija y su ojo bueno cada vez que le tocaba turno de subida —un día sí y otro no— y se tomaba un café de pie en el zaguán —la entrada de la casa—, como quien no quiere quitar tiempo.

Las estampillas, contra el pronóstico del escribiente Landaeta, no habían sido un desastre. Habían sido lo contrario, y lo contrario era casi peor. La gente había entendido rápido —*la gente entiende rápido cuando la carta es de uno*, pensaba Santos cada vez, y cada vez la frase venía con la cara seria de la muchacha de los libros forrados de azul—. El comercio adoptó el papelito con entusiasmo de converso: era más fácil pegar medio real que discutir portes en la estafeta. Los particulares le agarraron el gusto. Y el medio real amarillo, el del correo de adentro, el de la carta del pueblo, empezó a agotarse.

—En La Guaira ya se acabaron dos veces —contó Eusebio en marzo—. Don Braulio raciona igual que en un racionamento de guerra: dos por cabeza y no me alegue. En

Caracas la Administración anda con la cuenta en la mano. Doscientas cincuenta mil mandaron a hacer del amarillo, ¿y tú sabes cuántas cartas caben en este país cuando al país le da por escribirse? Nadie sabía. Nunca se había medido la conversación de la gente. Ahora se mide en papelitos, muchacho, y los papelitos se acaban.

Neun, que escuchaba desde la prensa sin dar señales, dijo esa noche una sola frase, mitad para Facundo, mitad para el aire:

—Van a tener que reimprimir. Y las piedras del dibujo están en el Norte, o perdidas, o quién sabe. Van a venir a preguntar quién puede hacerlo aquí.

Facundo escupió por el colmillo, escéptico:

—¿Y quién puede?

Neun no contestó. Se limpió los lentes con el delantal, que en él era lo que en otros hombres es sonreír.



La citación del Ministerio llegó en junio, y no fue una sorpresa sino una confirmación: en Caracas los secretos duran lo que un pan caliente. El Gobierno necesitaba estampillas de medio real — las existencias agonizaban, las oficinas del interior reclamaban, y la renta —el ingreso que el Estado recibía por el correo—, por primera vez en la historia del correo venezolano,

dependía de que hubiera papel que vender —. Se había escrito al Norte, decían; se hablaba de las piedras originales, de si vendrían, de si habrían venido ya en el fondo de alguna bodega, con la calma de los trámites que cruzan el mar dos veces.

Neun fue al Ministerio con su levita —un saco largo y formal— de los contratos, y volvió a media tarde, más callado que de costumbre. Reunió en el patio a Facundo, al litógrafo viejo —un catalán llamado Serra que dibujaba santos por encargo— y, por razones que no explicó, al aprendiz Aguirre, que llevaba cuatro meses en la casa y todavía no cobraba sueldo.

—Vamos a imprimir las estampillas de la República —dijo, sin preámbulo, porque no le conocían ninguno—. El medio real. De las piedras matrices que trajeron de los Estados Unidos: llegan a este taller la semana entrante, con un empleado de la Administración que no las va a perder de vista, y un inventario que se firma cada noche. —Hizo una pausa y miró a cada uno, el tiempo de contar hasta dos—. Óiganme bien lo que les voy a decir, porque lo voy a decir una sola vez. Este taller ha impreso la Gaceta, y la Gaceta es la palabra del Gobierno. Pero una estampilla no es una palabra: es medio real, y quinientas son una vaca, y un pliego de ellas es el sueldo de unos meses de cualquiera de la calle. Desde el lunes, esta casa no imprime papel: imprime plata. El que no entienda la diferencia, que se vaya hoy, con mi bendición y sin carta de recomendación.

Nadie se fue.

Esa noche, acostado en su catre del altillo, oyendo asentarse la madera de las prensas, Santos entendió a medias —no del todo, no todavía— por qué el alemán lo había llamado al patio con los oficiales, a él, el barredor, el aguador, el último de la casa.

Neun se lo dijo a su manera al día siguiente, sin mirarlo, mientras revisaban juntos un paquete de papel con el empleado del Ministerio:

—Tú viste llegar las cajas al puerto. Me lo contó tu tío el arriero, que habla de ti más de lo que tú crees. —Pasó una hoja, la miró al trasluz, la apartó—. Todos los demás en esta casa van a aprender a imprimir dinero. Tú ya sabes lo que es: te lo vi en la cara cuando te pregunté por la Gaceta. Eso no se enseña. Lo demás sí.

Y le puso en las manos, por primera vez, el rodillo de entintar.



El rodillo fue la primera letra de un alfabeto nuevo, y aquellas semanas de espera —porque las piedras, anunciadas para la semana entrante, tardaron lo que tardan en este país las cosas anunciadas— Neun y Serra se las gastaron en enseñárselo. El alemán decía por qué pasaban las cosas; el catalán las hacía pasar.

La tinta fue lo primero, porque era lo que tenía en las manos. En aquel taller la tinta no se compraba: se cocinaba, como se cocina todo lo que importa.

En el fondo del patio, lejos del papel, hervía el aceite de linaza en una olla grande de cobre. Había que quedarse encima, porque el aceite caliente se prende con mirarlo — Facundo contaba de un taller de Puerto Cabello que ardió entero, con prensas y todo, por una paila descuidada—, y había que sacarlo en su punto, ni antes ni después.

—¿Y cuál es el punto? —preguntó Santos.

—El del almíbar. —Serra mojó dos dedos, los separó despacio, y entre ellos quedó colgando un hilo—. Cuando hace hebra.

El color lo ponía la tizne: el mismo hollín de la lámpara de aceite y del fogón, recogido a propósito quemando resina contra una lámina fría. El negro más barato del mundo y el más honrado, porque no destiñe ni se arrepiente. Se echaban juntos el aceite y la tizne sobre una losa lisa, y se molían con una piedra en la mano, dando vueltas, brazo y brazo y brazo.

—Muele hasta que no sientas grano entre los dedos.

—¿Como el maíz?

—Como el maíz —dijo Serra—. Y más.

Ahí se decidía la mitad de la belleza de una estampilla, y Santos lo entendió ese verano con las manos antes que con la cabeza: la tinta mal molida imprime pecas; la bien molida

imprime seda. Para los colores —el amarillo de las estampillas, sin ir más lejos— el polvo lo compraba Neun por libras y lo guardaba bajo llave, y había que molerlo más fino todavía, y más despacio, y con más paciencia de la que tiene un muchacho de quince años.

—La tinta es grasa porque el dibujo es grasa —dijo Neun, una sola vez, que era su manera de subrayar—. Y en este mundo cada cosa busca a su pariente: la grasa quiere a la grasa, el agua quiere al agua, y entre las dos no hay trato. Todo lo demás que hay en esta casa está para administrar ese desprecio.

Fue Serra quien se lo hizo ver, un domingo, con el método de los que enseñan con lo que hay. Mojó una piedra vieja con la esponja hasta dejarla brillando, tomó el rodillo cargado y lo pasó encima: el cuero resbaló y la piedra quedó limpia, sin tomar ni una sombra de tinta. Luego, en una esquina seca, garabateó un santico de tres rayas con el lápiz graso, volvió a mojar —y el agua se apartaba del dibujo, se la veía apartarse, como se aparta la gente de un borracho—, y pasó el rodillo: la tinta agarró el santico, solo el santico, y lo dejó negro y lustroso en medio de la piedra mojada.

—¿Tu madre lava, no, chico?

—Lava.

—¿Y qué es lo último que suelta una camisa?

Santos lo vio venir con la respuesta:

—La mancha de grasa.

—Pues ya sabes litografía. —Serra soltó el rodillo—. Toda la ciencia de Alemania cabe en una batea —un recipiente ancho y poco profundo— de La Guaira: el agua no puede con la grasa, ni la grasa con el agua. Allá en Baviera, hace sesenta años, un señor que quería imprimir sus comedias sin pagarle a nadie se dio cuenta de que una piedra de su tierra, si le dibujas encima con sebo y le mojas lo demás, agarra la tinta donde hay dibujo y la rechaza donde hay agua. No talla madera, no muerde cobre, no funde plomo. Escribe con sebo y moja con esponja, y ya está. Se llamaba Senefelder, y de sus comedias no se acuerda nadie.

—¿Y la piedra tiene que ser de allá?

—Tiene. Pregúntale al alemán, que de eso habla como de una novia.

Hablaba, en efecto. La piedra venía de unas canteras de Baviera, de un pueblo con nombre de estornudo, Solnhofen, y Neun la elogiaba como si la hubiera parido su provincia, que ni siquiera era la suya: pareja, cerrada, sin vetas, capaz de beber el agua y la grasa por igual en toda su cara. *Dios hizo esa piedra para esto*, decía, *y la humanidad tardó cinco mil años en darse cuenta*. Cruzaba el mar embalada como espejo de novia, y costaba más que una mula —la cuenta era de Eusebio, que las había visto descargar en el muelle—, «y la mula por lo menos se hace querer».

Lo demás era trabajo de brazos, y cayó entero sobre el aprendiz Aguirre. Porque la piedra se borra y se vuelve a usar por generaciones, y a cada trabajo nuevo hay que devolverle la cara limpia: se le quita el dibujo viejo con arena y agua, frotando piedra contra piedra, en ochos, cambiando la arena por otra más fina —como se le quita a una olla el fondo quemado, solo que una mañana entera—. Y se la deja áspera si el trabajo va a ser de lápiz, que necesita dónde morder, o lisa como agua quieta si va a ser de pluma. Fue su segunda escuela, y no hay manera más honrada de aprender lo que vale una superficie que fabricarla.

Quedaba el bautismo. Dibujada la piedra —con el lápiz graso, o con la tinta de dibujar, que era grasa amansada: sebo y cera, un poco de jabón para que obedeciera al pincel, y tizne para que se viera, «porque el negro no imprime, chico; el negro es para que el cristiano vea lo que hace. La que imprime es la grasa»—, Serra la bañaba entera con goma y unas gotas de ácido, que siseaba apenas.

Santos preguntó si el ácido mordía el dibujo.

—No muerde: enseña —dijo Serra—. Al dibujo no le hace nada. Trabaja los blancos. Les enseña a querer el agua para siempre, para que después, cuando pase el rodillo, no se dejen tocar. Es maestro de escuela, no verdugo.

Lo que vino después, Santos no lo olvidó nunca. Serra lavó el dibujo con un trapo de trementina y el santico desapareció: la piedra quedó gris, pareja, vacía. A Santos se le fue el alma al

piso.

—Se borró.

—Se escondió. Mira.

Esponja de agua, rodillo de tinta — y del gris vacío el santico volvió a subir, línea por línea, negro y entero. La grasa estaba adentro, bebida por la piedra, invisible, esperando su tinta como espera un pozo su cubo.

—La piedra recuerda —dijo Serra—. El papel se rompe, el plomo se funde y se vuelve otra palabra; la piedra, mientras no la raspes, recuerda. Por eso este oficio es serio, chico: trabajamos con la única memoria que no miente.

Con eso cerraba la rueda, y Santos se la aprendió como el catecismo, con las mismas palabras de siempre y en el mismo orden: limpiar la piedra, dibujar, darle la goma, lavar el dibujo. Y después, hasta que doliera el hombro: mojar, entintar, imprimir. Mojar, entintar, imprimir. Quinientas veces, mil. La esponja delante y el rodillo detrás, el agua cuidándole los blancos y la grasa cobrando lo suyo — siempre en el mismo orden, porque el orden era el oficio.

Una sola pieza no le entraba. La imprenta imprime al revés: eso lo sabía de la caja de tipos, donde cada letra de plomo viene fundida de espejo para que el papel la enderece. Pero en la piedra no había letras fundidas: había un dibujo que alguien hacía a mano. ¿Quién dibujaba al revés? Le preguntó a Serra si los litógrafos aprendían a escribir de espejo.

—Los viejos, sí. Yo firmo al revés más ligero que al derecho, y no es habilidad: es cicatriz. —El catalán se limpió la pluma—. Pero para eso está el transplante: se dibuja al derecho, en un papel preparado, y el papel se lo entrega a la piedra.

—¿Y cómo se lo entrega?

—Con la prensa.

—¿Y el dibujo no se queda en el papel?

—Se queda la mitad que no importa.

Santos entendió las palabras y no la cosa. Era la primera vez que le pasaba con el truco grande de un oficio y no iba a ser la última. Lo confesó, porque ya había aprendido que en aquella casa fingir saber salía más caro que ignorar. Serra no se molestó en explicarlo dos veces.

—No te apures, que esto no se aprende de oído. Es truco de manos, y los trucos de manos se aprenden mirando las manos. Cuando lleguen las piedras del Norte, lo ves.

Había en la litografía, además del oficio, una parábola — y algo de ella intuía Santos ya esa tarde, aunque le faltaran las palabras para decirla: dos cosas que se desprecian, el agua y la grasa, obligadas a convivir en la misma piedra, cada una peleando su territorio sin mezclarse jamás, y de ese desprecio bien administrado salía la imagen, una vez y mil veces, siempre la misma. Como el país, los años en que el país imprimía.



CAPÍTULO 3

La despeinada

Caracas, septiembre-octubre de 1859

Las piedras matrices llegaron un lunes por la mañana, en un carretón escoltado, embaladas en cajones con paja como si fueran loza de obispo, y el taller entero salió al zaguán a verlas entrar. Venían del Norte, de aquel taller de Filadelfia o de donde fuera —el empleado de la Administración, un tal Uzcátegui, juraba que ni en el Ministerio sabían el nombre del impresor, y a Santos aquello le produjo una incomodidad rara, como enterarse de que un niño no tiene partida de bautismo—, y traían dormido en su superficie pulida el dibujo original de las estampillas de la República.

Cuando Serra, el litógrafo catalán, destapó la primera y le pasó la yema de los dedos, se persignó. No era hombre de iglesia.

—Mira esto, alemán —dijo—. Mira qué limpieza. Esto lo dibujó un grabador de primera, con pulso de relojero. Aquí hay semanas de trabajo de un hombre que sabía más que tú y que yo juntos.

—Por eso mismo —dijo Neun, seco— vamos a procurar no dañárselo.

La guerra ya estaba en el país, aunque Caracas todavía la oía de lejos. Desde febrero, en Coro, unos sublevados habían proclamado la Federación, y la palabra corría por los llanos como fuego en paja seca: Federación, que para unos era la ley de Dios y para otros el fin del mundo, y que para la mayoría — Santos lo iba entendiendo por las cartas, porque el que trabaja en el correo lee el país aunque no abra los sobres— era el nombre nuevo de un rencor muy viejo. Los comisarios pedían mulas, los pueblos pedían garantías, la Gaceta pedía calma en un tono que ya era de súplica. Y el correo, en medio de todo, crecía: nunca se escribe tanto como cuando el país se está rompiendo. Cada alzamiento era un chorro de cartas —avisos, encargos, despedidas—, y cada carta, medio real. Las estampillas se habían acabado por la paz del comercio; ahora se acababan por la guerra.

De modo que había apuro. Y Neun, que odiaba el apuro como se odia una enfermedad de familia, tuvo que trabajar con él metido en casa.



Antes de dejarlo entrar al trabajo de verdad, Serra le cumplió al aprendiz la promesa del verano.

—Trae la piedra de los santos —le dijo— y del armario, el papel amarillo. Y cierra la puerta, que los milagros con público salen mal.

La piedra de los santos era una laja gris, vieja de cien encargos, que los brazos de Santos habían dejado esa mañana lisa como agua quieta. El papel amarillo era un papel como cualquier otro, salvo por una cosa: una de sus caras venía bañada en engrudo —almidón y goma, cocidos en la casa—, y brillaba, y resbalaba al tacto.

Sobre esa cara, con una tinta espesa de sebo, Serra escribió al derecho, igual que se escribe una carta: IMPRENTA DE H. G. NEUN — CARACAS. Y debajo, por gusto, un pajarito de tres plumas.

—Mírame bien esto, chico: en la piedra no ha dibujado nadie. El que dibuja, dibuja en un papel, sentado, con buena luz y al derecho, como Dios manda.

Mojó la hoja apenas —no chorreando: húmeda—, la acostó boca abajo sobre la piedra y empujó las dos hacia la prensa de las piedras, que no era la de la *Gaceta*.

—Esta no da un golpe y se acabó, como la de los tipos. Esta va apretando por donde pasa. Tu madre, ¿qué hace?

—Lava. Y plancha.

—Entonces ya la has visto trabajar. La plancha no aplasta la sábana entera de un porrazo: la va aplastando por donde va pasando. Esta es la plancha de las piedras. —Corrió la cama despacio, y la viga crujió—. Y apretando así, poquito a poco, es como el papel le entrega a la piedra lo que trae.

Después mojó el papel con la esponja, lo dejó beber, y levantó una esquina con la uña, en diagonal, con más cuidado que su madre desprendiendo un vendaje.

El papel salió entero. Y salió en blanco.

Toda la tinta se había quedado abajo. Sobre la piedra gris estaban las letras del membrete, brillantes de grasa fresca — y estaban al revés, y el pajarito miraba para el otro lado.

Santos se quedó mirando aquello tanto rato que Serra tuvo que tocarle el hombro.

—¿Y? ¿Cómo se pasó?

El muchacho tanteó el papel vacío con la yema, y lo dijo despacio, porque lo estaba entendiendo mientras lo decía:

—El engrudo. El dibujo no venía pegado al papel: venía pegado al engrudo. Y el engrudo, en cuanto lo moja, se deshace y lo suelta.

—Ahí está.

—Es el arriero —dijo Santos, y le salió sin pensarlo, con la lógica de su casa—. Cruza el río, entrega la carga, y no pide quedarse.

A Serra le dio la risa buena, la que no le costaba tos.

—Cuarenta años en el oficio y nunca lo oí mejor dicho. El engrudo es el arriero. —Arrugó el papel muerto—. Y como al arriero, nadie le da las gracias.

Quedaba la otra mitad, la que a Santos le rondaba desde el verano: si en la piedra el membrete estaba al revés, ¿cómo iba a salir derecho en el pliego? Serra le levantó la manga y le agarró el antebrazo.

—Enséñame ese brazo.

Santos lo tenía como lo tenían todos en la casa: manchado. Se había recostado del secadero esa mañana, sobre la *Gaceta* todavía fresca, y en el sudor del brazo se le habían quedado impresas tres palabras del editorial. Al revés.

—Ahí lo tienes. El papel te pasó las letras al brazo, y te las pasó volteadas. Ahora dime tú: si tú recuestas ese brazo en una hoja limpia, ¿cómo salen las letras?

Santos lo vio de golpe, y fue como cuando el mar se aclara.

—Derechas otra vez.

—Eso es todo, chico. Dos vueltas. Derecho en el papel, al revés en la piedra, derecho en el pliego. Por eso nadie tiene que dibujar al revés, que es cosa de viejos maniáticos como yo. Se dibuja como se escribe, y la piedra hace el volteo sola, dos veces, sin cobrar.

Lo demás Santos ya se lo sabía, y lo vio pasar como quien reconoce un camino: la goma con sus gotas de ácido para que los blancos aprendieran a querer el agua, el trapo de

trementina, la esponja, el rodillo. El membrete subiendo del gris, línea por línea. Un pliego limpio, la prensa otra vez, y en el pliego: IMPRENTA DE H. G. NEUN — CARACAS, al derecho, con su pajarito mirando para donde miraba al principio. Serra puso la prueba al lado de la hoja donde había escrito, y las dos coincidían como coinciden dos campanadas.

—Falta lo mejor —dijo—. Fíjate que lo que está en la piedra no se gastó: sigue ahí. De un dibujo hecho una sola vez saco los papelitos que me dé la gana, y los voy asentando en la piedra grande, uno al lado del otro, hasta llenarla. ¿Tú has sembrado?

—Yuca. Donde mi tío.

—Pues es igual. Uno siembra una mata y de esa mata saca doscientos hijos, y todos son la misma mata. Eso es una hoja de estampillas: un solo dibujo, sembrado doscientas veces. Porque si a un cristiano lo pones a dibujar doscientos escudos iguales, te salen doscientos escudos distintos, y a los tres días te sale loco.

Se limpió la pluma en el delantal.

—Los libros a esto le dicen *transferencia*, y así te lo van a escribir los catálogos. Nosotros, los que tenemos las manos sucias, le decimos transplante. Que es lo que es.

Esa noche Santos entendió por fin la cosa, y no solo las palabras. Toda hoja de estampillas del mundo era una siembra: doscientos hijos de una misma mata. Por eso eran

iguales. Y por eso —para el ojo que supiera mirarlas— no eran nunca iguales del todo.



El transplante de la República —pasar el dibujo de la piedra matriz a la piedra grande de imprimir, multiplicado— fue una semana de misa cantada. Santos, que ya tenía derecho a estar en el cuarto de las piedras con tal de no respirar encima, vio el trabajo completo: el papel amarillo humedecido, la piedra madre entintada con cuidado de cirujano, el escudito levantado en papel una vez y otra vez, y los escuditos asentados en la piedra grande en filas, uno al lado del otro, hasta llenarla entera.

Y vio también, día por día, dónde se perdía la perfección.

No era un misterio ni una vergüenza: era el oficio, y el oficio tiene sus leyes. Cada escudito levantado en papel era una copia, y ninguna copia es la madre. La tinta se aplastaba un pelo al pasar; el papel mojado daba de sí; la piedra grande, por bien pulida que estuviera, no era la caliza fina de la de Filadelfia. Donde el original decía una línea, la copia decía una línea un poquito más gorda; donde el original sombreaba con tres rayitas, la copia juntaba dos. Multiplíquese eso por cada escudo de la hoja, agréguese el papel del país —más grueso, menos parejo que el del Norte—, la tinta molida en casa, y el apuro, sobre todo el apuro, y el resultado era el que Facundo

Meza resumió el primer día de tiraje, sosteniendo contra la luz una hoja recién salida de la prensa, con su franqueza de oficial viejo:

—Alemán, esto quedó feo.

Neun tomó la hoja. La miró largo. Cien escudos amarillos, completos, correctos, legibles: CORREO DE VENEZUELA, MEDIO REAL. Y borrosos. Sucios de tinta en los fondos, con las líneas empastadas, como la cara de alguien que ha dormido mal. Junto a un ejemplar de la impresión fina —Uzcátegui cargaba uno de muestra, pegado en una cartulina del Ministerio— la diferencia dolía: eran la misma estampilla y no eran la misma estampilla, como no son el mismo hombre el retrato y el fantasma.

—Feo —concedió Neun— y legítimo. —Devolvió la hoja a la mesa—. La estafeta no vende cuadros, Facundo: vende franqueo pagado. Esto dice medio real y vale medio real, porque lo imprime este taller con las piedras de la República y se asienta en el libro de la Administración. Acuérdense de esto todos: lo que hace buena una estampilla no es la cara. Es el asiento.

Santos, desde su rincón, con el rodillo en la mano, guardó la frase donde guardaba las de Neun, que era en el mismo sitio donde otros muchachos guardan las de su padre. Pero guardó también, sin decírselo a nadie, la punzada de la hoja borrosa: él había visto la fina bajar del *Joseph*, la había tenido en las manos a los catorce años, y una parte suya, la parte que lo

había traído a Caracas, no se conformaba. *Se puede hacer mejor. Algún día, con tiempo y con la piedra buena, se puede hacer mejor.*

De aquella incomodidad de aprendiz no se curó nunca.



La idea de las rayitas nació de una queja, como casi todas las mejoras del mundo.

La trajo el tío Eusebio, con la valija y el café del zaguán, en la segunda semana de tiraje: en La Guaira, don Braulio Landaeta, el escribiente de la estafeta, estaba cortando hojas de estampillas con una regla y un cuchillo de zapatero, y despotricaba. La hoja de la impresión fina no traía nada entre estampilla y estampilla: ni línea, ni marca, nada más el blanco justo, y el que cortaba torcido —y a las cuatro de la tarde, con la estafeta llena, todo el mundo corta torcido— le rebanaba el marco a una fila entera. El público desconfiaba de la estampilla mal cortada. Había pleitos de mostrador.

—Dice el escribiente —remató Eusebio, con la solemnidad de los correos verbales— que si los señores impresores fueran tan amables de ponerle una rayita al medio, como a los cuadernos, la República se lo pagaría en el cielo, porque en la tierra seguro que no.

En el taller se rieron. Neun no. Neun fue al cuarto de las piedras, estuvo un rato mirando la plancha de tiro, y a la mañana siguiente Serra estaba trazando, con tiralíneas —la pluma para trazar líneas rectas— y tinta grasa, finas líneas verticales entre las columnas de escuditos: guías para el cuchillo del empleado de correos, humildes como un surco, invisibles de puro útiles.

—Anóteselo a la despeinada —dijo Facundo, que ya le había puesto nombre a la reimpresión, porque en los talleres todo lo que existe tiene apodo o no existe—. La bonita no trae rayas y esta sí. Ahí tienen: la fea es la servicial. Como en las familias.

Nadie pensó que estaba haciendo historia. Nunca lo piensa nadie mientras la hace. Y sin embargo aquellas rayitas verticales de separación —nacidas de un cuchillo de zapatero, una queja de estafeta y un arriero tuerto que hacía de telégrafo— separaban ya, para el ojo que supiera mirarlas, la impresión de Caracas de la de Filadelfia. La historia se hace así: con un cuchillo prestado, sin que nadie en el taller lo note.



Belisario Fonseca apareció por el taller un sábado de octubre, cuando el tiraje iba por la mitad.

Venía hecho un señorito: su padre lo había colocado en Caracas, en el escritorio de una casa de comercio con correspondientes en Saint Thomas y Hamburgo, y el chaleco de

La Guaira se había multiplicado en levita, cadena de reloj y un bastoncito que no necesitaba nadie de dieciséis años. Traía el encargo de la casa —quinientas tarjetas de aviso, papel de Holanda, letra inglesa— y lo traía en persona, dijo, por el gusto de ver a un amigo del puerto.

Era mentira a medias, que en Belisario era el género más sincero. Recorrió el taller con los ojos rápidos que Santos le conocía desde el muelle, hizo dos preguntas tontas de visita y tres inteligentísimas de otra cosa —cuánto papel se daña por tiro, cuántas hojas salen por hora, quién guarda la piedra por la noche—, y se detuvo, como quien no quiere, frente a la mesa donde se contaban las hojas del día bajo el ojo aburrido de Uzcátegui.

—De modo que es verdad —dijo—. Aquí se imprime la plata del correo. —Tomó una hoja del montón de descarte, una manchada que iba a la quema, y la estudió con una atención que no le había puesto a nada en toda la visita—. Qué borroso les queda, ¿no? La que llegó al puerto era otra cosa. Esta parece... —buscó la palabra con placer— ...parece falsificada.

—Es legítima —dijo Santos, más brusco de lo que quería.

—Ya sé que es legítima. Por eso me hace gracia. —Belisario dejó la hoja con dos dedos, exactamente el gesto de su padre en el depósito de la aduana—. Fíjate qué mundo, Aguirre: la legítima parece falsa. Entonces una falsa bien hecha parecería... ¿qué? ¿Más legítima que la legítima?

—Parecería falsa con más trabajo —dijo desde la prensa Facundo Meza, sin volverse—. Y de eso se encarga el asiento del libro, joven, y el verdugo.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Belisario, sonriendo, y se despidió con la levita y el bastoncito, dejando el encargo de las tarjetas, que pagó por adelantado como pagaba Neun sus naipes.

Esa noche Santos no durmió bien, y no supo decirse por qué. No era la visita: era la pregunta. Porque él conocía la respuesta del oficio —la había aprendido en ocho meses de taller: el papel, el transplante, la tinta, el asiento— y la respuesta del oficio no alcanzaba. La pregunta de Belisario tenía un fondo que no era técnico, un fondo que se quedaba mirando a uno cuando uno la miraba. *¿Qué hace verdadera una cosa que vale por lo que dice y no por lo que es?*

Era una pregunta de las que no se contestan de una vez, porque del otro lado de ella, de una manera o de otra, estaba siempre Belisario Fonseca.



La reimpresión salió a la venta antes de fin de año, y el país la recibió como recibe el país todas las cosas: con un apodo y sin las gracias. «Las borrosas», les decían en las estafetas; «las de Caracas», los más justos; y el correo siguió andando, que era de lo que se trataba. Doscientas cincuenta mil del amarillo se

habían mandado a hacer con las piedras del Norte en la primera hora de la República postal, y hasta la última se había vendido; ahora la despeinada cargaba sola con el franqueo del país en guerra, y cargó bien.

En diciembre, con el aguinaldo, Neun le pagó a Santos su primer sueldo: no los reales de aprendiz adelantado que la casa acostumbraba, sino un peso fuerte, contante —moneda de plata, pagada al contado—, y una frase que valía más y que el alemán soltó mirando la prensa, porque las cosas importantes no se las decía a la cara a nadie:

—El año que viene te enseño la piedra.

Y como si el país lo hubiera oído y no estuviera dispuesto a dejar contento a nadie, esa misma semana llegaron juntas dos noticias. La primera la trajo la Gaceta: la guerra había dejado de ser cosa de Coro; había batallas con nombre propio, y los nombres empezaban a caminar hacia el centro. La segunda la trajo Eusebio en la valija, en un sobre dirigido al «Sr. Santos Aguirre, tipografía del Sr. Neun, Caracas», con letra pareja de escuela y una estampilla amarilla de la reimpresión, pegada con esmero exactamente en la esquina.

Era la primera carta que Santos Aguirre recibía en su vida. Marina Landaeta le escribía tres líneas por encargo de su padre, para avisar que el paquete de tarjetas de la parroquia había llegado cabal, y añadía de su cosecha, en una posdata que ocupaba más que la carta:

P. D. — La estampilla de esta carta la imprimió usted, me dice mi papá. La he escogido de las borrosas a propósito, para que vea que acá no las despreciamos. Papá dice que la borrosa se deja leer el franqueo igual que la bonita, y que en el correo, como en la gente, lo que vale es lo que cumple. Conteste si tiene tiempo.
M.L.

Santos leyó la posdata cuatro veces. Después fue a la caja, apartó con permiso de Facundo una estampilla del último tiraje —una bien negra de fondos, bien despeinada, la más honrada que encontró—, y esa noche, en el altillo, a la luz de un cabo de vela, escribió su primera carta.

La guerra, que iba a durar cinco años y a costarle al país doscientas mil almas, ya estaba en camino. Pero el correo también.



CAPÍTULO 4

Sueldos en estampillas

Caracas, 1860-1861

La guerra llegó a la cuadra del taller un martes de octubre, a las once de la mañana, vestida de partida de reclutamiento.

Eran ocho hombres con fusil y un teniente a caballo, y trabajaban la calle como se trabaja un cañaveral: entraban en las pulperías, en las herrerías, en los zaguanes, y salían con muchachos. El reclutamiento forzoso era para el Gobierno, esta vez; el mes anterior había corrido el rumor de una partida federal por las tierras comunales, haciendo lo mismo. A la guerra, que ya mataba a lo grande en los llanos, le daba igual el color del que cargara el fusil: lo que pedía era carne, y la carne de Caracas estaba en los talleres.

En la tipografía se oyó el alboroto calle arriba y Neun no dijo una palabra: cerró el portón, echó la tranca, y repartió a la gente con dos gestos, como quien impone las páginas de una

forma. Al aprendiz nuevo —un negrito de trece años, huérfano de un compositor de texto muerto de fiebres, que se llamaba José del Carmen y a quien todos decían Cachito— lo metió en el hueco de las resmas, detrás del papel. A Santos, que a los dieciséis ya cargaba cuerpo de dieciocho, lo mandó al cuarto de las piedras.

—Tú estás enfermo —le dijo—. Tienes el pecho malo. Tose.

Golpearon el portón con la culata. Neun abrió él mismo, con los lentes puestos y la Gaceta del día en la mano, y Santos, por la rendija del cuarto, asistió a una clase magistral que no venía en ningún manual del oficio: el alemán no discutió, no suplicó, no ofreció plata. Puso la Gaceta delante del teniente, señaló el pie de imprenta —*Imprenta de H. G. Neun*— y explicó, en su castellano de piedra, que aquel taller imprimía la palabra del Gobierno y las estampillas de la renta, que sus tres oficiales estaban asentados en el contrato con sus nombres, y que si el teniente cargaba con uno solo, la Gaceta del jueves no salía, y el que iba a preguntar por qué no salía era el Ministerio.

El teniente miró la Gaceta, miró el taller, hizo la cuenta del que sabe dónde terminan sus atribuciones, y se llevó de la cuadra a otros: al hijo del talabartero —el que hacía y reparaba arreos de cuero—, a dos peones del mercado, a un muchacho que pasaba con un bulto de leña y que no era ni de allí.

Al talabartero lo devolvieron muerto en enero, en una carreta con otros tres, después de un encuentro en el Guárico que la Gaceta llamó «acción de armas de resultado favorable». Santos ayudó a bajar el cajón. El talabartero hijo tenía la edad de Santos y le había fiado una reparación de zapatos en agosto; quedó debiéndosela. Esa noche, en el altillo, Santos escribió a Marina una carta que rompió antes de terminar, porque descubrió que no había manera de contar aquello sin mentir: si lo contaba con rabia, mentía por un lado, y si lo contaba con resignación, mentía por el otro.

La despeinada, mientras tanto, se vendía como el pan. La guerra escribía muchísimo.



La viuda llegó al taller en noviembre, de luto cerrado, a encargar avisos de defunción.

Se llamaba Rosalía Berroterán, tenía veintidós años y era — Facundo lo formuló después, con su precisión de compositor de texto— *de las mujeres que uno ve y se acuerda de que anda mal vestido*. El marido, don Fermín Osío, comerciante de telas, le llevaba treinta años y la había sacado a los dieciocho de un taller de costura donde ella cosía por día. Importaba géneros de Inglaterra y de Francia por La Guaira — telas estampadas y finas, paños, hilo de Flandes— y los despachaba al interior con tres vendedores viajeros: uno hacia

el centro, por Valencia; uno hacia el occidente, por Coro y Maracaibo; y uno hacia el oriente, hasta Ciudad Bolívar, que don Fermín siguió llamando Angostura hasta el día de su muerte, «porque a mí la ciudad me cambió el nombre sin avisarme, y el río es el mismo». Lo mató el corazón un jueves de octubre, sin aviso, contando piezas de algodón estampado en su propio depósito, y dejó lo que dejan los comerciantes que mueren de golpe: un negocio que solo cabía entero en su cabeza.

Familia no había. Ni de él, que era solo en el mundo y por eso mismo se había casado tarde y bien; ni de ella, hija única de padres enterrados. Y aquello, que en la desgracia parecía otra desgracia, resultó con el tiempo lo único piadoso del asunto: nadie vino a pelearle la casa, ni a medirle el luto, ni a contarle las visitas.

Las tarjetas las encargó ella misma: cien, en papel de hilo, marco negro de a cuarto de pulgada, letra inglesa. Discutió el precio sin bajar los ojos, cosa que las señoras no hacían, y al despedirse reparó en Santos, que componía en la caja junto a la ventana, y le dijo, sin sonreír:

—Usted tiene manos de sastre, joven. En este oficio se desperdician.

—Aquí también cosemos, señora —dijo Santos—. Pliegos.

Ella lo miró dos segundos más de lo necesario. Después se fue, y el taller entero respiró al mismo tiempo, y Facundo Meza dictó una de sus sentencias:

—De esa señora, muchachos, se puede aprender ortografía: todo lo pone donde va.

Volvió en febrero, por papel de cartas y sobres: había resuelto escribirles ella misma, dijo, a los vendedores de su marido, que desde el entierro no daban señales —ni ellos ni las cobranzas del interior que andaban con ellos—. Volvió en abril por más papel de cartas, porque las respuestas no llegaban y ella no era de las que se cansan primero. En junio por una tarjeta de visita, que costaba menos que la caminata de venir a encargarla. Neun, que no era ciego, empezó a mandar las entregas a domicilio con el aprendiz Aguirre, porque la casa siempre había hecho las entregas con el aprendiz, y si la costumbre coincidía con la caridad, tanto mejor.

La casa de Rosalía, cerca de San Jacinto, era la casa de un comerciante al que se le paró el corazón sin dejar sucesor: un patio de geranios, una sala con retratos de gente que ya no visitaba a nadie, el depósito de los géneros a medio vaciar —vendido a pedazos, pieza a pieza, para ir viviendo—, y el escritorio de don Fermín, cerrado con llave desde el entierro, con sus libros y su correspondencia adentro, porque abrirlo, decía ella, era volver a enviudar. De la fortuna verdadera, la del negocio, quedaba poco y en el aire: los tres vendedores del interior, al saber muerto al patrón, dejaron de escribir, y con ellos quedaron regados por el país los cobros de un año largo —plata de la casa en manos de gente que solo don Fermín conocía de cara—. Rosalía escribió, reclamó, esperó valijas: el de Valencia contestó una vez, con más pésame que cuentas; a

los de Maracaibo y de Angostura se los tragó el mapa, y la guerra, para eso, era la excusa perfecta de todo el mundo. Lo que le quedó firme fue una máquina de coser francesa, que pasó de adorno de señora a fortuna entera de la casa.

La tercera vez que Santos llevó un paquete, ella le sirvió café y le preguntó de dónde era; la quinta, le remendó gratis el cuello de la camisa, «porque me duele verlo así, y no es galantería, es gremio: usted cose pliegos, yo coso lino»; la séptima vez, que fue un atardecer de aguacero de esos que en Caracas cierran las calles y abren las casas, no hubo paquete, porque Santos venía de vuelta de otra entrega y pasó sin que nadie lo mandara.

Ella lo dejó pasar, cerró la puerta del agua, y se quedó mirándolo con la lámpara en la mano.

—Yo enviudé de un hombre valiente que no me miró bien nunca —dijo—. Usted me mira bien desde noviembre. No le voy a preguntar su edad ni usted me va a decir un discurso. ¿Estamos?

—Estamos —dijo Santos, con la boca seca.

Ella apagó la lámpara, y lo que siguió no lo había enseñado nadie en el cuarto de las piedras, aunque se le parecía en lo esencial: pedía atención, castigaba el apuro y premiaba al que entendía que las cosas finas se hacen una sola vez pero bien. Rosalía se rió una vez en la oscuridad —no de él: de la vida, del aguacero, de los vendedores alzados con su plata, de los cuchicheos de la cuadra— y esa risa, pensó Santos después,

valía más que todo lo demás, y todo lo demás valía muchísimo. Amaneció en su catre del altillo sin saber cómo había cruzado la ciudad, con olor a geranios en las manos y un remiendo nuevo, perfecto, en el cuello de la camisa.

No hubo promesas, tal como se pactó. Hubo martes y viernes, que eran los días de entrega, y una educación completa: Rosalía le enseñó a Santos a bailar contradanza — un baile de salón de la época— en un patio de geranios, a distinguir el hilo de Flandes del que lo imita, a leerle a una mujer el humor en la manera de abrir la puerta, y a callarse a tiempo, que es la asignatura donde más aplazados hay. Si algo le dolía a ella —el luto, el depósito a medio vaciar, las cobranzas perdidas por tres rutas, los cuchicheos de la cuadra, que existieron desde el primer martes—, lo administraba sola, con la puerta cerrada, como administraba todo.

A Marina, Santos le siguió escribiendo. Se dijo que no había nada que confesar porque nada se había prometido, y era verdad, y sin embargo las cartas de ese año le salieron más cortas, y la letra —eso se lo diría ella misma mucho después, en otra vida— más parada, como de hombre que escribe con el sombrero puesto.



Y sin embargo fue en aquellas cartas cortas donde cupo, ese par de años, medio mundo. Como no podía contarle su vida, Santos le contaba el oficio y el correo; y Marina, que había crecido en una estafeta como otros crecen en una pulpería, preguntaba con una puntería que ya la hubiera querido el interventor Uzcátegui.

Empezó por culpa de una señora de La Guaira que tenía un hijo en Hamburgo, de dependiente en una casa alemana, y que llegó al mostrador de don Braulio a poner una carta «para Alemania» con la misma fe con que se pone una vela. *Papá le cobró lo suyo y le explicó lo que pudo* —escribió Marina—, *pero yo me quedé con las preguntas: ¿quién lleva la carta cuando se acaba Venezuela? ¿Y por qué la señora pagó hasta el barco y no hasta su hijo? Usted que trabaja con un alemán, pregúntele al alemán, que a papá los días de valija no me lo dejan preguntar tanto.*

Santos le preguntó al alemán. Escogió un buen día —Neun acababa de recibir, intacta, una remesa de papel de Hamburgo pedida hacía medio año—, y Neun, que se carteaba con un hermano de allá y con sus proveedores de papel y de piedras, y que sabía de portes como saben los que los pagan, se limpió los lentes y dio la lección completa, porque de las cosas de su tierra hablaba con el gusto que le negaba a casi todo.

No había, dijo, un correo del mundo: había muchos correos que se daban la mano en los puertos, y cada mano cobraba. La carta de la señora había pagado en La Guaira su parte venezolana —la colorada de dos reales, la de «para lo

demás»—, que la ponía a bordo del paquete inglés: el vapor correo que tocaba el puerto con la puntualidad relativa de todo lo inglés en el trópico. El paquete la llevaba a Saint Thomas, una isla danesa que era la esquina del Caribe: allí las cartas de todo el mar de las Antillas —las de Venezuela, las de Curazao, las de veinte islas y tres continentes de paso— cambiaban de mula y esperaban el vapor grande de Southampton.

En Inglaterra, otra mano: el correo inglés cobraba su travesía y la despachaba al continente, y de allí a Hamburgo la ciudad libre, donde el hijo de la señora pagaría, al recibirla, todo lo que la carta hubiera consumido en manos ajenas. Por eso la señora pagó hasta el barco y no hasta el hijo: porque media carta la paga el que la escribe y la otra media el que quiere leerla, y entre los dos sostienen el puente.

—¿Y cómo sabe cada correo lo que le toca?

—Porque la carta llega contando por dónde anduvo. —Neun le mostró un sobre de su hermano, ya abierto, y era verdad: traía encima media biografía en tinta de sellos: el fechador redondo de Hamburgo, la marca del despacho inglés, un garabato de tránsito, números de porte al lápiz rojo, y el fechador de La Guaira, torcido, de llegada—. Cada administración pone su marca y asienta su cuenta. Las marcas de tránsito son la fe de bautismo del viaje, Aguirre: una carta bien viajada se puede leer dos veces, por dentro y por fuera.

De tiempos, la cuenta era esta, y Santos la copió esa noche para Marina: a Inglaterra, tres semanas largas si el vapor no se atrasaba; a Hamburgo, súmele el continente; y en velero de Hamburgo —que era como venían las piedras y el papel del taller, porque la carga no paga vapor— dos meses y lo que quisiera el tiempo. *De modo que dígle a la señora —escribió— que si el hijo contesta a vuelta de correo, la respuesta toca La Guaira en tres meses, y eso sin contar los aguaceros. Don Enrique dice que a su hermano le escribe dos veces al año, y que le llega una y media.*

Y de historia, la que Neun contó con los lentes en la mano, que era su manera de estar en otra parte: que hasta hacía veinte años, en el mundo entero, el correo lo pagaba el que recibía —como lo había pagado Venezuela toda la vida, hasta el decreto del cincuenta y ocho—; que en Inglaterra un señor Rowland Hill había hecho la cuenta de que cobrar al llegar era carísimo —cada carta un cobro, cada cobro una discusión, y la mitad de las cartas devueltas por no poder o no querer pagarlas— y había inventado lo contrario: porte único, barato, pagado al escribir, y como comprobante un papelito engomado con la reina de perfil —el penique negro, año cuarenta—. Que Brasil siguió a los tres años con unos números gordos que la gente llamó ojos de buey, y luego Francia, y España, y medio mundo, cada país con su figurita.

Contó también la trampa que había matado al correo viejo, y era un cuento de novela: una muchacha que devolvía siempre, sin pagarla, la carta de su novio —porque la seña

venía por fuera, convenida entre los dos en la manera de poner el destinatario escrito, y la carta entera viajaba gratis, leída sin abrirse—. *Por eso la estampilla no fue un adorno* —le escribió Santos a Marina, con la pedantería feliz de los diecisiete años—: *fue la manera de que el correo dejara de trabajar de balde. Venezuela llegó al papelito diecinueve años después del penique, y dice don Enrique que, para como llegan las modas a esta orilla, eso no es tarde: es casi puntual.*

Del correo de adentro el catedrático era otro, y no cobraba: Eusebio, en el zaguán, con el café. Que antes del cincuenta y nueve —y a él le constaba, que lo había cargado— la carta viajaba a cobrar, y el destinatario podía torcer la boca y no quererla, «y la carta se volvía conmigo cerro arriba, que es cargar dos veces la misma tristeza». Que la valija de La Guaira iba y venía dos veces al día, pero que al interior el correo salía cuando salía: semanal a Valencia con suerte, quincenal a los llanos, y en guerra ni eso, o peor que eso: correos a caballo esperando en un paso de río a que los dos bandos les firmaran el salvoconducto, «porque la valija es neutral, muchacho: al papel no se le pregunta el partido, se le pregunta el destino».

Marina lo leyó todo, lo contestó todo, y remató con una posdata que Santos guardó en el baúl, con el silabario de su madre:

P. D. — Papá dice que antes la carta llegaba a cobrar, como un recibo, y que por eso había quien le tenía miedo al cartero. Yo digo que la estampilla es mejor invento de lo que parece: la carta llega ya llorada de su casa, y al que la recibe no le toca sino leerla. Piense en eso cuando imprima, que no es poco oficio el suyo.
M.L.

Santos pensó en eso.



El país, mientras tanto, se quedaba sin plata. No era una manera de decir: era la caja.

La guerra se comía la renta por los dos extremos —lo que costaba matarse y lo que dejaba de producirse mientras la gente se mataba—, y para 1861 el Tesoro pagaba con papeles, con promesas, con vales que las pulperías recibían torciendo el gesto, y cada vez más a menudo no pagaba. Los empleados públicos hacían antesala los días de quincena para oír que no había. Y en algún despacho, algún fiscal de esos que hacen historia sin nombre encontró la salida contable perfecta: en las oficinas de correos sí había un valor contante, impreso, del curso más legal del mundo — las estampillas.

Y se empezó a pagar sueldos en estampillas.

Eusebio el Tuerto cobró así su contrata de octubre: subió a Caracas con la valija, hizo su antesala, y bajó con un pliego de medios reales de la reimpresión nueva —el medio real naranja rojizo que el taller había tirado en mayo: medio millón de golpe, porque ya nadie se hacía ilusiones sobre lo que duraba una remesa— doblado en cuatro dentro de la camisa, contra el pecho, como escapulario —un objeto religioso que se lleva al pecho—.

No subió solo. Desde hacía cuatro años lo acompañaba en el tramo malo un muchacho de La Guaira que hacía el camino a pie: José Trinidad Sosa, entrado al correo en el cincuenta y siete —un año antes que la estampilla—, de los que cargan la valija cuesta arriba cuando la mula no puede. Tenía dieciocho años, la conversación de un poste y una particularidad que Eusebio contaba con el orgullo torcido del que no la tiene: había aprendido a leer él solo, de tanto mirar sobres, deletreando los destinos como quien reza sin entender. Aquella tarde se quedó de pie en el zaguán, con el sombrero en las dos manos, sin sentarse aunque lo invitaron, mientras el tío desdoblaba su desgracia sobre el banco.

—Cien medios reales —dijo Eusebio en el zaguán del taller, mostrando la esquina del pliego con una mezcla de agravio y de asombro—. Cincuenta reales de sueldo, en papelitos que imprimió este muchacho. Ahora explíquenme ustedes, que son leídos: ¿yo cómo le pago a la pulpera con esto?

—Se lo vende con descuento al turco de la esquina (los comerciantes de origen otomano, como se les decía entonces) —dijo Facundo, práctico—, que se lo vende con descuento al comercio, que franquea con él sus facturas. Todo el mundo pierde un poquito y así queda pagada la República.

—¿Y la pulpera?

—La pulpera fía, Eusebio. La pulpera es la verdadera Tesorería de esta nación.

El muchacho del zaguán habló entonces por primera y única vez en toda la tarde, sin levantar los ojos del sombrero:

—A mí me pagaron igual, don Facundo. Pero a mí no me toca pulpera: yo como en casa de mi madre.

—Ese es el secreto del ramo —dijo Eusebio, señalándolo con el pulgar, y por una vez no había burla en la cosa—. A los de a pie nos dicen *peones*, como si fuéramos de arar. Y resulta que los peones somos lo único del correo que no se descompone: la mula se raja, el vapor se atrasa, el gobierno se cae — el peón llega. Dicen los que saben que así mismo mandaban razón los incas, corriendo, de hombre en hombre, sin una letra escrita y sin fallar un día. Nosotros llevamos cuatrocientos años de atraso y las mismas piernas. —Le dio un golpe en la espalda al muchacho, que se tambaleó y no se quejó—. Este va a durar más que yo en el camino. Fíjense en lo que les digo.

Santos se fijó, aunque no en lo que Eusebio pedía: se fijó en que el muchacho, mientras los demás discutían el descuento del turco, se había puesto a leer al trasluz la esquina del pliego —el pedazo de sueldo de su tío— moviendo los labios sobre las letras chiquitas del marco, con la aplicación exacta de quien sabe que lo que tiene en la mano es un papel importante y todavía no sabe por qué.

Fue por esos meses cuando Santos vio, en el mostrador de la Administración, la otra aritmética de la miseria: un señor de saco viejo que necesitaba franquear una carta de medio porte y no tenía sino un real en estampillas — y el estafetero, con la naturalidad del que lo hace veinte veces al día, tomó la estampilla azul, la dobló con la uña, la cortó en dos con la plegadera —el instrumento para cortar papel—, pegó una mitad en el sobre y le devolvió la otra al señor, que la guardó en la cartera como quien guarda un billete. Media estampilla. Medio escudo de la República, en diagonal, valiendo la mitad de lo que decía entero.

—¿Eso se puede? —preguntó Santos a Facundo, esa noche.

—Se hace —dijo Facundo—. Que es más que poderse. El decreto dice lo que debe ser; el mostrador hace lo que se puede. Este país, muchacho, se gobierna por decreto y funciona por mostrador. El día que te aprendas eso, ya no te hace falta ir a misa.

El acta de la Administración guardó la cifra exacta de aquella hambre: del un real se habían vendido *setenta y siete mil setecientas cuarenta y una estampillas y media*. Y media. La media estampilla del señor del abrigo raído, asentada en el libro con la seriedad de lo irrefutable.

Un país entra en la historia por sus batallas, pensaría Santos entonces. Pero se le conoce el alma por sus fracciones.



Belisario Fonseca reapareció en diciembre del sesenta y uno, y venía, como siempre, mejor vestido que el año y con mejor noticia que nadie.

La dictadura mandaba desde septiembre: el viejo Páez, otra vez, a sus setenta años, llamado a salvar lo que quedaba, con la guerra ya pudriendo hasta los caminos. Los negocios honrados agonizaban. El de Belisario, no. Belisario compraba vales del Tesoro a los desesperados —a cuarenta, a treinta y cinco, según la cara del vendedor— y los cobraba a la par por vías que no explicaba; colocaba géneros de Saint Thomas que no pasaban por aduana ninguna, ni siquiera por la de su padre; y últimamente, dijo, sin que nadie le preguntara, con el vaso de brandy que Neun le servía a los clientes de contratos gordos, había descubierto el ramo más noble de todos:

—Estampillas, Aguirre. Les compro los pliegos del sueldo a los empleados, a ochenta. Ellos lloran, pero cobran hoy. Yo se los vendo al comercio a noventa y cinco, que es mejor que la Administración, donde están a cien cuando hay. Todo el mundo gana. —Levantó el vaso hacia Santos, con aquella sonrisa de muelle que no había cambiado desde los catorce años—. ¿Sabes lo que aprendí este año? Que ustedes tenían razón: esto que imprimen es plata. Y la plata, hermano, no es del que la imprime. Es del que la mueve.

Se fue antes del anochecer, dejando pagado por adelantado un encargo de mil facturas para su casa de comercio, que ya era media suya.

Neun recogió los vasos él mismo, cosa rara, y se quedó un momento junto a la prensa grande, limpiándose los lentes con el delantal, más despacio que de costumbre.

—Ese muchacho va a ser rico —dijo Facundo, por decir algo.

—Ese muchacho ya es rico —dijo Neun—. Lo que va a ser es otra cosa. —Se puso los lentes y miró a Santos, sin suavizar nada, porque no era su estilo—: Fíjate bien en lo que hace, Aguirre, y no le pierdas nunca el rastro. Hoy compra a ochenta lo legítimo. El día que descubra lo que cuesta *hacerlo*... ese día nos toca a nosotros.

Afuera empezaban los aguinaldos. Adentro, la prensa chica siguió golpeando hasta la noche, tirando medios reales naranja para la quincena de un gobierno que ya solo pagaba

con su propia sombra.

Faltaban tres semanas para 1862: el año en que el taller imprimiría el resto de la plata del país — y en que una hoja del dos reales, por un descuido de nadie, iba a salir con dos filas paradas de cabeza.



CAPÍTULO 5

El pliego invertido

Caracas, 1862

El año sesenta y dos amaneció con el país entero pagándose en papelitos, y al taller de Neun le tocó imprimir el resto de la plata: la Administración pidió el un real azul —dos tiradas— y el dos reales rojo, que hubo que tirar tres veces, porque la guerra, además de escribir mucho, escribía caro: pliegos judiciales, oficios, reclamos de bienes embargados, cartas al exterior de familias que ya tenían un pie en Curazao.

Serra, el litógrafo catalán, cayó con fiebres en marzo —las fiebres andaban por los valles del Tuy y subían a la ciudad con las mulas de carga, sin pagar porte—, y el transplante del dos reales se hizo sin él: Neun en la piedra, Facundo asistiendo, Santos levantando los escuditos y Cachito humedeciendo papel, corriendo con los trapos, durmiéndose de pie a las tantas. Se trabajaba de noche, porque de día las prensas no

daban abasto con la Gaceta y los remiendos, y porque Uzcátegui, el interventor, contaba las hojas a las siete en punto de la mañana con su libro y su cara de lunes perpetuo.

Fue en la segunda de esas noches, o en la tercera —Santos nunca pudo precisarlo, por más que lo intentó— cuando ocurrió.

Una piedra grande se sembraba escudito por escudito: cada estampillita levantada en su papelito y asentada en su sitio, fila por fila, columnas a cordel, doscientas veces la misma operación con las mismas manos a la misma luz de aceite. Los escuditos del dos reales, húmedos, eran cuadraditos casi simétricos donde el derecho y el revés se distinguían por el letrero — si uno estaba fresco. A las tres de la madrugada, nadie está fresco.

Alguien —Neun que asentaba, Facundo que alcanzaba, Santos que ordenaba los escuditos en la tabla, el sueño que los ordenaba a todos— sembró dos filas completas cabeza abajo.

La piedra no perdona. Lo que se dibuja en la piedra se queda en la piedra, y si está mal, está mal quinientas veces.



Santos lo vio un jueves al amanecer, y no lo vio por diligente: lo vio por enamorado.

Había tirado la prensa toda la noche y estaba descolgando pliegos del secadero, con los ojos ya de vidrio, pensando — para no dormirse— en el patio de geranios, en la contradanza,

en la risa a oscuras de Rosalía. El pensamiento le andaba en eso, es decir, en cosas que se tocan y se voltean, cuando el pliego que tenía en las manos le devolvió la mirada torcida: en el mar de escuditos rojos, parejos como un desfile, había dos filas de soldados marchando de cabeza.

Lo primero no fue alarma. Fue esa incredulidad boba del cansancio: giró el pliego, y entonces fueron las otras dieciocho filas las que quedaron invertidas, y las dos filas locas las derechas. Lo giró otra vez. El estómago se le enfrió despacio, de arriba abajo, como se enfriía una plancha.

Contó con el dedo, dos veces. Filas segunda y tercera: doscientos escudos por hoja, cuarenta de cabeza. Miró el secadero: la tirada colgaba entera, hoja tras hoja tras hoja, y en todas, exactamente en el mismo sitio, el mismo desfile de cabezas abajo — porque el error no estaba en las hojas, estaba en la piedra, y la piedra había estado imprimiendo su equivocación, fiel como es la piedra, toda la noche. Y no solo esa noche: el tiraje del dos reales había empezado el lunes, y las remesas del lunes y del martes ya estaban contadas, asentadas, y en poder de la Administración.

Eran las cinco y media. Uzcátegui llegaba a las siete. Neun dormía su hora y media de dueño, la única que se permitía en semana de tiro.

Santos Aguirre, dieciocho años, oficial segundo sin nombramiento escrito, se quedó solo en el patio del secadero con el descubrimiento en las manos, y tuvo —así se lo contaría

a Rosalía, y a nadie más— el pensamiento más largo de su vida en el tiempo más corto.

Si hablaba: se paraba la tirada, se raspaba la piedra, se sembraba todo de nuevo — tres días, con Serra en cama. Se confesaba el error al interventor, porque pararse sin confesarse no se podía: Uzcátegui contaba hasta los pliegos dañados. Y confesado el error, el asunto subía: en un despacho cualquiera, un fiscal cualquiera, de esos que cobraban su quincena en estampillas y odiaban al contratista extranjero por existir, encontraba por fin su ocasión: *el alemán imprime mal la plata de la República en plena guerra*. El contrato era la casa. La casa eran once personas, contando a Cachito, que no tenía otra.

Si callaba: no pasaba nada. Eso era lo tremendo, lo que Santos entendió en el patio con una claridad que casi le da risa: *no pasaba absolutamente nada*. La estampilla de cabeza no mentía. Decía DOS REALES y valía dos reales; se vendía, se pegaba, se mataba con el fechador y moría en un archivo, igual que sus hermanas derechas. El porte no tiene arriba ni abajo. El único ojo al que aquel desfile invertido podía importarle era un ojo que todavía no existía en el mundo —el ojo que colecciona—, y faltaban años para que naciera.

Que la equivocación fuera inofensiva no la volvía menos equivocación. Pero sí volvía la confesión más cara que la falta. *El decreto dice lo que debe ser; el mostrador hace lo que se puede.*

A las siete en punto, Uzcátegui contó las hojas de la noche, las halló cabales y las asentó en su libro. Miraba cantidades, el hombre; llevaba tres años mirando cantidades. Jamás giró un pliego. A las siete y veinte, Neun bajó, revisó el registro de la prensa, la presión, el color, y pasó de largo junto al secadero hacia su café.

Puede que lo viera. Santos nunca lo supo con certeza; pero se inclinaba a creer que sí —que aquellos lentes chiquitos lo habían visto todo desde el primer pliego del lunes, y habían hecho la misma cuenta que él, tres días antes que él, sin drama, entre dos sorbos de café: la piedra no perdona, pero el asiento tampoco, y de los dos jueces el que da de comer es el asiento—. Le quedó de consuelo una frase que el alemán soltó meses después, a propósito de otra cosa, mirando a Santos un segundo de más:

—Un impresor guarda dos clases de secretos, Aguirre: los del cliente y los del taller. Los del cliente se guardan por honra. Los del taller, por caridad. Y los dos se guardan igual: completos.

La tirada del dos reales se entregó completa. La piedra, al acabar, se raspó como todas —el dibujo entero devuelto a la nada gris de la caliza, el desfile derecho y el desfile de cabeza, todos iguales ante la piedra pómez—, y el error quedó suelto por el país, doscientos escudos por hoja, cuarenta de cabeza, viajando en la valija de Eusebio, pegado en pliegos de juzgado, en cartas de Curazao, muriendo su muerte de archivo y de basurero sin que nadie en Venezuela girara jamás el sobre.



Se lo contó a Rosalía un viernes de julio, en la oscuridad, después, cuando las palabras salen sin permiso.

Ella oyó el cuento completo sin interrumpir, que era su lujo de mujer sola, y al final preguntó lo único que a Santos no se le había ocurrido preguntarse:

—¿Y guardaste una?

—¿Una qué?

—Una estampilla de las de cabeza. —En lo oscuro se adivinó la sonrisa—. Tú cuentas ese error como quien cuenta un hijo ajeno, Santos Aguirre. Pero yo te oigo la voz. A ti esa equivocación te gusta. Te gusta más que todo lo que imprimiste derecho.

Santos se quedó callado un rato largo.

—Es la única cosa que ha salido de esa piedra —dijo por fin, despacio, descubriéndolo mientras lo decía— que no estaba mandada a hacer. Doscientas mil estampillas por encargo, todas iguales... y de pronto el papel dice una cosa que nadie le ordenó decir. Ni el Gobierno, ni Neun, ni yo. La dijo el cansancio. La dijo la noche. —Buscó la palabra, no la halló, y usó la de ella—: Sí. Me gusta.

—Entonces eres coleccionista —dijo Rosalía, con un bostezo elegante—. Mi abuelo coleccionaba botones de uniforme. Es la misma enfermedad: querer que las cosas, además de servir, *cuenten*. Anda, tráeme el chal, que refresca.

No le dijo que sí ni que no. Pero en el fondo falso de su baúl de aprendiz, bajo el silabario de su madre, había desde junio un par del dos reales rojo —dos estampillas unidas, una derecha y una de cabeza, recortadas de un pliego de descarte que iba para la quema y que técnicamente, por tanto, no era de nadie—. Santos se lo había dicho así, a su conciencia, con lenguaje de mostrador: *del descarte, que no es de nadie*. Su conciencia, que llevaba un año educándose los viernes en San Jacinto, había dejado pasar la mercancía.

Era la primera pieza de la colección de Santos Aguirre. Aquella noche no era más que un par de estampillas rescatadas de la quema por un capricho que él mismo no se explicaba, dormidas en el fondo del baúl bajo el silabario de su madre: dos cuadritos rojos, uno derecho y otro de cabeza, que ningún catálogo del mundo había nombrado todavía.

No existía todavía el mundo que iba a nombrarlos.



Fue también Rosalía, ese mismo agosto, la que le enseñó a Santos que el correo era mucho más viejo que sus papelititos.

La palabra *coleccionista* se le había quedado a ella dando vueltas, porque un viernes, en vez de pedir el chal, encendió la lámpara, se echó la bata encima y dijo:

—Ven. Te voy a enseñar la enfermedad completa.

Y abrió el escritorio de don Fermín.

Llevaba dos años cerrado con llave, y tenía el olor de los cuartos que se quedan solos: papel, alcanfor, tabaco frío. Rosalía lo abrió como quien se saca una espina despacio, sin mirar los retratos, y fue derecho al estante: los libros de comercio en fila —los libros de cuentas, el libro de copias de cartas, con veinte años de letra menuda—, los muestrarios de telas con sus muestras de colores, y sobre la mesa, esperando desde octubre del sesenta, una caja forrada de cuero, honda como un baúl de niño.

—La correspondencia de la casa —dijo—. Fermín no botaba una carta ni muerto. Y ya ves: ni muerto.

Adentro, atados con cintas de las mismas telas que la casa vendía, estaban los paquetes por corresponsal: Valencia, Coro, Maracaibo, Angostura —el vendedor de oriente escribía Angostura con la terquedad del patrón, y el correo sellaba encima Ciudad Bolívar, y en esa pelea de nombres estaba el país entero—. Y aparte, con cinta más ancha, los de afuera: Liverpool, Burdeos, Saint Thomas.

Santos esperaba cartas y encontró otra cosa. La mayoría no tenía sobre: era el pliego mismo, escrito por dentro, doblado en tres y en tres, cerrado con un sello de pasta o un sello de lacre, y por fuera, en la cara limpia del doblez, el destinatario escrito con el nombre y el destino.

—¿Y los sobres?

—Moda nueva, de gente que no cuenta el papel. La carta de antes era su propio sobre: se escribía por dentro y viajaba por fuera. —Rosalía tomó una, la giró—. Y por fuera es que se lee lo que te quiero enseñar.

Por fuera estaban las marcas. Sellos de mano, en tinta negra o roja, unos derechos y otros borrachos de prisa: el nombre de la estafeta de origen —CARACAS, VALENCIA, MARACAIBO, ANGOSTURA— y, junto al nombre, una de dos palabras: FRANCA o DEBE.

—Esa es toda la gramática del correo viejo —dijo Rosalía—. *Franca*: la pagó el que la escribió, y camina libre hasta el destino. *Debe*: no la pagó nadie todavía, y llega cobrando: la paga el que la recibe, si la quiere.

—¿Y «Haber» no hay?

—Esto es correo, muchacho, no libro de comercio. —Se rió, y la risa todavía era la buena—. Lo mismo pregunté yo, palabra por palabra, el día que Fermín me enseñó la caja. Hay una tercera, pero es seria: CERTIFICADA. Esa era la de la plata y los documentos: se pagaba un recargo de reales encima del porte, la estafeta asentaba la carta con su nombre, y el mismo sobre volvía después con el recibo del que la recibió. Cuando veas CERTIFICADA, estás viendo una carta que alguien no podía darse el lujo de perder.

Después le enseñó los números. Junto a las marcas, escritos a mano por los estafeteros —y en las cartas de las oficinas grandes, puestos con sellitos de números sueltos—,

había cifras: 1, 1½, 2, a veces con una R de reales o una ONZ de onzas. Eran el peso y el porte: carta sencilla la que no llegaba a media onza; doble, la de media a tres cuartos; triple hasta la onza; y pliego todo lo que pasara de ahí. Y el porte no era parejo: se cobraba por la distancia, en una tabla que subía como suben los cerros.

—Por eso conversar con Maracaibo costaba más que conversar con Valencia —dijo Rosalía, sin mirar la tabla, porque se la sabía—. El correo cobraba el camino, igual que los arrieros. Yo llevaba la pluma de esta casa, Santos: yo sé lo que costaba hablar con cada ciudad de este país.

Las de afuera eran otra novela. Las de Liverpool y Burdeos —de allá venían las telas, con el paquete inglés casi siempre, que era puntual, y con el francés cuando aparecía, que era nunca— llegaban con las marcas encimadas de dos y tres correos: el sello del despacho de allá, el garabato del tránsito, y en el puerto el real de entrada, «porque toda carta que entra del extranjero paga su real en el puerto, pese lo que pese, y después el camino de adentro si sigue viaje». Las que salían, en cambio —y esto a Santos le hizo una gracia que le duró años—, salían de Venezuela sin pagar nada: por una ley vieja de mala redacción, la República no cobraba porte de salida al exterior, y el porte completo lo cobraba el correo del país de destino, al entregar.

—Fermín decía que era la única cosa gratis que daba este Gobierno —dijo Rosalía—, y que por eso había que escribirle mucho al extranjero.

Y había un atado más, en el fondo de la caja, y ese no tenía marca ninguna. Ni estafeta, ni Franca, ni Debe: papel mudo.

—Estas no vieron correo. Vinieron a la mano. —Rosalía se encogió de hombros—. Conductores particulares. El comercio le confiaba cobros y avisos a viajeros conocidos, a capitanes de velero, a arrieros de confianza. La ley dice que las cartas cerradas son del correo y le pone multa al que las cargue por fuera.

—Eso es ilegal —dijo Santos, sin ninguna convicción.

—Eso es Venezuela —dijo Rosalía—. Pregúntale a tu tío qué lleva en el aparejo, debajo de la valija oficial, y mira a ver si te contesta con el ojo bueno o con el otro.

Santos volvió muchas veces a esa caja, los viernes que la fiebre del país lo permitía, y aprendió a leer cubiertas como había aprendido a leer pliegos de prensa: por fuera, al sesgo, buscando lo que el papel cuenta sin que se lo pregunten. De dónde salió, por qué manos pasó, cuánto pesó, cuánto costó, si viajó con la ley o por debajo de ella. En una, el difunto Fermín había anotado al margen, con su letra de comerciante: *cobrado con rabia*. En otra, la última de Maracaibo, la fecha era de septiembre del sesenta, un mes antes del jueves del depósito, y después de esa: nada. Ni Franca ni Debe. La fortuna de la casa estaba en ese silencio.

—Un negocio, Santos, es una conversación que no se puede callar —dijo Rosalía la vez que llegaron a ese atado—. Esta se calló.

No había mejor academia que aquella: una caja de cuero, una lámpara, y una viuda que se sabía de memoria la tarifa de conversar con cada ciudad de la República. Y entendió, además, una cosa que no le había enseñado nadie: que todo aquello —las dos palabras, los números a mano, el real del puerto, la tabla de leguas, el pleito eterno de quién paga— era exactamente lo que la estampilla había venido a jubilar. El papelito engomado era la palabra FRANCA vuelta ley: impresa de antemano, pareja para todos, sin conversación. El país había escrito cartas toda la vida; lo que no había tenido nunca, hasta el papelito, era la manera de pagarlas sin pelear.



El año terminó como había empezado, pero peor, que era el uso de aquellos años: la dictadura del viejo Páez se deshacía en las manos de sus doctores, la guerra ya no tenía frente porque lo era todo, y hasta la Gaceta salía flaca, a dos tintas de pobreza. En el taller se notaba en el papel —cada resma nueva un poco peor, un poco más parda— y en los encargos: menos facturas de comercio, más tarjetas de marco negro. Rosalía cosía lutos por tres, con la máquina francesa sonando hasta la noche; era el único gremio con la clientela asegurada, decía, y ya no se reía al decirlo. Le había salido una tos chiquita, de nada, que no se iba con los remedios caseros, y que ella despachaba con un gesto de la mano, como a los cuchicheos de la cuadra.

En diciembre, Eusebio el Tuerto subió con la valija medio vacía y una novedad que no venía en carta ninguna: se decía en los caminos que los generales conversaban. Que el Gobierno y la Federación estaban cansados de ganar cada uno su mitad de la guerra. Que iba a haber un abrazo, un tratado, una amnistía — la palabra variaba según la pulpería.

—¿Y eso será verdad, tío?

—Será —dijo Eusebio, descargando—. Las guerras se acaban, muchacho, es lo único bueno que tienen. Lo que yo quiero ver es lo otro.

—¿Qué otro?

El arriero se sopló el café, mirando por encima de la taza el patio del taller, las prensas paradas de la noche, los estantes donde dormían las piedras.

—Cuando esto se acabe, los que ganaron van a querer que se note. Y yo cargo correo hace treinta años y me sé la seña: lo primero que cambia un gobierno nuevo no son las leyes, miijo. Es el papel. —Dejó la taza y se rió con su medio lado, señalando con la barbilla el cuarto de las piedras—. Prepárense, señores impresores. A este escudo le queda poco caballo.



CAPÍTULO 6

Las fajas de periódico

Caracas, marzo-mayo de 1862

Meses antes del pliego invertido, cuando el año sesenta y dos apenas abría, el taller había recibido el encargo más chiquito de su historia — y el que iba a dejar el misterio más largo.

La culpa era de Inglaterra, como tantas veces. El convenio postal firmado con los ingleses el primero de mayo del sesenta y uno obligaba a la República a cobrar portes menudos por los impresos: periódicos, libros, folletos, todo lo que viajaba abierto y en cantidad. El porte de una carta era negocio de reales; el de un periódico, de centavos — y no existía estampilla de centavo. De modo que el Gobierno, en plena guerra, quebrado, pagando sueldos con papelitos, mandó a

imprimir más papelitos: un cuarto de centavo, medio centavo, un centavo. La plata más chiquita del país, en la denominación más humilde, para el papel más perecedero.

—Un cuarto de centavo —repitió Facundo Meza cuando Neun leyó el encargo, y se quedó un rato saboreando el número—. Señores: hemos llegado a imprimir el vuelto del vuelto.

—El periódico es la carta del que no tiene a quién escribirle —dijo Neun, sin humor, como daba él las razones—. Y son más. Componga, Meza.

A Santos el encargo le tocó de cerca por partida doble. La primera, porque con Serra en cama —las fiebres del catalán iban y venían desde marzo, como las guerrillas— el dibujo de los nuevos valores cayó en el cuarto de las piedras bajo una división del trabajo que no se escribió en ninguna parte: Serra trazaba en sus horas buenas, desde un sillón que le arrimaron a la mesa, y Santos era sus manos en las malas, pasando a la piedra lo que el viejo indicaba con el dedo y con gruñidos. Fue su primer dibujo de estampilla, aunque ningún catálogo lo sabría jamás: las perlas del marco del un centavo —dieciséis a la izquierda, dieciocho abajo, diecisiete a la derecha, contadas y recontadas a la luz de la lámpara de aceite— las asentó la mano de un muchacho de dieciocho años mientras un catalán con calentura le decía *más redonda, chico, más redonda, que la perla no es huevo*.

La segunda razón fue el caballo.



El escudo de la República llevaba en la sección de abajo un caballo blanco en fondo verde: indómito, brioso, galopando hacia la derecha, que es hacia donde galopan los caballos en la tradición de los escudos de la gente seria. Así venía en la primera emisión, así en la despeinada, así en los sellos de lacre del Ministerio, así en la Gaceta.

En las estampillas de centavo que salieron del taller de Neun entre marzo y mayo de 1862, el caballito galopa hacia la izquierda.

No se supo de inmediato. Se supo cuando ya las hojas estaban entregadas, vendidas, pegadas en las fajas de *El Independiente* y del *Diario de Avisos*, viajando en las mulas de carga — porque el que revisa una prueba mira las letras, mira el valor, mira las perlas, y el caballo del escudo lo mira como se mira la propia cara en el espejo: sin verla. Fue un oficial de la Administración, un quisquilloso de los de libro, quien giró un día un pliego, frunció el ceño, buscó un sello de lacre para comparar, y elevó el asunto por escrito. El oficio decía: *se ha advertido que en las especies últimamente emitidas el símbolo ecuestre del Escudo de Armas figura en actitud y dirección contrarias a las de su diseño legal...*

En el taller, la noticia entró por la puerta con Uzcátegui y un oficio, y produjo tres reacciones que Santos recordaría siempre en el mismo orden. Facundo Meza soltó la carcajada

—una sola, grande, de compositor de texto viejo— y la ahogó en el pañuelo. Neun leyó el oficio dos veces, fue al mueble del taller donde estaban las pruebas archivadas, comprobó que el caballo galopaba hacia la izquierda también en las pruebas *aprobadas y firmadas por la propia Administración*, y guardó el hallazgo en el cajón con llave, que era su manera de ganar los pleitos antes de tenerlos. Y Cachito, que ya tenía catorce años y opinión de todo, resumió el sentir nacional:

—¿Y qué más da para dónde corra, si corre?

El oficio murió de muerte natural, como mueren en Venezuela los oficios que no traen sueldo para nadie: la Administración no iba a incinerar una emisión entera en plena guerra por el cariño a un caballo, y el propio expediente — Neun tenía razón— demostraba que el error había pasado por debajo de seis firmas. Los centavos siguieron circulando con su caballito zurdo, los periódicos siguieron viajando con su faja, y el público, que jamás miró el escudo ni cuando corría hacia la derecha, no se enteró de nada.

Pero dentro del taller la pregunta quedó viva, porque dentro del taller sí se sabía mirar, y alguien tenía que haber dibujado aquel caballo. Las apuestas de sobremesa duraron semanas. ¿Descuido del transplante? Imposible: el transplante copia, no voltea. ¿Un papelito asentado al revés? Los del escudo no eran simétricos: se habría notado en las letras. Quedaba el dibujo original, la piedra madre nueva, trazada a mano. Y la matriz la habían dibujado dos personas: un catalán con fiebre y sus manos prestadas.

Santos sabía que él no había sido. Sabía —hora por hora, perla por perla— lo que sus manos habían hecho en esa piedra.

Lo otro lo supo en agosto.



Serra amaneció bien un domingo, de esas mejorías traicioneras de los enfermos de tuberculosis, y pidió que lo sacaran al patio, al sol, con café y su manta, porque quería —dijo— pasar revista a sus dominios. Santos le hizo compañía. Hablaron del oficio, de Barcelona la del otro mar, de un hijo que Serra había tenido y enterrado allá antes de embarcarse, de los santos que ya no le encargaban porque la guerra tenía a Dios ocupado. En una pausa, sin cambiar el tono, el viejo dijo:

—El caballo lo volteé yo.

Santos tuvo el tino de no decir nada. El catalán se sopló el café.

—Cuarenta años pasando a la piedra el dibujo de otros. Santos de otros, membretes de otros, escudos de otros. Cuarenta años sin firmar nada, porque el litógrafo no firma: el litógrafo repite. —Miró el patio, las prensas dormidas del domingo, con el ojo entrecerrado del que mide—. Cuando me tocó dibujar la matriz de los centavos, con esta fiebre que me tiene la cabeza como campana, pensé: esta es la última piedra

de Joan Serra, y va a salir de aquí multiplicada por un millón, y no va a llevar mi nombre por ninguna parte. Y me dio la rabia, chico. La rabia santa. Y volteé el caballo.

—¿Por qué el caballo?

—Porque nadie mira el caballo. —Se rió, y la risa le costó una tos larga—. Esa era la gracia. Si volteo una letra, me lo tachan en la prueba. Si volteo el caballo, pasa por seis firmas, ya lo viste. La gente no mira lo que ve todos los días, chico: lo reza de memoria. Yo quería saber si en este país alguien miraba de verdad. —Se encogió de hombros, muy catalán—. Alguien miró: un oficinista, cinco meses tarde. No está mal. En Barcelona habrían sido tres meses.

—¿Y si lo hubieran descubierto a tiempo? Le costaba el contrato a don Enrique.

—A tiempo era imposible. Te lo dice el que armó la broma: el caballo zurdo estaba en la prueba que ellos mismos firmaron. La firma, chico, la firma — la gente firma como mira: de memoria. —Le tembló la taza; Santos se la sostuvo, y el viejo lo dejó hacer, que era su manera de estar grave—. Óyeme lo que te voy a decir, que es mi herencia, porque el tiralíneas ya te lo dejé en el testamento y no tengo más nada. Todo el que trabaja en esto que trabajamos nosotros firma donde nadie mira. Todos. El que imprime bien, firma en la perla redonda; el que imprime mal, en la perla chueca; y el que imprima mentira —que los va a haber, chico, en este país de papelitos los va a haber a montones— también va a firmar

donde nadie mira, porque no lo va a poder evitar: la mano es la mano. Tu oficio, si quieres tener oficio y no jornal, es ese: aprender a leer las firmas que no se ven.

El sol dio la vuelta al patio. Al viejo se le enfrió el café, y no volvió a pedir caliente.

De aquella mañana de domingo le quedaron a Santos tres cosas. Un tiralíneas de bronce, que llegó en octubre con el testamento más corto de los notarios de Caracas. Una regla de oro cuyo peso no sospechaba todavía —*leer las firmas que no se ven*—, la piedra angular de una ciencia que aún no tenía nombre. Y una respuesta que no le dio nunca a nadie, porque no era suya: si el caballito zurdo del sesenta y dos había sido rebeldía del litógrafo o descuido, Santos podía decirlo y no lo dijo. Dejó que la historia siguiera empataada.



De los centavos, el país usó los que necesitó y ni uno más, y los usó como se usa lo barato: sin mirarlo. La estampillita iba pegada en la faja del periódico; el periódico llegaba, la faja se rasgaba, y la faja —con su cuarto de centavo, con su caballito zurdo, con las perlas contadas de Serra y Aguirre— se iba al piso, al fogón, al fondo del gallinero. ¿Quién guarda la faja de un periódico? Nadie. Nadie en el mundo ha guardado nunca la faja de un periódico.

Por eso —y aquí está la ironía que habría hecho reír a Facundo Meza hasta las lágrimas— aquellos centavos humildes, los que nadie miró, los que la señora de la casa barría con la faja del periódico cada mañana, se estaban volviendo, sin que nadie lo notara, los más escasos del ramo: usados casi no quedaban, porque casi nadie los usó dos veces. El vuelto del vuelto, la estampilla que nadie miró, escaseando precisamente porque nadie la miró. La eficiencia doméstica de un país entero —esa señora que barría la faja cada mañana— resultó ser, sin proponérselo, la mayor fabricante de rarezas de nuestra filatelia.

La historia guarda lo que le da la gana, había aprendido Santos en una estafeta de La Guaira. Ahora aprendía el corolario, que es más fino: también bota lo que le sobra, y es caprichosa hasta para botar.

Pero todo eso estaba por verse, y en agosto de 1862 nadie en Caracas tenía cabeza para lo que estaba por verse. El presente eran las fiebres subiendo del Tuy, la guerra sin frente, el dos reales tirándose de noche, el interventor contando hojas a las siete. Y en San Jacinto, en un patio de geranios, una tos chiquita que no se iba con los remedios caseros y que ya, algunas noches, no lo dejaba a uno oír la risa.

El año sesenta y tres venía en camino, y venía cobrando.



CAPÍTULO 7

El año terrible

Caracas, 1863

Los años malos avisan temprano. El sesenta y tres avisó el dos de enero, cuando la máquina de coser francesa de la casa de San Jacinto amaneció callada.

Santos llegó el viernes con la puntualidad de tres años y encontró la puerta entornada y a la vecina de enfrente adentro, revolviendo agua de flores. Llevaba dos días mandando en aquella cocina y nadie se lo había pedido. Rosalía estaba en el cuarto, sentada contra los almohadones, con el pelo recogido de cualquier manera y los ojos demasiado brillantes, y lo primero que hizo al verlo fue lo que hacía siempre con todo: ponerlo en su sitio.

—No me mires así, que no es la peste. Es la fiebre esa que anda. Se pasa.

No se pasaba. La fiebre esa que andaba —la del Tuy, la de los valles, la que subía con las mulas de carga y ya no distinguía cerro ni casa— iba y venía en olas, y cada ola se llevaba algo: las fuerzas primero, el apetito después, la costura enseguida. Familia no había que avisar, ni de ella ni del difunto Fermín, y lo que en cuatro años de casada y tres de viuda había sido su libertad se volvió entonces su desprotección: la enfermedad la administraron una vecina, dos costureras del gremio y un oficial de imprenta que llegaba los martes y los viernes con remedios contra la fiebre y con hambre atrasada de verla. Las cobranzas del interior seguían tan alzadas como los vendedores; la costura, que era el pan, se paró con la máquina; y la guerra se estaba acabando afuera: contando plata y haciendo listas.

Santos hizo lo que se podía hacer, que era poco y era todo: pagó al médico con sus reales de oficial, vendió sin decírselo su cadena de reloj de un peso —el único lujo que se había comprado en la vida—, aprendió a preparar los remedios contra la fiebre, le leyó la Gaceta en voz alta salteándose los partes de guerra, y le sostuvo la conversación como se sostiene una taza que tiembla: sin que se note. Ella lo dejaba hacer, que era su manera de estar grave.

Una noche de marzo, en una tregua de la fiebre, con la ventana abierta porque ella no soportaba el cuarto cerrado —*el aire encerrado es de velorio, y yo velorios coso, no ensayo*—, Rosalía estuvo lúcida y de buen humor, y habló más que en todo el mes. Ordenó su vida en voz alta con la eficacia

con que ordenaba todo: la máquina francesa era para la vecina, que tenía cuatro muchachos; los retratos, para nadie, que los quemaran; las deudas estaban escritas en el cuaderno azul, y eran dos, y chiquitas.

—Y a ti no te dejo nada —dijo, mirándolo— porque no hay papel donde quepa lo que te dejo. Un baúl de mañas te dejo. Bailas mejor de lo que crees y peor de lo que te dije. Sabes callarte, que vale una fortuna. Y duermes con la ventana abierta, que eso me lo debes a mí y no se te va a quitar nunca. —Se acomodó en el almohadón, cerrando el trato—: Cástate con la muchacha de las cartas.

—Rosalía...

—No me interrumpas, que estoy repartiendo la herencia. La de la letra pareja, la que te escogió la estampilla borrosa a propósito. A esa no se le escapó nada nunca, Santos Aguirre. Las demás te vamos a querer un rato. Esa te va a *mirar*. Es distinto. —Y como él no encontraba la voz, ella encontró la risa, la de siempre, la que valía más que todo lo demás, aunque ahora costara una tos—: Anda, cierra la boca. Y sácame a bailar, que estoy aburrida de este cuarto.

La sacó a bailar. Una contradanza sin música, cuatro pasos entre la cama y la ventana, ella en camisón y descalza, marcando el compás con la cabeza en el hombro de él, hasta que las piernas no dieron y siguieron el baile sentados, meciéndose apenas, como se mece la gente mayor.

Fue esa misma noche, ya de madrugada, con la fiebre subiendo otra vez, cuando lo mandó al escritorio.

—En el rincón donde está la caja de las cartas hay una tabla del piso más corta que las otras. Levántala. Trae lo que hay debajo. Y trae también las maestras, el atado de la cinta verde.

Lo que había debajo era un cofre chico, forrado de cuero como la caja, con una cerradura de nada. Pesaba como pesa lo que no es papel. Santos lo puso sobre la cama y no hizo la pregunta, porque tres años con Rosalía enseñan a no hacer preguntas que ya vienen contestadas en camino.

—Esto te lo llevas hoy —dijo ella—. Así, cerrado. Lo abres en tu casa.

—No.

—Mírenlo. Ni sabe lo que es y ya lo está rechazando. —Se acomodó contra el almohadón, tomando aire para el discurso, porque discursos sí le quedaban—. Óyeme, Santos Aguirre, que esto no es cariño: es aritmética. Yo no tengo a nadie. Cuando yo me muera, esta casa la abre un juzgado, porque los bienes del que muere sin herederos se llaman vacantes y son del Fisco. ¿Y tú sabes quién es el Fisco este año? El que ganó la guerra. Un gobierno nuevo, con la caja vacía y las listas frescas. Van a venir, van a contar hasta las cucharas, y todo lo que esté en esa lista se lo lleva el Gobierno. Lo que no esté, no.

—Rosalía, yo no puedo...

—No te estoy regalando nada, que no te alcanza la cara para cargarlo. Te lo estoy dando *a guardar*. —Le puso la mano encima de la mano, sobre el cofre—. Ese fue el ahorro de Fermín, moneda a moneda, y lo escondí yo sola la semana del entierro, cuando los acreedores andaban oliendo la casa. Tres años lo he tenido debajo de esa tabla sin tocarlo, pasando apuros, cosiendo lutos ajenos, porque el día que una viuda sola enseña oro, ese día se le acaba la viudez o se le acaba el oro. Velo así: eres mi depositario. Si me salvo de esta fiebre, me lo devuelves enterito y no se habló más. Si no me salvo... — se encogió de hombros, con la elegancia intacta— entonces que me herede alguien que me quiso, por fuera de la lista. Es la única herencia que en este país no se puede quemar ni embargar: la que no existe.

Santos se llevó esa noche el cofre sin abrir y el atado de la cinta verde —las maestras: la Franca, la Debe, la Certificada, la de Liverpool con sus tres marcas encimadas, las cubiertas con que ella le había enseñado a leer por fuera—, cruzando Caracas a oscuras con el corazón en la boca, no por los ladrones sino por el peso.

Murió en abril, un martes al amanecer, con la ventana abierta.

Al entierro fueron el cura, la vecina, dos costureras del gremio y un oficial de imprenta que nadie supo quién era. Coronas no hubo: no había de quién.

Los retratos los quemó Santos en el patio de geranios esa misma tarde, como estaba mandado, y lo hizo a tiempo, porque antes de una semana llegó el juzgado. Bienes vacantes: así llama la ley a lo que queda del que muere sin herederos, y lo manda entero al Fisco —y el Fisco de aquel año acababa de ganar una guerra y venía con hambre—. Un notario inventarió la casa renglón por renglón, la sala, la loza, la cama, los geranios no porque no se dejaban cargar, y contra la lista no valió nada: la máquina de coser francesa, que Rosalía había regalado de palabra a la vecina de los cuatro muchachos, apareció asentada con su número y se la llevaron con la vecina llorando en la puerta, porque lo dicho de palabra no existe para un inventario. El escritorio de don Fermín salió después en el remate, en un lote de «muebles y papeles de uso», y la caja forrada de cuero —veinte años de correspondencia de la casa Osío, atada en cintas de algodón estampado— la compró un pulpero por lo que pesaba el papel, para envolver.

Santos se fue de aquella casa con las manos en los bolsillos y una certeza nueva acomodándose adentro, fría y útil como el tiralíneas de Serra: la vida no espera a que uno termine el aprendizaje. Ni la vida ni la muerte ni el país. Todo llega antes de tiempo, menos la justicia.

Durmió con la ventana abierta esa noche, y no volvió a cerrarla.



El cofre lo abrió una semana después del entierro, de madrugada, en el altillo, con la tranca puesta y una vela sola.

Adentro, envueltas en un pañuelo que todavía olía a alcanfor, había cuarenta y una monedas de oro. Y ninguna era venezolana — no por capricho del difunto, sino porque no podía haberla: la República, en todos sus años de vida, no había acuñado ni una sola moneda de oro.

Las fue poniendo en fila sobre la manta, como quien forma una caja de tipos nueva, y la fila tenía su orden, porque Fermín Osío hasta muerto tenía la caja ordenada. La tropa grande eran las onzas: treinta y seis, españolas y mexicanas — las españolas con reyes de perfil que ya no reinaban, Carlos IV, Fernando VII, las que la gente llamaba peluconas por la melena del retrato; las mexicanas con el águila parada en el nopal—. Y esas, aunque nacidas afuera, eran moneda de Venezuela con todas las de la ley: como el país no acuñaba oro propio, la ley le daba paso al ajeno con tarifa fija, y cualquier casa de comercio de Caracas, cualquier aduana, cualquier notario recibía la onza por sus dieciséis pesos fuertes sin mirarle la bandera, porque lo que se pesaba era el oro y no el rey. Con onzas se pagaban las casas, las goletas, los rebaños y las dotes; en onzas se guardaban los sustos. Era la moneda grande del país — solo que el país no la fabricaba: la heredaba del comercio, como se hereda un apellido.

Las otras cinco eran otra cosa, y Santos, que ya sabía leer por fuera, entendió el orden del difunto: cuatro libras esterlinas con una reina Victoria jovencita —la misma reina de

perfil del penique negro, pensó, y le pareció justo que la señora anduviera en las dos cosas— y un napoleón francés de veinte francos, el último sobreviviente de los que iban y venían a Burdeos. Esas no eran para gastarlas aquí: eran para pagar allá. La libra era la plata de Liverpool, de donde venía el algodón estampado; el napoleón, la de Burdeos, de donde venían las holandas; y el importador que las guardaba se ahorrraba el descuento del cambista del puerto a la hora de remitirles fondos a sus corresponsales. En Caracas valían lo que pesaban y había que negociarlas; en su tierra valían lo que decían. Moneda de ruta, no de plaza: la caja de un comerciante, leída por fuera, era también un mapa.

Y mientras las contaba, Santos repasó sin querer, como se repasa el catecismo, el cono monetario del país —así le decían los oficinistas al juego completo de lo que corría, y él lo conocía por el mostrador y por la quincena—. Abajo de todo, el cobre criollo: los centavos con la cabeza de la Libertad, el centavo y sus mitades, mandados a acuñar a Inglaterra por barriles; la moneda del pueblo, la del pan y la del periódico, la única que nunca se escondía porque no valía la pena esconderla. Encima, la plata: la República había estrenado apenas en el cincuenta y ocho una plata suya, con la misma Libertad de perfil, del medio real a la pieza de a cinco, acuñada en París y tan bien hecha que duró poco —porque la moneda buena, en tiempos malos, no circula: se acuesta, se entierra, se funde o se embarca—, y el hueco lo llenaban, como toda la vida, los pesos fuertes españoles y mexicanos, los

duros de los tratos, y por el occidente todavía la macuquina vieja, la plata recortada de la colonia, prohibida por ley y viva por costumbre.

Las cuentas se llevaban en pesos y en reales, y las finas en centavos —el peso fuerte de cien centavos—, y por eso el correo cobraba las cartas en medios reales y los periódicos en centavos, y asentaba en sus libros «estampillas y media» con seriedad de notario: la estampilla, a fin de cuentas, era la única moneda menuda que a la República le salía bien y a tiempo. Y arriba del todo, el oro sin patria propia: la onza a dieciséis pesos, reinando sobre un país que la usaba, la contaba y la escondía, pero no la fabricaba.

Santos hizo la suma tres veces, con la punta del lápiz, en un papel que después quemó en la vela: seiscientos y tantos pesos fuertes. Más de lo que había ganado en su vida entera, contada toda. Años de sueldo de un oficial de imprenta, dormidos en un pañuelo con olor a alcanfor: la plata de las telas de Fermín Osío, cobrada mostrador por mostrador en veinte años de telas estampadas y finas, escondida dos veces —de los acreedores primero, del Fisco después— y salvada de la lista por una mujer que ya no iba a volver por ella.

No le dijo a nadie. Ni a Neun, que era honrado; ni al tío Eusebio, que era más honrado todavía; ni a Marina, a la que ya se lo contaba casi todo —y ese *casi*, desde esa noche, tuvo peso y brillo de metal—. No por avaricia: por gramática de la época. La guerra se había cobrado en préstamos obligatorios que nadie vio devolverse, los dos bandos habían aprendido el

camino de las casas con plata, y en un país de purgas y de listas, el oro sin papeles no tiene dueño: tiene quien lo posea, y a quien lo posea y lo enseñe le inventan encima el delito que lo explique. Guardó las monedas en el fondo falso del baúl, debajo del silabario de su madre, junto al par de estampillas de cabeza y al atado de la cinta verde, y acomodó encima la ropa con un cuidado nuevo, de sacristán.

No es mío, se dijo, apagando la vela. *Es un depósito*. Y lo fue: no tocó una moneda en años, ni cuando pudo, ni cuando quiso, ni cuando hizo falta poco. Aquella madrugada del altillo fue la segunda vez que Rosalía Berroterán le enseñaba su oficio sin nombrárselo: la primera lo había hecho coleccionista; la segunda, custodio. Su primer capital le había llegado como le llegaba a él todo lo que importaba: sin papeles, de noche, y con instrucciones de callar.



La tercera muerte del año terrible le llegó por la valija. Todo lo grave le llegaba así. Serra se había ido primero, en el taller; Rosalía después, en San Jacinto; faltaba ella, en el puerto.

La subió Eusebio a mediados de mayo, y por primera vez en su vida no traía la primicia brillándole en el ojo bueno: la misma fiebre de los valles había bajado a la costa con las mulas de carga, y en el rancho del Guamacho la madre de Santos llevaba una semana en la estera de dormir, temblando entre ropa ajena que ya no alcanzaba a lavar. «Baja,

muchacho, y baja hoy —dijo el tío, descargando la valija con más cuidado que nunca—, que el calor del puerto no les da espera a los enfermos.»

Bajó el cerro esa tarde por el camino de las mulas —el mismo que había subido a los quince años con un silabario y seis reales cosidos en el pantalón—, y lo bajó en la mitad del tiempo y con el doble de peso. No había vuelto a La Guaira sino de paso, tres o cuatro veces en cinco años, siempre con la valija y siempre con prisa; le mandaba a la madre unos reales cada quincena por mano de Eusebio, y una carta cuando la culpa apretaba, y se decía que con eso cumplía. Cumplía a medias, y lo supo bajando: al puerto donde había nacido sin padre y con hambre no había querido volver a mirarlo de frente, porque mirar hacia abajo, cuando uno se ha pasado la vida trepando, cuesta más de lo que uno confiesa. La cuenta de esos cinco años la iba a pagar toda junta y tarde. Nadie se la había pasado: se la había hecho él solo, un real y una carta a la vez.

Llegó a tiempo para lo último, que no fue mucho, porque su madre nunca había gastado palabras de más, ni siquiera para irse. Lo reconoció, le apretó la mano con la fuerza terca que le quedaba en los dedos de treinta años de lavar, y no le dejó ni discurso ni encargo: le dejó, como toda la vida, el ejemplo del silencio y una sola palabra, que dijo mirándolo, con el orgullo entero de la mujer que había sostenido sola lo que nombraba. «Aguirre.» El apellido que ganó sin marido y defendió sin ayuda, y que el hijo llevaba puesto sin saber todavía que era la

última piedra. Murió esa madrugada, con la misma economía con que había vivido, sin más vela que la del rezo del padre Ceferino — el mismo cura viejo que doce años antes le había completado gratis al muchacho las letras que los reales de ella no alcanzaban a pagar.

La enterraron al otro día en el cementerio de la cuesta, con el mar de fondo y sin más cortejo que Eusebio, dos lavanderas del gremio de ella y el cura. Coronas no hubo: no había de quién, ni falta hacía. Y Santos, que en aquellos tres días de puerto pasó dos veces por la calle de la estafeta, no tocó en la casa de los Landaeta. Se dio razones —el luto, la prisa, que un entierro no es manera de presentarse— y ninguna era la de verdad: la de verdad era que a Marina la tenía escrita y no vivida, y no sabía todavía si le alcanzaba el valor para cambiar la carta por la puerta. La saludó como la saludaba siempre, de lejos: un mes después, desde el altillo, en pliego y medio.

Volvió a subir el cerro al tercer día, con menos bulto del que había bajado y más peso del que se ve. En el baúl de Caracas, el silabario de su madre —el que se había llevado a los quince años «porque ya no lo necesitaba»— dejó esa noche de ser un recuerdo de la casa y pasó a ser lo que de verdad era: la única lápida con letra que ella iba a tener. Lo acomodó en el fondo falso, junto al oro de Rosalía y al par de estampillas de cabeza. Dos mujeres le habían enseñado a leer —una las letras, la otra el mundo—, y el año terrible se las llevó a las dos con tres semanas de diferencia; y las dos, ahora, viajaban en el mismo baúl.



La guerra se acabó en mayo, en una finca ganadera llamada Coche, a dos leguas de Caracas, y se acabó como había profetizado Eusebio: con un abrazo de generales cansados. El Gobierno de los godos —los del bando conservador— firmó su rendición con maneras de convenio; la Federación entró a Caracas en julio, con el mariscal Falcón al frente, y la ciudad, que había pasado cinco años oyendo la guerra de lejos, se echó a la calle a vitorear a los que llegaban con el mismo entusiasmo con que habría vitoreado a los contrarios, porque lo que la ciudad vitoreaba, en el fondo, era que se hubiera acabado.

Doscientas mil almas había costado. La cifra no la sabía nadie entonces —las cifras de las guerras se saben después, cuando ya no sirven—, pero se le veía la cara: pueblos enteros del llano borrados del mapa postal, rutas de correo que ya no llevaban a ninguna parte, y en cada familia del país, en las de arriba y en las de abajo, un hueco con nombre.

Con la paz llegó la purga, que era la costumbre. La Federación había ganado, y el que gana coloca a su gente, y para colocar hay que desocupar.

En La Guaira desocuparon, entre muchos, a don Braulio Landaeta.

Veinticuatro años de estafeta no pesaron nada contra la denuncia escrita que presentó su propio ayudante —un tal Cordero, que había pasado la guerra sacando punta a los

lápices de don Braulio— acusándolo de «notoria adhesión al régimen oligarca»: la prueba era que en el sesenta había despachado sin chistar la correspondencia oficial del Gobierno de entonces, que era exactamente su obligación y exactamente lo que Cordero había ayudado a hacer. El expediente duró lo que tardó en firmarse. A Cordero le dieron la estafeta. A don Braulio, las gracias no se las dio nadie.

La carta de Marina contando aquello llegó en agosto, y era la carta de una mujer que Santos no conocía todavía: seca, precisa, sin una queja, con la rabia planchada entre las líneas como se plancha un luto. El padre no estaba preso, gracias; estaba en la casa, que era casi peor, sentado en el corredor mirando el mar y levantándose por reflejo cada vez que sonaba la campana del vapor. La madre había empeñado los aretes buenos. Y ella —aquí la letra pareja apretaba un poco el paso, único signo de emoción en pliego y medio— había puesto escuela: leer, escribir y contar, a real por semana por muchacho, en el corredor de la casa, ocho alumnos para empezar, hijos de estibadores y de arrieros, *gente que aprende rápido cuando lo que se lee es de uno*, y que ya eran once.

No le cuento esto para que me tenga lástima, cerraba, sino porque usted es la única persona a la que puedo contárselo sin explicarle nada. Los demás preguntan cómo está su papá. Usted va a entender que le diga: mi papá era la estafeta. Me quitaron a mi papá y le dejaron el cuerpo sentado en el corredor.

Santos leyó la carta dos veces, y esa noche, en el altillo, hizo por fin lo que no había podido hacer en enero del sesenta y uno, cuando rompió la del talabartero: escribió sin mentir. Le contó de Rosalía —todo: el nombre, los viernes, la contradanza, la ventana abierta, la herencia sin papel—, le contó del caballo zurdo y del catalán que firmaba donde nadie miraba, le contó del miedo que le tenía a la palabra que venía ahora, que era una palabra de pájaro. Diecinueve pliegos. Los franqueó con dos reales exactos de la despeinada y los mandó con Eusebio, y pasó las dos semanas siguientes trabajando como un condenado para no pensar en el camino de vuelta de la valija.

La respuesta fue una sola línea, sin encabezado, con la letra pareja de siempre:

Ya era hora de que me escribiera con la ventana abierta. M.L.



Belisario Fonseca cruzó el año terrible sin mojarse, como cruzan los gatos el aguacero.

Se supo después —se supo siempre, todo, después— que desde el sesenta y uno la casa de comercio de la que era medio dueño había venido despachando géneros por dos bocas: por el puerto legal para el Gobierno, y por las ensenadas de Barlovento para la Federación, que pagaba mal pero pagaba en futuro. De modo que cuando la Federación entró a Caracas,

Belisario no tuvo que cambiar de chaqueta: hacía dos años que usaba las dos, y solo hubo que guardar una. Se le vio en los balcones de la entrada triunfal, con distintivo amarillo, brindando con dos coroneles que le debían plata.

A su padre, el vista Fonseca —el inspector de aduana—, la purga lo alcanzó en septiembre: treinta años de aduana, que en un vista son treinta años de secretos, no valieron contra la lista nueva. Se le formó expediente por «defraudación a la renta» — que era verdad, como era verdad de todos los vistas de todas las aduanas de todos los gobiernos, y por eso mismo era mentira: al viejo Fonseca no lo botaron por ladrón sino por godo, y lo de ladrón se lo pusieron para que no doliera tan claro.

El hijo no movió un dedo. Más fino: movió uno.

Cuando el expediente estaba listo para pasar al juzgado, con embargo y todo, el asunto se desinfló de la noche a la mañana —un testigo que se desdijo, un folio que se extravió— y el viejo vista pudo retirarse a Maiquetía con su casa y su silencio, jubilado por la puerta de atrás. Caracas, que lo sabe todo, supo el precio: la red del padre —los prácticos, los guardas, los patrones de lancha, los cuarenta años de sabérselas todas del litoral— pasó completa a las manos del hijo, aduana invisible incluida. Belisario no salvó a su padre: lo compró en remate privado, antes de que lo rematara el Gobierno.

Eusebio el Tuerto, que traía la historia del puerto con la valija, la cerró en el zaguán del taller con una sentencia de las suyas, de la teología del correo:

—Ese muchacho no traiciona, señores. Ese muchacho *cobra*. Todavía no ha nacido la persona a la que ese no le tenga abierta una cuenta.

Y nadie en el zaguán podía saberlo, pero en esa cuenta ya estaba asentado, desde un depósito de aduana de octubre de 1858, un muchacho descalzo que sabía leer.



La palabra de pájaro llegó en octubre, con papel sellado y firma de ministro.

El Gobierno de la Federación quería que hasta las estampillas proclamaran la victoria: fuera el escudo —el escudo entero, con su cornucopia y sus banderas y su caballito de querencias discutidas—, y en su lugar el águila con las alas extendidas, y la leyenda nueva: FEDERACIÓN VENEZOLANA. Si ganas la guerra, cambias el papel. El flamante Administrador General de Correos, el señor Federico Uslar, sacaba a licitación un millón de estampillas, y el pliego de condiciones corría ya por los talleres de Caracas levantando cuentas y codicias.

En la tipografía se leyó el pliego una noche, después del cierre, a puerta trancada. Neun lo estudió en silencio de punta a punta, dos veces, y luego lo puso sobre la mesa y dijo la cosa

como era, porque no sabía decirla de otro modo:

—Esta casa no puede presentarse. Esta casa imprimió cinco años la Gaceta de los vencidos, y tiene dueño extranjero, y las dos cosas juntas, hoy, son una lista donde no conviene estar. —Se quitó los lentes, los limpió con el delantal, se los puso—. Pero este país tiene la memoria corta y las manos pocas. Aquí no hay diez talleres que puedan tirar un millón de estampillas, y los que hay, yo los conozco a todos, y ellos me conocen a mí. Va a venir alguien, esta semana o la otra, a proponerme que la oferta la firme él y la imprima yo. Un criollo limpio, con apellido de a pie y amigos nuevos.

—¿Y usted qué le va a decir? —preguntó Facundo.

—Que sí. —Neun dobló el pliego por sus dobleces, como se dobla un pañuelo—. Se llama Hernández. Francisco Hernández, litógrafo. Firmará él, cobraremos a medias, y si dentro de veinte años algún tribunal de cuentas escarba los papeles, que se entretenga. —Miró a su gente, uno por uno, y en Santos se detuvo el segundo de más que era, en el alemán, un discurso entero—. Señores: vamos a imprimir el pájaro nuevo. Y lo vamos a imprimir con una condición que puse yo y que no está en el pliego, y que ustedes van a saber guardar como han sabido guardar todo: cada valor va a llevar una contraseña escondida. Una seña que no va a conocer ni el ministro que firme el contrato. Porque el escudo se cambia por decreto, y la bandera se cambia por decreto — pero al

falsificador, señores, no lo derogó nunca nadie, y con este país en paz y lleno de soldados sueltos, viene hambre, y con hambre viene ingenio.

Afuera, en la calle, pasó cantando un grupo con las coplas de la Federación. Adentro, en el cuarto de las piedras, la caliza nueva esperaba, pulida como agua quieta, a que alguien le dibujara un águila.

Santos pensó en Serra: *firmar donde nadie mira*. Pensó en Rosalía: *la vida no espera*. Pensó en su madre, y en la única palabra que le había dejado, que era un apellido. Pensó en la línea única de la letra pareja, guardada en el fondo falso del baúl junto a un par de estampillas de cabeza, el silabario que era una lápida, un atado de cubiertas viejas y un cofre que pesaba más que todo lo demás junto.

Tenía diecinueve años, tres muertos en el año, un oficio en las manos y un secreto por delante.

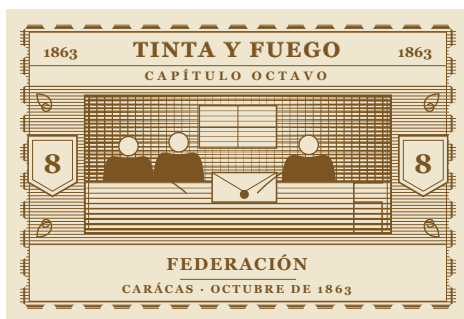
El caballito, por fin, se había quedado quieto. Eusebio, cuando se lo dijeron, no brindó:

—Quietos no, muchacho. Lo tumbaron. Ahora manda un pájaro. —Se echó la valija al hombro, camino del cerro, y remató sin voltearse—: Y los pájaros, para que tú lo sepas, comen más que los caballos.

P A R T E I I

EL ÁGUILA Y LA GUERRA

1863 · 1870



CAPÍTULO 8

Federación

Caracas, agosto-octubre de 1863

La licitación del millón de estampillas se publicó con todas las solemnidades, se anunció en los diarios, se fijó en las esquinas — y recibió exactamente una oferta.

No fue por falta de imprentas. Fue por sobra de memoria. Caracas tenía media docena de talleres capaces de tirar un trabajo grande, y los seis dueños hicieron, cada uno por su lado, la misma cuenta en la misma semana: el que le imprimiera la plata al Gobierno de la Federación quedaba casado con el Gobierno de la Federación — y los talleres, que imprimen la historia por encargo, son los primeros en saber que en Venezuela los matrimonios con el Gobierno duran lo que el Gobierno. El que ganara hoy la estampilla del águila, ¿qué imprimiría mañana, cuando volvieran los otros? ¿Y quién le pagaría las facturas atrasadas del águila difunta?

De modo que el pliego de condiciones circuló de taller en taller como una viuda rica y sospechosa: todos la miraban, nadie se le declaraba.

El único que se declaró fue Francisco Hernández, litógrafo, criollo, de apellido tan de a pie que en el directorio de la ciudad había que buscarlo con las señas de la casa. Ofreció hacer el millón a diez reales por millar, y su oferta, única, fue considerada, tramitada y aceptada con esa velocidad especial que toman los expedientes cuando no hay entre qué escoger.

Lo que el expediente no decía —pero que Caracas entera sabía por lo bajo y comentaba con admiración profesional— era esto: que detrás de la oferta de Hernández, a medias declaradas ante escribano de confianza y a medias selladas con un apretón de manos en la trastienda de una pulpería alemana, estaba la tipografía de Henrique G. Neun.

El pacto se había cerrado en septiembre, de noche, en el propio taller, y Santos sirvió el brandy. Hernández resultó ser un hombre pequeño, cincuentón, de manos manchadas como las de todos ellos, que traía su dignidad por delante y la puso sobre la mesa antes que nada:

—Quede claro entre nosotros, don Enrique, ya que no va a quedar claro en ninguna parte: yo no soy un testaferro. Yo soy un litógrafo con taller chico y apellido oportuno, y usted es un litógrafo con taller grande y apellido inoportuno. Yo pongo la firma y pongo trabajo; usted pone las prensas y pone el que sabe. Vamos a medias en lo que se cobre y a medias en lo que se pene.

—A medias —dijo Neun, y se dieron la mano.

Después Hernández miró alrededor, al taller dormido, a las prensas enfundadas, y añadió, más bajo, la única frase de la noche que era del todo suya:

—Y le voy a decir una cosa que usted ya sabe. A nosotros nos conviene este enredo, pero al país no. El día que imprimir la plata de la República sea un negocio que hay que hacer escondido, con el apellido de uno y las manos de otro... ese día, don Enrique, ya empezamos a ensayar el fraude. Lo ensayamos nosotros, que somos honrados. Los que vienen atrás no van a ensayar: van a estrenar.

Neun no contestó. En el rincón, un oficial de diecinueve años que fingía ordenar cajas sintió la frase pasarle por encima como pasa el aire frío del cerro: sin tocarlo todavía, anunciando el agua.



El Gobierno, esta vez, quiso guardar la piedra.

A alguien en el Tribunal de Cuentas — quizás escarmentado —que ya había aprendido la lección a la mala— por los años de guerra, quizás simplemente aficionado al lacre, que en las oficinas nuevas siempre hay un aficionado al lacre — se le ocurrió la novedad: la piedra matriz donde se grabaron las águilas no se quedaría en el taller del contratista, como toda la vida, sino que viajaría **sellada**, con sus marcas y sus fajas

lacradas, bajo custodia del Tribunal, y el contratista daría cuenta **diaria** —diaria, decía el oficio, subrayado— del número de estampillas impresas.

Neun leyó la comunicación dos veces y la archivó en el cajón con llave sin decir palabra, pero Facundo Meza le vio en la cara algo rarísimo, algo que hubo que mirar dos veces para reconocer, porque no salía nunca: aprobación.

—Al alemán le gustó —diagnosticó Facundo en el patio, incrédulo—. Veinte años imprimiéndole a este país la Gaceta, los reales y hasta los naipes, sin que nadie le cuente ni los estornudos, ¿y ahora que le mandan un inspector con lacre, le gusta?

Le gustaba. Santos, que ya sabía leer al alemán mejor que nadie —era, después de todo, su oficio: leer las firmas que no se ven—, entendió por qué, y lo entendió con una punzada de culpa vieja, del año del pliego invertido: *el asiento*. Un taller vigilado es un taller creído. Cada estampilla contada por el Gobierno era una estampilla que nadie podría, nunca, discutirle a la casa. El lacre del Tribunal no era una desconfianza: era un certificado diario de nacimiento — y de paso, aunque eso no lo dijera nadie, era la confesión de que el Estado empezaba a temerle a su propio papel.

La rutina que se instaló en octubre tenía, en efecto, algo de sacramento. A las siete, el inspector del Tribunal —un viejito seco, de levita verdosa, apellidado Roldán, que había contado onzas de oro en tres gobiernos y trataba las estampillas con el mismo desdén escrupuloso— rompía los sellos de la víspera

delante de dos testigos, y la piedra quedaba libre para el tiro. A las seis de la tarde, parada la prensa, se contaban las hojas —las buenas, las falladas, las manchadas: todas—, se asentaba la cifra en dos libros que no dormían bajo el mismo techo, y Roldán volvía a lacrar la piedra murmurando las cifras como un rosario. Al Ministerio salía entonces el oficio del día, con la cuenta y la fórmula de rigor, que a Santos, el primer día, le pareció el verso más raro que había producido la burocracia venezolana:

Hoy se dio principio al trabajo y se han tirado dos mil novecientos siete estampillas de a real (2.907), que son \$363,37½. Dios y Federación.

Dios y Federación. La divisa nueva —aquí, el lema oficial—, obligatoria al pie de todo oficio, casaba al Altísimo con la contabilidad en una sola línea, y remataba —Santos lo saboreó como un catador— en medio centavo. Trescientos sesenta y tres pesos con treinta y siete **y medio**. Ahí estaba otra vez, indestructible, la fracción nacional: ni la victoria, ni el águila, ni Dios en el encabezado habían podido con el medio centavo venezolano. Un país entra en la historia por sus batallas, pero se le conoce el alma por sus fracciones.

Diez días después, el oficio número 65 asentaba 43.911 estampillas de a real y 57.375 de a medio, y Roldán, que no había hecho un comentario personal en todo el mes, se permitió el único que Santos le oyó nunca, mientras lacraba:

—Van bien, señores. Sigán así y esta va a ser la única cosa contada de verdad que tenga la República.



El misterio del ciento cincuenta y tres lo destapó Cachito, porque los misterios de los talleres los destapan siempre los aprendices, que son los únicos que todavía preguntan.

Las hojas de las águilas salían de ciento cincuenta y tres estampillas: nueve columnas por diecisiete filas. Así lo había dispuesto el trazado de la piedra, así se contaban, así se remesaban: la primera remesa a la Contaduría fue de 30.600 estampillas por valor — doscientas hojas justas de cada uno. Y una tarde de conteo, Cachito, que llevaba la cuenta en voz alta, se plantó:

—¿Y por qué ciento cincuenta y tres? ¿Quién manda a hacer un número así? Cien, se entiende. Doscientos, se entiende. ¿Ciento cincuenta y tres?

—La piedra manda —dijo Facundo, que tenía respuesta para todo—. Nueve anchas por diecisiete altas es lo que da el formato con margen para el reporte. La aritmética de la caliza, muchacho: la hoja no es del tamaño que uno quiere sino del que la piedra deja.

Era verdad, y a todos les bastó. A todos menos a Santos, que esa semana escribía su carta de los jueves y, por llenar pliego, le contó a Marina el hallazgo de Cachito y la respuesta de Facundo. La contestación llegó con la valija siguiente, y

traía posdata de dos manos: la letra pareja primero, y abajo unos garabatos de pluma vieja que Santos conocía del catecismo del corredor.

Le consulté su número al padre Ceferino, que de cuentas de taller no sabe, pero de otras cuentas sí. Se rió mucho. Le copio lo que dictó:

«Dile al impresor que abra el Evangelio de Juan en el capítulo veintiuno. Pedro, después de la noche en vano, echa la red a la derecha y saca ciento cincuenta y tres peces grandes, contados uno a uno, y la red no se rompió. Los Padres de la Iglesia se pasaron mil años discutiendo por qué el evangelista contó los peces, y no lo sabe nadie: se cuenta lo que se ama, es la única explicación que ha prosperado. De modo que tu piedra saca del tiro ciento cincuenta y tres estampillas por hoja, contadas una a una por el Tribunal, y la red no se rompe. Que el que trazó esa piedra fuera hombre de misa o fuera hombre de margen, eso averígualo tú, que estás en el taller. Pero apunta esto que te dicta un viejo: en este país las cosas salen torcidas tan a menudo, que cuando una sale redonda hay que sospechar que alguien, en alguna parte, estaba contando con amor.»

Santos guardó la carta en el fondo falso del baúl, con las otras. Nunca averiguó si el trazador de la piedra —que era Neun, que era él mismo ayudando, que era la aritmética de la caliza—

había pensado en los peces. Pero desde esa semana, cada vez que asentaba el conteo de la tarde, la cifra le sonaba distinto: *doscientas hojas de ciento cincuenta y tres*, y por debajo del número, como una filigrana, la red que no se rompió.



El águila la dibujó Santos.

No hubo ceremonia. Neun despejó la mesa grande un domingo de septiembre, puso el decreto con la descripción oficial —el águila con las alas extendidas, la leyenda FEDERACIÓN VENEZOLANA, el círculo de perlas, los valores—, puso papel, puso el modelo francés de un águila de manual de heráldica que había conseguido Dios sabe dónde, y puso encima, sin comentario, el tiralíneas de bronce de Joan Serra.

—Serra decía que usted repite muy bien —dijo—. Yo digo que ya repitió bastante. A las nueve pasa el modelo a la piedra chica. Yo reviso a las doce.

Santos dibujó toda la mañana con las manos frías. El águila del manual era un ave de imperio, pomposa, de museo; la que el país necesitaba —eso lo fue entendiendo con el tiralíneas en la mano— era otra: un pájaro que cupiera en un cuadrado de porte y se dejara leer de lejos, alas grandes y francas como los brazos abiertos de la amnistía, pecho al frente, nada de garras dramáticas, y arriba, en arco, las siete estrellas de las provincias fundadoras: un águila para cartas de comercio y de

madres, no para escudos de guerra. A las doce, Neun miró la piedra chica en silencio durante un minuto entero, que en el alemán era una ovación de teatro lleno, y dictaminó con dos palabras:

—Vuela. Repórtela.

Y así fue como el pájaro de la Federación —las Águilas— salió del tiralíneas de un catalán muerto, de la mano de un guaireño de diecinueve años, hijo de lavandera y de padre desconocido, que firmó como firmaba su maestro: donde nadie mira. En el círculo de perlas que rodeaba al águila, contadas una a una como los peces de la red.

Pero eso —las perlas, y lo que las perlas escondían— merece capítulo aparte. Porque esa misma semana, en el despacho del Administrador Uslar, se abrió sobre la mesa un pliego de papel de oficio; se escribió en él, a mano, una tabla breve que solo tres hombres vieron completa; se dobló, se lacró con cinco sellos, y se guardó en el archivo de la Dirección de Correos con una carátula que decía, con la mejor caligrafía de un país que acababa de salir de la guerra:

Contraseña de las estampillas. No se abra.



CAPÍTULO 9

El pliego sellado

Caracas, octubre de 1863

Los secretos de Estado, como las casas, se heredan con más frecuencia de lo que se fundan. El de las perlas venía de un muerto: de un gobierno muerto.

Se lo contó Neun a Santos la noche antes de la reunión en la Dirección de Correos, en el cuarto de las piedras, a la luz baja. Neun hablaba tan bajo que había que oírle dos veces cada frase, porque no iba a haber tercera.

—En enero de este año, cuando todavía mandaban los otros, yo firmé un contrato que usted no conoce. Ocho de enero. Un millón y medio de estampillas nuevas para la República. Me lo firmaron el Director de Correos, el señor Manuel Quintero, y el Contador, el señor José Márquez Salcedo: dos funcionarios serios de un gobierno que se estaba muriendo y lo sabía. —Neun limpió los lentes, despacio—. La

guerra se acabó en mayo. El gobierno se cayó encima de su propio contrato. De ese millón y medio no se imprimió ni una. Ni una, Aguirre: la emisión entera vive en un papel de archivo, como esos hijos que se mueren antes de bautizarse.

Santos esperó. Sabía que el alemán no contaba historias de difuntos por melancolía.

—Pero en ese contrato, el señor Quintero hizo escribir una cláusula que no se había escrito nunca en este país. —Neun citó de memoria, y por el ritmo se notaba que la había leído muchas veces—: *Que las estampillas lleven una contraseña para evitar en todo tiempo la falsificación; y la Dirección ha reservado en su archivo, cerrado y sellado, el pliego que las especifica.* —Se puso los lentes—. Cerrado y sellado. Un pliego que dice cómo distinguir lo verdadero de lo falso, guardado donde nadie lo lea. ¿Entiende usted la finura, Aguirre? La contraseña que todo el mundo conoce no sirve para nada: el falsificador la copia con lo demás. La contraseña tiene que existir y no saberse. Tiene que estar *dormida* en el archivo, esperando el pleito. El día que aparezca una estampilla dudosa, se rompe el lacre, se lee el pliego, se cuenta — y el papel mismo confiesa.

—¿Y el gobierno nuevo conoce esa cláusula?

—El gobierno nuevo heredó el archivo. —Neun casi sonrió, que en él era un fenómeno atmosférico—. Los gobiernos creen que heredan el poder, y lo que heredan son los papeles. El Administrador Uslar leyó el contrato muerto de enero,

encontró la cláusula, y la encontró buena y justificada. Me lo dijo con estas palabras: buena y justificada. Mañana vamos a la Dirección a especificar la contraseña de las águilas. —Miró a Santos por encima de los lentes—. Va usted también. Usted dibujó el óvalo. Usted va a poner las perlas.

Santos tardó un momento en hablar, y cuando habló no preguntó lo que el orgullo quería sino lo que el oficio mandaba:

—¿Cuántos hombres van a conocer la tabla completa?

—Tres —dijo Neun—. Y el pliego.



La reunión fue en el despacho del Administrador General, con las ventanas cerradas a las diez de la mañana, cosa que en Caracas equivale a izar bandera de misterio, y duró lo que dura una misa cantada.

Federico Uslar resultó ser un hombre de los que la Federación había puesto a administrar precisamente porque no habían peleado: pulcro, germánico de apellido y de escritorio, con la desconfianza tranquila de los contadores. Sobre la mesa había un pliego de papel de oficio, una escribanía nueva —un juego de escritorio con tintero—, y las pruebas de las cinco águilas —medio centavo, centavo, medio real, real, dos reales— clavadas con alfileres en una tabla forrada de paño de lana, como mariposas.

—Señores —dijo Uslar—, lo que se hable aquí no se ha hablado. Procedamos.

El sistema lo propuso Neun y lo afinaron entre los tres, discutiendo en voz baja sobre las pruebas como tres médicos sobre un enfermo ilustre. La contraseña tenía que cumplir tres condiciones, dijo el alemán, contándolas con los dedos: que no se viera sin buscarla; que no pudiera copiarse por accidente; y que pudiera verificarse en cualquier estafeta del país con el único instrumento de precisión que la República poseía en abundancia — los dedos de contar.

—Las perlas —dijo Santos.

Cada águila estaba rodeada por un círculo de perlas, y las perlas eran de todos los grabados del mundo: ningún falsificador iba a sospechar de un adorno que estaba en todas partes. Pero nadie, tampoco, las contaba. La gente no mira lo que ve todos los días: lo reza de memoria. De modo que la contraseña sería doble, y doblemente invisible: cada valor llevaría un número exacto y distinto de perlas — y una perla, una sola, deliberadamente fuera de línea, corrida de su sitio lo justo para que el ojo que no sabe pase de largo y el dedo que sabe la encuentre.

Se trabajó valor por valor, y Uslar asentaba cada acuerdo en el pliego con su letra de contador, en una tabla de tres columnas que Santos no olvidaría nunca, porque las cifras se le quedaron grabadas donde se graban las oraciones de la infancia:

El medio centavo: cincuenta y seis perlas, la contraseña en la perla 15. El centavo: cincuenta y siete, la seña en la perla 14. El medio real —el valor del pueblo, el más tirado, el que más tentaría al falsificador—: cuarenta y nueve perlas, y seña doble: en la primera, la superior del centro, y en la perla 13. Dos firmas para el que corría más peligro. El real: cincuenta y dos, la seña en la perla 12. El dos reales: cincuenta y tres, la seña en la perla 14.

—¿Por qué números tan disparejos? —preguntó Uslar, contador al fin—. ¿No sería más simple una escala: cincuenta, cincuenta y dos, cincuenta y cuatro...?

—Por eso mismo, señor Administrador —dijo Neun—. Lo simple se adivina. Un falsificador que descubra que el real lleva cincuenta y dos puede deducir la escala entera si la hay. Si no la hay, tiene que robarse el pliego.

—O contarlas estampilla por estampilla en las cinco águilas —dijo Santos, y los dos hombres mayores lo miraron—. Es lo que haría yo. Con las estampillas compradas en la mano y paciencia, la contraseña se saca sola: es cuestión de contar. La tabla le ahorra al que la tiene semanas de lupa, pero no es un candado, señor: es una ventaja. La única contraseña que el falsificador no puede sacar contando... —y aquí Santos oyó su propia voz decir la herencia de Serra, convertida en doctrina de Estado— ...es la perla fuera de línea. Porque esa no es un número: es una *intención*. El que copia, copia lo que entiende. Un error no se entiende: se corrige. El falsificador que copie

nuestras águilas va a enderezar nuestra perla torcida, señores, no va a poder evitarlo —la mano es la mano—, y en el enderezarla lo vamos a conocer.

Hubo un silencio de esos que los escribanos no saben asentar. Uslar miró a Neun; Neun no miró a nadie, pero se limpió los lentes con una lentitud que era, en su idioma, orgullo puro.

—Que conste así —dijo el Administrador, y lo hizo constar.

A las doce, Uslar leyó la tabla completa una última vez, en voz baja, como quien toma juramento; dobló el pliego en tres; lo lacró con cinco sellos —el suyo, el de la Dirección, y tres testigos ciegos que estampó sin mirar, girando el cuño—, y escribió en la carátula, con la mejor letra de un país recién salido de la guerra: *Contraseña de las estampillas. No se abra*. El pliego bajó al archivo de la Dirección de Correos esa misma tarde, a un cajón de hierro con dos llaves que no dormían en el mismo bolsillo.

Tres hombres y un pliego. Neun guardaba la tabla en la cabeza, porque la iba a imprimir. Santos la guardaba en las manos, porque la iba a dibujar, perla por perla, con el tiralíneas de un catalán que había muerto sin saber que su rabia santa —firmar donde nadie mira— acababa de ascender a política de la República. Y Uslar la guardaba en el archivo, dormida, esperando el pleito.

El pleito, aunque ninguno de los tres podía saberlo, ya tenía fecha: iba a despertar en el año sesenta y cinco, en julio, con un medio real que llegaría de provincia con tres perlas de más.



La invitación de Belisario Fonseca llegó en noviembre, impresa —la ironía era de la casa— en una tarjeta del propio taller de Neun: *El Sr. Belisario Fonseca ruega al Sr. Santos Aguirre le haga la honra de acompañarlo a comer el sábado, en su casa de la calle del Comercio, a las cinco.*

La casa de la calle del Comercio era nueva, de dos pisos, con lámpara de aceite inglesa en el zaguán y un comedor donde cabía el rancho entero del Guamacho. Comieron solos, servidos por una cocinera de casa grande, y Belisario estuvo —Santos tuvo que admitirlo— espléndido: divertido, generoso con el vino de Burdeos, lleno de historias del puerto que eran verdad a medias y buenas completas. A los postres, con el café, sacó el asunto con la naturalidad del que lo trae ensayado desde la sopa:

—Me dicen que el águila la dibujaste tú.

—Dibujo lo que me mandan.

—No te me pongas de perfil, Aguirre, que te conozco desde que cargabas cajas. Es un buen pájaro. Limpio. Se deja leer de lejos. —Belisario hizo girar el café, mirándolo—. Te voy a hablar claro, como se habla entre gente del mismo puerto. Yo

compro y vendo papel del Gobierno: vales, libranzas — documentos de pago—, estampillas por pliego, lo que la quincena escupe. En ese negocio, saber un día antes lo que va a pasar vale más que diez años de trabajo. Cuándo entra una remesa. Cuándo se retira una emisión. Qué valor se está acabando. Nada del otro mundo: fechas, cantidades. Cosas que en tu taller están escritas en una pizarra. —Dejó el café—. Pago bien. Pago mejor que bien. Y no te pido nada que sea de nadie: te pido lo que ya está en tu cabeza cuando sales a la calle.

—Lo que está en mi cabeza cuando salgo a la calle —dijo Santos— es de la casa que me lo puso ahí.

—Bonito. ¿Eso es del alemán o del cura?

—Es mío.

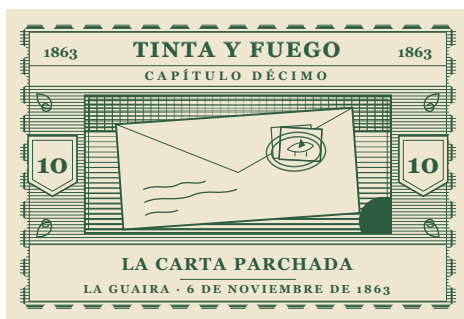
Belisario sonrió sin ninguna decepción, y eso fue lo que a Santos le quedó zumbando después: la falta absoluta de decepción, como la del pescador al que un pez le dice hoy que no.

—¿Sabes cuál es tu problema, Aguirre? Que tú crees que esto es una cuestión de virtud. Y es una cuestión de aritmética. —Se levantó, señal de que la comida había sido perfecta y había terminado—. Todo hombre tiene un precio. No me mires así: no es un insulto, es contabilidad. Lo que pasa es que el precio de cada hombre se imprime por partes, como las novelas de folletín. El tuyo todavía no está completo. —Lo acompañó al zaguán, le entregó él mismo el sombrero, y en la

puerta, bajo la lámpara inglesa, remató con la sonrisa intacta—: Pero se está imprimiendo, hermano. Se está imprimiendo. Y el día que salga el último pliego, el primero en leerlo voy a ser yo, que colecciono.

La calle del Comercio olía a lluvia vieja. Santos caminó hasta el taller dando un rodeo largo, con las manos en los bolsillos, y no le contó la conversación a Neun —el primer silencio de esa clase que guardó en su vida—, pero al llegar hizo una cosa que no había hecho nunca: entró al cuarto de las piedras, encendió la lámpara de aceite, y contó las perlas del medio real en la piedra matriz. Cuarenta y nueve. La primera y la perla 13 con su seña, exactamente donde su mano las había puesto.

Dormida. Esperando el pleito.



CAPÍTULO 10

La carta parchada

Caracas y La Guaira, noviembre de 1863

El aviso lo compuso Santos con sus propias manos, letra por letra, en la caja grande del taller, y por eso se lo aprendió de memoria antes que el país: la Administración General de Correos hacía saber que desde el día cinco de noviembre entraban en circulación las nuevas estampillas de la Federación, de medio real, un real y dos reales; que las administraciones principal y subalternas eran las únicas autorizadas para su expendio —la venta al público—; que de todo se llevaría registro — y que la correspondencia que no viniera franqueada con las nuevas estampillas *quedará sin dársele dirección*.

Firmaba: El Administrador, Cornelio Perozo.

Facundo Meza leyó la prueba por encima del hombro de Santos, y se detuvo donde se detenía todo el mundo.

—«Sin dársele dirección» —repitió, saboreando la fórmula—. Qué manera tan fina de decir una cosa tan bruta. La carta no se devuelve, no se multa, no se confisca: se queda *quieta*. Sin dirección. Como un burro sin arriero. —Movió la cabeza con admiración—. El que redactó eso conoce el alma nacional, muchacho. En este país las cosas no se prohíben: se dejan sin dársele dirección.

—¿Y no es mucho castigo? —dijo Santos—. El pobre hombre que franqueó anoche con la estampilla vieja, que era buena anoche, amanece hoy con la carta muerta.

—Por eso el aviso se imprime hoy y grande —dijo Facundo, volviendo a su caja—. Para que el pobre hombre no tenga excusa. Tú imprime, que la caridad no es ramo nuestro.

El aviso salió en *El Federalista* del día cinco, y en pliegos sueltos que se fijaron en las estafetas de la República — y cumplió su función con la eficacia despiadada de todo lo bien redactado: a partir del cinco de noviembre de 1863, en Venezuela, una carta sin águila era una carta sin dirección.

Lo que el aviso no decía —lo que los avisos no dicen nunca— era cómo iba a hacer el país real, el de los caminos y las pulperías, para enterarse a tiempo. Y de ese hueco entre el decreto y el mostrador nació, al día siguiente, en el mostrador de la estafeta de La Guaira, una carta que iba a vivir más que todos los que la tocaron.



Eusebio el Tuerto bajó a La Guaira el seis por la mañana con la valija de Caracas y el aviso fresco pegado en la tabla de la estafeta, y encontró el mostrador en estado de sitio.

Detrás del mostrador estaba Cordero —el ayudante ascendido, el del memorial contra don Braulio, que administraba su estafeta robada con el celo especial de los que saben cómo se pierde el puesto—, y delante del mostrador estaba media Guaira comercial, agitando cartas y reclamando en tres tonos. La goleta *Carmen Rosa* zarpaba para Puerto Cabello a mediodía; la correspondencia debía despacharse en la valija de las once; y las estampillas nuevas, las del águila, habían llegado a la estafeta la tarde anterior, casi de noche, cuando medio comercio ya tenía sus cartas franqueadas con las estampillas del escudo — que el aviso, desde esa mañana, convertía en estampitas religiosas: bonitas y sin ningún poder.

—¡Yo franqueé ayer a las cinco! ¡Ayer eso era plata!

—Ayer —dijo Cordero, con el aviso a la espalda, dándole golpecitos con el dedo— era ayer. El aviso rige desde hoy. Sin la nueva estampilla, la correspondencia queda sin dársele dirección. No lo digo yo: lo dice el Administrador Perozo.

—¿Y qué hago yo? ¿Despego la vieja? ¡Se rompe el sobre, se rompe la estampilla, y pierdo el porte dos veces!

—Puede usted rehacer el sobre —concedió Cordero, magnánimo— y comprar la estampilla nueva.

—¿Rehacer? —Otamendi levantó la carta como quien levanta a un herido—. ¡La goleta sale a las doce, hombre de Dios, y esto va lacrado, con la letra de cambio de un cargamento adentro! ¿Le rompo el lacre a una carta de negocios para pegarle su papelito nuevo?

En el rincón del mostrador, un viejo de sombrero de paja que esperaba su turno desde temprano dejó caer, sin dirigirse a nadie, la sentencia de otra época:

—En mis tiempos esto no pasaba. En mis tiempos la carta viajaba tranquila y pagaba el que la recibía, que para eso era el interesado. ¿Que la carta no llegaba? No se pagaba. Justo como la lluvia. Ahora hay que pagarle al Gobierno por adelantado, con papelito del pájaro del Gobierno, para que el Gobierno le haga a uno el favor de... —buscó la palabra en el aviso, con rencor— ...de *dársele dirección*. Cuando los correos eran cristianos, la dirección la daba el peón que caminaba, no el papelito.

—Y el peón era yo, don Crispín —dijo Eusebio desde la puerta, descargando la valija—, y usted me pagó siempre de mala gana y tarde, así que no me venga a llorar los tiempos. — Se abrió paso hasta el mostrador con la autoridad de sus treinta años de camino—. A ver, Cordero, ¿cuál es el pleito? Resuma, que la valija de las once no espera pleitos.

El pleito, resumido, era el comerciante Otamendi y una carta para Puerto Cabello —franqueada la víspera con un medio real del escudo, legítimo hasta la medianoche y difunto

desde el alba— que no era una carta cualquiera: iba lacrada, con la letra de cambio de un cargamento entero adentro, y tenía que salir en la goleta de las doce. Rehacerla era romper el lacre, copiar de nuevo la dirección de puño del corresponsal y volver a sellar, y para eso no daba el reloj; despegar la estampilla era destrozar el sobre; y Cordero, atrincherado detrás de su aviso, no cedía ni el canto de una uña, porque los Corderos de este mundo saben que su reino entero cabe en la letra del último oficio.

Eusebio miró la carta. Miró el pliego de águilas nuevas que Cordero custodiaba bajo el mostrador como un cajero su oro. Miró el reloj de la estafeta, que marcaba las diez y cuarto. Y resolvió el asunto como resolvía las cargas mal estibadas en mitad del cerro: sin teología.

—Otamendi: cómprele al señor administrador un medio real del pájaro. —Y antes de que el comerciante abriera la boca para protestar el gasto doble—: Y usted no despega nada, ni le rompe el lacre. Usted me la da a mí.

Mojó con la esponja del mostrador el águila nueva, la centró con dos dedos sobre la estampilla vieja —encima, tapándole el escudo al escudo, dejándole asomar apenas el borde de abajo, como al que le cierran los ojos se le deja la cara—, y la asentó con un golpe seco de la palma, de asentar aparejos.

—Ahí está. La carta viene franqueada con la estampilla nueva, que es lo que pide el aviso. El aviso no dice *dónde* tiene que estar pegada la nueva, ni dice que abajo no pueda haber una vieja acompañando. —Le alargó la carta a Cordero, con el ojo bueno muy quieto—. Léase su papel otra vez, administrador, que yo se lo oí completo esta mañana: «franqueada con las nuevas estampillas». Franqueada está. ¿O usted le va a enmendar la redacción al Administrador Perozo?

Cordero leyó el aviso. Lo leyó dos veces, buscando el renglón que le devolviera el reino, y el renglón no estaba: el que redactó la orden había previsto el fraude, pero no la ingeniería. Miró la carta parchada —el águila de la Federación sentada encima del escudo de la oligarquía, la historia de cinco años de guerra resumida en pulgada y media de papel engomado— y en su cara de escribiente pasó, un momento, el vértigo del hombre que intuye que está en presencia de algo más grande que su mostrador y decide no averiguarlo.

—Que pase —dijo—. Pero el registro lo asiento yo.

La carta se parchó en un minuto, delante de todos: Otamendi humedeciendo el borde otra vez por si acaso, Eusebio afirmando el águila con el canto de la mano, y hasta don Crispín, el nostálgico del porte en destino, estirando el cuello por encima del mostrador para ver de cerca la brujería administrativa. La valija de las once se cerró a las once. La *Carmen Rosa* zarpó a las doce con la marea, y la carta de Otamendi iba adentro.

Aquella carta debió morir su muerte natural de archivo y de fogón, como muere casi todo el correo. Pero fue a dar a manos de un comisionista de Puerto Cabello que jamás botaba un papel: durmió en un expediente setenta años, cambió tres veces de gaveta y dos de siglo, y acabó bajo el cristal de un caballero caraqueño llamado Carlos Heny, que la mostraba a sus amigos coleccionistas como quien muestra una reliquia sagrada: *fecha en La Guaira el seis de noviembre de mil ochocientos sesenta y tres —al día siguiente del cambio, señores—, el águila de medio real pegada encima de la estampilla de 1861*. La prueba física del día exacto en que un país cambió de símbolo con la goleta esperando.

Cualquiera que examine esa carta con lupa deduce correctamente el apuro, el aviso de Perozo y el ingenio del remitente. Todo, menos lo indeducible: que el remitente no fue el que escribió la carta, sino un arriero tuerto que no sabía leer, y que la solución no salió de ningún despacho sino de treinta años de asentar aparejos — porque en este país, el decreto dice lo que debe ser, y el mostrador hace lo que se puede, y entre los dos, cuando hay suerte, pasa el correo.



En Caracas, mientras tanto, el millón de águilas se acababa de contar.

La prensa paró el tiro a fines de noviembre; Roldán lacró la piedra por última vez, asentó la última cifra en sus dos libros que no dormían juntos, y el Tribunal de Cuentas dio por cumplido el contrato de Francisco Hernández, litógrafo —a diez reales por millar, con el acuerdo de palabra ya incluido—. En el taller se sirvió brandy del de los contratos, y Neun, contra toda costumbre, dijo unas palabras. Fueron cuatro:

—Bien contado, señores. Sigan.

Pero diciembre, que en Venezuela nunca ha respetado los brindis, traía ya en la valija las primeras cartas raras. Venían del oriente, de la administración de Barcelona, y no eran cartas de queja sino algo peor: cartas de excusa. El administrador de allá debía al personal de su oficina como cuatrocientos pesos de sueldos atrasados —la vieja hambre de las quincenas, que la paz no había saciado—, y por Barcelona empezaba a correr un rumor con muchas patas: que en aquella estafeta las estampillas se conseguían más baratas que en la tarifa, por la puerta del costado, sin registro y sin recibo.

Eusebio lo trajo masticado del camino, con su teología de siempre:

—Al empleado le deben cuatro meses. El empleado tiene la gaveta llena de papelitos que valen plata. ¿Cuánto tarda el hombre en hacer la cuenta? —Se encogió de hombros—. El fisco le robó primero, dice él. Él no roba: *cobra*. Este país, muchachos, es una fila de gente cobrándose en la oscuridad lo que le deben a la luz.

Neun escuchó sin comentario, pero esa noche se quedó en el escritorio hasta tarde, y Santos, que cerraba el taller, lo vio releer una copia de cierto pliego de condiciones y anotar algo al margen con su letra de piedra. Se acordó de la frase de Hernández, la de la noche del pacto: *los que vienen atrás no van a ensayar: van a estrenar*.

Todavía no. Todavía era diciembre del sesenta y tres, y el pájaro nuevo volaba limpio, y las perlas dormían contadas en su archivo. El estreno —el verdadero, el que despertaría al pliego lacrado y sentaría a Santos Aguirre por primera vez en la mesa de los peritos— venía en camino, con calma criolla, en el equipaje de un año que ya tenía nombre de sospecha.

Mil ochocientos sesenta y cuatro.



CAPÍTULO 11

Cincuenta y dos perlas

Caracas, 1864-1865

La primera investigación de estampillas de la historia venezolana empezó con un chisme y terminó con un sonrojo, y Santos Aguirre estuvo adentro desde el segundo día, porque el Gobierno, que no tenía peritos, tuvo que inventarlos — y el único molde disponible era un oficial de litografía de veinte años que sabía cómo estaban hechas las águilas porque las había hecho.

El chisme llegó en enero del sesenta y cuatro, creció en marzo y para mayo ya era expediente: en varias administraciones del interior —Barcelona sonaba más que ninguna, y detrás Barquisimeto— se conseguían estampillas por menos de su valor, por fuera del mostrador, sin registro.

La palabra corrió como corren esas palabras: *falsificación*. La Federación tenía año y medio en el poder, el águila año y pico en las cartas, y ya el país le discutía la pluma.

El Administrador Uslar convocó la comisión con la discreción de los contadores: un fiscal de Hacienda para la parte legal, un oficial mayor de Correos para la parte administrativa, y «una persona idónea en el arte» para la parte del papel. La persona idónea la puso Neun, con dos frases:

—Va usted. La casa no puede ir: la casa imprimió. Usted mira, cuenta, y no firma nada sin dormir primero.

El método lo estableció Santos solo, porque no había de quién copiarlo, y era de una sencillez de catecismo: a cada administración sospechosa se le pedían —sin anuncio, por la valija ordinaria, en oficios de rutina— muestras de sus existencias y ejemplares usados de su distrito. Y en un cuarto del fondo de la Dirección de Correos, con buena luz de la mañana, un ejemplar seguro de cada valor clavado en la tabla de franela, y una lupa de relojero comprada con vale del Ministerio, la persona idónea en el arte hacía lo que el padre Ceferino le había enseñado a hacer con el catecismo y Serra con las firmas invisibles: comparar contra lo seguro, y contar.

Contó durante meses. Contó perlas hasta soñar con ellas —cuarenta y nueve en el medio real, con sus dos señas en la primera y la perla 13; cincuenta y dos en el real, la perla 12; las tablas enteras del pliego lacrado desfilando bajo la lupa—,

midió márgenes con el tiralíneas de Serra, miró papeles al trasluz, comparó los verdes del dos reales tirada por tirada, que se los sabía como se sabe un padre las voces de sus hijos.

Y no encontró nada.

Nada. Todo lo que llegó de Barcelona era legítimo. Todo lo de Barquisimeto, legítimo. Perla por perla, seña por seña, papel por papel: águilas del taller, hijas de la piedra lacrada de Roldán, contadas en los oficios del Tribunal. Santos rindió su informe con la perplejidad honrada del que ha buscado bien: las estampillas vendidas por fuera en las administraciones del oriente eran *verdaderas*.

El fiscal de Hacienda completó el cuadro por su lado en dos viajes, y el cuadro, una vez completo, dio risa y dio lástima, que es la mezcla nacional por excelencia: el administrador de Barcelona debía a su personal unos cuatrocientos pesos de sueldos; el de Barquisimeto, otro tanto; y los empleados, cansados de cobrar en promesas, habían montado sobre la gaveta de las estampillas una tesorería paralela — vendían con descuento, se cobraban lo suyo del producto, y el registro, como el ojo de Roldán, miraba cantidades y no miraba almas. No era fraude contra el fisco, escribió el fiscal buscándole el ángulo al asunto: era el fisco pagándose a sí mismo por vías no previstas en la ordenanza.

En noviembre de 1864, el Gobierno informó oficialmente que no se había podido comprobar falsificación alguna. El expediente se cerró con alivio general. Los sueldos atrasados, por si acaso, no los pagó nadie.

—¿Y qué aprendiste tú de tu primer año de investigador? —le preguntó Eusebio en el zaguán, con el café.

—Que conté bien —dijo Santos—. Diez meses contando perlas y no se me pasó una. Cuando el papel es bueno, yo sé decir que es bueno. Eso aprendí.

—Aprendiste más —dijo el arriero, con el ojo bueno entornado—. Aprendiste cómo se ve un país por dentro de la gaveta. Guárdalo. Que la próxima vez que te llamen, no va a ser mentira.



La próxima vez fue en julio del sesenta y cinco, y no llegó por oficio: llegó por la puerta del taller, un viernes por la tarde, en la cartera de un comerciante de paños llamado Echezuría, que venía indignado de la estafeta.

—Me devolvieron la carta, Aguirre. ¡A mí! Dice el estafetero que la estampilla no le gusta. ¡No le *gusta*! ¿Desde cuándo las estampillas tienen que gustar? La compré aquí al frente, en la pulpería del isleño —un inmigrante canario—, que las vende con recargo de medio centavo, como todo el mundo...

Santos tomó el sobre con dos dedos, por cortesía, esperando encontrar el disgusto de siempre —una estampilla lavada, un borde comido, un matasellos confuso—, y el cuerpo le avisó antes que la cabeza, exactamente como el día del pliego invertido: un frío chiquito bajando del cuello, sin motivo visible. El medio real amarillo de la carta era un medio

real amarillo. Águila, círculo de perlas, leyenda, FEDERACIÓN VENEZOLANA. Y sin embargo la mano —*la mano es la mano*— ya sabía.

Lo llevó a la ventana. Sacó la lupa.

Contó.

Cuarenta y nueve perlas tenía que haber. Contó cincuenta y dos. Volvió a contar, señalando cada perla con la punta seca del tiralíneas, en voz baja, como un rosario: cincuenta y dos. Fue entonces a las señas. El medio real legítimo llevaba dos — la primera perla, la superior del centro, y la perla 13: las dos firmas del valor del pueblo—. El falso llevaba una, y la llevaba *mal*: una perla de arriba venía marcada, sí, pero no era la primera. El falsificador había visto la marca —algún ejemplar bien mirado con lupa le había enseñado que en la corona del águila había una perla distinta— y la había copiado a su manera, a ojo, corrida de su puesto. Y la perla 13 —la perla de Serra, la firma dormida, la intención que ningún copista puede copiar— no existía: cincuenta y dos perlas en fila impecable, equidistantes, redondas, *mejores* que las verdaderas.

El falsificador había contado mal y dibujado bien. Había mirado el águila con lupa, la había copiado con talento —el círculo era limpio, la leyenda pareja, el amarillo honrado—, y en las perlas, ese adorno que está en todos los grabados del mundo y que nadie mira, había puesto las que le cupieron: cincuenta y dos. Sabía que había firma —la había entrevisto—,

pero no sabía dónde iba ni cuántas eran, y la torcida de abajo la había enderezado, naturalmente, porque un error no se entiende: se corrige.

Lo vamos a conocer en el enderezarla. Su propia voz, dos años antes, en un despacho con las ventanas cerradas.

Santos se sentó, porque las piernas se lo pidieron. Echezuría, que lo miraba sin entender, recibió su primera lección de una ciencia que no tenía nombre todavía:

—Don Julián: esta estampilla no pasó nunca por una taquilla del Gobierno. Está falsificada. —Y ante la cara del comerciante—: Falsificada de imprenta, con piedra y con oficio. Hay alguien, en alguna parte, tirando medios reales por su cuenta.

—¿Y usted cómo lo sabe, si se ve igualita?

—Porque se ve igualita —dijo Santos, guardando la lupa— y no es igual. Me va a disculpar que no le explique más: el cómo lo sé es justamente lo que no se puede decir en voz alta. Pero necesito que me diga todo lo que se acuerde de la pulpería del isleño. Y la carta me la deja.



El pliego lacrado se abrió el nueve de agosto de 1865, y se abrió como se había cerrado: con las ventanas del despacho cerradas a las diez de la mañana.

Hacía falta la ceremonia, explicó Uslar, por una razón que era jurídica y era más que jurídica: el dictamen del perito Aguirre valía lo que valiera su palabra, pero el día que el asunto llegara a un tribunal — y ese día venía, porque ya la Administración, alertada, había hecho redada de existencias sospechosas en tres pulperías y dos casas de comisiones — agencias de intermediación—, y lo incautado subía a miles —, la prueba tenía que descansar en algo más que la memoria de un litógrafo joven. Tenía que descansar en un documento del Estado, anterior al delito, cerrado y sellado, contra el cual el papel confesara.

De modo que se levantó acta. Comparecieron el Administrador, el fiscal, el escribano, y los tres del secreto. Se sacó del cajón de hierro el pliego —*Contraseña de las estampillas. No se abra*— y Santos, que lo había visto lacrar, lo vio volver a la luz con una emoción rara, entre paternal y funeraria: el secreto que despierta es un secreto que empieza a morir. Se verificaron los cinco sellos, intactos. Se rompieron. Uslar desdobló el papel, leyó en voz alta la tabla con su voz de contador —el medio real: cuarenta y nueve perlas, la contraseña en la perla 13—, y el escribano asentó, y el fiscal comparó con los ejemplares incautados, contando él mismo, moviendo los labios, dos veces, y a la segunda levantó la cara con la expresión de un hombre que acaba de ver funcionar la pólvora:

—Cincuenta y dos. Señores... esto es una maravilla. El papel confiesa solo.

—El papel confiesa —dijo Uslar, seco— porque hace dos años tres hombres madrugaron a desconfiar. Asiente, escribano: comparados los ejemplares incautados con la contraseña reservada, resulta comprobada la falsificación del valor de medio real...

Comprobada. En el sesenta y cuatro, el Gobierno había investigado un rumor y encontrado un sonrojo. En el sesenta y cinco encontró la cosa misma: abundante existencia de estampillas ilegítimas que jamás habían pasado por sus taquillas, tiradas con esmero, vendidas con descuento por bocas que se cerraban apenas se preguntaba de dónde. Solo el medio real —y en ese detalle, lo vio Santos de una vez, estaba el retrato entero del falsificador—: *solo el valor de mayor consumo. El falsificador también sabe lo que se vende.*

De la imprenta madre, ni el rastro. Las pesquisas del fiscal murieron en dos testafierros y un depósito alquilado con nombre falso, pagado por adelantado —pagado, notó Santos en el expediente con otro frío chiquito, *por adelantado y sin regatear*, que era exactamente la manera de pagar de alguien a quien él conocía—. Pero la sospecha sin perlas no es dictamen, y las cuentas de Belisario Fonseca, si existían, estaban asentadas en un libro que no dormía en ninguna parte.

Lo que sí quedó, para los archivos y para la historia, fue el arma nueva. En agosto de 1865, por primera vez, el Estado venezolano condenó una estampilla contando las perlas de su círculo. La ciencia sin nombre había ganado su primer pleito.

Y el precio de la victoria —porque las victorias de archivo también facturan— fue el que Neun resumió esa noche en el taller, cuando Santos le contó el acta con el orgullo todavía caliente:

—Muy bien. Ahora escuche lo que sigue, porque sigue siempre lo mismo. —El alemán se quitó los lentes—. El Gobierno ya no puede confiar en su papel, y un gobierno que no confía en su papel hace una sola cosa: lo mata. Van a retirar las águilas, Aguirre. Todas: las falsas y las verdaderas, las de la piedra lacrada y las del bandido. Cuando el pastor no distingue las ovejas, quema el corral. —Volvió a ponerse los lentes y miró hacia el cuarto de las piedras, donde dormía la caliza que él mismo había entregado sellada al Tribunal—. Dos años de pájaro. Ya le decía yo a usted que en este país lo primero que cambia no son las leyes.

Se equivocó en una sola cosa: no fueron dos años. El dos de octubre de 1865, el mariscal Falcón firmó en un mismo día los dos decretos que mataban al águila — y el plazo que les dio a los venezolanos para canjear sus estampillas fue de cuatro días.

Cuatro.



CAPÍTULO 12

Cuatro días

Caracas, octubre-diciembre de 1865

El dos de octubre de 1865, el mariscal Falcón firmó dos decretos en la misma mesa, con la misma pluma, y entre los dos mató un pájaro y encargó una geometría.

El primero enterraba a las águilas. Con finura, eso sí — Santos, que ya sabía leer decretos como pliegos de imprenta, admiró la carpintería jurídica—: no se prohibía el *uso* de las estampillas, se prohibía su *venta*. El público pagaría el porte en efectivo en la estafeta, y el administrador, de sus existencias legítimas, pegaría la estampilla él mismo. De un plumazo, el mostrador quedaba convertido en el único territorio del águila: el falsificador podía imprimir medios reales hasta el juicio final, pero ya no tenía a quién

vendérselos, porque la estampilla había dejado de ser plata de bolsillo para volver a ser lo que era en el fondo: un asiento de libro con figura de pájaro.

—Elegante —concedió Neun, leyendo la Gaceta—. Le cierran la pulpería al bandido sin cerrar el correo. En Europa habrían hecho un edicto de veinte artículos y un cuerpo de gendarmes. Aquí: dos párrafos. La pobreza, Aguirre, es la madre de la elegancia administrativa.

El segundo decreto, refrendado por el ministro Álvarez de Lugo, encargaba la emisión nueva que reemplazaría a las águilas — y con ella venía el detalle que dio de comer a las tertulias de tres generaciones: ordenaba estampillas de forma *hexagonal regular*. Seis valores, con sus colores decretados uno a uno, del cuarto de centavo encarnado a los dos reales amarillos. Un hexágono: la República, que había estrenado los papelitos cuadrados como todo el mundo, quería ahora geometría propia.

Pero del hexágono hablaremos cuando le toque, porque entre los dos decretos venía, escondido en un artículo, el plazo que se comió el mes: los particulares que tuvieran estampillas compradas podían canjearlas por su valor en dinero, en las administraciones de correos... durante cuatro días.

Cuatro.



Facundo Meza sostuvo que el plazo lo había redactado un genio o un hombre con hambre, y que a esas alturas de la historia patria ya era difícil distinguirlos.

—Piénsalo, muchacho —le dijo a Santos, con la Gaceta abierta sobre la caja—. Si das un mes, el bandido tiene un mes para colar sus medios reales falsos por las taquillas y cobrarlos en plata buena. Si das cuatro días, el bandido no llega. Pero tampoco llega el pulpero de Ospino, ni la viuda de Güigüe, ni nadie que viva a más de dos jornadas de una administración. El decreto le cierra la puerta al ladrón machucándole los dedos a todo el que venía atrás. Así se legisla aquí desde la Colonia: se mata la culebra con la casa adentro.

Los cuatro días fueron los más largos que el correo venezolano había vivido. En Caracas, la cola de la Administración dio vuelta a la esquina desde el amanecer: comerciantes con pliegos enteros, señoras con seis estampillas en un pañuelo anudado, empleados públicos canjeando los restos de aquellas quincenas cobradas en papel, todos apurados, todos convencidos de que el dinero se acabaría antes que la fila — porque la única fe verdaderamente compartida por todos en este país es que el dinero se acaba antes que la fila.

Y entre la gente, moviéndose como pez en su agua, los compradores.

Aparecieron el primer día por la tarde, cuando ya se corría la voz de que en los pueblos sin administración las estampillas se estaban volviendo papel de forrar: hombres discretos, de vestir decente, que compraban águilas *afuera* de la cola —a setenta, a sesenta y cinco, según la cara y el apuro del vendedor— y entraban a canjearlas *adentro* a cien, por manos de terceros que hacían la fila por jornal. El negocio era limpio como una navaja: legal por donde se le mirara, imposible de reprochar artículo en mano, y rendía treinta por ciento en cuatro días a quien tuviera efectivo fresco y organización.

Efectivo fresco y organización. Santos no necesitó preguntar de quién eran los hombres discretos. Los vio operar desde la ventana de la Dirección —adonde Uslar lo había llamado esos días como perito de guardia, por si aparecían falsificaciones en el canje— y reconoció el estilo como se reconoce una letra: nadie apurado, nadie grosero, todos pagando al contado y sin regatear. La escuela del muelle de La Guaira, graduada con honores.

—¿Podemos impedirlo? —le preguntó al fiscal de Hacienda, que miraba por la misma ventana.

—¿Impedir qué? —dijo el fiscal, sin ironía, con cansancio—. ¿Que un particular le compre a otro particular un papel que el Gobierno declaró canjeable? Eso no es delito, Aguirre. Eso es *lectura*. Ese hombre leyó el decreto más rápido que nosotros.

De los medios reales falsos, en el canje de Caracas no apareció ni uno — ni uno que las taquillas atragantadas de aquellos cuatro días alcanzaran a mirar, se entiende, porque contar cuarenta y nueve perlas con lupa exige una calma que las colas no dan. Santos revisó lo que pudo, muestreando pliegos al azar con el estómago encogido, y no encontró nada. Pero semanas después, cuando el Tribunal de Cuentas cerró la aritmética del canje y la casó contra los libros de emisión, a Santos le tocó leer el borrador — y encontró, en el renglón del medio real, un exceso pequeño, incómodo, de esos que los cierres contables llaman «diferencia por investigar» y las investigaciones llaman después «diferencia»: se habían canjeado algunos miles más de medios reales de los que la piedra lacrada del inspector Roldán había parido en toda su vida.

El informe final no lo dijo así. El informe final habló de «diferencias atribuibles a la urgencia del plazo y a errores de conteo en administraciones subalternas», que es la manera en que los informes finales dicen *ya para qué*. Pero Santos guardó su copia del borrador en el fondo falso del baúl, junto al tête-bêche —el par con una estampilla invertida— y las cartas de letra pareja, y esa noche escribió en su cuaderno de taller, despacio, la frase que con los años repetiría a cada aprendiz de perito que pasó por sus manos:

El falsificador no cobró vendiendo. Cobró devolviendo. Le vendió al Estado, por la taquilla del Estado, la mentira que el Estado ya no tenía tiempo

de mirar. Apunte usted: el mejor momento para pasar un papel falso no es la calma — es el decreto.



Las águilas volaron su último día el treinta y uno de diciembre de 1865.

No hubo ceremonia, porque los papeles no tienen entierro: hubo un asiento de cierre en los libros, un «desde el 1.º de enero regirán las estampillas del nuevo tipo» en la Gaceta, y en las estafetas del país los pliegos sobrantes pasaron de la gaveta buena a la gaveta del fondo, camino del inventario, del olvido y —años después, cuando a alguien le estorbaran— del fuego de siempre. Dos años y dos meses había durado la emisión entera: el pájaro de la Federación, las perlas contadas de tres hombres y un pliego, la piedra lacrada de Roldán, los oficios de Dios y Federación con sus medios centavos.

—¿Tanto secreto, tanto lacre, tanta perla torcida — para dos años? —se lamentó Cachito, que había crecido con las águilas y les tenía ley.

—Dos años y la vida eterna —dijo Facundo, filosófico—. Porque ahora fíjate lo que va a pasar con las que queden. Muertas no sirven para el porte, ¿verdad? Entonces ya no son plata. Entonces el que las guarde no las guarda por interés... las guarda por *cariño*. —Saboreó la palabra, extrañado él

mismo—. Y lo que se guarda por cariño, muchacho, no se bota nunca. Vas a ver: a estas águilas les van a rezar todavía cuando tú estés viejo.

Facundo Meza no supo nunca hasta dónde había profetizado. Porque el medio real de las cincuenta y dos perlas no se retiró con sus hermanas: quedó suelto en el mundo, nuevecito casi todo —veinte sin usar por cada usado, la firma delatora del papel que nunca pasó por taquilla—. Un falso perfecto, abundante y barato, circulando de mano en mano con cara de honrado. El crimen no solo había quedado impune: se estaba volviendo respetable, que es lo peor que le puede pasar a un crimen.

Medio real, plancha redibujada de 1865: así se lo tragó el ramo, sin masticar —cincuenta y dos perlas en lugar de cuarenta y nueve, la leyenda más angosta, matriz retocada al agotarse la primera—. Una explicación limpia, elegante y falsa, de esas que se copian solas de mano en mano porque le ahorran a todo el mundo el trabajo de dudar. Al falso, para vivir tranquilo, no le hace falta que lo crean: le basta con que lo repitan.

La falsificación había entrado a los catálogos por la puerta grande, vestida de variedad oficial, y ahí se quedaba, cómoda y respetada — con un solo defecto, invisible para el que no lo busca: que de esa *plancha redibujada de 1865* no hay asiento en ninguna parte. La variedad más pulcra de la serie no tiene

partida de nacimiento. El que se atreva a preguntar dónde está el papel que la autoriza, se va a encontrar con lo que se encontró Santos: nada.

Pero eso venía después. En enero de 1866, lo que amaneció en las taquillas de la República fue otra cosa: la emisión nueva, la del decreto de los hexágonos.

Que salió cuadrada.



CAPÍTULO 13

Las cuadradas

Caracas, 1866-1870

El hexágono murió en una mesa de dibujo, un sábado de noviembre de 1865, y Santos Aguirre estuvo entre los que lo lloraban.

El contrato de la emisión nueva no fue para la casa de Neun. Fue para Félix Rasco —litógrafo criollo, taller en crecimiento, sonrisa de primo querido y amistades nuevas en todos los despachos del gobierno de Falcón—, y fue para él por las razones de siempre, que nadie escribió en ninguna parte: el alemán había impreso las águilas, las águilas habían terminado en falsificación y decreto de muerte, y aunque nadie en su sano juicio culpaba al taller, los gobiernos no premian a los talleres de las emisiones difuntas. Rasco olía a empezar de nuevo. En este país, oler a empezar de nuevo es la mitad de cualquier contrato.

La otra mitad, en el caso de Rasco, eran los salones. Pero a los salones llegaremos, porque Santos llegó a ellos por esta misma puerta.

Fue el propio Rasco quien se presentó en el taller de Neun aquel sábado, con el decreto en el bolsillo y una desesperación risueña que era su estado natural, a pedir prestado —«por unas horas, colega, entre casas honradas»— al oficial que había dibujado el águila. Neun lo midió un momento por encima de los lentes y soltó a Santos con una sola condición, muy suya: «Va, mira y vuelve. La casa presta ojos, no presta manos.»

En el taller de Rasco, sobre la mesa grande, estaba el problema, dibujado ya de seis maneras distintas: el decreto que Rasco traía en el bolsillo ordenaba estampillas de forma *hexagonal regular*, y el hexágono regular —Rasco lo demostró con las pruebas en abanico, con una elocuencia de hombre que lleva una semana discutiendo con un polígono— era un animal que no se dejaba domesticar por ninguna de las herramientas del oficio.

—Míreme esto, Aguirre, y dígame usted que soy un bruto o deme la razón, que para las dos cosas lo traje. Si acomodo los hexágonos como Dios manda, en panal, aprovecho el papel —ipero por dónde corta el estafetero! Cada fila viene corrida contra la anterior: el hombre necesitaría tijera de sastre, pulso de cirujano y no tener cola en el mostrador, que es pedirle tres milagros a un empleado público. Si en cambio los pongo en cuadrícula, derechos, para que se puedan cortar a regla —

imire el desperdicio!: cada esquina que le quito al cuadrado para hacerlo hexágono es papel que boto y tinta que pago yo, porque el contrato es a tanto el millar. El hexágono, colega, es una figura preciosa para los panales y para los quioscos de las plazas. Para una estampilla que se corta con cuchillo de zapatero en Ospino, es una desgracia con seis lados.

Santos abrió la boca para contestar. Rasco levantó la mano: faltaba lo otro.

—Y todavía no le he enseñado lo peor, colega.

Sacó del bolsillo un segundo papel, lo estiró sobre la mesa junto al primero, y los dejó ahí los dos, uno al lado del otro, como quien pone dos cartas boca arriba y espera.

Eran dos decretos. Del mismo día —dos de octubre—, del mismo Presidente, refrendados por el mismo Ministro de Fomento y salidos, con toda seguridad, de la misma tinta. El que Santos ya había leído mandaba el hexágono. El otro, el que iba primero, suspendía la venta de estampillas mientras se hacía la emisión nueva, y ordenaba emitirla —Rasco leyó el artículo en voz alta, despacio, saboreando cada palabra como quien lee un chiste que todavía no acaba de creerse— *de conformidad con el artículo tercero del decreto de veinte de enero último sobre régimen de las oficinas de correos.*

—¿Y qué dice el de enero? —preguntó Santos, que ya lo veía venir y necesitaba oírlo.

—Ahí está la gracia. —Rasco puso el dedo en el renglón—. El de enero manda estampillas *rectangulares*. Con las armas al centro, la leyenda arriba y el valor abajo: igualito a este, palabra por palabra, menos en una cosa. La forma. —Se echó hacia atrás en la silla, abriendo los brazos—. El mismo día, Aguirre. El mismo despacho, la misma firma, la misma sesión. Uno me manda cuadrar y el otro me manda hexágonos, y ninguno deroga al otro, porque para derogarse habría que haberse leído.

Santos se quedó un rato largo con los dos papeles delante, sin tocarlos, en la postura que iba a ser la de toda su vida de perito: dos documentos, uno junto al otro, y la vista yendo del uno al otro hasta que la diferencia se rinde.

Pensó en don Braulio Landaeta, el viejo escribiente de la estafeta de La Guaira, cortando torcido a las cuatro de la tarde, en las rayitas de la despeinada nacidas de esa misma miseria. Y preguntó lo único que cabía preguntar:

—¿Y quién dijo que la *estampilla* tiene que ser hexagonal?

Rasco parpadeó.

—La estampilla es el papel que se corta —siguió Santos, agarrando el lápiz—. El decreto habla de la forma, pero la forma que la gente ve no es el corte: es el *marco*. Deje el papel cuadrado, que la tijera es cuadrada y el de enero manda cuadrado. Y adentro dibuje el marco con los lados cortados... —trazó, sobre un cuadrado, el octógono: un cuadrado con las cuatro esquinas cortadas en ángulo— ...así. El corte obedece a

enero. El marco le hace una reverencia a octubre. Geometría satisfecha, tijera contenta, y usted cumpliendo los dos decretos a la vez, que es más de lo que ha hecho el Gobierno.

—Eso tiene ocho lados, Aguirre. El de octubre dice seis.

—El de octubre dice *hexagonal regular*, y el de la misma mañana dice rectangular. Cumpla usted el que se puede imprimir y guarde los dos papeles, que el día que alguien venga a reclamarle, le enseña el otro. —Santos dejó el lápiz, y por un momento fue Facundo Meza hablando por su boca—: Además, ¿usted conoce algún ministro que cuente lados? Ni se cuentan entre ellos: acaba de probarlo con dos papeles del mismo día.

Rasco se quedó mirando el dibujo. Después soltó la carcajada más franca que Santos le oyó nunca a un contratista del Estado, y así quedó decidida —entre dos litógrafos, un sábado por la tarde, con dos decretos que se contradecían abiertos sobre la mesa y sin una línea que dejara constancia de la elección— la forma de la cuarta emisión de estampillas de Venezuela: cuadradas, con un marco octogonal inscrito. El papel obedeció a enero; el marco le hizo la reverencia a octubre; y los dos decretos quedaron archivados en la misma gaveta, uno encima del otro, sin que ningún funcionario los pusiera nunca lado a lado.

Los filatelistas del futuro, prácticos, las llamarían «las cuadradas» y a otra cosa; y a la pregunta de por qué el hexágono decretado amaneció cuadrado, los papeles tenían la

respuesta desde el primer día. Solo que estaba repartida entre dos hojas que nadie leyó juntas.

Nadie las leyó juntas porque nadie miró. Es la enfermedad de este oficio y de este país: la respuesta suele estar escrita — lo que falta siempre es alguien que compare. Serra, desde su tumba, se ganó esa noche otra sonrisa.



De aquella emisión, la ley lo previó todo y el archivo no guardó nada. Conviene decirlo en ese orden, porque el orden es la denuncia.

El decreto de octubre venía completo, casi minucioso. Mandaba al Ministro de Fomento **contratar** la emisión. Ordenaba que el tiro se hiciera **en su presencia y en la del Administrador general de correos**. Disponía que las planchas se depositaran en una caja bajo llave. Obligaba al Ministro a entregarle al Administrador las estampillas que fuera necesitando, avisándole a la Tesorería para que hiciera el cargo. Y le exigía al Administrador remitir al Ministerio **una noticia del número de estampillas que debían emitirse, designando sus clases**. Contrato, testigos, custodia, entrega y cuenta. Sobre el papel, una emisión mejor vigilada que muchas.

Ninguno de esos papeles apareció después. Ni el contrato, ni el acta del tiro, ni la noticia de las cantidades. La ley previó el archivo entero y el archivo se perdió completo, que es una manera muy venezolana de perderlo: no por desorden, sino por confianza.

Y había un detalle en la caja que Santos notó al leer el decreto, y que anotó esa misma noche en el margen de su copia. El decreto de enero —el de las estampillas rectangulares, el que la emisión terminó obedeciendo— mandaba guardar las planchas en una caja de **tres llaves**: una para el Ministro de Fomento, otra para el Presidente del Tribunal de Cuentas, la tercera para el Administrador general de correos. Tres hombres que tenían que estar presentes y de acuerdo para que la piedra viera la luz. Ocho meses después, para la misma emisión, el decreto de octubre mandaba una caja de **una sola llave**, y la llave era del Ministro.

De tres llaves a una —escribió Santos—. Nadie lo va a notar, porque una caja cerrada se parece muchísimo a otra caja cerrada. Pero una tiene tres testigos y la otra tiene un dueño.

El contrato de Rasco, en todo caso, fue palabra y apretón, al estilo de los mariscales: papeles mínimos, del ramo de Fomento, que era ministerio nuevo, de archivo joven y gaveta alegre. Lo poco que se escribió se traspapeló en la primera reorganización, se mojó en el primer invierno del depósito, o sirvió —hipótesis de Facundo, y quién le discute a Facundo—

para envolver el desayuno de tres generaciones de porteros. El Estado venezolano, que había contado las águilas perla por perla y lacrado su piedra cada noche, imprimió la emisión siguiente con todas las cautelas escritas y ninguna cumplida. De la desconfianza total a la confianza total, sin escala: el péndulo nacional, en su horario de siempre.

Los seis valores decretados quedaron en cinco: el cuarto de centavo encarnado no se emitió nunca —la plancha se dibujó, se probó, y se quedó esperando una orden de tiro que no llegó, porque a la hora de la verdad nadie encontró qué franquear con un cuarto de centavo—. Los tres reales salieron en el sesenta y seis; los centavos, al año siguiente. Y el país, que ya iba por su cuarta emisión en siete años, las recibió sin fiesta y sin duelo, pegándolas y matándolas, que es el único homenaje que el correo de verdad le rinde al papel.

Y mientras la República imprimía sin dejar constancia, el puerto de la infancia de Santos resolvía por su cuenta un problema que el Estado ni siquiera había visto — y lo resolvía, para escándalo y admiración del gremio, imprimiendo en Londres.

Las trajo Eusebio una tarde del sesenta y seis, con la valija y el ojo bueno brillante de primicia: estampillas de La Guaira. No de la República — *de La Guaira*: unas decían PAQUETE MEDIO REAL, con los nombres del circuito en el marco —La Guaira, Puerto Cabello, San Tomas—; otras, más chicas, medio centavo PACKET; y unas terceras, de dos reales, llevaban las iniciales de una casa de comercio judía de

Curazao, J.A.J.&Z., Jesurum & Zoon, con Curazao añadido a la ruta. El correo de los vapores: los comerciantes del litoral, cansados de que sus cartas al Caribe dependieran de un correo nacional que naufragaba en cada revolución, habían organizado el suyo —el agente Robert Todd y sus socios por un lado, los Jesurum por el otro—, con tarifas propias, estampillas propias y la tolerancia del Gobierno, que autorizó aquello con el alivio del que se quita un peso que nunca supo cargar.

Santos examinó las piezas con una mezcla de celo profesional y orgullo de guaireño que no supo separar nunca:

—Mira el grabado, tío. Esto es trabajo fino de verdad. —Le dio vuelta a la de medio real—. Waterlow e hijos, Londres. Los comerciantes de mi puerto le imprimen su correo a la casa que le imprime los billetes a medio imperio británico... mientras la República imprime las suyas a la vuelta de la esquina y ni acta deja de haberlo hecho. —Se rió, sin amargura—: La Guaira siempre fue así, Eusebio. El Estado llega tarde y el muelle no espera: el muelle *se organiza solo*.

—¿Y valen? ¿Son estampillas de verdad?

—Son otra cosa, y todavía no sé el nombre. — Santos las alineó sobre la mesa: la nacional cuadrada, borrosa, sin partida; la porteña —la de La Guaira—, grabada en Londres, nítida como un billete—. No son de la República, pero cargan cartas de verdad, en vapores de verdad, con permiso de verdad. Correo local, digamos. Correo de la necesidad. —Se

quedó mirándolas, y la frase que anotó esa noche resultó, como tantas suyas, una profecía de catálogo—: *Algún día alguien va a tener que decidir si estas hijas del muelle entran o no en la familia. Opino que entran: la filatelia que no admita a los bastardos bien documentados se va a perder la mitad de la historia de este país — que es, casi toda, historia de bastardos bien documentados.*

En el taller de Neun, la vida siguió: la Gaceta, los remiendos, los naipes. Pero algo había cambiado de sitio, y el primero en nombrarlo fue el alemán, una noche de inventario, sin levantar la voz y en una sola frase de tamaño mediano:

—Aguirre: la casa le queda chica. No me interrumpa. Usted dibujó el águila, usted contó las perlas del pleito, usted le resolvió la geometría a Rasco —sí, me lo contó Rasco, que es incapaz de callarse ni lo que le conviene—. Usted ya no es mis manos: usted es sus propios ojos. Yo le voy a seguir pagando como oficial mayor mientras usted quiera quedarse, y usted se va a ir cuando deba irse. Solo le pido una cosa: cuando monte taller propio —que lo va a montar—, no le ponga su nombre a nada que no pueda firmar delante de un juez. El apellido, Aguirre, es la última piedra que le queda a un impresor cuando las otras se las lleva el gobierno de turno.



A Carlota Uzátegui de Iriarte, Santos la conoció en marzo de 1866, en la recepción con que el Ministerio de Fomento celebró la emisión nueva —una de esas fiestas que los gobiernos pobres dan precisamente porque son pobres—, y la conoció por perito: el Administrador Uslar, exhibiendo a su gente, lo presentó ante un corro de levitas como «el hombre que condenó una estampilla contándole las perlas».

—¿Y eso se puede? —preguntó una voz de mujer, con un interés que no era de salón—. ¿Condenar por las perlas?

—Se pudo una vez, señora —dijo Santos.

—Entonces se puede siempre. Lo que se hace una vez ya es oficio. —La señora cerró el abanico y lo estudió sin ningún disimulo, como se estudia una prueba de imprenta—. Un hombre que cuenta lo que nadie mira. Qué cosa tan peligrosa, señor Aguirre. Venga y me lo explica despacio, que los señores estaban por hablar de política y la política ya me la sé.

Tenía veintiséis años, un marido senador que le doblaba la edad y media —el general Iriarte, condecorado, sordo del oído izquierdo y de los dos ojos—, un salón por donde pasaba todo lo que en Caracas firmaba, refrendaba o licitaba, y una inteligencia sin empleo, que es la pólvora más inestable que produce una capital pequeña. Lo que siguió duró, con sus mareas, cuatro años, y Santos tardó la mitad de ese tiempo en admitir lo que Rosalía, la viuda que lo enseñó a mirar, le habría diagnosticado en una tarde: que, para Carlota, no era tanto un amante como un *gabinete*. En aquella alcoba con

vista al Ávila se hablaba de todo lo que el senador no escuchaba: contratos de Fomento, pliegos de condiciones que aún no se publicaban, ministros que subían y bajaban. Carlota preguntaba, cosía, deshacía; y las licitaciones que después caían cerca de Santos —un contrato de resmas por aquí, una recomendación por allá, los primeros reales de lo que sería su fortuna— empezaron a caer sin que él tuviera que pedirlos.

Se lo pagó, sin saberlo, con la única moneda que ella de verdad coleccionaba: información. Y esa moneda, en manos de Carlota, no se atesoraba: se colocaba — lo que entraba por una alcoba salía por otra puerta, y Santos tardaría años en saber en qué taller ajeno fue a dar lo que él creyó decirle solo al oído a una mujer dormida. Y una noche del sesenta y siete —Santos la reconstruiría después mil veces, palabra por palabra, buscándose el momento exacto de la culpa—, entre el segundo sueño y el amanecer, Carlota preguntó, con el tono de quien pregunta por el clima:

—¿Y estas cuadradas nuevas también tienen sus perlas contadas, como tus águilas?

Y Santos, desarmado, tibio, vanidoso —vanidoso sobre todo: el secreto compartido es el lujo del que guarda secretos—, contestó la verdad:

—Estas no tienen nada. Se hicieron a la carrera, sin pliego, sin contraseña, casi sin papeles. Si mañana alguien las imita bien, no habrá perla que lo delate. Habría que agarrarlo por la imprenta... o esperar a que se equivoque solo.

Carlota no hizo ningún comentario. Se durmió, o pareció.

La vida siguió, con sus contratos y sus mareas. Y en la primavera del sesenta y ocho empezó a correr por el salón, entre taza y taza, que la señora de Iriarte estaba encinta —el senador, decían las visitas con una sonrisa que él no habría entendido, todavía daba de qué hablar—. Santos recibió la noticia de boca de terceros, como correspondía a su lugar en aquella casa, y la recibió como se recibe un disparo lejano: primero el ruido, y solo después el sitio donde dolía. Hizo la cuenta sin querer hacerla —los dedos quietos en el fondo del bolsillo, contando meses hacia atrás como quien reza por equivocarse—, y le salió un número incómodo, de esos que no dejan dormir. Se dijo lo que se dice uno en esos casos: que el senador, con todo y sus años, tenía sus noches; que aquello no era asunto suyo; que contar meses ajenos era oficio de comadres. Se lo repitió durante medio año, y ni una sola vez se lo creyó entero.

Y en agosto de 1868 nació en casa del senador Iriarte un niño robusto al que bautizaron Aquiles, y que tenía —dijeron las visitas— la frente de los Iriarte, y que no la tenía; y Santos Aguirre, que fue presentado al niño en el salón como se presenta a cualquier relación de la casa, sostuvo un momento aquella manito que agarraba con una fuerza rara, de agarrador nato, y sintió el frío chiquito bajándole del cuello, el mismo del pliego invertido y el del medio real de Echezuría —el frío de la mano que sabe antes que la cabeza—, y no dijo nada.



El final de la década llegó con el país otra vez alzado —los azules, los amarillos, la Revolución de Abril, Guzmán Blanco entrando a Caracas en 1870 con la muchedumbre y el futuro—, y con dos cartas que a Santos le llegaron en la misma semana, como para que el destino no gastara dos valijas.

La primera era de Carlota. Tres líneas, sin encabezado, con su letra de esgrima: *El general ha decidido volverse guzmancista, de modo que esta casa entra en obras. Fue usted el mejor de mis contratos, señor perito. No me busque, que ya no habrá nada que contar.* Ni reproche, ni ternura: un cierre de libros. Carlota Uzátegui liquidaba la sociedad con la elegancia con que la había fundado, y Santos descubrió, con más alivio que pena y más vergüenza que alivio, que en cuatro años nunca había sabido si aquella mujer le tenía a él algún cariño o solo lo tenía bien archivado.

La segunda carta era de La Guaira, letra pareja, y traía —después de dos años de cartas cada vez más cortas y más lejos una de otra, dos años en que Santos había contestado con la puntualidad culpable del que tiene la cabeza en otra alcoba— una noticia seca como un disparo: don Braulio Landaeta había muerto, sentado en su corredor, mirando el mar que ya no traía valijas para él. Y una posdata, la primera en mucho tiempo:

La escuela va bien. Tengo veintiocho alumnos y me han ofrecido traerla a Caracas, a una casa de La Pastora, con el nuevo plan del Gobierno, que dicen que va a decretar la instrucción para todos. Voy a aceptar. Se lo aviso porque usted es la única persona que conozco en esa ciudad de ustedes — y porque ya va siendo hora, Santos Aguirre, de ver si usted de cerca es tan buen corresponsal como de lejos. M.L.

La muerte de don Braulio le pesó de una manera lateral, de las que sorprenden al que se cree ya curtido. No lloró al suegro que todavía no era —apenas habían cruzado veinte palabras en la vida—, sino al escribiente de La Guaira que cortaba torcido a las cuatro de la tarde y despotricaba de las estampillas borrosas: el primer hombre que le enseñó, sin proponérselo, que una raya de más o de menos en el papel le cambia la vida a una carta. Al viejo, en rigor, lo habían enterrado siete años antes, el día de la purga; el cuerpo del corredor era ya solo la posdata. Pero las posdatas, bien lo sabía Santos, a veces pesan más que la carta.

Santos leyó la posdata cuatro veces, como la primera de todas, hacía once años. Después miró por la ventana del taller hacia el Ávila, que era la misma montaña de la alcoba de Carlota y no se parecía en nada, y entendió —con esa claridad total que ya no era la de los catorce años, sino la otra, la que se paga— que la década que empezaba venía a cobrarle las dos cartas juntas.

No sabía todavía cuánto. Ninguno de los dos podía medir, esa noche, todo lo que aquel decreto de instrucción traería consigo. Se acostaron contentos, que para eso son las noches buenas: para gastarlas sin saber lo que cuestan.

La cuenta de Belisario Fonseca, su rival de siempre, seguía abierta. Y acababa de asentar, sin que Santos lo supiera, el cargo más caro de todos: el que se paga con culpa propia.



CAPÍTULO 14

El resello

Caracas, 1870-1873

El veintidós de agosto de 1870, el ministro Jacinto Pimentel y Root firmó la declaración que Santos Aguirre llevaba tres años esperando sin saberlo, y que iba a leer con el estómago helado: circulaba en la República *una considerable cantidad de estampillas de origen ilegítimo*, y en consecuencia se suspendía el expendio de las cinco cuadradas. Otra vez el correo a puro efectivo; otra vez el pastor quemando el corral.

Las muestras llegaron a la mesa de peritaje en septiembre, y Santos las trabajó como trabajaba todo: metódico, callado, ejemplar seguro a la izquierda, sospechoso a la derecha, la lupa y el tiralíneas de Serra. El medio real falso era rosado pálido, papel correcto, medida correcta —veinte milímetros y medio, comprobó con el compás—, octógono exterior de tres

líneas, interior de dos, la leyenda DIOS Y FEDERACIÓN legible y desapareja como mandaba la legítima. Un trabajo serio. Un trabajo *aplicado*, hecho por alguien que había medido y contado —que había aprendido a medir y contar—, y al que solo se le había quedado por fuera un detalle que no estaba en ninguna medida: en el marco superior izquierdo, donde todas las tiradas legítimas llevaban una raya gruesa que doblaba y corría por el lado alto del octógono, el falso tenía una raya como las demás. Fina. El falsificador había copiado el dibujo, no la *manera*: aquella raya gruesa no era diseño, era un vicio de la piedra original, una cicatriz de nacimiento que las tiradas heredaban unas de otras — y el que copia corrige, porque la mano es la mano.

Hasta ahí, el dictamen. Lo que Santos no puso en el dictamen —lo que no puso nunca en ninguna parte, y le caminó por dentro el resto de la vida con pasos de inquilino— fue la cuenta que hizo esa misma noche, solo, con el cuaderno cerrado: el falso de las cuadradas no tenía miedo. El de las águilas, el de las cincuenta y dos perlas, había imitado hasta lo que no entendía, con el pulso nervioso del que sabe que hay contraseñas y no sabe cuáles. Este no. Este trabajaba ancho, tranquilo, seguro de que en la emisión cuadrada no había perla que contar ni pliego que temer, seguro con una seguridad que no se deduce: se *sabe*. Y esa certeza había salido de una sola boca en toda la República, una noche del sesenta y siete, entre el segundo sueño y el amanecer, en una alcoba con vista al Ávila.

Estas no tienen nada. Si mañana alguien las imita bien, no habrá perla que lo delate.

No tenía pruebas, y se conocía ya lo bastante para desconfiar de una certeza sin perlas. Pero hay aritméticas que no necesitan acta. Carlota preguntando lo que nunca preguntaba nadie; Belisario, que coleccionaba salones como coleccionaba prácticos de puerto; y tres años después, un falsificador trabajando exactamente en el hueco que aquella respuesta vanidosa había alumbrado. Santos Aguirre, perito de la Administración, el hombre que condenaba estampillas contando perlas, entendió esa noche que en el expediente de la falsificación de 1870 había un cómplice que ningún fiscal iba a citar nunca, y que dormía en su catre.

Se lo dijo a su manera al padre Ceferino, en una de esas confesiones suyas que a veces trataban de estampillas:

—Padre, yo no vendí el secreto. Yo lo *regalé*, que es peor, porque el que vende sabe lo que hace.

Y el viejo cura, que ya estaba más para el otro correo que para este, le contestó desde su chinchorro —una hamaca tejida— con la teología práctica de toda su vida:

—El que guarda secretos duerme mal acompañado, muchacho. Lo raro no es que se te haya salido uno: lo raro es que te hayas tardado tanto. Reza dos rosarios, cástate con la maestra, y de aquí en adelante los secretos cuéntaselos completos a Dios, que no tiene con quién comentarlos.



Lo provisional, mientras tanto, se instalaba en la República con su calma de siempre.

La suspensión del expendio era «por ahora»: el público pagaba el porte en efectivo, el estafetero pegaba de las existencias legítimas, y la emisión nueva vendría pronto. Pronto. El «por ahora» del ministro Pimentel y Root duró — Santos lo contaría después a los aprendices, como se cuentan los récords— casi tres años cabales: mil ochocientos setenta, setenta y uno, setenta y dos, y hasta el verano del setenta y tres, el correo de Venezuela funcionó sin vender una estampilla, como una panadería que regala el pan porque le falsificaron el recibo. Y el país, hay que decirlo, casi ni lo notó: lo provisional que se vuelve permanente no es aquí una patología — es el clima.

En el taller, aquellos años fueron los del cambio de guardia. Neun envejecía sin decirlo, a la alemana: cada año imprimía lo mismo y cargaba menos. Facundo Meza se jubiló de la caja a un taburete de la esquina, desde donde dictaba sentencias con derecho a réplica de nadie. Cachito era ya oficial hecho, con novia y deudas, es decir: hombre. Y Santos — Santos era el perito de la Administración, el ex-de-la-señora-del-senador (Caracas nunca archiva del todo), el hombre a quien Félix Rasco, cada vez que se cruzaban, saludaba con un «colega» cargado de futuro.

El futuro llegó en mayo de 1873, con el Ilustre Americano — apodo de Guzmán Blanco— ya firme en la silla, y tenía la forma de la salida más criolla posible al pleito de las cuadradas. ¿Emisión nueva? Costaba plata y tardaba meses. ¿Seguir sin vender? La renta sangraba. La Resolución del 3 de junio partió la diferencia con una idea de pulpería genial: tomar las existencias legítimas —las contadas, las de los libros— y estamparles encima, en dos líneas, su marca de fe: *Estampillas de Correo — Contraseña*. Resellar. Cuando no puedes vencer al falsificador, resella: el falso viejo quedaba desnudo sin el resello, y el resello nuevo solo lo tenía lo que había dormido en las bóvedas del Estado.

—¿Y cuando falsifiquen el resello? —preguntó Cachito, que había aprendido el oficio completo.

—Entonces resellamos el resello —dijo Facundo desde su taburete—, y así hasta que la estampilla no se le vea el dibujo. No te rías, muchacho, que tú lo vas a ver.

La cuenta de lo resellado la llevó el Tribunal con su minucia de siempre, y Santos la verificó de su propia mano: doscientas treinta y cuatro mil doscientas cincuenta estampillas —89.822 de medio real, 96.294 de un real, 48.134 de dos reales—, a la venta el primero de julio de 1873.

Y el país que volvía a comprar estampillas era ya, sin que casi nadie lo notara, otro país postal: la red que en tiempos del bergantín eran una oficina central, un puñado de principales y una fila de mulas, contaba ahora diecinueve administraciones principales y más de sesenta subalternas — y ese mismo año

del resello, para completar la modernidad, se aplicó al porte el sistema decimal en función de la distancia, de modo que el estafetero de Ospino, que llevaba veinte años partiendo estampillas con la plegadera y sumando reales con los dedos, tuvo que aprender de golpe a multiplicar por diez. *La República se civiliza por decreto* —comentó Rasco, leyendo la tarifa nueva— *y se las arregla por mostrador, como siempre. Apostemos, socio: ¿cuánto tarda el primer administrador en cobrar la tarifa vieja «mientras le llega la tabla»?* Nadie apostó en contra, y se hizo bien.

El país volvió a comprar estampillas después de tres años, y la primera contraseña usada de que se tuvo noticia la mató un estafetero de Mérida a pluma, ese mismo año. Un dato de nada, del tamaño de un rasguño de pluma en un sobre de provincia — y bastante, el día que alguien se tomara el trabajo de mirarlo, para corregirle la fecha a los catálogos de Londres, que ya andaban jurando por un año que no fue y por un orden de resellos que estaba al revés. Hasta Londres, señores. Nadie mira; por eso los que miran mandan.



A Santos, el negocio de su vida se le presentó con la segunda tirada, y se le presentó, como casi todo en esos años, por la puerta de Rasco.

Los resellos y las tiradas nuevas —porque tras el resello de las existencias vinieron impresiones frescas, ya contraseñadas de fábrica, cinco tiradas y cuatro tipos de resello en cinco años— se contrataron entre Félix Rasco y un litógrafo emergente de apellido vasco y ambición pareja: Gabriel Aramburu, que firmaba sus hojas con pie de imprenta y fecha, *G. J. Aramburu, Caracas*, como quien ya trabaja para los catálogos. Rasco, desbordado, necesitaba un socio industrial que le pusiera orden al taller y cara al Tribunal; y en todo Caracas solo había un hombre que conociera el oficio por dentro, la Administración por dentro y —esto pesó, aunque nadie lo dijo— la manera de que las cuentas cuadraran delante de cualquier fiscal.

Neun despachó la duda de Santos en una sola frase, la última gran frase que le dio, con el delantal puesto y los lentes en la mano:

—Yo le enseñé a imprimir plata ajena, Aguirre. Vaya y aprenda a imprimir la suya, que es más difícil, y acuérdeselo: el apellido no se resella.

Así entró Santos Aguirre, a los veintinueve años, de socio industrial en los contratos de las contraseñas: sueldo de jefe, participación por millar, y por primera vez en su vida, plata que se quedaba de un mes al otro. El mundo de los resellos era un carnaval de detalles que él gobernó con mano de relojero: las hojas de trescientas, veinte filas de quince; los resellos que salían invertidos con tanta constancia que en la segunda tirada —los estudiosos lo comprobarían con asombro— lo raro

era el resello derecho, porque el pliego entraba a la prensa del resello como cayera, y caía como caen las cosas en este país; los errores de dos pasadas, «Correos de Correos», líneas dobles, palabras a medias; los dos reales que el público, heredero de las bisectas, partía ahora *en cuartos* para los portes chicos; y hasta las perforadoras privadas de dos casas de comercio, que dentaban sus pliegos por cuenta propia para no andar con tijeras — no era oficial, pero era ingenio, y el ingenio ajeno se respeta.

Y en 1875, un episodio que Santos archivó con una sonrisa torcida, porque era el epitafio perfecto de toda la década: al concluir el tiro de la tercera tirada —setecientas cincuenta mil piezas—, los inspectores del Ministerio devolvieron las piedras con su acta, y entregaron además una piedra nueva con otra contraseña, mandada a grabar de apuro *«por no servir el que existía»*. La contraseña —la palabra sagrada, el resello de la fe pública, el arma final contra el falsificador— se había gastado como se gasta todo, y hubo que hacerla de nuevo. Aramburu pasó la factura del grabado: diez pesos.

Diez pesos. Santos asentó la cifra en el libro del taller, la miró un momento, y escribió esa noche en su cuaderno la entrada más corta del año:

Hoy supimos el precio exacto de la fe pública cuando hay que reponerla: diez pesos, puestos en Caracas. Guardar este asiento para el día en que alguien

pregunte cuánto vale un secreto. Depende: ¿nuevo, o usado?



Marina Landaeta llegó a Caracas el catorce de octubre de 1873, en el coche de La Guaira —la carretera, al final, la trajo a ella: Eusebio nunca se lo perdonó del todo a la carretera—, con dos baúles, una caja de libros que pesaba más que los dos baúles, y el nombramiento de maestra de una escuela federal de La Pastora, de las nuevas del decreto del Ilustre Americano.

Santos la esperó en la posada del Camino Nuevo, con el sombrero en las dos manos, y los primeros minutos fueron un desastre completo, porque catorce años de cartas no le habían enseñado a ninguno de los dos dónde se ponen los ojos cuando el corresponsal respira. Ella lo encontró más ancho y más callado; él la encontró — no encontró la palabra, y en eso estaba cuando ella, que había bajado del coche sacudiéndose el polvo del camino con dos palmadas exactas, resolvió el protocolo del reencuentro con la eficacia de su gremio:

—Vamos a hacer una cosa, Santos Aguirre. Usted no me va a decir cómo me ve, porque lleva un minuto buscando el adjetivo y me está dando lástima. Míreme el equipaje mejor. —Señaló la caja de libros—. Ahí van veintinueve muchachos de La Guaira que ya leen corrido, dos que van para bachilleres, y el silabario de mi papá. Eso soy. ¿Y usted qué carga?

Santos lo pensó. Después contestó la verdad, porque con la letra pareja nunca había podido otra cosa:

—Un oficio, un socio, una culpa y catorce años de cartas suyas en el fondo de un baúl.

—La culpa me la cuenta cuando estemos viejos. —Marina se colgó de su brazo, señal de que el trámite quedaba cerrado, y miró hacia la ciudad como se mira un aula el primer día—. Las cartas me las devuelve, que las quiero releer. Y el socio me lo presenta el domingo. Ahora lléveme a ver la escuela, que dicen que el techo se llueve y yo empiezo el lunes.

Se casaron el año siguiente, en la parroquia de La Pastora, un sábado de junio de 1874: ella de gris perla, él con levita nueva, Eusebio de padrino con el ojo bueno brillante, Neun en el segundo banco con sus lentes limpios como nunca, y de la calle del Comercio, sin invitación y sin sorpresa, una tarjeta de felicitación en papel de Holanda, letra inglesa, impresa — Santos reconoció los tipos con una mueca— en el mejor taller de Caracas que no era el suyo. Decía apenas: *A los novios, larga vida y buen papel. B.F.*

La Parte de la guerra había terminado. Empezaba —aunque ninguno de los dos lo sabía esa mañana de junio, con las campanas de La Pastora repicando— la parte de las escuelas: la década en que las estampillas de la República iban a pagar pizarrones, la fortuna de Santos iba a crecer hasta tener coche propio, y el apellido Aramburu, que por ahora solo firmaba pies de imprenta y facturas de diez pesos, iba a aprender a firmar cosas mucho más caras.

P A R T E I I I

LA RENTA SAGRADA

1870 · 1883



CAPÍTULO 15

El decreto de junio

Caracas, 1870-1873

El decreto que iba a gobernar los siguientes veinte años de la vida de Santos Aguirre —y a pagar la escuela de la mujer con quien iba a casarse, y a engordar la fortuna que iba a perder, y a encender la hoguera del prólogo de esta historia— entró al taller como entraban todos: en manuscrito, con un mensajero de oficina sudado, para componerse en la Gaceta.

Caracas, veintisiete de junio de mil ochocientos setenta. El Ilustre Americano llevaba dos meses en el poder y ya legislaba como quien desmonta: parejo y sin mirar atrás. Santos, que compuso el título con sus propias manos —DECRETO SOBRE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, GRATUITA Y OBLIGATORIA—, fue leyendo el texto del decreto a medida que lo paraba en el

molde de armar, y a la altura del financiamiento se detuvo y llamó a Facundo, porque había cosas que no se podían leer solo.

La instrucción primaria sería gratuita y obligatoria para todos los venezolanos. Para pagarla: las cuotas de los ciudadanos de cada parroquia, las donaciones, las rentas de bienes destinados al ramo — y el cuarenta por ciento del monto de las herencias. El impuesto empezaría a cobrarse el primero de enero de 1871, y se pagaría —aquí Santos volvió a leer dos veces— con unas estampillas especiales: las estampillas de escuelas.

—Cuarenta por ciento de las herencias —silabeó Facundo desde su taburete, con reverencia—. Morirse se acaba de volver un acto patriótico. Los velorios de este país van a tener maestro de escuela en la mesa de las flores. —Meditó un momento—. ¿Y sabes lo que es más serio, muchacho? Que va a funcionar. El muerto es el único contribuyente que no protesta.

—Lo serio es lo otro —dijo Neun desde la prensa, sin levantar la vista—. Estampillas nuevas. Un impuesto que se paga en estampillas es una renta que pasa por una piedra litográfica. Alguien va a imprimir esa piedra, señores. Y ese contrato no se va a acabar nunca, porque la instrucción no se acaba: no es como el porte de una carta — es todos los documentos de todos los negocios de todos los días. —Se enderezó, se limpió los lentes, y dijo la cifra de la década que venía—: Esto es más grande que el correo.

Tenía razón dos veces, como solía. Era más grande que el correo, y el contrato de la primera tirada —quince valores, del centavo a los cincuenta reales, con el busto del Libertador en el centro— lo ganó él.



Las estampillas de escuelas salieron a la calle el primero de febrero de 1871, y eran, había que decirlo, una rareza en el paisaje: no llevaban águila ni escudo ni cornucopia — llevaban una cara. El perfil de Bolívar, en miniatura, multiplicado por millones para pagar pizarrones: el Libertador entraba a las estampillas de su país por la puerta fiscal, cobrando impuestos, veinte años antes de que el correo se decidiera a ponerlo en un porte. A Santos, que pasó a la piedra de color los marcos de tres valores bajo la mirada de Neun, el detalle le dio para una carta entera a La Guaira: *Fíjese usted, Marina: al padre de la patria lo estrenamos de recaudador. Dice Facundo que es justicia: el que fundó la República, que la cobre.*

Cada estampilla llevaba además, impresa encima en letras microscópicas —tan chicas que hacía falta lupa, y aun con lupa hacía falta fe—, una contraseña de dos líneas con los nombres de Bolívar, Sucre y Miranda y la cita del decreto. Un resello de fábrica, preventivo, aprendido a golpes en la década anterior: esta vez la seguridad no se improvisaba después del fraude —

se imprimía antes. Facundo, lupa en mano, dictaminó que aquello era el colmo de la desconfianza nacional: una estampilla que nacía resellada, «como un niño que llega bautizado del vientre, por si acaso».

Y el sistema echó a andar. Con tropiezos, con parroquias que no entendían, con jueces que preguntaban si la firma valía o hacía falta el papelito — pero echó a andar, y los números que fue trayendo la Memoria de Fomento año tras año eran de los que no necesitan adjetivo: cien escuelas federales y tres mil setecientos cuarenta y cuatro alumnos al arrancar el setenta y dos. Mil seiscientos ochenta y cuatro escuelas y sesenta y un mil muchachos diez años después — en un país de menos de dos millones de almas que nunca había tenido ni la décima parte de eso. Las estampillitas del busto estaban construyendo escuelas de verdad, a razón de una escuela por cada tantos miles de papelitos pegados en pagarés, testamentos y escrituras.

Una de esas escuelas —federal, de niñas, con techo que se llovía y nombramiento firmado en octubre de 1873— quedaba en La Pastora, y su maestra, recién bajada del coche de La Guaira con una caja de libros que pesaba más que sus dos baúles, la gobernaba con la eficacia de dos palmadas exactas.

El nombramiento se lo dio la Junta Superior de Instrucción Primaria, y se lo dio por el único camino que había, porque el decreto del Ilustre Americano tenía un hueco del tamaño de su ambición: había mandado a instruir a la República entera y no había dicho de dónde iban a salir los que instruyeran. No

existía en Venezuela una sola casa donde se estudiara el oficio de enseñar. La ley resolvía el asunto con una fórmula que Marina se sabía de memoria y recitaba con la cara muy seria —*mientras no haya suficientes, servirán las personas que reúnan moralidad y aptitud a juicio de la Junta respectiva*—, de modo que a las maestras del país las hacía un examen ante tres señores en una sala prestada: leer en voz alta, escribir al dictado, las cuatro operaciones, la doctrina cristiana, y una conversación sobre la conducta de la aspirante que solía durar más que todo lo anterior junto.

—Moralidad y aptitud —le dijo a Santos la primera vez que se lo contó, y desdobló el dedo—. En ese orden, fijese bien. Primero que una sea decente y después, si sobra tiempo, que sepa. —Guardó el papel—. La República mandó a leer a todo el mundo y se le olvidó decidir con qué maestros. Así que me examinaron tres señores que no habían dado una clase en su vida, y aprobé, y aquí estoy. Un día habrá una escuela donde se aprenda esto, Santos Aguirre. Yo no la voy a ver, pero la va a haber, porque este país hace las cosas al revés y siempre termina llegando: primero puso las escuelas y después va a fabricar las maestras.

Faltaba, en efecto, un mes para que el papeleo le diera la razón por el otro extremo. El diecinueve de noviembre de aquel mismo año, el Ministerio de Interior y Justicia resolvió que el producto *total* del impuesto de estampillas de correos se aplicaría íntegramente a la instrucción primaria popular —no una parte, no lo que sobrara: todo—, y de paso, en el

artículo tercero, enseñó los dientes: a los tesoreros de cada Estado que no mandaran sus cuentas mensuales se les caería encima el Ministerio, con juicio si hacía falta, y donde la renta no marchara *con la regularidad debida* se suspendería el pago del sueldo de los maestros. Es decir: si el recaudador no rendía cuentas, la que se quedaba sin cobrar era la maestra.

—Léame ese tercero otra vez —pidió Marina cuando Santos le llevó la Gaceta, y lo oyó con los brazos cruzados—. Ajá. Le ponen el castigo al que no tiene la culpa, para ver si al culpable le da vergüenza. —Se rió sin ganas—. Bueno. Ya sé de qué voy a vivir el resto de mi vida: de la vergüenza ajena de los tesoreros.

Santos subía a La Pastora los sábados, en el noviazgo más vigilado de la parroquia —las señoras de la cuadra montaban turnos con un rigor que ya lo quisiera el Tribunal de Cuentas—, y fue en una de esas visitas, viendo a Marina despachar en la puerta a un padre que venía a retirar al hijo «porque leer mucho daña», cuando entendió de una vez, completa, la maquinaria que su taller alimentaba. La escuela era cuatro paredes, veinte bancos, una pizarra de verdad y treinta y una muchachas — y todo, banco por banco, tiza por tiza, el sueldo de la maestra incluido, salía de la renta de unas estampillas que él ayudaba a imprimir.

—Usted no me está cortejando a mí —le dijo Marina esa tarde, con la burla pareja de su letra—. Usted corteja la evidencia. Le gusta venir a ver que el papelito se vuelve pizarrón.

—Me gusta la maestra del pizarrón.

—Eso dice ahora. —Le pasó la tiza—. Escribame la fecha en la pizarra, que mañana hay dictado y usted tiene la letra más pareja de los dos. Y el domingo me lleva a conocer su taller, que yo también quiero ver de dónde sale mi sueldo.

La llevó. Marina recorrió el taller de Rasco —donde Santos era ya socio industrial de los contratos de contraseñas y escuelas— con las manos a la espalda, oliendo la trementina, mirando las prensas como se mira un aula ajena, y al llegar al cuarto de las piedras, donde dormía en su estante la matriz del busto del Libertador, se quedó un rato larguísimo en silencio, cosa en ella tan rara que Santos no lo olvidó nunca.

—¿Cuántas escuelas caben en esta piedra? —preguntó al fin.

—Las que aguante la caliza. Miles.

—Entonces esta piedra vale más que la catedral. —Se volvió, y tenía los ojos brillantes y la voz en orden, como siempre—. Cuídemela, Santos Aguirre. A usted lo enamoró un pliego amarillo en un depósito de aduana, me lo ha contado veinte veces. A mí me acaba de pasar lo mismo con una piedra gris. Ya somos parejo.

Ya casados —aquel junio del setenta y cuatro—, si esta historia fuera solo de ellos, aquí empezaría el capítulo feliz: la casa alquilada cerca de La Pastora, la escuela creciendo, el taller rindiendo, Trina en camino. Pero esta historia es también la de una renta —la renta sagrada, la llamaban ya los

oficios, sin ironía—, y las rentas sagradas tienen una propiedad que Neun enunció una noche del setenta y cuatro, cuando el contrato de la tercera tirada cambió otra vez de manos entre gestiones que nadie explicó del todo:

—¿Ustedes saben por qué a la miel no hay que bendecirla? —Los miró por encima de los lentes—. Porque bendita o no, las moscas vienen igual. Y a esta renta, señores, acaban de bendecirla en la Gaceta.

Las moscas, en efecto, ya venían volando. Algunas tenían apellido.



CAPÍTULO 16

La renta sagrada

Caracas, 1874-1878

Visto desde adentro —y Santos lo vio desde adentro como nadie, primero de socio de Rasco y después con taller propio—, el negocio de las estampillas de escuelas no era una emisión: era una feria.

El correo, con todos sus tumbos, había sido siempre un cliente ordenado: una emisión, un contrato, una piedra, un tribunal contando. La renta sagrada no. La renta sagrada era nueve tiradas en siete años, quince valores que entraban y salían del repertorio según el humor fiscal —no todos los valores en todas las tiradas, y que el coleccionista del futuro se las arreglara—, tres resellos básicos con más variedades que un gallinero, cuatro papeles distintos según lo que hubiera en el depósito — liso delgado, delgado con filigrana —una marca de agua—, grueso, veteado —, y el contrato rotando de

litógrafo en litógrafo al ritmo de las gestiones de cada quien: una tirada Neun —que ya para entonces firmaba «Remsted & Neun», porque hasta el alemán había terminado tomando socio, señal de los tiempos—, otra Rasco, otra Gabriel Aramburu, y vuelta a empezar.

—Esto no es una emisión, socio —diagnosticó Rasco, en el balance de fin de año del setenta y cinco—. Esto es un aguacero que no escampa. Y contra el aguacero no hay contrato: hay que tener techo y ración, y recoger lo que caiga.

Adentro de los talleres, el aguacero producía maravillas y monstruos. Las planchas se armaban con bloques de reporte de tres transferencias, nueve bloques por plancha, y con el apuro de las entregas los bloques viajaban de una plancha a otra como peones de hacienda: un marco del valor de un real amanecía casado con un centro que venía de la plancha del dos, un bloque entraba invertido y nadie lo veía hasta la tercera resma, las hojas salían del tamaño que dictaba el papel disponible —las hubo de diez estampillas y las hubo de más de doscientas—, y el resello microscópico se estampaba derecho, invertido, doble o a medias, según la hora del turno. Santos, que había aprendido el oficio en la liturgia del lacre de Roldán, vivió aquellos años con una mezcla de escándalo profesional y fascinación de naturalista: la renta sagrada era el archivo más completo jamás impreso de todas las maneras posibles de equivocarse en litografía.

—Algún día —le dijo a Cachito, examinando una hoja donde dos transferencias sencillamente no podían estar donde estaban, y estaban— alguien va a estudiar esto con lupa, pieza por pieza, y va a creer que está loco. Va a encontrar transferencias imposibles. Combinaciones que no dan las cuentas. Y va a tener razón él, y no las cuentas, porque esto no se imprimió con cuentas: se imprimió con hambre y con apuro.

No se equivocaba: la serie de las transferencias fiscales era ya un laberinto de cientos de tipos distintos, imposible de contar del todo. *Transferencias imposibles*, las bautizó el propio taller — y el nombre les quedó como un guante.

De aquellos años de feria le quedó a Santos, además de la fortuna que enseguida se dirá, la anécdota que contó toda su vida en las sobremesas —y que sus nietos filatélicos oirían sin saber que el viejo hablaba en primera persona—: la del dos centavos de la segunda tirada. Fue en el taller de Rasco, en septiembre del setenta y uno, con el papel contado y la entrega encima: al llegarle el turno al dos centavos, el valor más huérfano del repertorio —demasiado grande para la estampilla fiscal chica, demasiado chico para el documento serio—, quedaba en el depósito papel para poco más de mil ejemplares. Rasco hizo la cuenta de seguir o parar, y la resolvió como resolvía todo, a lo criollo:

—Tírense esos mil y que el dos centavos espere a la próxima. Total: ¿quién va a extrañar un dos centavos?

Se tiraron mil setenta y cinco. La próxima tirada trajo otro papel, otro arreglo y otro resello, y aquel dos centavos de septiembre quedó siendo —sin que nadie lo decidiera, sin que nadie lo supiera— la pieza más escasa de toda la serie: mil setenta y cinco nacidas, casi todas gastadas o perdidas antes de que nadie las echara de menos. La joya absoluta de las escuelas venezolanas nació de una ración de papel que no alcanzó, y de un hombre encogiéndose de hombros. Quién va a extrañar un dos centavos. La historia, don Félix. La historia los extraña todos.



La fortuna llegó por su orden natural: primero la hija, después el taller, después el coche.

Trina nació en marzo de 1876, en la casa de La Pastora, con los pulmones de la abuela lavandera y las cejas de la letra pareja, y Marina volvió a su escuela a las cinco semanas contra el dictamen unánime de la cuadra, llevándose a la niña en una cesta que instalaba junto a la pizarra: la primera alumna oyente de la parroquia, decía, y que las señoras montaran turno para escandalizarse, que para eso tenían.

De aquellos años quedó también, en el cuaderno, una curiosidad de vecindario que Santos anotó sin sospechar que anotaba una futura pieza de museo: en el setenta y seis, un empresario de coches montó correo propio entre Caracas y

Petare —el pueblo quedaba a dos horas de camino y el correo nacional lo atendía cuando se acordaba—, con estampillita violeta incluida, tipografiada, con las letras en relieve seco. *La vi hoy en una tarjeta* —asentó—. *Un correo de dos horas con estampilla propia: este país no tiene remedio, y que no lo tenga: de estas miniaturas de la necesidad vivirá algún día el que estudie cómo se movía de verdad la gente, por debajo de los decretos.* Ni un solo decreto la vio nacer, y sin embargo ahí estaba, cumpliendo su oficio: un correo de dos horas con estampilla propia, en un país que no tenía correo nacional que le llegara a Petare.

La Litografía Aguirre abrió en 1877, en una casa de dos patios cerca de la esquina de Salas: dos prensas buenas, una de ellas comprada a Neun —que la vendió barata y sin sentimentalismo, «las máquinas no son de nadie, Aguirre, son del trabajo»—, el pie de imprenta que Santos compuso con las manos frías, *Lit. Aguirre, Caracas*, y una cartera de clientes que la sociedad con Rasco y los años de perito le habían dejado madura: participaciones en las tiradas de la renta, formularios de Fomento, el trabajo fino de dos bancos. A los treinta y tres años, el hijo de la lavandera del Guamacho tenía taller con su apellido, casa con corredor de geranios —Marina los sembró sin comentario, y Santos tampoco comentó, y en ese doble silencio cupo entera Rosalía—, coche de un caballo, y un baúl nuevo con fondo falso, porque las costumbres viejas se mudan con uno.

Y tuvo también, por primera vez, la experiencia completa del fuego.

Fue en el setenta y siete, con la quinta tirada de las contraseñadas del correo —porque el correo seguía su vida en paralelo, resello tras resello—. Antes de la entrega, los inspectores encontraron defectos de ejecución en parte del tiro: manchas, resellos borrosos, papel que había tomado mal la tinta. Lo de siempre, lo que en cualquier imprenta del mundo se llama merma —la pérdida de material— y va al descarte. Pero esto no era una imprenta cualquiera: era plata de la República, y la plata defectuosa no se bota — se ejecuta. El acta se levantó con toda formalidad: ocho mil cuatrocientas estampillas de un real y dieciséis mil cien de medio real, incineradas en el patio, en presencia de los inspectores, del contratista y del socio industrial, que era la primera vez que veía arder papel impreso por sus propias manos.

Olía a trementina y a caramelo quemado. La goma hacía ampollas, los pliegos se retorcían como animales, y en la ceniza gris, un segundo antes de deshacerse, se alcanzaba a ver el dibujo completo. Santos firmó el acta donde debía, con pulso parejo, y esa noche, en el corredor de los geranios, le contó a Marina el descubrimiento que le había dejado la tarde y que no estaba en ningún acta:

—Lo terrible no es que se queme. Lo terrible es lo bien organizado que está el quemarlo. El fuego con escribano, Marina. Llevamos veinte años perfeccionando dos artes en

este país: imprimir la fe pública y destruirla con acta. Y las dos se pagan por millar.

—¿Y cuál de las dos te pagan mejor? —preguntó Marina, que cosía.

Santos lo pensó de verdad.

—Todavía la de imprimir. —Y después de un rato—: Todavía.



El siete de junio de 1878, un decreto le dio por fin a las estampillas de escuelas lo que llevaban cinco años tomándose sin permiso: la autorización para franquear el correo.

Porque esa era la otra vida de la renta sagrada, la vida de contrabando manso que el país entero conocía y ningún oficio reconocía: desde el setenta y tres, más o menos, las estafetas del interior —cortas de estampillas de correo, que entre resello y resello nunca alcanzaban— habían empezado a aceptar las de escuelas en los sobres, de hecho, sin norma, porque el papelito estaba ahí, decía su valor y traía el busto del Libertador, ¿y quién le discute el porte al Libertador? El uso de facto se volvió costumbre, la costumbre se volvió tolerancia, y en junio del setenta y ocho la ley hizo lo que la ley hace en Venezuela cuando ya todo el mundo pasó: abrió la puerta y dijo que siempre estuvo abierta.

—Anote la fecha, socio —le dijo Rasco a Santos, con la Gaceta en la mano y su instinto de siempre para el lado torcido de las cosas—. Siete de junio del setenta y ocho: las escuelas ya son estampillas de correo con todas las de la ley. ¿Y sabe usted lo que significa eso, con la ley de acuñación que viene y el bolívar de plata en camino y todo el franqueo del país descansando en estos papelitos? —Se palmeó la rodilla, encantado con su propia malicia—: Que ahora sí valen la pena. Falsificarlas, digo. Antes eran un impuesto: se falsifica aburrido. Ahora son el correo entero de la República. Hágame caso, que yo conozco a mi público: de aquí a nada, alguien con talento se pone a trabajar.

Santos no contestó. Pero esa noche revisó, por costumbre vieja, la lista mental de la gente con talento — y la encabezaba, como hacía veinte años, un caballero de la calle del Comercio que últimamente, decían los corrillos, andaba metido en negocios de química: importaba, entre otras cosas finas, ácidos y sales de Europa.

Para limpiar metales, explicaba el manifiesto de aduana.



CAPÍTULO 17

La lavandería

Caracas, 1878-1879

El expediente que le enseñó a Santos Aguirre la tercera manera de robar una renta —había conocido la venta por fuera en el sesenta y cuatro y la imprenta clandestina en el sesenta y cinco— llegó a su mesa de perito en el otoño del setenta y ocho, y no traía estampillas falsas. Traía estampillas *demasiado* verdaderas.

Eran escuelas de valores altos —nueve reales, veinte reales, un cincuenta reales que valía el sueldo semanal de un maestro—, remitidas por un escribano de Valencia al que le habían dado mala espina. Santos las trabajó con el método de siempre: lupa, trasluz, el ejemplar seguro al lado. Y el método, por primera vez en su vida, le devolvió un informe absurdo:

todo era legítimo. El papel, legítimo. La transferencia, identificable —la conocía por sus señas, como a una ahijada—. El resello microscópico, correcto. La goma...

La goma. Santos volvió al trasluz, inclinó la hoja contra la luz rasante de la ventana, y ahí estaba, no como un defecto sino como una *biografía*: la goma era pareja de más, brillante de más, y debajo de ella, en el cuerpo del papel, se adivinaba un cansancio —fibras levemente levantadas, un blanco levemente lechoso— que la goma nueva tapaba como el maquillaje tapa una mala noche. Y en una esquina del veinte reales, casi invisible, el fantasma de un trazo: la cola de una firma que algún funcionario había estampado años atrás, y que alguien, con paciencia y con química, había borrado casi del todo.

Casi.

—No son falsas —le dijo al fiscal, y le costó encontrar el verbo, porque el delito era tan nuevo que no tenía gramática—. Son... usadas. Usadas, canceladas, pagadas al fisco una vez — y después lavadas, blanqueadas y regomadas para pagarle otra vez. No estamos ante un falsificador, señor fiscal. Estamos ante un resucitador.

La aritmética del nuevo negocio era de una elegancia que a Santos le quitó el sueño, porque era mejor —más limpia, más segura, más rentable— que todo lo que el gremio del fraude había ensayado en veinte años. Falsificar exigía piedra, prensa, taller, cómplices: infraestructura que se allana y

testigos que se cansan. Lavar no. Lavar exigía un cuarto con buena agua, frascos de Europa y pulso. La materia prima era basura legal: documentos viejos, registros notariales vencidos, archivos de escribanía que se compraban por resmas al peso — y cada pagaré difunto traía pegada su estampilla difunta, cancelada casi siempre a pluma, porque la renta sagrada, en su apuro fundacional, nunca repartió fechadores: se mataba con firma. Y la tinta de una firma, contra los ácidos correctos, dura lo que un chisme.

—Fíjese en la finura, fiscal —dijo Santos, ordenando las piezas sobre la mesa como un solitario—. El que imprime una estampilla falsa comete un delito completo, de los que van al código. ¿Pero el que lava una verdadera? La estampilla es legítima. El papel es legítimo. Hasta el valor es legítimo. Lo único falso es el *tiempo*: le borraron la muerte. Vaya usted a redactarle el cargo.

El fiscal fue, y el cargo salió torcido, y el expediente de Valencia terminó como Santos ya sabía que terminaban los expedientes finos: en dos infelices —un escribiente que vendía archivo viejo y un boticario que despachaba los frascos— condenados a poco, y en una evidencia que subía como el agua en un sótano: en alguna parte de Caracas funcionaba, con horario y con proveedores, una lavandería.



La confirmación de a quién pertenecía le llegó a Santos por la vía más inesperada: una invitación a cenar.

Belisario Fonseca lo recibió en la casa de la calle del Comercio —más lámparas que la última vez, un salón nuevo con espejos de Hamburgo— con la cordialidad intacta de siempre, como si entre ellos no hubiera quince años de expedientes rondándose. A los postres, igual que la otra vez, fue al asunto; pero ya no era el Belisario que compraba datos de remesas. Este había crecido. Este hablaba con la calma de los que ya no necesitan.

—Me cuentan que andas persiguiendo lavadores de estampillas. —Sirvió el coñac él mismo—. Te va a ir mal, y te lo digo con cariño de puerto. No porque seas malo: porque persigues una cosa que no existe.

—Existe. La tengo bajo lupa tres veces por semana.

—Existe el lavado. No existe el *delito*. —Belisario giró la copa, pedagógico—. Piénsalo con tu propia ciencia, Aguirre. Tú le enseñaste a este país que una estampilla vale por su asiento, no por su cara. Bueno: la estampilla lavada tiene su asiento. Salió de la piedra del Gobierno, se vendió en la taquilla del Gobierno, entró cabal en la cuenta del Gobierno. El fisco ya cobró esa estampilla, hermano. Lo que yo haga después con un papelito que ya cumplió su ciclo... eso no es fraude. Eso es *aprovechamiento*. En Europa lo llaman industria.

—El fisco la cobró una vez. Tu papelito vuelve a la taquilla a que la cobren de nuevo.

—¿Y de quién es esa culpa? ¿Mía — o del fisco que mata su plata con una firma que se borra con agua de botica? —Y ahí Belisario se inclinó, y por un segundo Santos vio, debajo del comerciante de espejos, al muchacho del muelle que leía manifiestos ajenos—: Yo no imprimo mentiras, Aguirre. Nunca he impreso una mentira: eso te lo dejo a ti y a tu gremio, que imprimen águilas de gobiernos que se mueren y escuelas de rentas que se roban otros. Yo resucito muertos. Y el que resucita muertos no es un falsario, mi querido perito. Es un hacedor de milagros. Pregúntale al padre Ceferino, que de eso sabe.

Santos dejó la copa entera y se levantó.

—Una vez te vi pagar un depósito por adelantado y sin regatear —dijo—. Llevo trece años esperando verte firmar algo. Algún día vas a firmar, Belisario. Todo el que trabaja firma donde nadie mira —me lo enseñó un catalán que valía más que tú y que yo—. Y ese día voy a estar yo con la lupa.

—Ese día —dijo Belisario, sin levantarse, alcanzándole el sombrero con toda cortesía— vas a estar tú con la lupa, y yo con los abogados. Y va a ganar la lupa, no te lo niego... en el catálogo. En el tribunal ganan los abogados. Buenas noches, hermano. Saludos a la maestra.



Lo que finalmente delató a la lavandería —y esto Santos lo guardó toda la vida como su victoria más rara, porque no la ganó él: la ganó la química— fue la vanidad de trabajar en grande.

Con los valores altos, lavados uno a uno, el negocio era invisible. Pero en el setenta y ocho, con la autorización postal recién estrenada y las escuelas convertidas en el franqueo de todo el país, la lavandería quiso volumen: tandas enteras de valores menudos, remojadas por lotes en bateas, para revender por pliegos a las pulperías del interior. Y la química, que perdona el recorte y castiga la resma, pasó su factura: una tanda salió mal. El ácido, mal medido o mal enjuagado, se comió lo que no debía, y decenas de estampillas de un centavo y de un real mutaron de color — el verde se fue, el rojo se quemó, y quedaron unas piezas de un rosado imposible, de un marrón rojizo de cosa achicharrada, colores que no estaban en ninguna tirada, en ningún catálogo, en ninguna piedra.

Un pulpero de Antímano, hombre honrado, llevó su pliego rosado a la estafeta a preguntar si aquello valía. El estafetero lo elevó. El paquete cayó en la mesa del perito Aguirre — que miró aquel rosado marciano, aquel marrón de quemadura, y no necesitó ni la lupa:

—Aquí está la lavandería —dijo—. Esto no es una tirada: es un accidente. Averíguenme de quién compró este hombre, y de quién compró el que le vendió.

La cadena se remontó tres eslabones y se cortó, como siempre, en un depósito alquilado con nombre falso — pero esta vez el allanamiento encontró la batea, los frascos con sus etiquetas de Hamburgo, dos prensas de regomar y un cuaderno de tandas sin nombres pero con letra. La lavandería de Caracas cerró; sus operarios, dos, fueron a juicio; el dueño de la letra del cuaderno no apareció en ningún papel, porque los hacedores de milagros no firman. Y las piezas mutadas —el rosado imposible, el marrón quemado— quedaron sueltas en el mundo, esperando: un cuarto de siglo después, un químico norteamericano llamado David Carvalho, en un libro sobre cuarenta siglos de tinta, documentaría aquellos lavados fallidos sin sospechar que estaba escribiendo el acta de defunción de una batea de la parroquia Santa Rosalía; y siglo y medio después, los estudiosos venezolanos mostrarían en pantalla aquellos bloques mutados —«lavado químico fallido», dirían, con toda exactitud— como piezas de museo del delito.

El crimen también deja variedades de catálogo. Es su manera de firmar donde nadie mira.



A la renta sagrada, mientras tanto, le había llegado su hora, y le llegó como les llegaba a todas: por decreto y con fuego.

El seis de marzo de 1879 se ordenó la desmonetización —el país cambiaba de moneda, de sistema y de estampillas, y la primera serie de escuelas, vieja de nueve tiradas y setecientas transferencias, salía del juego—. El veinticinco de mayo se recogió el circulante. El dos de junio se ordenó incinerar. Y el veintiuno y el veintidós de junio de 1879, en el patio de la Tesorería General de Fomento, ardió la existencia completa del Distrito Federal: los millones sobrantes de la renta que había construido mil seiscientas escuelas, retorciéndose en el fuego con escribano, con acta, con las páginas ciento ochenta y siguientes de la Memoria del Ministerio esperándolos para la posteridad.

Santos asistió como perito, firmó donde debía, y volvió a casa oliendo a caramelo quemado, con dos pensamientos que no le cabían juntos. El primero era para Marina: la escuela de La Pastora seguía en pie, con sus treinta y una muchachas y su pizarra — el fuego quemaba el papel, no lo pagado por el papel; algo, al final, quedaba de este país de hogueras.

El segundo pensamiento era una pregunta de contador, y no se la pudo quitar de encima nunca, porque nunca nadie la contestó: el acta del patio cubría la Tesorería de Caracas. ¿Y las subalternas? ¿Las gavetas de Valencia, de Barquisimeto, de Maracaibo, de Ciudad Bolívar — las existencias del interior entero, que ningún registro de incineración mencionaba, ni ese año ni ninguno? ¿No se quemaron y nadie lo dijo, o no se quemaron y punto? Los archivos guardaron el silencio perfecto de las cosas que a alguien le convino no escribir. Y en

los años que siguieron, sin ruido, sin fecha, por las puertas del costado de veinte tesorerías de provincia, aquellas resmas difuntas fueron saliendo hacia donde salía todo lo difunto con valor de catálogo: hacia los álbumes de Europa, nuevecitas, engomadas, por millares — y hacia la cartera de un caballero caraqueño que nunca firmó nada, que compraba por adelantado y sin regatear, y que aquel mes de junio de 1879, mientras Caracas olía a goma quemada, le comentó a su sastre, de buen humor, que el negocio más seguro del mundo era ser heredero de un gobierno ordenado.

—¿Y eso por qué, don Belisario?

—Porque el gobierno ordenado quema sus papeles con acta, Ruperto. Y lo que el acta no menciona... —el caballero se miró en el espejo nuevo, aprobando el corte— ...no ardió nunca.



CAPÍTULO 18

El venezolano

Caracas, 1879

El año setenta y nueve, Venezuela cambió de presidente, de estampillas y de moneda, y de las tres mudanzas la más aparatosa fue la tercera, porque presidentes y estampillas se cambian con decreto, pero la moneda hay que cambiársela a cada cabeza del país, una por una, y las cabezas cobran caro.

En el taller de la esquina de Salas, la pizarra de las equivalencias —que Santos mandó a clavar junto a la caja para que los clientes no pelearan con el cajero— resumía medio siglo de identidad monetaria nacional:

Un venezolano = diez reales = cien centavos = cien centésimos. Cinco bolívars harán un venezolano, cuando haya bolívars. Se reciben pesos fuertes,

morocotas —monedas de oro— y plata macuquina —moneda colonial recortada—, a como diga la Gaceta de esta semana.

—Yo he cobrado en reales, en pesos, en centavos, en fuertes y una vez en quesos, el año del bloqueo —recapituló Eusebio el Tuerto, que a sus casi sesenta años seguía subiendo el cerro dos veces por semana, ya sin mulas de carga propias, de mayordomo de los arrieros jóvenes—. Y ahora me dicen que lo que yo cargo se llama *venezolano*. Mira qué bien: sesenta años siendo venezolano yo, para que ahora lo sea la plata. ¿Y el año que viene qué va a ser? ¿Bolívar? —Se rió con su medio lado—. Este país le cambia el nombre a la moneda con la esperanza de que la moneda no se dé cuenta de dónde vive.

La broma del arriero era, como siempre, contabilidad fina. El venezolano —la moneda de oro flamante, patriótica, con su ley y su cuño— nació aquel año con partida de defunción incluida: la Ley del 31 de marzo ya organizaba el sistema alrededor de otra unidad, el bolívar de plata, que era la que venía en serio. El venezolano quedó como quedan en Venezuela ciertos ministros: nombrado, honrado y en tránsito. Duraría en los papeles menos que algunos gabinetes — y sin embargo, por una de esas carambolas que solo entiende el que imprime, iba a quedarse eterno en el único sitio donde las monedas no se funden: en una estampilla.



Porque ese año hubo que imprimir estampillas nuevas, naturalmente. Las escuelas viejas habían muerto en la hoguera de junio; la renta seguía viva y hambrienta; y el contrato de la serie nueva —nueve valores, del centésimo al cinco venezolanos— cayó donde caían los contratos en la era de la Reivindicación: en el taller de Félix Rasco, con la Litografía Aguirre de socia industrial para los marcos y los reportes, que la feria de la renta sagrada ya no la corría un taller solo.

La serie salió a la calle en mayo, y era —Santos lo reconocía con orgullo de padre a medias— la más pulida del ramo hasta la fecha: el busto del Libertador mirando ahora a la derecha, como si se hubiera cansado del otro perfil; el uno y el cinco centésimos en la gama del naranja al amarillo; los azules del diez al noventa; y los tres grandes —uno, tres y cinco venezolanos— en rojos que iban del oscuro al pálido según el humor de la tinta y de la tirada. Encima, en letra inclinada, la sobrecarga de seguridad de la casa: *Decreto de 27 de Junio de 1870*, repetida en filas alternas cabeza abajo — tête-bêche de fábrica, que después de veinte años de resellos torcidos por accidente, el taller había decidido torcerlos a propósito y llamarlo sistema.

—¿Y esto en qué moneda está, don Santos? —preguntó el nuevo aprendiz de la casa, un muchacho serio que había entrado ese año y al que llamaban Chispero—. Porque aquí dice centésimos, la taquilla cobra en centavos, la pulpería me vuelve en reales y mi mamá guarda en pesos.

—Está en la moneda de la esperanza, muchacho —contestó por Santos el viejo Facundo, que venía al taller nuevo dos tardes por semana, de visita y de oráculo—. Centésimos de venezolano: una fracción de una moneda que casi no existe, dividida por un sistema que todavía no llega. Guárdate un pliego, hazme caso. Las cosas que casi no existen son las que más caras se vuelven.

De la cocina del tiro, aquellos meses dejaron dos secretos que no salieron nunca del gremio. El primero: nadie —ni Rasco, ni él, ni el Ministerio— llevó registro del tamaño de las hojas. Se cortaba al papel disponible, como en los años de la feria; las quince transferencias de los valores medios se agrupaban en bloques de cinco filas de tres y se repetían las veces que el pliego aguantara, y punto. Dato perdido antes de nacer: el que quiera reconstruir el tamaño de aquellas hojas va a tener que adivinarlo, porque no hay papel donde se apuntara — y no lo hay porque a nadie, esa temporada, se le ocurrió que importara.

El segundo secreto era más fino. Antes de la sobrecarga, Santos apartó del tiro una serie completa de pruebas limpias —sin el decreto encima, los colores un punto distintos, el cinco centésimos ensayado en negro sobre papel amarillo— y las guardó en el fondo falso del baúl, junto al tête-bêche del dos reales y el borrador del canje del sesenta y cinco. Ya no se decía a sí mismo que era descarte: a los treinta y cinco años, con taller propio y canas primerizas, Santos Aguirre había hecho las paces con la palabra que Rosalía le diagnosticó en la

oscuridad —*coleccionista*—, aunque todavía la practicara como los vicios elegantes: a puerta cerrada y sin testigos. Aquellas pruebas dormirían décadas en el baúl, y décadas después —vendidas, heredadas, migradas— acabarían exactamente donde acaban las pruebas de todos los talleres del mundo: en la colección de un inglés, sirviendo de nota al pie.



Emilio nació en agosto, con la serie de los venezolanos recién estrenada y el país todavía aprendiéndose la moneda, y fue un parto largo que puso la casa de La Pastora en vilo una noche entera.

Santos pasó esa noche en el corredor de los geranios, inútil como todos los padres de su siglo, oyendo a la partera mandar y a Marina obedecer a su manera —es decir, discutiendo los términos—, y a las cinco de la mañana, cuando por fin lo dejaron entrar y le pusieron en los brazos aquel bulto colorado y furioso, hizo lo que hacía siempre en los momentos que lo desbordaban: contar. Diez dedos en las manos, diez en los pies, dos ojos apretados, una boca en plena protesta. Cuarenta y nueve perlas, pensó absurdamente, y la seña en su sitio. Legítimo.

—Emilio —dijo Marina desde la cama, con la voz gastada y el pelo pegado a la frente, en un tono que no admitía segunda lectura—. Por mi papá, que se llamaba Braulio Emilio y no le gustaba el Braulio. Y no me discutas, que son las cinco de la mañana y yo hice todo el trabajo.

—No iba a discutir.

—Ibas a proponer Enrique, por el alemán. Se lo pones al que viene. — Y cerró los ojos, dando por firmada la Gaceta del día.

Eusebio subió el domingo con un regalo envuelto en su pañuelo de yerbas: un venezolano de oro, flamante, del primer cuño —Dios sabía qué contrata de qué gobierno se lo había pagado con aquella rareza—, con un agujerito taladrado arriba para colgarlo de un cordel.

—Pa' que el muchacho cargue siempre una moneda que nació el mismo año que él —dictaminó, colgándoselo a Emilio de la cuna—. Y cuando sea grande y la moneda ya no exista, que va a ser pronto, él va a poder decir: yo soy más viejo que el bolívar. Eso, muchacho, en este país, lo van a poder decir muy pocos.

El venezolano de oro con su agujerito acompañó a Emilio Aguirre toda la vida: al cuello en la infancia, en el bolsillo del chaleco en la juventud, y en el fondo de un cajón de Brooklyn en la vejez, cuando ya era grabador retirado de la American Bank Note y sus nietos le preguntaban qué era aquella moneda que no salía en ningún catálogo de monedas. *Es un*

venezolano, contestaba el viejo. ¿Y eso qué es? Y Emilio, que había heredado de su padre la manera de sonreír sin apuro: Eso es lo que yo soy, y una moneda que duró año y medio. Las dos cosas, miijo. Las dos cosas.



La serie de los venezolanos circuló, oficialmente, dieciséis meses: hasta el quince de septiembre de 1880, cuando el bolívar ya mandaba y las estampillas nuevas —las del bolívar, las del correo de verdad, las de la lámina siguiente de esta historia— la jubilaron con la puntualidad de costumbre. Es decir: con ninguna. Porque el papel, en Venezuela, nunca se ha muerto el día que dice el decreto: se conocerían usos fiscales del ochenta y uno, y un treinta centésimos azul despacharía su último documento el veinticinco de junio de 1883 — tres años después de su defunción legal, fresco como una lechuga, pagándole a un fisco que ya cobraba en otra moneda un impuesto creado en otra década. Hay costumbres que las leyes no derogan. La serie puente, la de la moneda fantasma, la de las hojas de tamaño desconocido, se fue del mundo como había llegado: sin apuro y sin papeles.

Pero antes de irse alcanzó a presenciar, desde las gavetas de las estafetas, el portazo con que terminó la década. El veintidós de diciembre de 1879, el Gobierno ratificó por decreto la adhesión de Venezuela a la Unión Postal Universal

—el club de Berna, el correo del mundo entero convertido en un solo territorio—, con vigencia desde el primero de enero de 1880.

Nueve días de margen.

Y la Unión traía reglas, y una de las reglas era sencilla y letal: la estampilla debía decir el nombre del país. Santos, que leyó el decreto en la Gaceta del taller con el café de la mañana, hizo lo que hacía siempre: fue a la gaveta, sacó una escuela del setenta y nueve, la puso contra la luz y la leyó completa, palabra por palabra, buscando lo que ya sabía que no estaba.

Decreto de 27 de Junio de 1870. Centésimos. Escuelas.

El busto del Libertador.

De Venezuela, ni una letra.

—Marina —dijo esa noche en el corredor, con la estampilla todavía en el bolsillo—, el primero de enero este país entra al correo del mundo con unas estampillas que no dicen cómo se llama el país.

—¿Y eso qué significa?

—Que en el Ministerio están haciendo ahorita la misma cara que yo. —Santos miró los geranios, calculando tiros, papel, piedras, plazos, con el instinto de treinta años—. Significa que alguien va a tener que imprimir una emisión entera para el extranjero. Completa. Con el nombre, con la moneda nueva, con todo. Y la va a tener que imprimir *ya*.

Se equivocó en una sola cosa: en el «alguien».



CAPÍTULO 19

Nueve días

Caracas, diciembre de 1879 - enero de 1880

La Resolución salió el veinticuatro de diciembre, que es la fecha en que los gobiernos firman lo que no quieren que se comente, y Félix Rasco la trajo al taller de la esquina de Salas esa misma tarde, agitándola como un abanico, con la cara del hombre al que le acaban de regalar un incendio.

—Léala, socio. Léala y dígame si hay justicia: seiscientas mil estampillas. Emisión nueva completa, para el correo del exterior. Con el nombre del país, con la efigie del Libertador, y —óigame esta frase, que va a quedar en los mármoles— «bajo la base de la unidad monetaria nacional, el Bolívar». La primera serie en bolívares de la historia, Aguirre. ¿Y sabe para cuándo la quieren?

—Para el primero de enero, supongo, que es cuando entra la Unión Postal.

—¡Para antier! —Rasco se dejó caer en la silla del cliente—. La Unión entra el primero de enero y las estampillas no existen. El contrato se firma pasado mañana, veintiséis de diciembre. Treinta días de plazo. Tres mil bolívars por todo: a cinco el millar. —Se pasó el pañuelo por la frente, hizo la pausa de los grandes anuncios y remató—: Y lo vamos a hacer, socio. Porque si no lo hacemos nosotros, no lo hace nadie, y si no lo hace nadie, este país entra al correo del mundo pidiendo la cola.

Santos tomó la Resolución y la leyó completa, despacio, con el método de siempre, mientras Rasco se abanicaba. La aritmética era de locos, pero era aritmética, y la aritmética se trabaja: seiscientos mil piezas en treinta días eran veinte mil diarias con domingos incluidos; el taller de Rasco y el suyo, sumados, podían tirar eso si no se dañaba nada —y algo siempre se dañaba—; el papel habría que tomarlo del que hubiera en plaza, sin escoger; los diseños tendrían que estar en piedra para el dos de enero, lo que daba una semana justa de tiralíneas, fiestas incluidas...

Y había otra cosa. Santos releyó el renglón dos veces:

—Rasco. Aquí dice *dentadas*.

—Ah, sí. Eso. —Rasco recuperó el abanico de papel—. La Unión, ¿usted sabe cómo son los europeos?: la estampilla moderna se perfora, para que el estafetero no ande con tijeras. Detallito de nada. Solo que en este país no hay una máquina perforadora ni para remedio, jamás la ha habido... —sonrió, y

era la sonrisa del Rasco de los milagros, el del hexágono muerto en la mesa— ...no la había, socio, hasta el martes pasado, que yo, que soy hombre de fe, le compré por telégrafo a un comerciante en quiebra de Curazao una perforadora francesa de segunda mano que llega en el vapor del cuatro. Once agujeros por dos centímetros, dice la factura. Ya le mandé a hacer altar.

Así se decidió, entre un veinticuatro y un veintiséis de diciembre, la primera estampilla dentada de Venezuela: con una resolución de nueve días de margen, un contrato a cinco bolívars el millar y una máquina de segunda mano comprada a un comerciante en quiebra por telégrafo. Los manuales de filatelia dirían después, con toda razón, «perforación 11». Los que estuvieron ahí sabían que el nombre completo era: perforación 11, gracias a Dios y a Curazao.



El enero de 1880 fue el mes más largo de la vida industrial de Santos Aguirre, y lo recordó siempre por el contraste: afuera, Caracas de aguinaldos y fiestas navideñas, la Reivindicación estrenando optimismo, el año nuevo con moneda nueva; adentro, dos talleres fundidos en uno, trabajando a tres turnos con las puertas trancadas y el reloj clavado en la pared como un fiscal.

El diseño lo resolvieron en esa semana de fiestas, y lo resolvieron clásico, porque no había tiempo para audacias: la efie del Libertador de perfil, en un óvalo —el «medallón», lo bautizaría el gremio—, la leyenda con el nombre del país por fin en letras de molde, VENEZUELA, y los valores en la moneda flamante: cinco, diez, veinticinco, cincuenta céntimos... y un bolívar. Santos pasó al cromo —la piedra de color de la litografía— el perfil trabajando las noches del veintisiete al treinta y uno, con el tiralíneas del catalán Serra y una lámina francesa de las efies de Bolívar de David d'Angers por modelo, y en la madrugada del año nuevo, solo en el cuarto de las piedras, con el país entero oyendo misa de gallo o durmiéndola, terminó el último óvalo y se permitió el pensamiento que llevaba veinte años esperando turno: *ahí está, viejo. Empezaste viéndolo entrar de recaudador y ahora lo pones a viajar por el mundo con el nombre de la patria arriba. El muchacho del muelle ya puede escribirle a la muchacha de los libros azules que aprendió el oficio completo.*

Después vino el tiro, y el tiro fue la guerra. El papel de plaza resultó delgado y desigual, como se temía —resmas de tres proveedores, ninguna pareja—; las tintas, molidas de apuro, salieron con la gama entera del humor humano: el cinco céntimos amaneció amarillo un día y naranja el siguiente, los azules del veinticinco fueron del cielo al pizarrón, y el verde del bolívar —el valor grande, el de la carta certificada al

exterior— hubo que estirarlo con lo que había, de verde franco a verde botella. Ni tiempo ni plata para uniformar: la Unión Postal empezaba el primero y el contrato vencía el veinticinco.

—Nacieron humildes —dictaminó Facundo Meza, que vino a pasar revista apoyado en su bastón, tomando una hoja recién tirada del cinco céntimos, mirándola con el cariño con que se mira a un ahijado feo—. Papel pobre, tinta de apuro, tono desparejo. Igualitas a la República, muchachos: mal vestidas y puntuales al compromiso. —Y añadió, profeta sin saberlo—: Guárdenle respeto a lo feíto, que lo feíto es lo legítimo. El día que vean esta serie bonita, desconfíen.

La perforadora francesa, por su parte, se ganó el altar y las blasfemias en la misma semana. Llegó en el vapor del cuatro, oxidada de mar, con el manual en francés y sin dos piezas que Cachito —ya oficial mayor de la casa Aguirre— fabricó a lima en una noche. Perforaba, en efecto, once por dos centímetros; lo que no perforaba era derecho: la hilera de agujeros entraba a la hoja con un sesgo de borracho contento, y había que alimentarla, rogarle y corregirle el paso hoja por hoja. Los puristas del futuro medirían aquellos dentados irregulares con el ceño fruncido; los que estuvieron ahí sabían que cada hilera torcida de la serie de 1880 era una madrugada de enero con Cachito puteando en francés aprendido de oído, exclusivamente para la máquina.

El veinticinco de enero, con el plazo vencido y el taller oliendo a hombre y a trementina, se contó la última resma ante el interventor. Seiscientas mil. A mediados de mes las

primeras ya estaban en las estafetas, viajando al mundo con el nombre del país arriba y la moneda nueva abajo, y el correo de Venezuela entró a la Unión Postal Universal —con nueve días de retraso sobre un margen de nueve días, que es la puntualidad perfecta venezolana— vestido de medallón.



De la cocina de aquel tiro quedaron, como siempre, los detalles que ningún acta recogió y que medio mundo estudiaría después sin saber lo que estudiaba.

El bolívar verde, el valor mayor, se tiró una sola vez: cincuenta mil piezas, la cuota justa del contrato, en aquel papel fino de la tercera resma. Y en el cromo del marco, alrededor de la palabra BOLIVAR, la piedra tomó —¿del tiralíneas? ¿del reporte? ¿del pulso cansado de un hombre que llevaba dos semanas durmiendo por turnos?— una línea tenue, finísima, un hilito de color que rodeaba la palabra como un cerco mal borrado. Santos la vio en las pruebas, dudó —corregirla eran dos días que no había— y la dejó, con el criterio de emergencia de aquel mes: *si no daña el valor ni la leyenda, viaja*. La línea viajó. Cincuenta mil veces. Un descuido de una noche sin dormir, repetido cincuenta mil veces con la fidelidad terca de la piedra, y convertido por eso mismo en lo único que aquel bolívar no podría prestarle a nadie: porque el que algún día quisiera falsificarlo copiaría el

dibujo, la leyenda y el color — y no copiaría el cansancio. En todas las transferencias legítimas del bolívar verde, una línea tenue, o los restos de ella, rodea la palabra BOLIVAR. En las falsificaciones, no.

Joan Serra llevaba diecisiete años muerto y habría sonreído con su medio lado catalán. Se firma donde nadie mira. Y a veces, cuando el hombre está demasiado cansado para firmar, la mano firma sola.

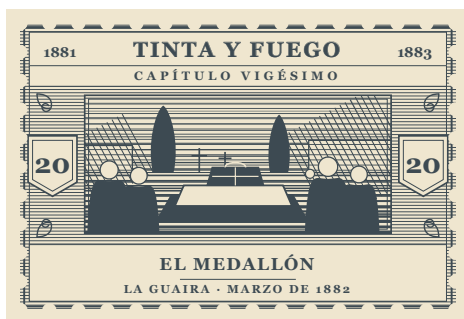
La firma involuntaria. La cicatriz de nacimiento que el que copia no copia, porque el que copia corrige. El apuro de enero de 1880, convertido —sin que nadie lo decidiera— en la contraseña secreta que separa lo legítimo de lo falso: la deja el papel malo, y no la sabe imitar el que fabrica sobre papel bueno.

Santos, esa noche del cierre, hizo además la última operación del contrato, la que no pasó por ningún libro: apartó del descarte un pliego entero del bolívar verde —uno de los que la perforadora había mordido torcido, técnicamente merma, técnicamente de nadie— y lo guardó doblado en cuatro en el fondo falso del baúl, junto al tête-bêche, las pruebas del setenta y nueve y las cartas de letra pareja. No sabía por qué lo guardaba. O sí sabía, con el saber de la mano que va antes que la cabeza: cincuenta mil piezas de un valor alto, tiradas una sola vez, en un país donde todo lo demás se reimprimía hasta el cansancio — eso, en el idioma del baúl, se llamaba *guardar la escritura de algo que un día va a valer una casa*.

El pliego durmió en el baúl veinte años. Y le tocaría despertar, como a todos los papeles importantes de esta historia, en el peor momento posible y en las manos correctas.

Pero eso es el final, y esto era enero de 1880, y en enero de 1880 lo que había era un taller exhausto, un contrato cumplido, y Félix Rasco descorchando un vino de Burdeos sobre la mesa de trabajo, brindando «por la Unión Postal Universal, por el Libertador de viaje, y por nosotros, señores: los únicos hombres de este país que le hemos ganado una carrera al calendario». El brindis fue bueno y el vino mejor, y nadie en aquel taller feliz podía saber que la serie humilde que acababan de parir tenía por delante tres destinos: ser jubilada en dos años por una imprenta de Nueva York, ser suplantada un cuarto de siglo después por una hermana falsa y hermosa que engañaría al mundo entero — y servir, todavía en el siglo veintiuno, de lección primera en las charlas de los filatelistas venezolanos: *en la serie de 1880, la belleza es sospechosa*.

Nacieron humildes. Era su certificado. Nadie lo supo a tiempo, salvo un cajista viejo apoyado en un bastón.



CAPÍTULO 20

El medallón

Caracas y Mérida, 1881-1883

La serie del medallón resultó corta para el apetito del país, como todo lo que se calcula en Venezuela con nueve días de margen.

Las seiscientas mil piezas del contrato de diciembre venían repartidas con lógica de oficina —doscientas mil del cinco céntimos, doscientas del veinticinco, cien del diez, cincuenta mil del cincuenta y cincuenta mil del bolívar— y la lógica de oficina, como siempre, no había consultado al público: el comercio exterior devoraba el veinticinco céntimos, que era el porte de la carta sencilla a la Unión, y para mediados del ochenta y uno las existencias boqueaban. Hubo que reimprimir dos veces ese año, con menos drama y la misma perforadora de Curazao, hasta completar un millón trescientas

cincuenta mil piezas — y de la cocina de esas reimpresiones salieron los dos detalles que alimentarían un siglo de catálogos.

El primero: el diez céntimos de la reimpresión salió distinto —otro tono, papel más grueso, el que había en plaza ese mes—, tan distinto que daba para discutir si era el mismo valor o uno nuevo. Santos firmó la recepción de aquel papel gordo encogiéndose de hombros —*si no daña el valor ni la leyenda, viaja*—, y con ese encogimiento de hombros dejó abierta, sin darle importancia, una de esas discusiones de tono y papel que en este oficio no se cierran nunca.

El segundo: el bolívar verde no se reimprimió. Nadie lo decidió con solemnidad; simplemente el valor alto rotaba poco, las cincuenta mil del ochenta alcanzaban, y la orden de reimpresión no lo incluyó. Cincuenta mil piezas, una sola tirada, y se acabó — el escaso de la serie, el que los coleccionistas del siglo siguiente buscarían con lupa y pagarían con dolor. En el fondo falso de un baúl de la esquina de Salas, un pliego torcido de la perforadora siguió durmiendo su siesta de veinte años, cada día un poquito más valioso, como los buenos entierros.

Y hubo un tercer detalle que ningún catálogo recogió nunca, porque no era de papel sino de plata: el artículo tercero de la Resolución mandaba que el producto de la serie nueva — la serie del correo del mundo, la de la Unión Postal— se aplicara *al ramo de las escuelas*. Santos lo comentó una noche en el corredor, con la Gaceta en las rodillas:

—Fíjate lo que armamos sin darnos cuenta, Marina. La carta que un comerciante de Hamburgo recibe de Caracas pagó su porte aquí... y ese porte terminó en tiza y en pizarrón. Tu escuela cobra en todos los idiomas de la Unión Postal.

—Ya lo sabía —dijo Marina, sin levantar la vista del cuaderno de notas—. Por eso este año tengo cuarenta y dos alumnas y me deben dos meses igual que siempre. La renta será universal, pero la Tesorería sigue siendo criolla.



Aquellos fueron los años del coche, y Santos los vivió con la incomodidad secreta del que prospera en un país donde prosperar es sospechoso.

La Litografía Aguirre facturaba: participaciones de la serie del medallón y sus reimpresiones, los formularios de tres ministerios, el trabajo fino de los bancos, y ahora las tarjetas postales que la Resolución de diciembre había mandado a crear —otra novedad de la Unión: cartulinas con el porte impreso, que el público miró primero con desconfianza y adoptó después con furia, porque eran más baratas que la carta y le ahorran a medio país el trabajo de tener qué decir—. La casa de dos patios se agrandó con un tercero; Trina aprendió a leer a los cuatro años, en la escuela de su madre, con el silabario del abuelo Braulio; Emilio dio sus primeros

pasos agarrado de la pata de la prensa chica, con el venezolano de oro al cuello, y su primera palabra completa, para júbilo de Cachito y escándalo de la abuela política, fue «tinta».

El único que no cobró su parte de la bonanza fue Eusebio. El Tuerto murió en marzo del ochenta y dos, de viejo y de una vez, en su chinchorro de Maiquetía, a los sesenta y tantos años de los cuales cincuenta y cuatro los pasó en el camino — y lo enterraron en La Guaira con la valija de cuero sobre el cajón, porque lo pidió así: «entiérrenme con la conversación de la gente, que fue lo que cargué toda la vida». Al entierro bajó Santos con Marina y los muchachos, y bajó también, en coche propio y de luto correcto, Belisario Fonseca, que se paró junto a la fosa sin decir palabra y al final dejó caer adentro, con un gesto que nadie le conocía, una moneda de medio real de plata — el porte viejo del correo de adentro, el precio de una carta de cuando todos eran pobres. Santos no le habló. Pero esa noche, en la posada, no pudo dejar de pensar que en todo el cementerio no hubo gesto más exacto, y que era típico de Belisario Fonseca pagarle a un muerto el porte del último viaje con la única moneda devaluada del velorio.

Del correo bajó un hombre solo, y bajó en su día libre. Se paró al fondo, detrás de las mujeres, con un traje oscuro que era evidentemente el único, y Santos tardó en reconocerlo porque llevaba veinte años sin verlo de otra manera que en el zaguán, con el sombrero en las dos manos: José Trinidad Sosa, el muchacho de a pie del camino, treinta y nueve años ya, cartero de la capital desde que el decreto del ochenta —el

que estableció el Correo Urbano de Caracas, y que en el gremio se celebró como se celebran los ascensos ajenos— sacó de la nada cuatro plazas para repartir la ciudad casa por casa. Había cambiado el cerro por las esquinas y la valija por un bulto de lona, y seguía sin sentarse donde no lo mandaran.

—Veinticinco años caminando detrás de él —le dijo a Santos, en la puerta del cementerio, y fue todo lo que dijo—. Nunca me enseñó nada. Nada más lo miré.

—Es la única manera —dijo Santos, que llevaba media vida diciéndoselo a los aprendices—. Lo que se enseña se olvida. Lo que se mira, no.

José Trinidad asintió, se puso el sombrero y se fue a esperar el coche de la carretera —de a pie hasta la parada, que para eso era peón—, porque el día siguiente era lunes y en Caracas había reparto.



Con Aquiles Iriarte, la vida fue menos delicada: se lo puso delante sin avisar, en su propio taller, un martes de mayo del ochenta y dos.

Vino con un sirviente de la casa del senador, portando una orden en tarjeta de la señora —*para el señor Aguirre, de parte de la Sra. de Iriarte: el portador es el niño Aquiles, que tiene el capricho de conocer una imprenta; se le agradece la molestia*—, y era un muchacho de trece años, delgado, de ojos

rápidos, vestido de casa grande, que recorrió el taller igual que su madre había recorrido el salón de Fomento dieciséis años atrás: estudiándolo todo, sin tocar nada, con las manos a la espalda.

Santos lo atendió con el estómago en un puño y la cortesía en su sitio. Le enseñó la caja, la prensa, el cuarto de las piedras. El muchacho preguntaba poco y miraba mucho, y al final, frente a la mesa de dibujo, se quedó clavado ante un cromo a medio pasar —un membrete con el escudo, trabajo de rutina— y dijo, con una seguridad sin insolencia, que era lo tremendo:

—El caballo está mal. —Señaló sin tocar—. El de la moneda mira igual pero tiene la pata de atrás recogida. Este la tiene suelta. Por eso este parece que se cae y el de la moneda parece que corre.

Santos miró el cromo. Miró la pata del caballo. El muchacho tenía razón —tenía razón con una precisión que él conocía íntimamente, la precisión del que ve lo que está y lo que falta—, y algo en la manera de señalar sin tocar, con el índice doblado hacia adentro, era tan de Carlota y tan del espejo que dolía mirarlo de frente.

—¿Tú dibujas? —le preguntó, por decir algo con la voz en orden.

—Me enseñan francés y equitación —dijo Aquiles, con un encogimiento de hombros que liquidaba ambas materias—. Dibujo solo. Papá dice que el dibujo es oficio de artesanos. —

Miró alrededor, sereno—. Pero a mí me gusta más esto que la casa. Aquí las cosas se hacen. Allá las cosas se *tienen*. —Y devolviéndole a Santos una mirada que era la de Carlota en el salón, exacta—: ¿Usted por qué me mira así? Todos los viejos del oficio me miran así. Como si me conocieran.

—Porque conocí a tu... —el mundo se detuvo un cuarto de segundo— ...a tu señora madre, hace años. Le llevas el aire.

—Eso dicen todos —dijo el muchacho, ya aburrido, volviendo al cromo—. ¿Me deja corregir la pata? Sé hacerlo. No le daño la piedra.

Santos le puso el lápiz graso en la mano —contra toda norma de la casa, contra toda prudencia del alma— y lo vio corregir la pata del caballo en cuatro trazos, con un pulso que no se enseña, y entendió tres cosas en el mismo golpe: que la sangre había pasado entera, que el senador Iriarte iba a malgastarla en francés y equitación, y que él, Santos Aguirre, no iba a poder hacer absolutamente nada al respecto en lo que le quedaba de vida — nada, salvo lo que hizo: guardar aquel cromo corregido, con la pata de atrás recogida y el caballo por fin corriendo, en el fondo falso del baúl, donde se guardaba todo lo que no tenía asiento posible en ningún libro.

Al despedirse, el muchacho le tendió la mano con naturalidad de salón.

—Gracias, señor Aguirre. Cuando sea grande y me dejen, me compro una imprenta.

No fue eso lo que se compró. Pero para eso faltaban años, y otro maestro.



La del final del capítulo llegó de Mérida, en el ochenta y dos, por la valija de los Andes: una estampillita que no había impreso ningún contratista del Gobierno, y que era —quién lo hubiera dicho de un papelito de un baile de provincia— quizás la primera de su especie sobre la tierra.

La trajo un corresponsal comerciante, pegada en una tarjeta de invitación, y Santos la estudió esa noche con la lupa y una sonrisa creciente: un céntimo, papel azul, el dibujo y las letras en dorado, litografía fina de provincia —*Imprenta de Juan de Dios Picón Grillet, Mérida*, averiguaría después—, y una estrella. La habían emitido los señores de la Sociedad Bolívar de Mérida, fundada por el joven erudito Tulio Febres Cordero, para reunir fondos con qué celebrar dignamente el centenario del natalicio del Libertador, que caía en julio del ochenta y tres: la «Estrella del Centenario», válida en el correo urbano de la ciudad para cartas, tarjetas, programas de bailes y banquetes, inutilizada patrióticamente con una B en tinta negra.

—A ver si entiendo —dijo Marina, examinándola a su turno—. ¿Una estampilla que no cobra un porte ni paga un impuesto, sino que *celebra* un cumpleaños?

—El cumpleaños de Bolívar. Emitida por una sociedad de caballeros, válida en una sola ciudad, para pagar una fiesta. — Santos le dio vuelta con la pinza, encantado—. He impreso estampillas de correo, de escuelas, de renta, hasta de moneda fantasma. Pero esto no lo había visto nunca: una estampilla cuyo único trabajo es *acordarse*. —La puso contra la luz: el dorado brillaba—. Te apuesto los geranios a que esta idea no se le había ocurrido a nadie en el mundo. Y se le ocurrió a unos señores de Mérida, para un baile.

No perdió los geranios. Y le quedó, con su certificado manuscrito del propio don Tulio, un céntimo azul y oro de la Sociedad Bolívar del que Santos sospechaba algo grande y callaba: que aquella estampillita de un baile de provincia bien podía ser de las primeras conmemorativas que se hubieran impreso en ninguna parte — sin decreto, sin trono, sin que nadie fuera de aquel patio lo notara. Las cosas grandes de este país entran así: por la puerta chica.

Santos pegó la estrellita — con charnela —la bisagrita de papel del álbum—, ya lo hacía como todo un profesional del vicio — en la primera hoja de un cuaderno nuevo que estrenó esa noche, y encabezó la página con el título que le salió del alma y que veinte años más tarde, en el corredor de los geranios, seguiría siendo el mismo:

Papeles que se acuerdan.

El centenario del Libertador se celebró en julio del ochenta y tres con el país entero de fiesta guzmancista: exposición nacional, apoteosis —una celebración grandiosa—, la estatua, los discursos. Santos lo miró pasar desde más abajo de donde lo habría mirado dos años antes. Porque la cima la había tocado a fines del ochenta y uno —la Litografía Aguirre cumpliendo cuatro años sin deberle un centavo a nadie, coche propio, casa de tres patios, y un dueño que a los treinta y siete era rico según Caracas y próspero según él—, y de aquella cima, entre marzo y agosto del ochenta y dos, ya lo habían bajado. Para el centenario ya no le quedaban ni el coche ni los patios; le quedaba, como le había quedado toda la vida, la única contabilidad que de verdad llevaba: un baúl con fondo falso donde dormían un tête-bêche, unas pruebas robadas al descarte, un pliego verde torcido, un cromo con la pata de un caballo corregida por un hijo ajeno, y ahora una estrella dorada que se acordaba de un cumpleaños.

Cómo lo bajaron de la cima —con qué papel de plaza, delgado y desigual, estaba impresa la bonanza, y qué carta se había firmado para él en un edificio de granito de Nueva York donde se grababa en acero la plata de medio continente— es la historia del año anterior, y del capítulo que sigue.



CAPÍTULO 21

La caída de Rasco

Caracas, 1882-1883

La litografía criolla murió como había vivido: por una falsificación de las escuelas.

La descubrieron en el ochenta y uno, y esta vez no hubo pesquisa lenta ni sonrojo: las escuelas nuevas —las fisco-postales del busto, las que sostenían «el sagrado ingreso» de la instrucción— aparecieron imitadas y lavadas a la vez, con desparpajo, en tres estados a un tiempo, y el expediente subió derecho al despacho del Ilustre Americano, que lo leyó con la impaciencia de un hombre que ya había tomado la decisión y solo esperaba el pretexto encuadrado.

La decisión tenía nombre de edificio de granito. Santos la oyó completa, antes que casi nadie, en el propio Ministerio de Fomento, adonde lo llamaron como perito para el sumario de

la falsificación — y donde un director de rentas, hombre franco, se la resumió sin protocolo mientras firmaban actas:

—Esto se acabó, Aguirre, y se lo digo a usted porque usted es de los serios y merece oírlo primero. El Gobierno está negociando con la American Bank Note Company, de Nueva York. La imprenta de los billetes de medio continente: grabado en acero, papel propio, talleres que no se allanan porque quedan en otro país. El General lo ha dicho con estas palabras: mientras la renta de instrucción se imprima en piedra, en Caracas, la van a falsificar en piedra, en Caracas. El acero no se copia con lo que hay aquí. —Se encogió de hombros, casi con pena—. Ustedes los litógrafos le ganaron muchas carreras al calendario. Pero contra la química y contra los bandidos, la piedra ya perdió. Se imprime afuera y se acabó.

—¿Y los contratos vigentes?

—Se rescinden. —El director firmó su acta y no lo miró—. Empezando por el de Rasco. Este mes.

Marzo de 1882. La rescisión le llegó a Félix Rasco con acuse de recibo y sin agradecimientos, y Santos estuvo con él la tarde en que la leyó, en el taller de la calle del Sordo, entre las prensas que habían tirado las cuadradas, las contraseñas, los venezolanos y el medallón — un cuarto de siglo del papel del país, parado de golpe con una firma de ministerio.

Rasco leyó el oficio dos veces. Lo dobló por sus dobleces. Lo puso sobre la mesa de trabajo, lo alisó con la palma —un gesto de planchador, de familiar en duelo—, y se quedó un rato mirando sus prensas, y cuando habló no hubo teatro ninguno, que fue lo que a Santos más le dolió, porque Rasco sin teatro era Rasco ya vencido:

—¿Sabe qué es lo gracioso, socio? Que tienen razón. Yo he peleado contratos toda mi vida con las uñas y con los salones, y este no lo puedo pelear porque el argumento es verdad: contra el acero no se puede. El grabado en acero no lo falsifica ningún criollo, y la piedra la falsifica cualquiera con talento y ácido. Se acabó el oficio, Aguirre. No el mío: el *nuestro*. Nueva York imprime mejor, más bonito, más seguro.

Recogió el oficio y se lo guardó en el pecho, y ahí, por un segundo, volvió el Rasco de los milagros, el del hexágono, para decir la frase que Santos repetiría el resto de su vida:

—Pero apunte esto, que es lo único que nos queda: el acero no conoce el país. Esa gente va a grabar maravillas allá arriba, y no va a saber nunca lo que sabemos usted y yo — cómo se corta una hoja en Ospino, qué resma aguanta el clima de Maracaibo, por qué el resello sale torcido a las cuatro de la tarde y derecho a las nueve. Van a imprimir Venezuela sin haberla visto. Algún día eso se paga. No sé cómo, ni cuándo, ni quién lo cobra. Pero se paga.

El taller de Rasco se remató en junio: las prensas a un impresor de Valencia, las piedras —las piedras de las cuadradas, la del hexágono muerto— a peso de caliza, para pulirse y volver a ser nada. Rasco se retiró a una casita de La Candelaria con su archivo y su cadena de reloj, a envejecer de golpe, como envejecen los hombres de contratos cuando se quedan sin contraparte. Vivió lo bastante para ver —enero del ochenta y tres, la orden de pago se la enseñó él mismo a Santos, con una sonrisa torcida— que el Gobierno todavía le encargaba una miseria menuda: mil seiscientos timbres del retrato de Guzmán para las escuelas federales. Migajas de mesa que él recogió sin orgullo, «porque el oficio no se jubila aunque lo jubilen».

—Usted y yo ganamos una carrera al calendario, don Félix —le dijo Santos al despedirse, la última vez.

—Dos —dijo Rasco—. La otra fue vivir de esto cuarenta años en este país. Ningún europeo aguanta eso. Dígale al alemán que se lo dije yo.



La onda expansiva tardó cinco meses en llegar a la esquina de Salas, y llegó por donde Santos no vigilaba: por adentro.

El socio capitalista de la Litografía Aguirre se llamaba Evaristo Sarriá, comisionista, prestamista fino, cuarenta por ciento de la casa desde la ampliación del ochenta —cuando el

contrato de la Unión Postal exigió crecer de golpe y el crédito de Sarría fue la diferencia entre poder y mirar—. Era un socio perfecto: no pisaba el taller, no opinaba de tintas, cobraba puntual. Un socio de números. Y los números, en el año ochenta y dos, decían todos lo mismo: los ministerios migraban su papel a la American Bank Note; las participaciones de emisiones —la mitad del ingreso de la casa— no volverían nunca; la litografía criolla acababa de pasar, en un trimestre, de industria estratégica a oficio de tarjetas y facturas.

Sarría hizo lo que hacen los números: salió. Y salió por la puerta que Santos mismo le había firmado.

Estaba en el contrato de la ampliación, cláusula novena, redactada por el abogado de Sarría y firmada por Santos Aguirre en enero de 1880 —en aquel enero, el de los nueve días, el de las madrugadas con la perforadora, cuando la casa entera corría contra el calendario y los papeles propios se firmaban de pie, entre dos pruebas de máquina—: en caso de disolución a instancia del socio capitalista, este podía cobrarse su parte *en especie*, a tasación de un perito tercero, con preferencia sobre la maquinaria mayor. Santos la había leído —la había leído, eso fue lo que más le ardió siempre: la leyó de pie, a las once de la noche, con el ojo puesto en una resma que se estaba dañando— y la firmó como se firma lo que uno reza de memoria: sin mirarla.

El hombre que le había enseñado al Estado venezolano que las firmas se leen con lupa perdió su taller por un renglón que firmó sin lupa. La vida no tiene la elegancia de la piedra: la vida repite las lecciones hasta que duelen.

La disolución se ejecutó en agosto, con puntualidad de protocolo: el perito tercero tasó, Sarriá escogió —la prensa grande, la mediana, la perforadora de Curazao, el arriendo del local, que también estaba a su nombre desde el ochenta—, y a Santos le quedaron la prensa chica, las piedras, las cajas de tipos, el pie de imprenta y el derecho de llevárselo todo a otra parte en treinta días. Legal hasta el último punto y coma. Sin un solo agravio que llevar a un juez.

Y en septiembre, cuando el traspaso se protocolizó, Santos leyó en el registro el nombre del comprador de los créditos de Sarriá — porque Sarriá, naturalmente, no se quedó con hierros que no sabía usar: los vendió en bloque, bien vendidos, a una sociedad mercantil de reciente creación, «La Industrial Caraqueña», cuyo apoderado —representante legal— firmaba con una letra inglesa que Santos conocía desde los remates de vales del sesenta y uno.

No fue ni siquiera una sorpresa. Fue casi un alivio, como cuando el dolor por fin encuentra la muela.

Belisario Fonseca lo recibió en su escritorio de la calle del Comercio sin hacerse rogar, y no le negó nada, porque negar era de aficionados:

—La Industrial Caraqueña es mía, sí. Compré los créditos de Sarría, sí, y a buen precio, porque el hombre tenía apuro. —Abrió las manos, mostrando las cartas: siempre las mostraba, era su manera de ganar dos veces—. Y antes de que gastes la rabia, hermano, óyeme el negocio completo, que contigo siempre he sido transparente: yo no quería tus prensas. Yo quería el *momento*. La litografía criolla se acaba de morir, tú lo sabes mejor que yo. Pero va a hacer falta igual —tarjetas, facturas, remiendos, lo menudo que Nueva York no va a venir a imprimir—, y el que compre barato hoy los hierros de los quebrados, mañana tiene el monopolio de lo menudo. Eso hice. Con Rasco no pude: se me adelantó el de Valencia. Contigo sí.

—Conmigo compraste hierros. La casa no era los hierros.

—La casa eras tú. Ya lo sé. —Belisario se echó atrás en el sillón, y lo miró con algo que en otro hombre habría sido afecto—. Por eso te voy a hacer la oferta que le hice a tu socio que no te hiciera, para hacértela yo: vente a administrarme la Industrial. Sueldo de gerente, participación, y tú imprimes lo que te dé la gana con tus manos santas. Tú pones el oficio, yo pongo el capital, y nos hacemos viejos y ricos los dos, que es lo que este país les debe a sus dos mejores lectores de papel. —Y como Santos no contestaba—: Es la tercera vez que te compro, Aguirre. La primera fue en el muelle, con la lectura del manifiesto: no vendiste. La segunda fue con las remesas: no vendiste. A la tercera va la vencida, dice la gente. ¿Qué dices tú?

Santos se levantó. En la pared del escritorio, enmarcada con lujo, colgaba —la vio al entrar y fingió no verla— una estampilla: un medio real de las águilas, nuevo, engomado, con sus cincuenta y dos perlas impecables. La obra maestra, exhibida donde solo pudiera entenderla el único visitante capaz de contarlas.

—Digo que la gente también dice otra cosa —contestó, tomando el sombrero—. No hay tercera sin cuarta. Buenas tardes, Belisario. Cuídame la perforadora, que se ceba si no le hablan en francés.



Se llevó la prensa chica, las piedras y el apellido a un galpón alquilado de La Pastora, a cinco cuadras de la escuela de Marina, y la contabilidad del desastre fue esta: de la casa de tres patios al galpón; del coche propio al coche alquilado por horas; de siete oficiales, a Cachito —que se quedó sin que se le pidiera, con un «yo tengo pendiente enseñarle francés a otra máquina, don Santos» que valió por diez años de sueldo— y Chispero. La casa familiar se salvó porque estaba a nombre de Marina desde el matrimonio, por consejo viejo del padre Ceferino, que en materia de bienes tenía la teología de los pobres: «lo que esté a nombre de la maestra, ni el diablo ni el fisco lo tocan, porque a los dos les da vergüenza».

La noche de la mudanza, con los muchachos dormidos y el galpón oliendo a cal y a derrota, Marina encontró a su marido sentado en el baúl del fondo falso, a oscuras, y no le preguntó cómo estaba, porque las preguntas tontas no eran su ramo. Le puso el café en la mano, se sentó a su lado en una caja de tipos, y dijo, después de un rato largo:

—Cuarenta y dos alumnas, Santos. Y me deben dos meses, igual que siempre — la vergüenza ajena de los tesoreros, puntual como el aguacero. La escuela no se enteró de tu quiebra: mañana a las ocho hay dictado. —Le dio un sorbo a su propio café—. Tú empezaste barriendo un taller ajeno y sabes ese camino de memoria. Lo que no sabías era esto otro, y ya lo aprendiste: firmaste de pie una vez en la vida, y no se te va a olvidar más nunca. Salió caro para ser una sola clase. Pero mi papá pagó más por menos.

—Perdí la casa grande, Marina.

—Perdiste los patios. La casa es esto. —Y con el mentón señaló el galpón, la prensa chica, el baúl donde estaban sentados—. Además, no te hagas el pobre conmigo, Santos Aguirre, que yo te conozco el fondo del baúl aunque nunca te he abierto el baúl. Ahí guardas veinte años de cosas que no se venden. Un hombre que a los treinta y ocho tiene un baúl así no está quebrado: está *esperando*.

Tenía razón, como casi siempre, aunque ni ella supiera todavía qué esperaba el baúl — ni lo supiera él, que apenas empezaba a llenarlo.

Lo que Marina no sabía —lo único que en toda su vida Santos no le contó completo— era que en aquel baúl, aparte de los papeles que no se vendían, dormía un cofre de cuero que sí se vendía, y bien: cuarenta y una monedas de oro quietas desde el año terrible. Esa noche, la peor de su vida de comerciante, Santos lo pensó. Lo pensó con el lápiz, como pensaba todo, e hizo dos cuentas y una tercera que no era cuenta. La primera: contra lo que se había tragado la cláusula novena —prensas, perforadora, arriendo, miles de pesos con levita de contrato— treinta y seis onzas eran un dedal de agua contra un incendio; no salvaban el taller ni de milagro, apenas se habrían quemado con él. La segunda: aunque hubieran alcanzado, no eran suyas. Eran un depósito de hacía diecinueve años, y un hombre no paga sus deudas con la confianza de una muerta.

La tercera no era número: era Marina, dormitándose ya sobre la caja de tipos, con su escuela, sus cuarenta y dos alumnas y la casa a su nombre. No iban a pasar hambre. Iban a pasar vergüenza, que es más barata y se aguanta de pie. De modo que cerró el baúl con el cofre adentro, intacto, y lo dejó seguir durmiendo. El oro esperaba lo mismo que los papeles —su momento y sus manos—, solo que las manos no eran las suyas, y todavía faltaban catorce años para que llegaran.

Pero esa es la Parte Cuarta de esta historia. La Tercera termina aquí, en un galpón de La Pastora, con un hombre y una mujer tomando café a oscuras sobre un baúl lleno de papeles que se acuerdan — mientras en el puerto de La

Guaira, en cajas selladas de Nueva York, con su grabado en acero y su papel perfecto y su dentado deficiente, desembarcaba el catorce de abril de 1882 la nueva estampilla de Venezuela: el busto del Libertador, la leyenda VENEZUELA, y ni un solo error criollo al cual agarrarse.

Santos la examinó esa semana, como perito, con la lupa de siempre. La trabajó diez minutos en silencio —el grabado impecable, las líneas de acero que ninguna piedra del país podría soñar, la impresión y el dentado, eso sí, hechos con los pies, lo cual consolaba— y al final le dijo al fiscal de turno, dictando para el acta, la frase con que un litógrafo arruinado le dio la bienvenida al futuro:

—Legítima sin duda alguna. Trabajo extranjero de primera calidad. —Y por fuera del acta, bajito, para la estampilla—: Bienvenida al país, doctora. Ya aprenderá.

P A R T E I V

EL ACERO DE NUEVA
YORK

1883 · 1890



CAPÍTULO 22

American Bank Note

Caracas, 1882-1886

Los años del acero fueron, para el país, años de estampillas perfectas y ajenas; para el galpón de La Pastora, años de facturas, tarjetas y remiendos; y para Santos Aguirre, los años en que descubrió que se puede vivir de mirar.

Porque el taller chico daba para comer —lo menudo alcanzaba, aunque hubiera que disputárselo pedido a pedido a la Industrial Caraqueña, que bajaba los precios con paciencia de anaconda—, pero lo que sostuvo a la casa en su nueva estatura fue el otro oficio, el que no necesitaba prensa: el peritaje. La firma de Santos Aguirre al pie de un dictamen se había vuelto, sin que él lo administrara, una institución de la plaza: los bancos le mandaban billetes dudosos, los tribunales le mandaban documentos, la Administración le seguía

mandando estampillas, y hasta los comerciantes serios habían aprendido el camino del galpón para consultas que se pagaban en fuertes y se despachaban en diez minutos de lupa.

—Fíjate en la ironía —le dijo a Marina, un domingo de cuentas—. Veinte años imprimiendo, y al final lo que vale plata es el ojo. Belisario me compró las prensas y no me compró nada.

—Eso ya te lo había dicho yo la noche del baúl —contestó ella, sin dejar la costura—. Pero me alegra que te alcance el entendimiento, aunque sea con dos años de atraso. Los hombres son como el correo de adentro: llegan, pero hay que esperarlos.

Las estampillas de la American Bank Note, mientras tanto, hacían su trabajo con esa perfección desgana de lo que se fabrica lejos. El grabado era soberbio —Santos lo admiraba sin reservas, línea por línea de acero, cada vez que un dictamen se lo ponía bajo la lupa—; la impresión y el dentado, en cambio, venían con los pies, y el papel era tan justo y la goma tan avara que un ejemplar nuevo, bien engomado y centrado, era ya en esos años una pequeña rareza. El país las usaba sin quererlas: no tenían anécdota, no tenían pariente, no se parecían a nadie. Eran —Facundo Meza encontró la palabra desde su taburete, en una de sus visitas al galpón— estampillas *huérfanas*: «perfectas como los niños de los retratos, muchacho. Y uno a los hijos los quiere por las cicatrices».

En la trastienda del sistema, además, se había armado una arquitectura que a Santos, contribuyente de a pie y perito de la casa, le daba materia para asombros administrativos: desde el ochenta y dos existía un Ministerio de Instrucción Pública, y las estampillas —todas: las de escuelas, las postales, las de la Unión, hasta las tarjetas— se emitían y se vendían por su Tesorería, porque toda aquella renta seguía siendo del ramo educativo. La Administración de Correos, que uno creería dueña del negocio, no tenía injerencia ni control alguno sobre la emisión y venta de las estampillas de correo: ella cargaba las cartas y santas pascuas.

—Repítamelo despacio —pidió Cachito, la primera vez que lo entendió—. ¿El correo... no manda en las estampillas del correo?

—El correo las pega, hijo —dijo Santos—. Las manda Instrucción, las imprime Nueva York, las paga el comercio y las estudia un loco en La Pastora con una lupa. Cada quien en su ramo. Este país tiene el talento de repartir una sola cosa entre cinco dueños y que ninguno sea responsable.



El papel, en aquellos años flacos, se lo seguía comprando a doña Cecilia.

Le vendía desde los tiempos de la casa grande —la Litografía de los dos patios—, y le siguió vendiendo cuando la casa se hizo galpón, con el mismo trato y el mismo precio, sin restarle una libra por haberse caído: que un proveedor no le cambie el precio a un cliente arruinado es, en el comercio de este país, casi una declaración de amor.

Doña Cecilia venía de comerciantes. Los suyos tuvieron casa abierta en Barquisimeto —una de esas casas de comercio del interior que subían del puerto la mercancía fina y bajaban el café y el papelón —azúcar sin refinar— de las lomas —, hasta que la guerra larga le pasó por encima a la ciudad y no dejó mostrador en pie: partidas irregulares, requisas, empréstitos forzosos que nadie devolvía. En el sesenta y uno bajaron los cinco a Caracas con lo que cupo en las maletas —el padre ya sin ánimo, la madre, ella y los dos hermanos menores—, a empezar de nuevo en una ciudad que no los esperaba. El padre no volvió a levantar cabeza; los hermanos agarraron cada uno por su lado; y el negocio, el poco que se rehízo, lo rehízo ella, que era la de la casa con cabeza para los números y estómago para el regateo. Traía un modo de mirar a la gente a los ojos que en una muchacha de su tiempo pasaba por insolencia y en el comercio es capital.

Tenía dos depósitos junto al camino de mulas de carga, corresponsales en Curazao y en Saint Thomas, y una manera de sentarse a la mesa de los hombres —sola, sin marido que la avalara ni hermano que se metiera— que a unos les parecía un escándalo y a los otros, a los que sabían de números, una

advertencia. En la plaza de los importadores su llegada bajaba la voz de los corrillos: sabían que no compraba caro ni vendía barato, que leía una cuenta al revés y de memoria y le hallaba el renglón torcido antes de que el que lo puso acabara de sonreír, y que no perdía un pleito de números desde los tiempos del mostrador de su padre. Había ido comprando, resma a resma y favor a favor, el mercado del papel fino de la ciudad, hasta que despacharle a un impresor sin pasar por ella salía más caro que pasar — y eso, en el comercio, es el único poder que de veras dura.

Era de esas mujeres que se hacen solas cuando la vida les quema la casa una vez y aprenden a que no se la quemen dos: no le debía la fortuna a ningún hombre —ni al padre, que la perdió, ni a un marido, que no tuvo—, y por lo mismo no le perdonaba a ninguno que la tomara por tonta.

El dos de agosto de 1884, Santos fue al depósito a cerrar un pedido y se quedó de más, porque valía la pena verla trabajar.

Estaban contando resmas cuando el comisionista de la aduana —un tal Peñaloza, de esos que cobran por dejar pasar lo que ya está pagado— le presentó la cuenta con un renglón de más: una «merma por avería de bodega» que se comía el ocho por ciento de la partida. Papel dañado por la humedad del viaje, dijo, con la cara de lástima que ponen los que roban con recibo. Habría que descontarlo — de lo que ella cobraba, no de lo que él cargaba.

Doña Cecilia no levantó la voz. Pidió que abrieran los fardos señalados. Peñaloza dijo que no hacía falta, que él daba fe. Ella dijo que la fe era para la iglesia y que en el comercio se contaba, y mandó abrirlos igual. El papel estaba seco y sano, resma por resma, salvo dos pliegos de la orilla — los dos de siempre, los que se mojan en todo viaje del mundo.

—Dos pliegos —dijo ella, sosteniéndolos en alto para que los viera el depósito entero—. Su merma son dos pliegos, Peñaloza, y me los quedo yo de recuerdo. Lo otro que usted trajo en la cuenta no es avería: es apetito. Y el apetito, en mi casa, se cobra a la salida. —Rehízo el renglón con su propio lápiz, delante de él, y le corrió la cuenta al precio limpio—. Firme aquí. Y la próxima que me traiga bodega mojada, tráigala mojada de verdad, que le voy a hacer contar los pliegos uno por uno con esos dedos, hasta el último, y le va a coger la noche.

Peñaloza firmó, con la sonrisa amarilla de los que aprenden la lección tarde. Santos salió con su papel y con una lección que no anotó en el cuaderno porque no era de estampillas, pero que le sirvió en cada contrato de lo que le quedaba de carrera: que el abuso se cobra a la salida, delante de testigos, y con el lápiz de uno.

Aquel mismo dos de agosto, en la misma Caracas, mientras doña Cecilia le rehacía a Peñaloza la cuenta con su propio lápiz, nacía Rómulo Gallegos. Le faltaban cuarenta y cinco años para escribir la novela de una mujer del llano —dueña, sola y temida— que gobierna a los hombres a fuerza de

ganado, linderos y cuentas. A doña Cecilia le habría sentado bien protagonizarla, con solo cambiarle a la doña el nombre: Bárbara por Cecilia.



Emilio, en esos años, se robó el capítulo.

Tenía cinco, seis, siete años, y dibujaba. No dibujaba como dibujan los niños, que dibujan lo que saben —la casa, el sol, la madre—: dibujaba lo que *veía*, que es otro oficio. Y lo que veía, en la casa de un perito filatélico, eran estampillas. Santos lo descubrió una noche del ochenta y cinco, revisando a la luz de la lámpara de aceite unos papeles del niño que Marina le había puesto delante sin comentario, con su cara de maestra que ya corrigió el examen: eran bustos del Libertador, a lápiz, copiados de la serie de la American Bank Note — copiados con seis años, con líneas que temblaban donde debían temblar y se apretaban donde el grabador de Nueva York las había apretado, con el sombreado del óvalo resuelto en rayitas paralelas porque el niño había entendido, solo, mirando con la lupa del padre, que aquella cara no estaba pintada sino *rayada*.

—¿Y esto, Emilio?

—Es el señor de las estampillas —dijo el niño, entre orgulloso y en falta—. Pero no me sale igualito. El de la estampilla tiene las rayas más juntas. ¿Cómo hacen las rayas

tan juntas, papá?

Santos miró las rayas de su hijo un rato largo. Después lo sentó en la rodilla y le contestó con la verdad, que era su única lengua con los hijos:

—Con una máquina que corta el acero, que se llama buril, y con veinte años de aprender. Yo no sé hacerlas, mijo. Yo soy litógrafo: yo dibujo en piedra, con grasa. Lo tuyo —las rayitas juntas, el acero— eso no lo sabe hacer nadie en este país. Eso se aprende allá, donde se hizo esta estampilla.

—¿Y dónde se hizo?

—En Nueva York. Al otro lado del mar.

Emilio miró la estampilla, miró su dibujo, y dijo, con la sencillez con que los niños firman sus vidas:

—Entonces yo voy a ir allá.

Marina, desde el corredor, no dijo nada. Pero esa noche, en la cama, le comentó a Santos en la oscuridad, con la voz que usaba para las cosas grandes:

—Trina va a ser del Estado, como yo: manda a los siete años igual que mi inspectora. Y Emilio va a ser del mar, como tu bergantín. Vete haciendo a la idea, Santos Aguirre: criamos a los muchachos con estampillas, y las estampillas son papeles que se van.



El padre Ceferino Ruz murió en La Guaira en el ochenta y cuatro, de ochenta y tantos años, y hubo que ir a enterrarlo a la parroquia donde había bautizado, casado y despedido a medio puerto durante medio siglo.

A Santos le tocó, por disposición del propio cura —una tarjeta con letra de pulso ido, dictada al sacristán—, un legado envuelto en franela que resultó ser el libro de oraciones grande de la sacristía. Lo abrió en la posada, extrañado, y el libro de oraciones hizo lo que llevaba veinticinco años haciendo en las manos del viejo: se abrió solo por las páginas engordadas. Entre el ordinario de la misa y los salmos, pegadas con charnelas de papel de arroz, protegidas por estampas de santos que hacían de guardas, estaban —una por una, nuevas o matadas con fecha limpia, elegidas con ojo de relojero— las estampillas de Venezuela: el medio real amarillo de la primera emisión, fina *y* gruesa, lado a lado; los centavos del caballito zurdo; las cinco águilas; las cuadradas con la raya gruesa bien visible; contraseñas de los cuatro tipos; escuelas de las nueve tiradas; los venezolanos; el medallón completo, bolívar verde incluido.

Un ejemplar seguro de cada cosa. Desde 1859. La regla que el viejo le había enseñado a un muchacho descalzo —*comparar contra lo seguro*— practicada en secreto, con paciencia de libro de oraciones, durante toda una vida, y legada ahora al único hombre del país que podía entender que

aquello no era una colección: era un *instrumento*. La franela traía además una tirilla de papel con la letra del sacristán y la voz inconfundible del muerto:

Para el perito Aguirre, que compara. Aquí está lo seguro. Lo dudoso lo pones tú, que para eso te criaste en aduana. Y no vendas ni una, pícaro, que las estuve mirando cuarenta años y sé la cara que tienen. C.R.

El libro de oraciones entró al fondo falso del baúl esa misma semana, y con él, el baúl cambió de naturaleza: ya no era el escondite de un aficionado — era, aunque nadie lo supiera, el archivo de referencia más completo del país. Ahí estaba el secreto entero del famoso «ojo de Aguirre», que el gremio comentaba como una facultad sobrenatural: el ojo era el de siempre; lo sobrenatural era tener contra qué comparar.



La rueda volvió a girar en 1886, como giraban todas las cosas del Ilustre Americano: por decreto y en grande.

Guzmán Blanco —de vuelta en la silla tras sus dos años en París, más autócrata y más ilustrado que nunca— decidió que pagarle a Nueva York cada libranza, cada bono, cada memoria y cada estampilla era un despilfarro indigno de una nación seria, y decretó la creación de la **Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional**: una imprenta de la nación, para

imprimirlo todo en casa. Se compró de un plumazo la maquinaria completa de la imprenta del general Manuel Silva Gandolphi —un militar-empresario de los de la época, que vendió bien y a tiempo, y cuyo nombre conviene retener porque esta historia se lo va a volver a encontrar sentado en el otro lado del mostrador—; se encargaron a los Estados Unidos las tintas, los papeles y los suministros que la Memoria de Fomento inventarió con gula de recién casado; y se contrató en París, para el arte mayor, a un litógrafo europeo del que en Caracas solo se sabía el nombre, que ya era bastante nombre: Pius Schlageter.

Faltaba el jefe de taller. Y para jefe de taller de la imprenta de la nación hacía falta un hombre de Caracas que conociera el oficio completo —piedra, tipo, prensa y papel de plaza—, que hubiera manejado gente y contratos del Estado, que supiera cómo se cuenta ante un tribunal y cómo se guarda un secreto de emisión, y que no estuviera comprometido con ningún taller de los que iban a quedarse sin los encargos del Gobierno.

La lista de candidatos con esas señas tenía un solo nombre, y el Ministerio lo sabía antes de escribirla.

El oficio llegó al galpón de La Pastora en octubre del ochenta y seis, en papel de la nueva Imprenta que todavía olía a estreno. Santos lo leyó dos veces, se lo pasó a Marina, y se fue a dar una vuelta larga por la parroquia, solo, como la noche de la calle del Comercio —porque las ofertas grandes y

las tentaciones se caminan igual—. Volvió al anochecer con la decisión tomada y el discurso preparado, y Marina no lo dejó pronunciarlo:

—Ya acepté por ti —dijo, sirviendo la sopa—. Vino el mensajero por la respuesta a las cinco y no te iba a hacer quedar mal por andar tú filosofando por ahí. Jefe del taller de la imprenta de la nación, sueldo del Estado, y el galpón se lo dejás a Cachito, que ya es hora. —Le puso el plato delante—. Cierra la boca y come. El país vuelve a imprimir en casa, Santos Aguirre, y en esa casa no va a haber más ojos que los tuyos. Si te ibas a negar, me hubieras avisado hace veinte años, antes de enseñarme a quererte el oficio.

Santos comió. En el fondo —y Marina lo sabía, por eso firmó por él— no había caminado la parroquia para decidir si aceptaba: había caminado para hacerse a la idea de volver a ser feliz.

Le duró dieciséis meses, la felicidad. Pero eso él no lo sabía, y los dieciséis meses —hay que decirlo todo— fueron gloriosos.



CAPÍTULO 23

El alsaciano

Caracas, 1886-1887

Pius Schlageter bajó del vapor francés en enero de 1887 con catorce baúles, de los cuales trece eran del oficio y uno de la persona, y esa proporción, pensó Santos al verlos descargar en La Guaira, ya era una carta de presentación.

Era un hombre de cincuenta años, seco, con barba recortada de ingeniero y unos anteojos de oro que se subía con el nudillo, contratado en París por el agente del Gobierno con un sueldo que en Caracas producía silbidos. Alsaciano de Mulhouse —alemán por el apellido y el rigor, francés por el pasaporte y las tintas, y apátrida por la guerra del setenta, que le había cambiado la nacionalidad sin mudarlo de calle—, venía de las casas grandes de la litografía europea y no venía a

hacer amigos: venía, dijo en su castellano de manual, correcto y sin esquinas, «a organizar el arte mayor de la imprenta de la nación, según me fue contratado».

El primer mes fue una guerra fría de dos maestros. Schlageter inspeccionó la Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional —los galpones nuevos, la maquinaria comprada al general Silva Gandolphi, los suministros americanos que seguían llegando en cajas— con el nudillo en los anteojos y un cuadernito donde anotaba deficiencias en francés, que era su manera de ser discreto. Exigió piedra de Solnhofen del banco superior, y la había. Exigió tinta de Lorilleux, y la había. Exigió papel de Rives, y ahí empezó Venezuela:

—No hay papel de Rives, señor Schlageter —dijo Santos—. Hay papel de plaza: el que llegó, del que llegó, cuando llegó. En este país el papel no se escoge: se torea. Si usted imprime solo cuando el papel sea digno de usted, va a imprimir tres semanas al año.

—En Europa...

—En Europa yo no sé. Aquí, el que no aprende a sacar obra limpia de resma sucia, no dura. —Santos le sostuvo la mirada sin calor, de oficio a oficio—. A usted lo trajeron por el arte mayor, y el arte mayor suyo es el mejor que ha pisado este taller: eso se lo digo delante de quien sea. Pero la imprenta de la nación no queda en la nación de usted. Queda en esta. Y de esta, el que sabe soy yo. Propongo un arreglo, señor

Schlageter: usted me enseña lo que aprendió en Mulhouse, y yo le enseño el país. Al que le sobre orgullo, que lo deje en la puerta con el sombrero.

Schlageter se subió los anteojos con el nudillo. Miró a aquel jefe de taller criollo que le discutía de igual a igual en un galpón con olor a cal, y contestó con la única frase que podía fundar una amistad entre dos hombres así:

—Enséñeme primero lo del papel.

Para abril ya eran, sin haberlo declarado, lo que Neun y el catalán Serra habían sido treinta años antes: dos idiomas y un solo oficio. Schlageter descubrió que el criollo sabía de reportes y de conteos más que muchos jefes de taller de Basilea, y que además olía la humedad de la resma a dos pasos, cosa que en Mulhouse no se enseñaba; Santos descubrió que el alsaciano dibujaba en la piedra como se debe rezar: sin borrar. Y el país descubrió —con la Memoria del Ministerio por delante— que la Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional era capaz de lo que se había prometido: dejar de pagarle a Nueva York e imprimir en casa las estampillas de la República.

La piedra matriz la trabajó Schlageter en marzo, y fue un espectáculo que Santos se llevó a la tumba en el estante de los mejores: copiar al cromo, punto por punto, el busto grabado en acero de la American Bank Note —traducir el buril a la grasa, el metal a la caliza, sin perder la cara ni la dignidad del

original—. Trabajaba con lupa de relojero y agujas que se afilaba él mismo, y cuando terminó, a la piedra le faltaba solamente respirar.

El nueve de abril de 1887 comenzó el tiro. Sin lacre esta vez, sin Roldán —el viejito de la levita verdosa había muerto contando onzas de otro gobierno—, pero con acta y con interventor, y con Santos Aguirre parado junto a la prensa grande viendo salir el primer pliego del busto del Libertador impreso otra vez en Venezuela, por manos que cobraban en bolívares, veinticinco años después de que la piedra criolla perdiera la guerra del acero.

—¿Y bien? —preguntó Schlageter, que a su manera también estrenaba patria.

—Feo no es —dijo Santos, mirando el pliego al trasluz, y era el elogio más alto del dialecto del taller—. A ver cómo se porta el dentado, que ahí es donde este país examina a sus impresores.

El dentado se portó como el país: hubo perforadora de once, hubo perforadora de catorce, hubo hasta una docena rebelde que marcaba doce cuando quería, y los pliegos salieron al público con la variedad de siempre, para desesperación de los prolijos y festín de los coleccionistas por nacer.



Las iniciales las encontró Santos en mayo, una tarde de revisión de rutina, y las encontró porque las buscaba sin saberlo: llevaba veinticinco años buscándolas en todo lo impreso, desde un domingo de patio con un catalán tuberculoso.

Estaba cotejando transferencias del cinco céntimos con la lupa grande cuando el ojo se le enganchó en el adorno lateral —un adorno en espiral de nada, relleno de grabador— y en el corazón del adorno en espiral, dibujadas con el grosor de un cabello, quietas, esperando desde marzo a ver si en este país alguien miraba de verdad: dos letras.

P S

Santos se quedó mirándolas un tiempo largo. Después hizo algo que no hacía casi nunca: se rió solo, en voz alta, en el taller vacío. Y fue con el pliego y la lupa hasta el escritorio del alsaciano, lo puso todo delante sin una palabra, y señaló el adorno en espiral con la punta seca del tiralíneas de bronce.

Schlageter se subió los anteojos con el nudillo. No se inmutó, porque no era hombre de inmutarse, pero se tomó tres segundos de más antes de hablar, y en la voz le apareció una vibración baja, mineral, que Santos no le conocía:

—En Mulhouse, mi maestro de reporte era un anciano que había trabajado los billetes revolucionarios franceses y las primeras viñetas de Alsacia. Me enseñó tres cosas: la piedra no perdona, el apuro imprime dos veces... y el litógrafo no firma. El litógrafo repite, decía. Cuarenta años repitiendo el

dibujo de otros. —Se quitó los anteojos, los limpió, se los puso—. El día que me embarcaron para América, me dijo: Pius, allá nadie te conoce y nadie te conocerá. Firma. Firma donde nadie mire, para que exista constancia de que pasaste. Los papeles duran más que los hombres, y algún día alguien con lupa te va a encontrar, y ese día tú ya no estarás, pero habrás existido. —Miró el adorno en espiral, y luego a Santos—: No esperaba que fuera tan pronto, ni en el mismo taller. ¿Va usted a informarlo?

—Voy a hacer algo peor —dijo Santos—. Le voy a contar un cuento.

Y le contó —por primera vez en veinticinco años, a un extranjero recién llegado, porque los secretos completos solo se les confían a los que cargan uno igual— la historia del caballito zurdo de 1862: el catalán con fiebre, la rabia santa, las seis firmas que no miraron, y la herencia dictada al sol de un patio: *todo el que trabaja en esto firma donde nadie mira; tu oficio es aprender a leer las firmas que no se ven*. Schlageter escuchó sin interrumpir, con las manos cruzadas sobre el cuaderno de las deficiencias, y al final dijo, despacio, la frase que selló la sociedad de los dos maestros:

—Entonces en este taller somos tres, señor Aguirre. Usted, yo, y ese señor Serra. —Volvió a ponerse los anteojos—. Las iniciales se quedan. Y ahora enséñeme otra vez lo de la humedad de la resma, que ayer me equivoqué por poco.

Las iniciales se quedaron: P S, escondidas junto a los adornos en varios valores de la emisión, esperando su siglo. Y lo encontrarían —Santos vivió para saberlo y Schlageter no—: generaciones de coleccionistas venezolanos con lupa las buscarían como se busca un tesoro chiquito, y en las charlas y en las revistas alguien diría siempre, con cariño de gremio: *el hombre firmaba su trabajo, aunque fuera en miniatura.*



Henrique G. Neun murió en agosto de 1887, a la alemana: avisó con una semana.

Mandó llamar a Santos un lunes, lo recibió en su cuarto de la casa de la esquina de La Gorda —flaco, ordenado, con los lentes puestos como si la muerte fuera un cliente más al que había que verle bien la cara— y despachó el asunto en veinte minutos, porque no le conocían otros:

—Me estoy muriendo, Aguirre, y no me interrumpa con protestas, que el diagnóstico es mío y de dos médicos, y de los tres el serio soy yo. Remsted se queda con la firma; el testamento está donde debe; y a usted le dejo lo que ningún notario sabría tasar. —Señaló con la barbilla un cofre de viaje, de los de su tierra, con herrajes negros—. Mi archivo. Cuarenta años de contratos, oficios, pruebas de máquina y correspondencia con todos los gobiernos que ha gastado este país. Está completo y está en orden, que es más de lo que

puede decir la nación. Ahí está la historia verdadera de todo lo que usted y yo imprimimos —la que no cuentan las Gacetas—. Un día alguien va a querer escribirla, y va a necesitar los papeles de un muerto ordenado.

—Don Enrique...

—No he terminado. —El alemán se acomodó los lentes, y por primera y última vez en treinta años, Santos le vio hacer algo parecido a una sonrisa entera—. Me ha tocado el final más raro, Aguirre: me muero justo cuando la nación vuelve a imprimir en casa, que fue lo que prediqué toda la vida, y el taller de la nación lo dirige el muchacho que me trajo un arriero tuerto porque en el muelle se perdía. No es mal cierre para un tipógrafo. —Le tendió la mano, seca y firme todavía—: Tres cosas de despedida, y se las digo en el orden de importancia. La piedra no perdona. El asiento tampoco. Y usted fue el mejor pliego que sacó esta casa. Ahora váyase, que morir es un trabajo y me gusta trabajar solo.

Murió el domingo. Al entierro fue el gremio entero —los talleres cerraron medio día, sin acuerdo previo, uno por uno, como se apagan las luces—, y detrás del gremio media Caracas de gobierno, porque todos le debían o una Gaceta o un favor o una lección. Santos cargó el cajón con Remsted, con Cachito y con Schlageter —que pidió el puesto: «los maestros extranjeros cargamos a los maestros extranjeros, señor Aguirre; es una hermandad pequeña y con pocos actos»—, y

esa noche, en el galpón de la Imprenta Nacional, abrió el cofre de herrajes negros y estuvo hasta el amanecer leyendo cuarenta años de país en papel de oficio.

En el fondo del cofre, en un sobre sin membrete, estaba la única pieza no administrativa del archivo: el pliego de la Gaceta del día que Santos entró de aprendiz, febrero de 1859, con una nota de la letra de piedra del alemán, fechada apenas un mes atrás — el viejo había ordenado su legado sabiendo lo que hacía, hasta el final:

Este es el papel que usted leyó el primer día, cuando le pregunté qué era y contestó: la palabra del Gobierno, puesta donde no se puede desdecir. Se equivocó, Aguirre: llevo cuarenta años viendo al Gobierno desdecirse de todo. Lo que no se desdice es el papel. Por eso guardamos archivo. H.G.N.



Le quedaba al año una novedad más, y la trajo, como traía el país las suyas, en forma de contrato.

La Imprenta Nacional daba abasto para el arte y no para el volumen: la renta pedía millones de estampillas de escuelas, y hubo que licitar apoyo. Y en octubre de 1887 el contrato del gran tiro se lo llevó una firma de tres hermanos litógrafos que Santos conocía de lejos hacía años —del pie de imprenta de las contraseñas, de los diez pesos de la piedra nueva—, y que

ganaron la licitación con una oferta que era, había que admitirlo, una genialidad comercial: ofrecieron imprimir con una **tinta deleble**, una tinta que se corría con agua, especialidad de la casa — de modo que cualquier intento de lavar la estampilla para reusarla destruiría la estampilla misma. El veneno convertido en vacuna. La lección de la lavandería, aprendida por el mercado y revendida al Estado con sobreprecio.

—Ingenioso —admitió Schlageter, estudiando la propuesta técnica—. Tinta fugitiva. En Europa se usa para los fiscales. ¿Usted los conoce, a estos señores?

Santos miró las tres firmas al pie del contrato: José Vicente, Luis Emilio y Gabriel Aramburu.

—Conozco el apellido hace veinte años —dijo—. Gente de oficio, trabajo serio, cuentas al día. —Dobló la propuesta, y no supo por qué le duró en los dedos la esquina del papel, ese medio segundo de más—. Vamos a trabajar bien con ellos, ya verá.

Hay frases que uno pronuncia para oír cómo suenan. Esa sonó bien. Fue lo último que sonó bien en dieciséis meses.



CAPÍTULO 24

La tinta deleble

Caracas, octubre de 1887 - febrero de 1888

Los hermanos Aramburu eran tres, y el país, que a los hermanos siempre los reparte, los había repartido así: José Vicente era la firma, Luis Emilio era el silencio, y Gabriel era las manos.

A Gabriel, Santos lo respetaba de lejos hacía veinte años: era el del pie de imprenta puntilloso de las contraseñas, el de la piedra nueva de los diez pesos, un litógrafo serio que trabajaba limpio y cobraba justo. José Vicente era otra cosa: un hombre de negocios con delantal de gremio, que hablaba de tintas como se habla de acciones y oía las licitaciones a tres ministerios de distancia. Y Luis Emilio, el del medio, no hablaba: cargaba libros de cuentas, sonreía a destiempo, y tenía la especialidad de no estar nunca en el cuarto donde se decidía lo que después él asentaba.

La demostración de la tinta deletable se hizo en noviembre, en el patio de la Imprenta Nacional, delante del Director, de Schlageter, de Santos y del fiscal del Ministerio de Instrucción Pública, que era quien custodiaba el contrato por la parte de la renta. José Vicente ofició con maneras de ilusionista: una estampilla de escuelas impresa con la tinta de la casa, un vaso de agua, un pincel.

—Señores: el enemigo de la renta es el lavador. El lavador borra la cancelación y la estampilla resucita. ¿Por qué puede borrarla? Porque la cancelación es de tinta pobre y la estampilla es de tinta rica: muere la firma, sobrevive el dibujo. Pues bien —mojó el pincel, lo pasó por la estampilla, y el dibujo entero se corrió como un maquillaje bajo la lluvia, en un borrón azul que arrancó un murmullo al patio—: la casa Aramburu invierte la ecuación. Nuestra tinta muere primero. El que intente lavar una cancelación, lava la estampilla completa. El lavador queda con la nada entre los dedos. La renta, señores, se protege sola: cada estampilla nuestra carga su propio veneno.

Hubo aplausos discretos. Schlageter examinó el borrón con el nudillo en los anteojos y concedió, en voz baja, que la formulación era competente —«tinta fugitiva bien hecha; en Europa la usan los fiscos serios»—. El fiscal declaró que la renta quedaba en buenas manos. Y Santos, que aplaudió lo justo, se quedó mirando el vaso de agua con una incomodidad sin forma, de esas que la mano sabe antes que la cabeza, y que tardó en saber enunciar completa:

La tinta deleble protege la estampilla del lavador. ¿Y quién protege la renta del que fabrica la tinta?



El fiscal se llamaba Domingo Sosa, y era un hombre agradable.

Conviene decirlo así, sin adjetivos dobles, porque esa fue exactamente su arma: Domingo Sosa caía bien. Cuarentón, cortés, de risa pronta, memorioso de cumpleaños ajenos, era fiscal del Ministerio de Instrucción Pública para el ramo de especies —el hombre que vigilaba, por la República, la impresión, el conteo, la custodia y la venta de las estampillas de la renta—, y ejercía el cargo con una virtud que desarmaba: no estorbaba. Firmaba rápido, despachaba fácil, jamás ponía un reparo que atrasara una entrega. Los contratistas lo adoraban. Los ministros lo citaban como ejemplo de funcionario que «entiende el ritmo del trabajo».

A Santos, que venía de la liturgia del lacre de Roldán —aquel viejito que contaba dos veces y lacraba murmurando—, el ritmo de Sosa le producía el efecto de un piso recién trapeado: caminaba por él con cuidado, sin saber decir por qué.

—Explíqueme una cosa, don Domingo —le preguntó una tarde, con la llaneza del gremio—. El tiro de los Aramburu, ¿quién lo cuenta?

—La casa lleva sus libros, que para eso son gente seria, y yo los reviso y los confronto con las entregas a la Tesorería. — Sosa sonrió, servicial—. ¿Por qué? ¿Echa usted de menos los lacres de antes? Éramos más pobres entonces, Aguirre: había que contar cada pliego porque cada pliego era un tesoro. Hoy la renta es grande, la casa es solvente y el papeleo excesivo es enemigo de la instrucción. La confianza también es una economía.

—La confianza es una economía —repitió Santos, despacio—. ¿Y la desconfianza?

—Un gasto —dijo Sosa, encantador—. Y yo cuido los gastos de la renta.

En diciembre, Santos empezó a ver al asesor.

No tenía nombramiento ni sueldo ni escritorio: tenía costumbre. Llegaba al despacho de Sosa dos o tres tardes al mes, en coche propio, vestido como la mejor levita de la cuadra, y se quedaba una hora de puerta cerrada. El mensajero lo anunciaba como «el señor Fonseca, por lo del asunto», y el asunto no constaba en ningún libro de audiencias. Santos se lo cruzó de frente una sola vez, en el corredor del Ministerio, y Belisario lo saludó con la cordialidad intacta de siempre y una sola frase, dicha al pasar, con el sombrero ya puesto:

—Qué bueno verte de uniforme otra vez, hermano. Cuida esa renta, que es sagrada. —Dos pasos, y por encima del hombro, la sonrisa del muelle—: Lo sagrado es lo que mejor se vende.



Facundo Meza murió en enero de 1888, en su taburete, a la mitad de una sentencia.

Fue en el galpón de La Pastora —que ahora era de Cachito, con el pie de imprenta *C. del Carmen, Sucesor de Aguirre*, la herencia más peleada que Santos logró hacerle aceptar—, un jueves por la tarde, con el café servido y la tertulia en su punto. Cachito componía, Chispero entintaba, y el viejo, que ya pasaba de los ochenta y venía cada jueves «a supervisar la decadencia», estaba dictando cátedra sobre el asunto del día, que era, como en toda Caracas, la renta y sus rumores:

—...y óiganme esto, muchachos, que la edad da derecho a profecía: a este país no lo van a tumbar los alzados, que alzados ha habido siempre y aquí estamos. A este país lo tumba la gente agradable. El alzado avisa, dispara, se le ve venir. El agradable firma. Y cuando ustedes vean junto a una renta grande a un hombre que le cae bien a todo el mundo y no estorba nunca, vayan contando los cubiertos, porque el día menos pensado...

No terminó. Se quedó con la taza a medio camino, hizo un gesto chiquito de extrañeza —como quien oye que lo llaman de otro cuarto— y se fue sin ruido, sentado, con la sentencia abierta, que fue exactamente la muerte que le correspondía: Facundo Meza, cajista, cincuenta años componiendo las palabras de otros, murió dejando la propia sin componer.

Lo enterraron al día siguiente con un duelo de taller que llenó dos cuadras, y Santos, que cargó el cajón en el primer turno, pasó las semanas siguientes con la frase trunca zumbándole en el oído. *El día menos pensado...* ¿qué? Se sabía la respuesta de memoria, porque era la que el viejo venía predicando desde los tiempos del zorro y el gallinero. Pero hay frases que necesitan terminarse en voz alta, con fecha y con nombre, y a esa —Santos no podía saberlo aquel enero— le faltaban apenas dos meses para completarse sola, en un expediente, con una palabra que el siglo diecinueve reservaba para las ocasiones serias.

Escandaloso.



La mudanza de los Aramburu se ejecutó en febrero de 1888, y fue perfectamente legal, que era lo peor que podía ser.

El contrato lo permitía: cumplida la primera fase «en las instalaciones de la Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional», la casa contratista podía continuar el tiro «en taller propio habilitado al efecto, bajo la fiscalización del Ministerio». José Vicente presentó la solicitud con todos los sellos; Sosa la informó favorablemente en cuarenta y ocho horas —la confianza es una economía—; y una mañana de febrero, Santos Aguirre, jefe del taller de la nación, vio salir por el portón grande, en dos carretones con bandas metálicas y escolta de cortesía, las piedras litográficas de las estampillas

de la República: la matriz de Schlageter, las piedras de tiro, los reportes — el corazón de la renta, camino del taller particular de los hermanos Aramburu, donde la fiscalización sería las visitas de don Domingo Sosa, dos o tres tardes al mes, de puerta cerrada.

Santos hizo lo único que el reglamento le dejaba hacer, y lo hizo con la minucia de quien sabe que un papel bien escrito dura más que quien lo escribe: pasó un memorándum al Director. Constanaban en él, sin un adjetivo, cinco puntos: que las piedras matrices de especies fiscales nunca habían salido de custodia estatal desde 1863, con la sola excepción del período 1866-73, «de triste recuerdo documental»; que el conteo del tiro quedaba desde ahora en libros de la propia casa contratista; que la tinta deleble, virtud comercial de la casa, tenía la propiedad técnica de hacer *indistinguibles* las tiradas legítimas de las eventuales tiradas fuera de contrato, pues ambas saldrían de las mismas piedras, con la misma tinta, en el mismo papel; que el suscrito recomendaba interventor permanente en el taller contratista, con conteo diario y marca de control; y que, de no estimarse necesario, se sirviera el Despacho archivar el presente memorándum «para la debida constancia».

El Despacho no lo estimó necesario. El Despacho archivó.

—Usted sabe lo que acaba de hacer, ¿verdad? —le dijo Schlageter esa noche, cuando Santos le mostró la copia—. Ese papel no va a impedir nada. Nadie lee un memorándum antes del desastre.

—Nadie lee nada antes del desastre —dijo Santos, guardando la copia en el cofre de Neun, donde ya vivían todos los papeles que no se desdecían—. El memorándum no es para antes, Schlageter. Es para después. Me lo enseñó un alemán: cuando el pastor no distingue las ovejas, quema el corral — y cuando el corral se quema, lo primero que se busca es a quién quemar con él. Ese día, este papel va a decir dónde estaba parado yo. —Cerró el cofre con llave—. En este país, amigo mío, el archivo no es memoria: es coartada.

Afuera, en la ciudad, la renta de estampillas de escuelas rendía sus millones de siempre, o eso decían los libros de la casa Aramburu, revisados y confrontados por el fiscal Sosa, que seguía sin estorbar. En el taller de la calle nueva, las prensas de los tres hermanos trabajaban a dos turnos —a veces, juraban los vecinos, a tres, con luz hasta la madrugada, aunque las entregas a la Tesorería fueran las mismas—. Y en el despacho del Ministro de Instrucción Pública estaba sentado, desde hacía meses, por esas vueltas del padrino y del péndulo, un militar-empresario que conocía el negocio de imprimir mejor que ningún ministro anterior, porque la imprenta de la nación había sido suya antes de ser de la nación: el general Manuel Silva Gandolphi — y que desde finales del ochenta y siete, decían sus mensajeros, se quedaba hasta tarde con los estados de la renta y un papel de cuentas.

En el cofre, junto a la copia del memorándum, había ido a parar unos meses antes el otro extremo de la misma cuerda, recortado de la Gaceta de aquel agosto sin relación aparente

con nada: una Resolución del ramo postal que reconocía, tras averiguaciones del Director General y del Ministro de Hacienda, las sumas que la Tesorería de la Junta de Correos les adeudaba a veintiocho dependientes y agentes por servicios prestados en el año económico del ochenta y cinco al ochenta y seis. Veintiocho hombres. Dos años de retraso. Y un acto oficial, con número y firma, para admitir por escrito que se les debía.

Santos los guardaba juntos a propósito, porque en veinticuatro años de oficio no había archivado nada que le pareciera más elocuente que aquella simetría: arriba, una renta de millones que se iba por un turno de noche sin que nadie levantara la voz; abajo, veintiocho empleados esperando dos años y una averiguación ministerial para cobrar el sueldo. *Aquí no roban porque falte* —apuntó al margen, con su letra de perito—: *aquí falta porque roban, y el que paga la espera es siempre el que camina.*

Un ministro que sabía leer balances de imprenta. Frente a una renta que llevaba meses adelgazando sin razón visible.

La aritmética del desastre estaba completa. Solo faltaba que alguien la hiciera — y el general, para desgracia de mucha gente agradable, era hombre de hacer cuentas.



CAPÍTULO 25

La renta que caía

Caracas, febrero-marzo de 1888

El general Manuel Silva Gandolphi tenía fama de dos cosas: de haber hecho negocios con todos los gobiernos sin quemarse con ninguno, y de sumar sin mover los labios. La primera fama lo precedía; la segunda lo salvó — a él y, de paso, a esta historia.

Llevaba pocos meses en el despacho de Instrucción Pública cuando pidió, sin anunciar propósito, los estados comparados de la renta de estampillas de los últimos tres años. Un ministro normal habría pedido el resumen; el general pidió los estados, mes a mes, ramo por ramo, y se encerró con ellos dos tardes, sin ayudante, con su propia pluma y su propio papel de cuentas, porque los balances — decía — son como las confesiones: de segunda mano no sirven.

La aritmética que sacó era sencilla y no cerraba por ninguna parte. El país crecía: más escuelas, más protocolos, más pagarés, más pleitos, más muertos con herencia —más de todo lo que se paga con estampillas de la renta—. El consumo aparente de estampillas, según las guías de los distribuidores, crecía con el país. Y la venta de la Tesorería —la única boca legal por donde una estampilla podía entrar al mundo— llevaba dieciocho meses adelgazando, mansa, pareja, dos o tres puntos por mes, como adelgazan los enfermos que no saben que lo están.

Un país que pegaba cada vez más estampillas y le compraba cada vez menos al único que las vendía. Sobraba una boca en alguna parte. El general subrayó dos veces la última columna, guardó los estados bajo llave, y mandó llamar —sin oficio, de palabra, por su mensajero de confianza— al jefe del taller de la Imprenta Nacional.



La entrevista fue de noche, en el despacho del Ministro, con las lámparas bajas, y empezó de la manera que Santos menos esperaba: con su propio papel sobre la mesa.

—Memorándum del catorce de febrero —dijo el general, sin saludo, palmeando la copia—. Cinco puntos, sin un adjetivo. Lo archivó el Despacho anterior a este servidor, con muy buen criterio: los papeles proféticos hay que archivarlos, para que

después nadie pueda decir que no existieron. —Levantó la vista; tenía ojos de tasador, de los que miden el ganado y el hombre con la misma honradez—. Yo compro y vendo imprentas desde antes de que usted tuviera taller, Aguirre. La mía se la vendí a la nación, como usted sabe, y me la administra usted, cosa que celebro. De modo que le voy a hablar como se habla entre gente del ramo, y usted me va a contestar igual, y lo que se diga aquí no se dijo. ¿La renta se está yendo por el taller de los Aramburu?

—No tengo pruebas, señor Ministro.

—No le pregunté por sus pruebas. Le pregunté por su oficio.

Santos tomó aire. Veinticuatro años de dictámenes le habían enseñado a no adelantar el peso del cuerpo — pero también le habían enseñado a reconocer el momento en que callar deja de ser prudencia y empieza a ser complicidad, y aquel despacho de lámparas bajas era ese momento, servido con papel de cuentas.

—Mi oficio dice esto, señor Ministro: que si alguien quisiera sangrar esta renta, no necesitaría falsificar nada. Las piedras están en su taller. La tinta es la suya. El papel lo compra él. El conteo lo llevan sus libros, y la fiscalización lo visita dos tardes al mes, de puerta cerrada. Le bastaría tirar de más —un turno de noche, digamos: las mismas piedras, la misma tinta, el mismo papel— y vender lo sobrante por fuera, con descuento, a distribuidores discretos. Lo que el público pegaría en sus

documentos serían estampillas perfectamente legítimas... porque lo son. Salieron de las piedras verdaderas. Ningún perito del mundo —yo incluido, y me tengo por bueno— podría distinguir una estampilla del contrato de una estampilla del turno de noche. No es una falsificación, señor Ministro. Es algo mejor: es la emisión verdadera, robada antes de nacer. El crimen perfecto no imita la cosa — es la cosa, sin pasar por caja.

El general asintió despacio, como quien confirma el peso de una res.

—Igual que hacía yo con los almanaques —dijo, con una franqueza que dejó a Santos parpadeando—. En mi imprenta, hace años. El contrato decía cinco mil almanaques para el cliente; se tiraban seis mil; el cliente pagaba sus cinco mil y los mil restantes los vendía yo por mi lado, que para eso la plancha ya estaba entintada. —Se encogió de hombros, sin sombra de vergüenza—. Almanagues, Aguirre. Papel de nadie. Todos los talleres de este mundo lo han hecho con el papel de nadie. La diferencia —y por esa diferencia estos señores van a ir presos— es que ellos lo están haciendo con la renta de la instrucción pública, que es plata de los muchachos de escuela. El que roba almanaques es un vivo. El que roba pizarrones es un miserable. —Palmeó otra vez el memorándum—. ¿Cómo los agarro?

—Por la boca de salida. Adentro del taller no hay nada que encontrar: las piedras son legales, la tinta es legal, hasta el turno de noche es legal si dicen que adelantaban trabajo. Hay

que agarrarlos afuera: comprar donde ellos venden. Estampillas con descuento, en volumen, lejos de la Tesorería. Comprar, guardar, hacer firmar recibos — y seguir el hilo de vendedor en vendedor, hacia arriba, hasta que el hilo entre por una puerta que tenga nombre.

—¿Y usted qué necesita para acompañarme en esto?

—Nada, señor Ministro. —Santos se levantó—. Es mi renta también: mi mujer es maestra. Solo le pido una cosa: cuando el hilo entre por la puerta, no me pregunte de quién más sospecho sin pruebas. Porque le voy a decir un nombre que lleva treinta años sin dejarse coser a ningún expediente, y no quiero gastarlo en vano otra vez.

El general lo miró un momento largo, tasándolo.

—Fonseca —dijo, sin preguntar. Y como Santos no contestaba—: Tranquilo, Aguirre. Yo también compro y vendo desde hace treinta años. A ese lo conozco de todos los remates buenos. —Recogió sus papeles—. Por ahora, tráigame a los que sí se dejan coser.



El hilo se compró con plata del bolsillo del Ministro —que no quiso tocar fondos oficiales «porque las gavetas de este Ministerio tienen oídos»— y lo siguieron en tres semanas dos agentes de su confianza y un perito que trabajó de noche, con lupa, en el cuarto del fondo de su propia casa.

Las compras se hicieron en Valencia, en La Victoria, en dos pulperías grandes de Caracas y en una casa de comisiones del puerto: estampillas de escuelas y postales de la emisión corriente, con descuentos del ocho, del diez, hasta del quince por ciento, en cantidades que ninguna operación honrada justificaba. Santos las examinó pieza por pieza y rindió el dictamen que ya sabía y que igual dolió escribir: legítimas todas. Piedras verdaderas, tinta deleble verdadera, papel del contrato. La emisión verdadera, robada antes de nacer.

Pero los recibos, las guías y los vendedores fueron cantando el camino, eslabón por eslabón — un comisionista, un consignatario —quien recibe la mercancía—, un compadre —, y el hilo, como todos los hilos de este mundo, terminó entrando por una puerta. La puerta tenía dos hojas, portón de carga, y encima un letrero fresco de taller recién mudado.

Y había algo más, y ese algo fue el clavo del expediente: entre los papeles de una de las compras grandes —la de la casa de comisiones del puerto— apareció una tarjeta de remisión con membrete, mal recogida por un dependiente apurado, que autorizaba el despacho «de las especies convenidas» y rogaba discreción en el traslado. La firma era una rúbrica rápida, de funcionario que firma mucho.

Santos la reconoció sin lupa. La había visto docenas de veces, al pie de informes favorables despachados en cuarenta y ocho horas.

La confianza también es una economía.

—El fiscal —dijo el general Silva Gandolphi cuando tuvo la tarjeta delante, y por primera vez en aquellas semanas se le movieron los labios al sumar—: El propio fiscal del ramo, despachando la mercancía robada con membrete del Ministerio. —Se quedó mirando la rúbrica, y soltó, sin saberlo, el epitafio que Facundo Meza había dejado inconcluso en un taburete de La Pastora—: El zorro no solo cuidaba el gallinero, señores. Tenía la llave y el delantal.

Esa noche el Ministro redactó de su puño, sin ayudante, la denuncia penal. Santos, citado como perito de la instrucción, la leyó antes de que saliera: constaban los hermanos José Vicente, Luis Emilio y Gabriel Aramburu; constaba el fiscal Domingo Sosa; constaban cinco personas más de la cadena de distribución, con sus recibos cosidos; y constaba, en el segundo párrafo, la palabra que el siglo diecinueve reservaba para las ocasiones en que la administración se avergonzaba de sí misma, la palabra con que aquel expediente iba a pasar a los archivos, a las revistas filatélicas y a las charlas de los coleccionistas de un siglo después.

Escandaloso fraude.

—¿Algún reparo de forma, perito?

—Uno solo, señor Ministro. —Santos devolvió el pliego—. La fecha. Póngale veintiocho de marzo. Mañana.

—¿Y eso?

—Porque hoy es veintisiete, y a las denuncias grandes les conviene amanecer. —Santos recogió su sombrero—. Me lo enseñó un arriero: las malas noticias, con el sol. Para que se les vea bien la cara.

El general firmó, fechó, y mandó por la escolta. En el taller del portón de dos hojas, aquella noche, las prensas trabajaron hasta tarde, como siempre —la luz se veía desde la esquina, la vieron los vecinos, lo dirían después los testigos—, sin saber que era la última noche del turno de noche.

Amaneció el veintiocho de marzo de 1888. Y con el sol, como estaba mandado, salieron a la calle el juez, el escribano, la escolta, el Ministro en persona —porque el general no era hombre de mandar a nadie a incautar lo que él sabía tasar mejor que nadie— y un perito de cuarenta y tres años con una lupa en el bolsillo y, por dentro, la sensación exacta de que llevaba toda la vida caminando hacia ese portón.



CAPÍTULO 26

El escandaloso fraude

Caracas, 28 de marzo - agosto de 1888

El portón de dos hojas se abrió a las siete y diez de la mañana, y no hubo drama: los talleres no saben resistirse, porque todo lo que contienen está inventariado.

El juez leyó la orden judicial en el patio, entre las prensas todavía tibias del turno de la víspera; el escribano desplegó su juego de escribir; la escolta tomó las puertas con más ceremonia que necesidad; y el general Silva Gandolphi, Ministro de Instrucción Pública, de civil y sin bastón, hizo lo que había venido a hacer en persona porque nadie en la República sabía hacerlo mejor: tasar un taller de imprenta con los ojos, en silencio, mientras los dueños palidecían.

Los tres hermanos recibieron la catástrofe según el reparto de siempre. José Vicente habló — protestó, invocó el contrato, pidió abogado, ofreció «aclarar todo esto en privado», y fue

subiendo de tono hasta que el juez le mencionó la palabra grillos —los hierros de un preso—, tras lo cual descubrió la serenidad —. Luis Emilio no dijo nada: miró sus libros, que dos alguaciles —oficiales de justicia— cargaban ya hacia el carretón, con la cara del hombre que ve salir su vida en resmas, y se sentó en un cajón, muy blanco, a esperar lo que viniera. Y Gabriel —Gabriel las manos— hizo la única cosa digna de la mañana: se quitó el delantal, lo dobló sobre la baranda de la prensa grande, y le preguntó al perito de la comisión, de oficio a oficio, sin bajar los ojos:

—¿Las piedras las va a manejar gente que sepa, Aguirre? Porque presas o no, son las piedras de la República. Si me las astilla un alguacil, el que pierde es el país.

—Las embalo yo mismo, Gabriel.

—Entonces está bien. —El hombre miró su taller, las prensas, la luz del patio, todo lo que no iba a volver a ver de dueño—. Nosotros imprimimos bien, ¿sabe? Eso no me lo quita ningún expediente. La tirada era limpia, el registro era parejo, la tinta era honrada. —Le tembló apenas la voz, una sola vez—: Lo que se vendió por fuera no lo decidí yo. Pero lo imprimí yo, que para el caso es lo mismo. Las manos también firman, ¿no es eso lo que dice usted en sus dictámenes?

Santos no le contestó, porque no había respuesta que no fuera crueldad o mentira, y a los hombres del oficio no se les da ninguna de las dos delante de un juez.



El hallazgo del acta —el que iba a reírse solo en los archivos durante un siglo— lo hizo el propio Santos a media mañana, embalando la piedra de tiro grande.

Era una caliza hermosa, del banco bueno, vieja de muchas vidas como son las piedras buenas —se pulen y renacen, se pulen y renacen—, y al voltearla entre dos, con Chispero, para acostarla en su cajón de viruta, el reverso quedó un momento a la luz rasante de la puerta. Y en el reverso, fantasma bajo el pulido de décadas, indeleble como todo lo que se graba hondo, estaba una cara.

Patillas blancas. Uniforme de gala. La mirada de león viejo que medio país había obedecido y el otro medio combatido.

—Don Santos... —Chispero tragó—. ¿Ese no es...?

—El general Páez. —Santos pasó los dedos por el grabado hondo, muerto, invicto—. Un retrato de gala. De alguna edición de lujo de hace treinta, cuarenta años —las memorias, un almanaque patriótico, quién sabe—. La piedra se pulió y se revendió, como se pulen y revenden todas, y el Centauro —apodo del general Páez— quedó abajo, aguantando. —Llamó al escribano con la mano y dictó para el acta, con la cara más seria de su repertorio—: Asíéntese que la piedra de tiro principal presenta grabado en su reverso un retrato del general José Antonio Páez, de ejecución anterior y ajena al presente sumario.

El escribano lo asentó. El juez se acercó a mirar, y el Ministro también, y por un momento la comisión entera estuvo en silencio alrededor de la piedra volteada, contemplando aquel emblema involuntario que valía por todo el expediente: la renta de las escuelas, robada por arriba, impresa por encima de un prócer pulido — el país entero en dos caras de una caliza. Hasta las piedras, en Venezuela, tenían doble vida.

—¿Sabe qué es lo grave, Aguirre? —murmuró el general, camino del coche—. Que ya ni me asombra. Deme un país donde las piedras tengan una sola cara, y le imprimo un gobierno decente.



El expediente corrió con una velocidad que sorprendió a todos menos a los viejos: cuando el escándalo salpica hacia arriba, la justicia corre — no para alcanzar a los de arriba, sino para que se vea que corre.

La denuncia del veintiocho de marzo se hizo pública, y la palabra del segundo párrafo —*escandaloso*— hizo su carrera: la repitieron los diarios, los ministros, las esquinas. Cayó Sosa, con estrépito de loza: la tarjeta con su rúbrica era de esas pruebas que ni el mejor abogado logra explicar dos veces seguidas sin variar el cuento, y el hombre agradable descubrió, en el banquillo, que la agradabilidad es un capital

que no admite embargos pero tampoco los sobrevive. Cayeron los cinco de la cadena, con sus recibos cosidos. Cayeron los tres hermanos —José Vicente negociando hasta el final, Luis Emilio callado hasta el final, Gabriel digno hasta el final—, y el gremio entero de las artes gráficas, que era chico y se dolía, acompañó el proceso con ese luto ambiguo de las familias cuando el preso es de la casa.

Y no cayó —se lo llevó registrado esta historia, que para eso se escribe— el señor de la calle del Comercio.

Santos siguió el sumario desde adentro, como perito de la instrucción, y vio la costura soltarse puntada a puntada, con una familiaridad que helaba. El comisionista del puerto, que en la primera declaración había descrito «al caballero que arreglaba las consignaciones grandes» con señas de retrato —la levita, la cadena de reloj, la cortesía—, en la segunda declaración ya no recordaba bien, y en la confrontación se desdijo del todo, sereno, casi aliviado, como quien ha resuelto por fin un problema de conciencia mediante el sencillo expediente de venderla. Un folio del cuaderno de consignaciones —el folio, Santos lo había tenido en las manos, con una letra inglesa en el margen que no era de ningún Aramburu— se traspapeló entre el juzgado y la fiscalía, y el traspapeleo se investigó con la energía con que se investigan los traspapeleos: se levantó un acta haciendo constar que se había perdido.

Un testigo que se desdice. Un folio que se traspapela. Santos, que llevaba desde los diecinueve años archivando el país en la memoria, reconoció la coreografía al segundo compás: era, paso por paso, gesto por gesto, la misma que había salvado al viejo vista Fonseca en la purga del sesenta y tres. Veinticinco años después, con otros nombres y la misma letra. La historia no se repite, pero rima — y cuando rima así, con consonante, es que el poeta es el mismo.

Fue esa certeza —inútil, sin asiento posible, perfecta— la que llevó a Santos, contra toda su prudencia, a la calle del Comercio, una tarde de julio, por última vez en su vida.

Belisario lo recibió sin hacerse esperar, en el escritorio de los espejos, bajo el medio real enmarcado de las cincuenta y dos perlas. Tenía cuarenta y cinco años y los llevaba como llevaba todo: pagados por adelantado. Escuchó lo que Santos había ido a decirle — que lo sabía; que sabía lo del comisionista, lo del folio, lo de las tardes de puerta cerrada con Sosa; que no podía probar nada y no venía a probar nada; que venía solamente a que constara, de viva voz, entre los dos, sin escribano — y cuando Santos terminó, asintió despacio, se sirvió coñac, y le contestó con la única confesión que hizo en setenta años de vida, precisamente porque no constaba:

—¿Te acuerdas del muelle, Aguirre? Tú leías gratis y cargabas por medio. Yo te dije que el bruto eras tú, y me equivoqué: brutos éramos los dos. Tú sigues leyendo gratis — mírate: vienes a decirme la verdad a domicilio, sin cobrar—. Y yo sigo cargando por medio... solo que ahora cargo gobiernos.

Giró el coñac, y por encima de la copa, por primera y última vez, le dejó ver el fondo:

—Sí. A todo. Y a más cosas que no te imaginas, y a menos de las que me atribuyes, que también en eso ustedes los peritos exageran. ¿Y sabes por qué te lo digo sin miedo? No porque no haya pruebas —pruebas siempre hay, tú lo sabes mejor que nadie: yo firmo donde nadie mira igual que todo el mundo—. Te lo digo porque a mí no me condena un tribunal de este país, hermano. A mí me va a condenar otra cosa, mucho después, cuando ni tú ni yo estemos: me van a condenar los *catálogos*. Los tuyos. Los de la gente que cuenta perlas. Y esa condena, fíjate —brindó, sin ironía, casi con ternura—, esa es la única que me importa un carajo no tener. Porque es la única que dice la verdad completa: que fui el mejor. Salud, perito. Se te enfría el país.

Santos no tocó la copa. Se levantó, tomó el sombrero, y desde la puerta, bajo la lámpara inglesa de treinta años atrás, cerró la cuenta de la única manera que le quedaba:

—El medio real de las águilas era mejor trabajo que el tuyo. Lo del ochenta y ocho ni siquiera es falsificación: es contabilidad con turno de noche. Estás perdiendo la mano, Belisario. —Y ya saliendo, sin voltearse—: Los catálogos también registran la decadencia.

Fue la única vez en cincuenta años que alguien oyó romperse una copa en la casa de la calle del Comercio. El que la oyó fue el cochero, que esperaba en la puerta, y la contó esa

noche en la pulpería, y de la pulpería pasó al gremio, y del gremio a esta historia. Puede que no sea verdad. Las mejores cosas de los archivos orales nunca se sabe. Pero el cochero juraba, y los cocheros de Caracas, en materia de lo que se rompe dentro de las casas grandes, no se equivocan jamás.



Las consecuencias administrativas cayeron como caen las lluvias de mayo: todas juntas.

El siete de abril, a diez días de la denuncia, el Gobierno renovó el contrato con la American Bank Note Company: el experimento nacional había muerto a los dieciséis meses, y esta vez sin funeral — nadie defiende una imprenta patria cuyo expediente dice *escandaloso*. La Resolución del veintiséis de junio declaró sin valor toda estampilla que no fuera de la casa de Nueva York. Y desde el once de agosto, el correo de la República no aceptó en sus taquillas otra cosa: el acero recuperaba el trono con carácter vitalicio, y la piedra criolla —la de Neun, la de Rasco, la de Schlageter, la de toda esta historia— quedaba jubilada para siempre del papel de la fe pública.

A Santos le tocó ejecutar la jubilación en su propio taller: guardar la piedra matriz del alsaciano —la del busto copiado punto a punto, la de las iniciales en el adorno en espiral— en

el depósito de la Imprenta Nacional, con inventario y funda de franela, sabiendo que no volvería a entintarse nunca.

—No la pula, Aguirre —pidió Schlageter, y fue lo único que pidió en todo aquel año terrible—. Sé que el reglamento manda pulir las piedras que se retiran. Pero esa tiene mi firma, y las firmas... —se subió los anteojos con el nudillo, buscando el castellano exacto— ...las firmas se respetan hasta en los vencidos. Sobre todo en los vencidos.

Santos no la pulió. Asentó en el inventario: «piedra matriz, retirada de servicio, se conserva sin borrar por su mérito de arte» — y si algún funcionario del futuro quiso enmendar aquello, no consta.

Quedaba una sola cosa por hacer con el papel del fraude, y la República la hizo en octubre, como las hacía todas: con acta, con escribano, con fuego. Pero esa mañana —la mañana del patio, la del humo que olía a trementina y a caramelo quemado, la del pliego de águilas retorciéndose entre las llamas— ya la conoce el lector desde la primera página de este libro.

Lo que el lector no sabe todavía es quién más estaba en el patio. Y eso sí hay que contarle.



CAPÍTULO 27

La ceniza (II)

Caracas, octubre de 1888

La víspera de la incineración, Marina encontró a su marido lustrando los zapatos del niño, y entendió antes de preguntar, porque para eso era maestra.

—Lo vas a llevar.

—Lo voy a llevar. —Santos siguió con el cepillo—. Tiene nueve años. Yo a los nueve ya cargaba agua en el muelle y sabía leer un manifiesto. Este muchacho dibuja estampillas desde los seis y no ha visto nunca lo que este país hace con ellas al final. Mañana se quema todo lo del fraude —millones de piezas, el trabajo de dos años, el de los Aramburu y el nuestro revuelto, porque el fuego no lee expedientes—. Va a haber acta, escribano, soldados. Es la función completa, Marina. El que va a vivir de este oficio tiene que verla una vez.

—¿Y si le hace daño?

—Le va a hacer daño. —Santos dejó el cepillo y la miró—. Por eso lo llevo yo, y no la vida más tarde, sin avisarle.

Marina lo pensó un momento, con la cabeza ladeada, y dio el visto bueno como daba todos: enmendado.

—Llévalo. Pero lo llevas también a la escuela pasado mañana, a que les cuente a las muchachas lo que vio. Lo que se ve y no se cuenta se pudre adentro, Santos Aguirre. Y en esta familia el que ve, cuenta.



El patio del Ministerio amaneció con los braseros listos, la leña cuadrada como para un San Juan administrativo —como las hogueras de esa fiesta—, y la burocracia en pleno: el juez de la causa, dos interventores de la Tesorería, la escolta, el escribiente joven del cuello duro —que lagrimeaba con el humo y fingía que no—, y el perito de la instrucción, de negro, con un muchacho de la mano.

Nadie objetó al muchacho. En primer lugar, porque era hijo del perito; en segundo, porque se portó desde el primer minuto con una seriedad que desarmaba: saludó al escribiente con inclinación de cabeza, se colocó donde le dijeron, y se dedicó a mirar — a mirar como miraba su padre, que era ya, a los nueve años, su manera de estar en el mundo.

Ardieron millones. Las resmas del taller incautado, las existencias anuladas de la Tesorería, los pliegos a medio resellar, las escuelas y las postales revueltas — todo lo que la Resolución del veintiséis de junio había declarado sin valor entró al fuego por tandas, con su asiento, mientras el escribiente cantaba cantidades y los interventores rubricaban. La goma hacía sus ampollas; los pliegos se retorcían como animales que no quieren morir; la ceniza gris guardaba un segundo el dibujo completo antes de deshacerse. Olía a trementina y a caramelo quemado, y Emilio Aguirre, nueve años, de la mano de su padre, no habló en dos horas.

Habló a la tercera, en voz baja, sin quitar los ojos del brasero grande:

—Papá. ¿Cuántas se están quemando?

—Las que dice el acta: todo lo que estaba en las bóvedas y en el taller.

—No. —El niño negó con la cabeza, paciente, como corrigiendo un dictado—. Digo cuántas *eran*. Las que imprimieron los señores presos. ¿El acta cómo sabe cuántas eran, si los señores vendían de noche sin apuntar?

Santos miró a su hijo un momento largo. Después se agachó a su altura, porque las respuestas importantes se dan a la altura de la pregunta, y le contestó con las palabras exactas que iba a escribir años más tarde en un dictamen célebre, y que el niño le estaba regalando esa mañana sin saberlo:

—No lo sabe, mijo. Nunca se va a saber. Las cantidades oficiales de estos dos años son apenas un piso: lo que se vendió de contrabando no tiene número, y lo que no tiene número no se acaba nunca. De estas estampillas van a seguir apareciendo, nuevas y bonitas, cuando tú seas viejo. —Señaló el fuego con la barbilla—. Esto que ves no es el final de esas estampillas. Es solamente el final de las que se dejaron contar.

Emilio asimiló aquello con la gravedad con que asimilaba las rayitas del buril. Y entonces sucedió el momento del pliego — el que el lector ya conoce, el del prólogo: el soldado echando a la hoguera un bulto de papel viejo, amarillento, de otro tiempo; la goma haciendo ampollas; y en el retorcerse de la primera hoja, un segundo, un solo segundo, el círculo de perlas y el águila de alas extendidas, FEDERACIÓN VENEZOLANA, asomando entre las llamas como quien saluda.

El lector sabe lo que ese pliego era para el hombre. Lo que el hombre no supo hasta esa noche es lo que fue para el niño.

Porque Emilio vio el águila —la vio arder y deshacerse—, y vio después la cara de su padre: la vio entera, sin defensa, los tres segundos que Santos Aguirre tardó en recomponerse, y los niños que miran como miraba Emilio no necesitan más de tres segundos. No preguntó nada en el patio. No preguntó nada en el camino. Preguntó esa noche, en el corredor de los geranios, cuando trajeron el chocolate:

—El águila que se quemó la habías hecho tú. —No era pregunta—. Por eso pusiste esa cara.

—La ayudé a hacer. Yo tenía diecinueve años. La dibujé y conté sus perlas.

—¿Y por qué la quemaron, si era tuya y era buena?

—Porque ya no servía y estorbaba en un archivo. —Santos revolvió el chocolate, buscando el tamaño justo de la verdad—. Todo lo que yo he impreso en mi vida, Emilio, se ha quemado así, tarde o temprano. Con acta. Es el destino del papel en este país: la piedra lo hace, el decreto lo mata, el fuego lo borra. —Sonrió a medias, para quitarle peso—. Menos lo que viajó. Lo que se pegó en una carta y se fue, eso no lo alcanza ninguna hoguera. Por eso tu tío abuelo decía que...

—Yo no voy a hacer papel.

Lo dijo sin alzar la voz, con nueve años, con el pocillo de chocolate entre las dos manos, y en la mesa se hizo el silencio de las declaraciones fundacionales —Marina bajó la costura; Trina, doce años, levantó la vista de su libro—.

—Voy a hacer las máquinas de las rayitas. El acero. —Emilio miró a su padre, y no había en la mirada ni un gramo de crueldad: había relevo, que a veces duele igual—. La piedra la queman, papá. Tú mismo lo dijiste: la piedra perdió. Yo vi la estampilla del señor de Nueva York con tu lupa: las rayitas juntas no se pueden copiar ni lavar, y la plancha es de acero y el acero no arde. Yo voy a ir allá y voy a aprender a grabar en acero, y voy a hacer estampillas que no se puedan falsificar ni

quemar. —Y como el silencio duraba, añadió, ya niño otra vez, con la lógica de los nueve años—: Así tú no vuelves a poner esa cara.

Santos Aguirre, que había recibido sin parpadear la ruina del ochenta y dos y la copa rota de la calle del Comercio, tuvo que levantarse a servir más chocolate que nadie había pedido, de espaldas a la mesa, y Marina acudió al rescate con la voz de cerrar la escuela:

—Está bien. Pero el acero se estudia con matemáticas, y las matemáticas empiezan mañana a las ocho, así que a la cama. —Y cuando el niño ya salía, la maestra añadió, porque la justicia era su ramo—: Emilio. Lo que dijiste está bien dicho. Pero apréndete también esto, que es de tu abuelo Braulio: el que hace lo nuevo sin despreciar lo viejo, hace lo nuevo dos veces mejor. Tu papá no perdió contra el acero. Tu papá es la razón de que en este país el acero tenga contra qué medirse. Buenas noches.

En el corredor quedaron los dos, el perito y la maestra, con el chocolate enfriándose y los geranios de Rosalía oliendo a octubre.

—Nueve años —dijo Santos al fin—. Y ya juró sobre ceniza. En esta familia no sabemos jurar sobre otra cosa.

—Juró sobre tu cara, que es distinto. —Marina recogió los pocillos—. Y tú vas a ayudarlo a irse, Santos Aguirre, cuando toque, aunque se te queme por dentro el archivo entero. Porque esa es la única hoguera que en esta casa no se hace: la

de quemarle el futuro a un muchacho para calentarle la nostalgia a un viejo. —En la puerta se volvió, y le sonrió con los ojos de la estafeta de La Guaira—: Además, no te quejes. Criamos a los muchachos con estampillas. Ya sabíamos que eran papeles que se van.



La Parte del acero se cierra con dos asientos breves, para la debida constancia.

El primero: en noviembre, el perito Aguirre rindió su informe final en la causa del fraude, y el informe terminaba con una frase que escribió despacio, pensando —se le notaba— en algo más grande que el expediente: *«...por lo que las cantidades que constan oficialmente para las emisiones de 1887-1888 deben tenerse, en rigor, como apenas un piso, siendo imposible determinar el techo — tarea que el suscrito deja, con más esperanza que optimismo, a los investigadores por venir.»*

El segundo: esa Navidad, en el galpón de Cachito, Emilio Aguirre, nueve años, recibió de regalo —encargado a Nueva York por catálogo, pagado a medias entre su padre y Schlageter, que exigió participar «en calidad de vencido con derecho a herederos»— su primer juego de buriles de grabador, tamaño de aprendiz, con mango de cerezo.

El niño los desenvolvió, los miró uno a uno con la seriedad de un interventor, y luego hizo algo que ninguno de los dos maestros esperaba: tomó el más fino, se acercó al banco de trabajo, y en una lámina de cobre de descarte, despacio, con la lengua entre los dientes, grabó sus primeras rayitas juntas — tres, cuatro, cinco— y debajo, torcidas pero suyas, dos letras:

E A

—¿Y eso? — preguntó Santos, con el corazón en la garganta.

—Mi firma —dijo Emilio—. Para que exista constancia de que pasé. ¿No es así como se hace en este taller?

Schlageter se subió los anteojos con el nudillo. Santos no dijo nada. En algún patio del cielo de los litógrafos, un catalán tuberculoso y un alemán de lentes chiquitos debieron de mirarse, satisfechos: la firma invisible, la que se pone donde nadie mira, acababa de pasar a la cuarta generación — y esta vez venía en acero, que no arde.



CAPÍTULO 28

Entreacto: la estatua caída

Caracas, 1889-1891

Las estatuas del Ilustre Americano cayeron en octubre de 1889, y las tumbó la misma Caracas que las había inaugurado con discursos: eso, que escandalizó a los extranjeros, a los caraqueños apenas les pareció el orden natural de la escultura.

Santos vio caer la del Calvario desde la esquina, entre el gentío —las sogas, los estudiantes, el bronce venciéndose con un gemido de barco, el polvo, el júbilo feroz—, y no gritó con nadie ni lloró por nadie: se quedó mirando el pedestal vacío con una sensación de inventario que no supo explicarse hasta la noche, en el corredor, cuando Marina se la explicó, como siempre, cobrándole el chocolate:

—Estás haciendo las cuentas del muerto. Te conozco la cara: es la del canje. —Se sentó a su lado—. El hombre de la estatua te dio el decreto que paga mi escuela, la imprenta que

diriges y veinte años de contratos. También te dio a Sosa, a los Aramburu, el fraude y la ceniza. Ahora el bronce está en el suelo y tú no sabes qué asiento ponerle. —Le pasó el pocillo—. Te lo pongo yo, que soy maestra y cierro libros todos los años: los decretos buenos sobreviven a sus estatuas, y los fraudes también. Mañana a las ocho mis muchachas leen igual que ayer, y los pillos roban igual que ayer. Lo único que cambió es que ahora hay un pedestal desocupado — y en este país, Santos Aguirre, pedestal desocupado no dura.

En la escuela de La Pastora, el retrato de Guzmán amaneció descolgado esa semana —orden del nuevo inspector, celoso del viento que soplab—, y Marina lo obedeció a su manera: colgó en el mismo clavo, sin comentario, una lámina del Decreto del 27 de junio de 1870, enmarcada. El inspector, que sabía leer paredes, no preguntó. Las muchachas tampoco: aprendieron, sin que nadie se lo dictara, que en aquella aula se veneraban papeles y no señores — que era, palabra por palabra, todo el catecismo pedagógico de la maestra Landaeta de Aguirre.



Los dos años del entreacto fueron, para la familia, los de las tres colocaciones: un tramo llano de esos que uno solo reconoce como llanos cuando ya está en la cuesta.

Trina se colocó primero, y se colocó sola. En 1891 el Gobierno creó el Ministerio de Correos y Telégrafos —el correo, después de sesenta años de vivir arrimado en Hacienda y en Fomento, tenía por fin casa propia—, y la nueva casa necesitaba gente que supiera hacer lo que casi nadie: transmitir parejo, recibir sin errata, y no comentar lo transmitido. Trina Aguirre, quince años, hija de maestra y de perito, criada entre dictados y dictámenes, hacía las tres cosas desde niña. La pelea para que le permitieran el examen la dio Marina, con dos visitas y una frase que se hizo célebre en el Ministerio nuevo —«ustedes deciden, señores: la muchacha puede transmitir telegramas o puede quedarse en casa transmitiendo chismes; talento le sobra para ambos ramos»—, y la muchacha hizo el resto: primer puesto entre dieciocho aspirantes, todos varones, en la prueba de recepción al oído.

—Aprendiz del telégrafo —leyó Santos en el nombramiento, con una mezcla de orgullo y de vértigo—. Mi hija, funcionaria del ramo. Ahora somos el correo completo, Marina: tú la renta, yo el papel, ella el alambre.

—Y a mitad de sueldo que sus compañeros —dijo Trina, doblando su nombramiento con dos palmadas exactas, herencia directa—. Por ahora. Todo lo provisional en este país se vuelve permanente, dice papá. Vamos a ver si funciona también al revés.

Emilio, doce años, se colocó en el único empleo que aceptaba: la mesa de Schlageter. El alsaciano lo recibía dos tardes por semana en la Imprenta Nacional —con permiso del

jefe de taller, que firmaba el permiso tratando de que no se le notara nada en la cara— y le enseñaba dibujo técnico, francés de taller y la disciplina del buril sobre cobre de descarte, porque el acero de verdad «se gana, joven Aguirre, no se regala». El muchacho ya no hablaba de Nueva York: ahorrabas para Nueva York, real sobre real, en una lata de galletas con candado que era el secreto peor guardado de La Pastora.

Y la tercera colocación fue la del propio Santos, y no figuró en ningún nombramiento: fue una palabra.

Se la trajo, cómo no, un papel —una revista atrasada de París que un cliente del ramo de librería le dejó en el taller «porque trae cosas de sellos, don Santos, y usted es el único que entiende de eso»—. Venía en el título mismo de la publicación, y venía explicada en un artículo con etimología y todo: *philatélie*. Filatelia. La afición de coleccionar y estudiar los sellos de correo, bautizada en francés hacía un cuarto de siglo por un señor Herpin, practicada ya —decía la revista— por miles de aficionados en Europa y América, con sus catálogos, sus sociedades, sus revistas y sus comerciantes.

Santos leyó el artículo tres veces. Después fue hasta el baúl del fondo falso, lo abrió, y estuvo un rato largo mirando lo que había adentro — el tête-bêche del dos reales, el atado de la cinta verde con las cubiertas viejas de la casa Osío, las pruebas del setenta y nueve, el pliego verde, el breviario del padre Ceferino, el cuaderno de los papeles que se acuerdan; y en su

rincón, aparte, el cofre de cuero, que no era colección sino depósito, y por eso no se contaba — con la sensación rarísima del que lleva treinta años hablando en prosa sin saberlo.

—Marina —dijo esa noche, con la revista en la mano—. Tengo nombre. Existe una palabra para lo que yo tengo. No es manía, no es vicio de perito, no es «la enfermedad del baúl», como dice tu comadre. Se llama filatelia. Hay miles. Tienen catálogos. Tienen *revistas*.

Marina examinó la revista, el artículo, la cara de su marido —en ese orden—, y dictaminó con la piedad justa:

—Treinta años guardando papelitos a escondidas y resulta que eras una ciencia. —Le devolvió la revista—. Me alegro por ti y por la ciencia. Pero el baúl sigue sin abrirse delante de las visitas, Santos Aguirre, que una cosa es tener nombre en francés y otra es que la gente entienda. Este país está apenas aprendiendo a no quemar los papeles. Dale tiempo.

Tenía razón en darle tiempo, y el tiempo —es lo que tienen los entreactos— ya estaba contado. Porque la palabra nueva no llegó sola: llegó con mercado. En Caracas y en el puerto empezaban a verse los primeros compradores de sellos viejos —comisionistas que pagaban por correspondencia añeja, agentes de casas europeas que preguntaban por «archivos antiguos, cartas de las primeras emisiones, restos de imprenta»—, y a Santos aquel apetito le produjo, junto con la alegría del gremio nuevo, el frío chiquito de siempre: donde nace un mercado de papeles viejos, nace el negocio de

fabricarlos. Y en su lista mental de la gente con talento, el primer nombre seguía siendo el mismo, y el primer nombre, últimamente, andaba comprando archivos.

La confirmación llegó a su mesa antes de dos años, en tandas, y el perito le abrió al asunto una sección nueva del cuaderno con un título de zoólogo: *Fauna del mercado nuevo*.

La primera pieza fue una «primera emisión» ofrecida a un aficionado caraqueño por un viajante: un dos reales de tonalidades raras —el rojo tirando a chocolate— que Santos trabajó dos minutos antes de soltar la carcajada del año. El falsificador, además de tramposo, era analfabeto o distraído de leyenda: donde la estampilla debía decir VENEZUELA, la suya decía, en letras perfectamente formadas, **ZULLA**. Zulla. El país entero perdido entre dos sílabas. Santos midió por oficio lo demás —el borde del escudo corto en un cuarto de milímetro, la cabeza del caballito desbordada sobre la línea curva— y asentó el dictamen más alegre de su carrera: *Falso grosero. El autor no sabía qué país estaba falsificando. Consérvese como ejemplar de estudio y de humildad: así de mal se puede trabajar, y aun así alguien lo compra*.

De la misma camada llegaron centavos de 1862 apócrifos, y esos eran para la clase del sábado con Emilio, porque se condenaban con la aritmética del catecismo: la legítima llevaba sus perlas contadas —dieciséis a la izquierda, dieciocho abajo, diecisiete a la derecha—, y el falsario, generoso, había puesto *veintidós* abajo; otro tipo, más ambicioso, le había dibujado al escudo cuatro secciones donde

la patria entera solo ha tenido tres. *Con contar basta* —dictó Santos para el cuaderno—. *En filatelia, saber contar es un arma. Y es el arma que más barata se vende: la regalan en la escuela.*

La segunda tanda era seria, y venía —el gremio lo susurraba con el respeto que se les tiene a las casas grandes— de Ginebra: primeras emisiones fabricadas con oficio, milímetros casi honestos, y de regalo el servicio completo —matasellos falsos de cuadrícula de puntos redondos, para que la pieza viniera «usada», que se paga mejor—. A esas había que trabajarlas de verdad: Santos les encontró la firma en la sección derecha del escudo, donde el taller suizo ponía una sola bandera con el asta demasiado corta, y en las medidas —catorce a catorce y medio por veinte, donde la legítima pedía más—. *Ginebra no falsifica estampillas* —anotó—: *falsifica coleccionistas. Su cliente no es el correo, que ya no puede cobrar estas emisiones: es el aficionado de Leipzig o de Lyon que arma su Venezuela sin haber visto nunca una legítima. Contra ese fraude el Estado no puede nada, porque no le roba al Estado. Solo puede el gremio: publicar, comparar, enseñar. Habrá que escribir, señores. Ya no basta con mirar.*

Y la tercera tanda fue la que le quitó el sueño, porque profanaba a los muertos de la casa: águilas usadas *sobre carta*, con fechas de 1873 y hasta de 1877 —ocho, doce años después del entierro del pájaro—, sobres de papel de época, tintas de época, todo de época menos la verdad: matasellos complacientes o fabricados, cosidos sobre piezas nuevas de

aquellas resmas que nunca ardieron, para venderle al mercado lo que el mercado más paga: la rareza con historia. Y junto a ellas, el mismo taller o sus primos despachaban bisectas de fantasía —medias estampillas pegadas sobre papel viejo con cancelaciones póstumas, la miseria honrada del sesenta y uno convertida en género de exportación—. Santos las marcó todas de *muy dudosas* en dictámenes que se citarían un siglo, y cerró la sección del cuaderno con la entrada que resumía el entreacto entero:

Las águilas no vuelan después de muertas. El que compre vuelo póstumo, sepa que el ave es de taller. — Nota para el futuro: este delito nuevo no imprime nada. Cose. Toma papel verdadero, estampilla verdadera, tinta verosímil, y les cose una biografía falsa. Va a ser el más difícil de todos, porque cada pieza suya es legítima — solo la historia es mentira. Bienvenidos al siglo que viene.



CAPÍTULO 29

Vittoria, su castor, su oso y su caballo

Caracas, 1890-1892

Pero no todos los que llegaban por los papeles viejos venían a robar. Uno vino a cuidarlos — y trajo, sin proponérselo, la tarde más tierna de aquel entreacto de estatuas y falsarios.

Se llamaba Colville, era del Canadá, de una ciudad de nieve llamada Quebec, y había cruzado medio mundo por el mismo camino que las cartas de la señora de Hamburgo treinta años atrás: de su tierra a Londres, de Londres al vapor, del vapor a Saint Thomas, y de Saint Thomas a La Guaira, con una maleta de ropa y dos de álbumes. Súbdito de la reina de Inglaterra, como todo el Canadá, hablaba un español de diccionario y buena fe, y traía una lupa mejor que la de Santos y una cortesía de las que ya no se veían: pedía permiso para mirar. No era comisionista ni viajante: era un coleccionista de los serios, de los que estudian, y había venido a Venezuela a

comprar las primeras emisiones *en su tierra*, a la fuente, «porque en Europa —dijo— me venden Venezuelas que nunca vieron Venezuela».

Santos lo reconoció por hermano al primer cuarto de hora, que es lo que tardaron los dos en estar contando perlas sobre la misma cartulina, discutiendo un matasellos con el gusto feliz de los que por fin encuentran con quién. Y cuando Colville abrió sus álbumes para mostrarle lo suyo —porque no traía solo el Canadá: en la segunda maleta guardaba, dijo, «a los vecinos y a la madre»—, se pusieron a pasar hojas como quien presenta a la familia.

Lo primero que le desordenó el ánimo a Santos no fue una estampilla: fue el álbum. Porque aquello era un libro impreso a propósito para lo suyo —hojas con recuadros ya dibujados, un lugar marcado para cada valor de cada país, los nombres de las naciones en letra de molde, y al pie de cada casilla un número de catálogo—. Cada papelito tenía su sitio, su fecha y su precio de referencia; nada andaba suelto.

Santos pensó, sin decirlo, en su baúl del fondo falso: treinta años de tesoros escondidos entre un breviario y una cinta verde, sin más orden que su memoria ni más catálogo que su cabeza, guardados como se guarda una vergüenza. Lo de Colville no se escondía: se lucía, numerado y querido, en un mueble hecho para presumirlo.

—¿Esto se compra hecho? —preguntó, tocando el borde de una hoja.

—En Londres, en París, en Bruselas —dijo Colville—. Hay casas que no venden otra cosa: álbumes, catálogos, pinzas, lupas. Un belga, Moens, saca una revista del ramo desde que yo era muchacho. Su afición, don Santos, tiene tiendas. Tiene calendario. Tiene precio de plaza.

A Santos le costó tragar aquello. Al otro lado del mar, lo que él había vivido como manía de solitario —el vicio del baúl, la enfermedad que en su casa le perdonaban— era ya una industria con vidriera.

El primero del Canadá era un castor pardo de tiempos antiguos, y Colville lo presentó con el orgullo tranquilo de quien enseña un escudo de casa.

—Un ingeniero de los nuestros, Fleming, fue el que se atrevió —dijo—. En todo el imperio, hasta entonces, la estampilla llevaba a la reina o al rey. Él, para la primera del Canadá, en vez del monarca puso un castor. Un animal: trabajador, terco, buen constructor de presas, como el canadiense. Fue el primer sello del mundo con un animal y no una corona.

—Los americanos casi lo ganan —agregó, y buscó en la hoja de los vecinos un cuadrito tosco, viejísimo—. Aquí, antes que ustedes y que nosotros, el jefe de correos de un pueblo del oeste, San Luis, mandó imprimir sus propias estampillas con dos osos. Osos. Ni reyes ni próceres.

Se quedó en la hoja de los Estados Unidos, que empezaba con dos estampillas antiguas: una parda y una negra, un señor calvo de lentes en la de cinco centavos y un militar en la de diez.

—Al de los lentes lo conozco hasta yo —dijo Santos—. Ese fue impresor antes que prócer.

—Franklin —asintió Colville—. El primer administrador de correos de ellos. Los americanos no tenían rey que poner —lo habían echado el siglo pasado—, y para su primera estampilla no eligieron ni un general siquiera: eligieron a un impresor.

Santos se rió por dentro con la risa del gremio: en el primer sello del país más nuevo del mundo mandaba un hombre de su oficio.

—¿Y de dónde salieron esas dos? —preguntó, ya con el ojo en la factura y no en el retrato.

—De Nueva York —dijo Colville—. Una casa de grabadores de allá. La misma, fíjese usted, que después le hizo al Canadá esta otra —y volvió un momento a su álbum para señalar una reina de cara entera, un valor alto y oscuro que en su tierra nombraban con media reverencia y media guasa la Emperatriz Negra, por lo cara y lo escasa.

Santos dejó la lupa. Nueva York. La misma ciudad, la misma clase de taller —quizá el mismo— hacia donde su hijo ahorrraba real sobre real en una lata con candado. La primera

estampilla de los americanos y la reina más cara del Canadá, las dos paridas con el mismo acero, del otro lado del mismo mar que Emilio quería cruzar.

—¿Le pasa algo, don Santos? —preguntó el canadiense.

—Nada. Que tengo un hijo de doce años enfermo de ese acero, y usted me lo acaba de poner en la mesa.

Colville, que era hombre fino, no preguntó más. Volvió al Canadá, y fue pasando hoja tras hoja la misma cabeza de mujer, joven y coronada, mirando de frente —no de perfil, como mandan las monedas, sino de cara entera, derecho al que la mirara—, repetida en todos los valores de su país. Santos se quedó mirando aquel rostro con una sonrisa que el canadiense no supo medir.

—A esta señora la conozco —dijo—. Empezó ella todo esto, allá por el cuarenta, en un papelito negro. Y aquí la tiene usted, en la punta de América, mandando todavía en el correo.

—Manda en medio mundo —dijo Colville, con orgullo tranquilo de súbdito—. En el mío, hasta en las estampillas.

—Ese medio mundo quiero verlo —dijo Santos, más afirmación que ruego.

Y Colville lo complació, pasando colonias como quien reparte barajas: el Canadá, sí, pero también unas islas de azúcar, y una punta de África, y una tierra de allá abajo, y otra más abajo todavía; y en todas, en la esquina o en el óvalo, la misma mujer —a veces de perfil, a veces de frente, jovencita en unas y ya señora en otras, pero siempre ella—. Santos cayó

en la cuenta de que un hombre con paciencia podía armar, hoja por hoja, la misma cara repetida por medio planeta, mandada grabar en Londres o en Nueva York y despachada a lugares cuyos nombres él no sabía ni pronunciar.

—Y esta —dijo Colville, deteniéndose en un triángulo de color ladrillo, una estampilla en forma de cuña que a Santos le levantó las cejas— es de la punta de África, del Cabo. Triangular, ¿ve? Para que hasta el que no sabe leer la aparte de las demás en la saca del correo.

—Triangular —repitió Santos, dándole vueltas, encantado—. Aquí el decreto una vez las pidió de seis lados y salieron cuadradas, y hubo pleito de años. Y ustedes las hacen en triángulo por gusto. —Se rió—. Cada país pelea con la geometría que le toca.

—De estos hay una historia —dijo Colville, bajando la voz al tono de las que valen la pena—. Cuentan que un muchacho de un pueblo de Inglaterra, hijo de boticario, le compró un saco lleno a unos marineros que los habían ganado jugando a las cartas, y que con aquel saco de papelitos ajenos levantó una casa que hoy le pone precio a todo esto que usted tiene delante. Un chiquillo. Detrás del mostrador de una botica.

A Santos aquello le gustó más que cualquier estampilla del álbum: que el oficio nuevo tuviera, como el suyo, su aprendiz de pueblo — alguien que empezó de bruto, con papeles que no eran suyos, y acabó mandando en el gremio.

—Se lo enseño, si quiere —dijo, y buscó, casi al principio del álbum de la madre patria, un rectángulo pequeño y oscuro, gastado de bordes: la reina joven, esta vez de perfil, sobre el negro—. El primero de todos. El del cuarenta.

Santos lo tomó como se toma a un recién nacido ajeno. Lo primero que le buscó, por vicio de perito, no fue la cara: fueron las esquinas. Y ahí abajo había dos letritas, una a cada lado, hundidas en el papel a mano.

—¿Y esto? —preguntó, tocándolas apenas.

—Contra los tramposos —dijo Colville—. Cada estampilla de la hoja llevaba su par de letras distinto, todas las combinaciones. Pensaron que ningún falsario tendría la paciencia de copiar la hoja entera letra por letra, y que si aparecían dos iguales en el mismo correo, se sabría. Fue de las primeras trampas que le pusieron al falsario.

Santos se quedó mirando las dos letras hundidas más tiempo del que la cortesía pedía. Cuarenta años antes, del otro lado del mundo, alguien había tenido su mismo miedo y le había buscado remedio en la esquina de un papel — no con lupa después del delito, como él, sino en el molde, antes de que el delito naciera.

—Y fíjese en el filo —añadió Colville, devolviéndole la lupa—. No tiene dientes. Entonces no había máquina que los picara: la reina salía en pliegos y el de la ventanilla la iba cortando con tijera, una por una. Los dientes llegaron como catorce años después.

Eso Santos lo entendía en su idioma. También en Caracas, también por el sesenta, las primeras se habían separado a mano, con tijera o con un dobléz, antes de que nadie soñara con picarlas.

Fue entonces cuando a Santos se le asentó una idea que llevaba tiempo rondándole el cuaderno y que aquella tarde tomó forma completa: que las estampillas venezolanas se estaban salvando mejor lejos que en casa. Aquí las esperaba el fuego con escribano, la humedad del trópico, el comején de los archivos, el saqueo de la próxima revolución. Allá, en los cajones secos y fríos de un aficionado de Londres, de Nueva York, de Quebec, dormían a salvo, catalogadas, queridas. *Los papeles de este país, como su gente, se salvan los que emigran* — anotó esa noche, y la frase le supo a Emilio y le supo al oro de un cofre, aunque no escribió ni lo uno ni lo otro.

Lo invitó a la casa de La Pastora, que era modesta pero tenía corredor de geranios, y Colville llegó el domingo con su mujer —una italiana de Turín, morena y risueña, que le explicaba al mundo por qué un hombre tan de hielo se reía tanto— y con una niña de seis años.

La niña se llamaba Vittoria. Por la reina del perfil, explicó el padre; pero escrito a la italiana, con dos tes, por la madre, que en materia de nombres no cedía ni ante la corona británica. Había nacido en la nieve de Quebec y era, en el corredor caraqueño, una cosa pequeña y seria de ojos enormes que lo miraba todo sin soltar la mano de nadie.

La niña no soltaba la mano de la madre, pero los ojos se le iban solos a la mesa donde Santos había dejado la lupa y unas cartulinas con estampillas. Su padre lo notó y se rió bajito.

—Ya empezó —le dijo a Santos—. En casa me ordena los repetidos por colores y me riñe si dejo una pinza fuera de su sitio. Seis años, y ya tiene más método que yo.

—Es que estaban desordenados —dijo Vittoria, muy seria, sin soltar a la madre, defendiéndose de un cargo que nadie le había hecho.

Santos, que llevaba treinta años oyéndose ese mismo reproche por dentro, la miró con un respeto nuevo.

Durante la cena, Colville soltó sus anécdotas de coleccionista en su español de diccionario, con un gusto de sobremesa que encantó a Marina. Contó la del sobre que el correo inglés mandó hacer el mismo año del papelito negro: todo dibujado —una señora con un león, unos ángeles, y gente de medio mundo apretada en un sobre para anunciar que ahora la carta llegaba barata a todas partes—. Salió tan recargado y tan solemne que el público se burló sin piedad: aparecieron por toda Inglaterra sobres de mofa que copiaban el dibujo con borrachos y con ratones, y a los dos meses el correo tuvo que retirarlo, muerto de risa ajena. Lo reemplazó una cosa sobria, con la sola cabeza de la reina.

—O sea que hasta la reina de Inglaterra hizo una lámina que hubo que descolgar —dijo Marina, que en su escuela acababa de descolgar otra—. Me cae bien esa señora.

Después de la cena, la madre quiso que la niña bailara — una tarantela que le había enseñado, de las de allá—, y ahí se armó, en chiquito, el drama de la noche. Porque a Vittoria le subió del cuello a las orejas una pena feroz, y dijo que no con la cabeza, y se escondió media cara en la falda de la madre. Le insistieron. Dijo que no otra vez. Y entonces, sin que nadie supiera por qué, se soltó de la falda, se plantó en el centro del corredor con los dos pies juntos, y rompió a bailar, muerta de vergüenza y sin parar, marcando el compás con una seriedad de jueza.

Santos, encantado, se inclinó para verla mejor. La niña, sin dejar de bailar, le clavó un dedo:

—Usted no me mire.

Y siguió bailando. No paró: bailó ordenándole al mundo que no la viera, con la pena puesta y el orgullo por delante, hasta la última vuelta, y al terminar volvió a esconderse en la falda de la madre entre los aplausos, como si el baile lo hubiera hecho otra. A Santos le duró la risa una semana, y contó la escena en el taller hasta que Cachito le rogó clemencia: la niña canadiense que bailó prohibiendo que la miraran, y no dejó de bailar.

Cuando se despidieron, Santos fue al baúl y volvió con una estampilla, y se puso en cuclillas para quedar a la altura de la jueza.

—Esta la imprimí yo, cuando tenía poco más años que tú y era el más bruto del taller —le dijo, poniéndole en la mano un medio real amarillo, feíto de fondos, una despeinada de las honradas del cincuenta y nueve—. Es fea, mírala bien. Pero es de verdad, y es venezolana, y ahora es tuya. Llévatela a tu tierra fría y no la dejes en el fuego de nadie.

Vittoria la recibió con las dos manos y la misma seriedad con que había bailado, y no dijo gracias — dijo, mirándola al trasluz como le había visto hacer al padre toda la tarde:

—¿Y esta señora quién es?

—El escudo de mi país. Un caballito, unas espigas y un cornucopio.

—No tiene reina.

—No —dijo Santos, y se rió—. Esa es toda la diferencia, mija. Nosotros no tenemos reina. Tenemos caballo.

—Yo tengo un castor —dijo Vittoria, muy seria, como quien pone en orden una cuenta—. En mi país. Trabaja y hace presas.

—Ya lo sé; lo vi en el álbum de tu papá. Buen animal. — Santos le cerró los deditos sobre el medio real—. Pues ya tienes dos: el castor tuyo, el del frío, y este caballito mío, el del calor. Y por ahí, en la hoja de los vecinos, andan sueltos unos osos. —Se rió bajito—. Fíjate qué cosa, mija: media América le puso animales a sus estampillas, y ni uno le puso corona encima. Guárdalos a los tres, que ya son tuyos. Y que a ninguno se le acerque el fuego.

La niña miró el caballito amarillo, después la mano cerrada del viejo sobre la suya, y asintió una sola vez, con la gravedad de quien acepta un encargo. Tres animales y ninguna reina: se los llevaba ella, la que bailaba prohibiendo que la miraran.

Así salió de Venezuela, en la mano de una niña que bailó prohibiendo que la miraran, una de las estampillas que Santos Aguirre imprimió de aprendiz — a dormir su siglo en un cajón seco de Quebec, a salvo del comején y de las revoluciones, mientras sus hermanas de tiraje ardían o se perdían en la tierra que las hizo. De todas las maneras que este relato ha contado de salvar un papel, esa —que emigre en manos de quien lo quiera— resultó ser la más segura.



A Aquiles Iriarte lo vio una sola vez en el entreacto, y le bastó.

Fue en las carreras de El Paraíso, adonde Santos fue arrastrado por un compromiso de la Imprenta, y el muchacho —veintidós años, la levita mejor cortada de la tribuna, la mano rápida para la apuesta y lenta para el bolsillo propio— perdía plata con una elegancia que en Caracas ya tenía fama: la fama del hijo del senador Iriarte, que jugaba fuerte, pagaba tarde, y cuyo padre, se murmuraba, ya había tapado dos veces huecos «del tamaño de una hacienda chica». Carlota, desde el palco, vigilaba a su hijo con el abanico quieto —señal, en su idioma,

de máxima alarma—, y no miró a Santos ni Santos a ella, con esa puntería de los antiguos amantes para no encontrarse en los sitios públicos.

Lo que Santos sí miró —porque el oficio es el oficio— fue al caballero maduro, impecable, que en el entreacto de la quinta carrera se acercó al muchacho, le dijo dos frases que lo hicieron reír, le palmeó el hombro con afecto exacto, y le deslizó —Santos lo vio, con el ojo entrenado en leer manos ajenas— algo que podía ser una tarjeta y podía ser un billete doblado, y que Aquiles guardó con la naturalidad de quien ya ha guardado otros.

Belisario Fonseca, cultivando.

Santos sintió el frío completo esta vez, de la nuca a las manos, y durante tres carreras estuvo componiendo y descartando maneras de intervenir —hablarle al muchacho, ¿de qué derecho?; hablarle a Carlota, ¿con qué palabras?; hablarle a Belisario, ¿para regalarle la confirmación de que aquello dolía?—. Al final no hizo nada, que era lo único que podía hacer, y se fue antes de la última carrera, con el sombrero calado, componiendo en la cabeza la entrada de cuaderno que escribió esa noche y que es, quizás, la más triste de todo su archivo:

Hoy vi a B.F. apostarle a un potro que no es suyo. Lo lleva con paciencia, como lleva todo: al muchacho le sobra talento y le falta precio, y B.F. colecciona exactamente eso. No puedo probar que sabe de quién

es hijo. Pero B.F. no cultiva nada que no sepa tasado, y a mí me tasó hace treinta años en un muelle. Que Dios me perdone lo que no hice esta tarde, porque no sé qué era.



El entreacto se cerró solo, como se cierran los entreactos: con el telón del fondo moviéndose.

En el Zulia, un general con ideas propias —Rafael Parra, presidente del Estado— decretó en febrero de 1891 nada menos que un correo estatal soberano, con estampillas propias encargadas a Nueva York: la noticia llegó a la Imprenta Nacional como curiosidad administrativa y a Santos le arrancó un silbido de perito —un estado federal emitiendo estampillas por su cuenta era una novedad constitucional del tamaño de una catedral—. En Caracas, el presidente Andueza Palacio empezaba a acariciar en público la idea de quedarse más tiempo del que la Constitución le prestaba, y la palabra *continuismo* entró en las tertulias con su séquito de siempre: desmentidos, adhesiones y limpieza de rifles. Y en la casa de La Pastora, una noche de diciembre del noventa y uno, Marina cerró el año con el resumen que hacía las veces de balance familiar:

—Trina transmite, Emilio graba, tú diriges, yo enseño, y el país afila. —Apagó la lámpara de aceite del corredor—. Duerme bien, Santos Aguirre. Tengo la impresión de maestra vieja de que el recreo se está acabando.

Se acabó en marzo siguiente, cuando el general Joaquín Crespo se alzó desde sus haciendas ganaderas del Guárico y le puso a la década el nombre que ya le quedó: la Revolución Legalista. Pero eso —la pólvora, el saqueo, los resellos, el Mocho, y lo que la revolución le reveló a un muchacho de veinticuatro años sobre su propia sangre— es la Parte Quinta de esta historia.

El entreacto había terminado. En el pedestal desocupado del país, como había dicho la maestra, ya se estaban dando codazos los aspirantes.

P A R T E V

AÑOS DE PÓLVORA

1891 · 1896



CAPÍTULO 30

Las zulianas de Parra

Maracaibo y Caracas, 1891-1894

La carta llegó a La Pastora en abril de 1891, con matasellos de Maracaibo y una letra que Santos tardó en ubicar porque hacía casi treinta años que no la veía — y cuando la ubicó, se quedó con el sobre en la mano un buen rato, porque hay nombres que uno archiva con llave.

Sr. Dn. Santos Aguirre, perito. Muy señor mío: No tengo derecho a escribirle, y menos derecho tengo al favor que vengo a pedirle, de modo que iré derecho al grano, que es lo único derecho que me queda...

Firmaba Práxedes Cordero. El ayudante de La Guaira. El del memorial contra don Braulio Landaeta, el de la estafeta robada con un expediente, el que despachó veinte años de mostrador con el aviso de Perozo a la espalda. La vida —que administra estas cosas con un humor que no se le agradece

bastante— lo había ido rodando de destino en destino, siempre un escalón más abajo, hasta dejarlo donde estaba ahora: guarda-almacén de la Aduana de Maracaibo, viejo, viudo, con más años de servicio que amigos, contando bultos ajenos en el puerto más caliente de la República.

Y en el almacén de Cordero, desde hacía unas semanas, dormían tres cajas que le quitaban el sueño.

...Son tres cajas remitidas de Nueva York por la casa Homer Lee Bank Note Co., consignadas al Gobierno del Estado, y contienen —las abrí con acta, como es mi deber— estampillas. Estampillas de correo del Estado Soberano del Zulia, señor Aguirre: cinco y diez céntimos, con las armas del Estado, en pliegos, grabado fino como no he visto en mis cuarenta años del ramo. Vienen del decreto del general Parra, de febrero, que dispuso correo propio para el Estado. Yo no soy quién para opinar de decretos. Pero llevo el reglamento en la sangre, usted lo sabe mejor que nadie y lo pagó su suegro, que en paz descanse — y el reglamento dice que las estampillas de la República las emite la República.

Esto que yo custodio, ¿qué es? ¿Especie fiscal o papel pintado? ¿Tesoro o delito? Nadie me contesta. El Gobierno del Estado dice que espere. La Aduana dice que no es asunto suyo. Y yo tengo sesenta y tres años, tres cajas que valen no sé qué, y un inventario que

firmo cada noche sin saber lo que estoy firmando. Usted es el único hombre del ramo que conozco que sabría decírmelo — y el único al que le debo una vergüenza tan vieja que ya ni me deja dormir a mí solo. Le pido las dos cosas juntas, si su cristiandad alcanza: el dictamen y el perdón. P.C.

Santos leyó la carta dos veces, se la pasó a Marina, y Marina la leyó con la cara quieta de leer exámenes.

—Contéstale las dos cosas —dijo al fin—. El dictamen, porque es tu oficio. Y el perdón, porque mi papá se murió sin necesitarlo y tú no eres quién para administrarle los rencores a un muerto. —Le devolvió la carta, y añadió, más baja, la única vez que tocó el asunto en treinta años—: Además, míralo bien: el que le robó la estafeta a mi papá terminó de guarda-almacén en Maracaibo, escribiéndole de noche al yerno. La vida ya lo sentenció, Santos. A la vida no hay que ayudarla: hay que dejarla trabajar, que no se le escapa nadie.

La respuesta de Santos —cuatro pliegos, el dictamen más extraño de su carrera— decía, en resumen, lo que el sentido común y el reglamento bastaban para saber pero nadie quería firmar: que un presidente de Estado no tenía facultades postales, que aquella emisión era ilegal de nacimiento por hermosa que viniera grabada, que mientras nadie la pusiera a circular era papel sin alma —ni tesoro ni delito: *espera*—, y que su deber de guarda-almacén era el de siempre: inventario exacto, cajas selladas, y constancia escrita de todo, «porque en este país, Cordero, el papel que sobrevive es el que tiene quien

lo cuente». Del perdón dijo una sola línea, que era de Marina sin comillas: *De lo otro: la vida ya lo sentenció a usted y a mí me casó con la hija. Quedamos a mano. Cuide las cajas.*



Las cajas, entre tanto, ya habían hecho huérfana su historia — porque la política, como siempre, fue más rápida que el barco.

El decreto del general Rafael Parra era de febrero del noventa y uno: correo estatal soberano, estampillas de cinco y diez céntimos, encargadas con todas las de la ley a la Homer Lee Bank Note Company de Nueva York —la misma ciudad de acero de la que habían salido las reinas de aquel coleccionista canadiense que un domingo comió en La Pastora, y con la que soñaba Emilio; grabado fino, perforación trece y medio, papel serio: el Zulia no escatimó—. Pero para agosto, cuando el vapor con las cajas todavía negociaba aduanas y demoras, Parra ya no era presidente del Estado: la marea del continuismo de Andueza barajaba gobernadores como barajaba todo, y el sucesor heredó el encargo con el entusiasmo con que se hereda el pleito de otro. Las estampillas llegaron a un puerto donde ya nadie las esperaba, con un decreto padre que ya nadie defendía. No se distribuyeron. No se vendieron. No se pegaron en una sola carta.

Quedaron guardadas — el destino más triste que puede tener una estampilla, y el más raro: nacer perfecta y no trabajar jamás.

Y hubo un detalle, que Cordero asentó en su inventario con la puntilliosidad de toda su vida y que hizo las delicias del perito en La Pastora: los colores estaban cambiados. El decreto del general Parra pedía la de cinco céntimos roja y la de diez morada; la Homer Lee mandó la de cinco morada y la de diez roja — cada valor vestido con el traje del otro, los colores invertidos respecto al papel que los mandaba. En algún escritorio de Nueva York, un empleado que no leía castellano —o que lo leía como leen los apurados— había trastocado el pedido, y el error viajó dos mil millas y quedó sellado en tres cajas de un almacén del trópico.

Anote esa, Cordero —le escribió Santos, saboreándolo—. Ni Nueva York se salva de los malentendidos con Venezuela. El acero será perfecto, pero el idioma es el idioma. Me lo dijo un amigo una vez: van a imprimir Venezuela sin haberla visto. Ahí tiene usted la prueba, en morado donde debía ser rojo.

Había un segundo detalle, y ese no hizo gracia. El decreto mandaba que las planchas de acero —las matrices del grabado— se remitieran también, para reposar en la Secretaría General del Estado. Cordero revisó sus tres cajas, revisó sus guías, revisó la consignación completa: pliegos, sí; planchas,

no. O nunca se embarcaron, o se embarcaron y alguien las recibió por otra puerta. Lo asentó, como todo: *No constan las planchas. Se deja constancia de que no constan.* Y aquella línea de guarda-almacén escrupuloso —dos negaciones y una firma— quedó siendo todo lo que se sabe del paradero de las matrices de las zulianas. Las planchas no aparecieron. El que las busque, que lleve paciencia y que no se haga ilusiones.



El resto lo contó el tiempo, y lo contó rápido, porque venían años que no dejaban dormir a nadie.

La revolución del noventa y dos pasó sobre el Zulia como pasó sobre todo; los gobiernos del Estado se sucedieron al ritmo del país; y las tres cajas siguieron en su estante, sobreviviendo administraciones a fuerza de estar bien inventariadas — hasta que en marzo de 1894 se encargó de la presidencia del Estado un hombre de otra pasta: el doctor Jesús Muñoz Tébar, ingeniero, hombre de ciencia y de archivo, de los que abren gavetas. Encontró las cajas en la Aduana —encontró, mejor dicho, el inventario de Cordero, que era la manera civilizada de encontrarlas—, entendió al primer vistazo que aquello no podía seguir siendo un fantasma de almacén, y dispuso lo correcto: remitir el lote a Caracas, al Gobierno nacional, para que la República decidiera qué hacer con el correo soberano de un Estado que nunca existió.

El lote salió de Maracaibo con guía, con escolta de trámite y con el último asiento de Práxedes Cordero al pie —*tres cajas, contenido verificado, selladas en mi presencia*—, y en algún punto del camino a Caracas, entre un vapor, un muelle y un depósito, dejó de existir.

Lo que sigue no lo supo Cordero, ni lo supo Santos, ni lo supo tribunal alguno: lo sabe solo esta página, que para eso se escribe una novela — para poner luz, aunque sea de tinta, donde el expediente puso humo. Pero conviene mirarlo, aunque sea de reojo y a contraluz, porque de esa media hora en un muelle del trópico salió más de lo que salió: salió una carrera.

Fue en el embarcadero de la aduana vieja, la noche antes de que el lote siguiera viaje. Las tres cajas de Cordero esperaban su turno de báscula bajo un cobertizo de zinc, entre fardos de cueros y sacos de café que apestaban a puerto, y el encargado de cotejarlas contra la guía antes de pasarlas a la lancha era un vista de muelle llamado —da igual cómo se llamaba; llamémoslo como lo llamaban sus compañeros, que era por el aguardiente que bebía y no por el santo que le pusieron—. Aquella noche estaba, como casi todas, generosamente borracho: a esa hora ya confundía las guías, firmaba donde le señalaran y habría cotejado un cargamento de ángeles contra un manifiesto de ladrillos sin notar la diferencia, con tal de que la mano que le señalaba dónde firmar viniera acompañada de otra que le llenara el vaso.

La otra mano vino. La trajo un muchacho.

No pasaría de los diecinueve o veinte años, y esa fue la primera cosa notable de él: que a esa edad estuviera ahí, de noche, tan tranquilo, en un negocio de hombres viejos y peligrosos. Vestía bien pero sin lujo, con la pulcritud de oficina de las casas de comisión: cuello limpio, uñas limpias, un lápiz de tenedor de libros en el bolsillo del chaleco, y se movía por el muelle como se mueve el que ha crecido entre conocimientos de embarque y sabe que en un puerto lo que manda no es la fuerza sino el papel. Hablaba el castellano con una sombra de acento —una erre que se le ablandaba, un giro que le venía de otra lengua materna, la del padre—, pero hablaba poco, que era su otra virtud. Traía una botella para el vista, unas monedas de plata que sonaron una sola vez, y tres cajas propias: tres cajas idénticas a las de Cordero —mismo tamaño, misma madera, mismas bandas metálicas—, que había mandado hacer con tiempo y llenado de resmas de papel de oficio pesadas al gramo, para que la báscula, si alguien la consultaba, dijera la verdad de siempre.

El resto fue de una sencillez que da más frío que cualquier violencia. No forzó los sellos de Cordero: un ladrón vulgar habría reventado las cajas para sacar los pliegos, y habría dejado rastro. Él no tocó lo de adentro. Cambió lo de afuera. Mientras el vista bebía y garabateaba, el muchacho despegó y trocó las etiquetas de consignación y las marcas de tiza de los costados: las tres cajas verdaderas —las que Cordero había sellado, las de las zulianas— amanecieron rotuladas para la goleta que esa madrugada clareaba para Curazao; y las tres

cajas de papel de oficio amanecieron con el destino, la guía y el número de las de Cordero, rumbo a La Guaira y a Caracas, a cumplir puntualmente su cita con la báscula de la capital y con el acta de un fiscal que las hallaría cabales de peso y huecas de todo lo demás.

Porque esa era la ruta, y el muchacho se la sabía de memoria como se sabe uno el patio de su casa. A Caracas, por la costa, iba el correo honrado: Maracaibo, el banco de arena —ese banco de arena tramposo de bajos y mareas que no dejaba entrar barco de mucho calado y que obligaba a trasbordar en la boca del Lago todo lo que pesara—, y de ahí, ganado el mar abierto, el vapor de navegación costera a La Guaira.

Pero a Europa no se iba por ahí. A Europa se iba por Curazao. La isla holandesa, a un día escaso de navegación, era puerto libre: otra bandera, otra aduana, o mejor dicho ninguna que le rindiera cuentas a Venezuela. Lo que tocaba el muelle de Willemstad salía de la jurisdicción de la República como el alma sale del cuerpo, y desde Willemstad zarpaban, con sus bodegas mezcladas de café, cueros, cortezas curtientes y lo que cayera, los vapores grandes que cruzaban el Atlántico hacia Le Havre y Saint-Nazaire, hacia el mercado que en aquel año pagaba mejor que ninguno las rarezas del papel: Francia. Del banco de arena de Maracaibo a las vitrinas de París había, para quien conociera el atajo, tres semanas de mar y una sola isla de por medio — y ni una aduana que fuera de verdad.

El muchacho vio partir sus dos flotas de cajas al alba, cada una para su cielo, desde el mismo cobertizo, sin apuro. Después dejó al vista roncando sobre su propia firma, se sacudió el serrín del pantalón, y se perdió hacia el pueblo con las manos en los bolsillos y el paso de quien acaba de descubrir, a los diecinueve años, cuál va a ser el oficio de su vida. No robó las estampillas: las reencaminó. No falsificó ninguna: falsificó su destino. Y aprendió, en una sola noche y sin que nadie se lo enseñara, la lección que iba a repetir con mejores modales durante cuarenta años: que lo más seguro de robar es lo que la ley se avergüenza de haber parido, y que a una cosa no se le roba el cuerpo — se le roba el rumbo, y se le vende a otro el cuento de adónde iba.

Quién era, esta página no lo dice, porque este libro cuenta el siglo de las estampillas de Venezuela y no el de sus ladrones, y porque hay figuras a las que la historia solo alcanza a alumbrarles la espalda. Pero quede aquí su silueta, de perfil, contra la luz gris del amanecer del puerto: un muchacho pulcro con acento del otro lado del mar, que a los diecinueve años movió un Estado entero de papelitos con una botella de aguardiente y un cambio de etiquetas. Ya nos lo volveremos a encontrar. La gente así siempre vuelve — y vuelve, casi siempre, a presumir de su primer robo.

No hubo asalto, ni muertos, ni escándalo: hubo humo. Las cajas llegaron —cajas llegaron— pero lo que las cajas contenían, cuando alguien en Caracas quiso verificarlo contra la guía, ya no era lo que Cordero había sellado: resmas de

papel de oficio, peso cabal, ni una estampilla. El expediente que se abrió murió joven, como morían todos: el vapor culpó al muelle, el muelle al depósito, el depósito al vapor, y la Revolución, que andaba ocupada refundando la República, no tenía fiscales que gastar en papelitos de un correo que nunca circuló.

Dos meses después de la toma de posesión de Muñoz Tébar —dos meses: Santos hizo la cuenta con el número de la revista en la mano, y el frío chiquito le bajó hasta los zapatos—, la publicación francesa *Le Collectionneur de Timbres-Poste*, número 163, página 91, anunciaba a los aficionados de Europa un «descubrimiento asombroso»: acababan de aparecer en el mercado, nuevecitas, en pliegos, las desconocidas estampillas del Estado Soberano del Zulia, con las armas del Estado en dos círculos, grabado fino de la Homer Lee. Una buena mina, decía el redactor, sin sospechar la exactitud minera de su metáfora.

De la aduana de Maracaibo a las vitrinas de París, sin escalas legales, en sesenta días con sus noches. Santos conocía una sola organización en el país con esa logística: la que había heredado, treinta años atrás, los prácticos, los guardas y los patronos de lancha de todo el litoral — la aduana invisible del viejo vista Fonseca, administrada desde entonces por su hijo con la puntualidad de un reloj de Ginebra.

No lo pudo probar. Ya no le sorprendía no poder. Lo asentó en el cuaderno de los papeles que se acuerdan, junto a la lámina con las dos zulianas que se había procurado —porque

el perito completo colecciona también el delito—, y el asiento vale como cierre de este capítulo y de aquella emisión fantasma:

Zulia, 5 y 10 céntimos, 1891. Nunca circularon: emisión ilegal, locales a lo sumo, díganlo los catálogos como quieran. Nacieron con los colores cambiados por un empleado que no leía castellano, se quedaron sin padre por un cambio de gobierno, durmieron tres años en un almacén gracias al hombre más puntilloso que ha producido el reglamento venezolano, y acabaron robadas camino de la capital y vendidas en París como maravilla. Es la biografía más venezolana que conozco: hasta para no existir hay que tener suerte. — Las planchas no aparecieron nunca. Anoto, como Cordero: se deja constancia de que no constan.

A Práxedes Cordero, la desaparición del lote le cayó encima como la última injusticia de una vida que las coleccionaba: era su inventario, su firma, su criatura de tinta. Escribió a Caracas ofreciendo su testimonio, sus copias, su honra de guarda-almacén —nadie le contestó; la Revolución no contestaba cartas de viejos—. Le contestó Santos, la última carta del expediente de los dos:

Sus copias valen más que el lote, Cordero. Guárdelas. Dentro de cincuenta años, cuando alguien quiera saber qué pasó de verdad con las zulianas, no va a encontrar ni las estampillas ni a los ladrones: va a

encontrar su inventario. El papel que sobrevive es el que tiene quien lo cuente — y esta vez el que contó fue usted. Firme tranquilo su última acta, colega: por una vez, la letra del reglamento y la justicia quedaron del mismo lado.

Colega, escribió. Y si el perdón administrativo existe en alguna parte, debe parecerse bastante a esa palabra, escrita por el yerno de don Braulio Landaeta a un viejo guarda-almacén de Maracaibo, en la última línea de la historia de unas estampillas que nunca llevaron una carta.

Las cajas fantasmas, mientras tanto, ya estaban repartidas por los álbumes de Europa. Y en Caracas, cuando el lote robado era todavía noticia de tertulia, la ciudad tenía cosas más gordas de que hablar: hacía año y medio que la Revolución Legalista había entrado a saco — y entre lo saqueado, aunque casi nadie reparó en el detalle, había estado la casa editorial de *La Opinión Nacional*, con su gran depósito de estampillas adentro.

De ese saqueo —y de lo que un muchacho de veinticuatro años encontró entre los escombros de su propia casa— trata el capítulo que sigue.



CAPÍTULO 31

La Revolución Legalista

Caracas, 1892

El año noventa y dos se pasó la primera mitad llegando y la segunda cobrando, y Caracas lo vivió como se vive una creciente: primero el rumor del agua, después el agua.

El rumor empezó en marzo, cuando el presidente Andueza Palacio decidió que la Constitución le quedaba corta y que un par de años más de mandato no le harían daño a nadie —el continuismo, ese género nacional que no pasa de moda porque no pasa de moda su público—, y el general Joaquín Crespo, desde sus haciendas ganaderas, contestó con la palabra exacta para la ocasión: puesto que el Gobierno violaba la ley, alzarse era defenderla. Revolución Legalista. La guerra por la legalidad: solo este país, pensó Santos al leer la proclama, es capaz de irse a matar con la gramática de su lado.

La segunda mitad del año la contó Trina, letra por letra, desde su mesa del telégrafo.

Tenía dieciséis años y transmitía la guerra en tiempo real — las partes, los desmentidos, las victorias de ambos bandos que a veces eran la misma batalla—, y volvía a La Pastora cada noche con el país en la punta de los dedos y la boca sellada, porque el reglamento era el reglamento. Pero había aprendido de su madre el arte de informar sin decir: cenaba callada cuando las noticias eran malas, cenaba callada mirando a su padre cuando eran peores, y la noche del cinco de octubre cenó callada, miró a su padre, y después miró —largamente, con toda intención— la tranca del portón.

Santos entendió. Llevaba semanas entendiendo: los telegramas oficiales hablaban de resistencia y los muchachos del telégrafo tecleaban con la cara de los entierros. Crespo venía. Caracas iba a caer como caía todo en este país: de un día para otro, con vísperas eternas.

El siete de octubre de 1892, la Revolución Legalista entró a Caracas, y esa noche la ciudad pagó el peaje de todas las entradas triunfales: el saqueo.



Santos pasó la noche del saqueo donde le correspondía por oficio y por herencia: adentro de la Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional, con el portón trancado, los pasillos a

oscuras y la gente mínima —Chispero, dos prensistas, el portero— armada de nada, que era el armamento correcto.

—¿Y si tumban el portón? —preguntó Chispero, que ya era oficial hecho pero seguía preguntando, bendito fuera.

—No lo van a tumbar. —Santos repartió café en la oscuridad, con el pulso de los que ya han hecho esto—. A las imprentas no las saquea la turba, muchacho: la turba no sabe qué hacer con una prensa, no se la puede tomar ni se la puede poner. A las imprentas las saquean después, con papeles, los gobiernos. —Se asomó a la mirilla: por la esquina bajaba gente corriendo con bultos, y el resplandor de dos incendios le lamía el cielo a la parroquia—. Lo que hay que cuidar esta noche no son las prensas. Es el depósito. El papel sellado, las especies, la resma buena. Eso sí se lo lleva cualquiera, porque eso es plata que no pesa.

Tenía razón y le tocó verla: lo que el saqueo de aquella noche se llevó de más valioso en todo el ramo no salió de la imprenta de la nación —que amaneció intacta, con su portón y su café— sino de una casa editorial privada a pocas cuerdas: **La Opinión Nacional**, el gran periódico del guzmancismo, imprenta, editorial y —esto lo sabía todo el gremio— depositaria de un arsenal de estampillas: existencias de emisiones que la casa custodiaba y despachaba por cuenta de la renta, miles y miles de piezas en resmas y gavetas.

La casa fue saqueada esa noche con el entusiasmo especial que las turbas les reservan a los símbolos del régimen caído. Y Santos, que a las once cruzó dos calles prohibidas para verlo con sus ojos —porque el perito es perito hasta cuando tiembla—, vio desde el zaguán de enfrente lo que asentó después en el cuaderno con la letra más apretada del año:

Vi el saqueo de La Opinión Nacional y vi dos saqueos, no uno. El primero era la turba: muebles, lámparas, el retrato del Ilustre pateado en la acera, la rabia haciendo inventario a su manera. El segundo iba adentro del primero, vestido igual y trabajando distinto: seis o siete hombres que no gritaban, con sacos de lona iguales, que entraron derecho al fondo —donde el depósito— y salieron por el callejón en orden, cargados parejos, sin llevarse ni una lámpara. La turba roba lo que brilla. Estos cargaron papel. Alguien les dijo dónde, alguien les dijo qué, y alguien les tenía lista la puerta del callejón. Miles de estampillas listas para circular, en la noche perfecta: la única noche del siglo en que nadie en Caracas cuidaba nada. Mañana empezará el gobierno nuevo. Pasado mañana, calculo, empezarán a aparecer las estampillas. Y en quince días, si conozco a mi país, alguien va a proponer la solución de siempre.

Se equivocó solamente en el plazo: no fueron quince días. El gobierno nuevo, que heredaba un correo con el depósito madre saqueado y miles de especies robadas listas para inundar las taquillas, tardó lo que tardan los gobiernos nuevos en descubrir que la renta también es patria — y la solución, cuando vino, fue exactamente la de siempre, la de 1873, la del catecismo criollo: *cualdo esta historia tiene un problema, la solución es un cuño*. Pero el resello del escudo es el capítulo que viene; antes, la pólvora de este tenía que cobrarse una casa más.



El decreto salió el veintinueve de octubre, a tres semanas de la entrada triunfal, y ordenaba iniciar juicios de responsabilidad contra los funcionarios del régimen depuesto. En el lenguaje de los vencedores, aquello se llamaba moralización. En el de los vencidos, cacería. En el de los notarios —que son los que al final le ponen el precio a las palabras—, se llamó embargos.

La casa del senador Iriarte entró en la lista de las primeras, porque el senador había sido de los notables del continuismo —viejo ya, pero votante puntual de todas las prórrogas—, y la maquinaria le cayó encima con la eficiencia que la justicia venezolana reserva para los caídos: sellos en las puertas, inventario de bienes, el archivo del despacho embargado «a la espera del resultado». Al senador, setenta y tantos años y

medio siglo de sobrevivir gobiernos, el tercer día de inventario le reventó por dentro alguna cuenta vieja: quedó de un lado, sin habla, con la mitad de la cara pidiendo auxilio y la otra mitad ya en otra parte.

Y fue así —entre alguaciles que contaban cucharas y un padre de yeso que ya no podía prohibir nada— como Aquiles Iriarte, veinticuatro años, entró por primera vez en su vida al despacho de su casa con las gavetas abiertas.

Buscaba, por encargo de su madre, «los papeles de la hacienda de Aragua, antes de que los cuente el Gobierno». Encontró la hacienda, encontró títulos, encontró medio siglo de política archivada. Y encontró, en la gaveta del fondo del escritorio —cerrada con una llave que el yeso del dueño ya no iba a reclamar—, una carpeta de cuero fino sin rótulo con tres cosas adentro.

La primera era el borrador de una enmienda al testamento, de puño y letra del senador, fechado en 1875 y nunca protocolizado —el hombre lo había escrito, lo había guardado y no se había atrevido, o no había querido, que a veces es lo mismo—. El párrafo tercero decía, con esa caligrafía de los que aprendieron a escribir cuando escribir era un juramento: *...y excluyo expresamente de toda porción al llamado Aquiles, que lleva mi apellido por caridad y por decoro de su madre, mas no mi sangre, como me consta de ciencia cierta desde su nacimiento y me lo confirma cada día su cara de artesano.*

La segunda era un recibo comercial viejísimo, de 1869, de una casa de comercio de la calle del Comercio, por «gestiones reservadas», con una rúbrica de letra inglesa que Aquiles no conocía — todavía.

Y la tercera era un solo pliego de papel de carta femenino, sin fecha, sin encabezado y sin firma, escrito con una letra de esgrima que Aquiles conocía desde la cuna, y que decía, completa, esta única línea:

*Si me lo preguntas alguna vez, te diré la verdad.
Nadie más la sabrá nunca. C.*

El senador la había guardado veinte años en la gaveta del fondo. Nunca la preguntó. Los hombres de esa generación preferían constar a saber.

Aquiles sí preguntó. Esa misma noche, en el salón a medio embargar, de pie, con la carpeta de cuero fino en la mano, delante de una madre de cincuenta y dos años que lo vio venir desde la puerta y no movió el abanico.

Carlota Uzátegui escuchó la pregunta completa —su hijo había heredado de ella hasta la manera de no gritar— y contestó como había vivido: cerrando un libro de cuentas.

—Tu padre es Santos Aguirre, el litógrafo. Fue entre el sesenta y seis y el setenta; el senador lo supo siempre y calló siempre, que fue su única elegancia; y tú naciste en agosto del sesenta y ocho, de modo que haz la aritmética, que te la enseñaron cara. —El abanico se abrió, se cerró—. ¿Qué más

quieres saber? ¿Si fue amor? Fue un contrato sin papel, como todo lo que ha funcionado en este país. Él puso el talento y yo puse las puertas. ¿Si te quiso? No supo de ti hasta que fue tarde para todos. ¿Si lo quise yo? —Y ahí, por primera vez en la vida de su hijo, a Carlota Uzátegui se le movió un milímetro la voz—: Fue el mejor de mis contratos. Eso, en mi idioma, es que sí. Ahora vete a salvar los papeles de la hacienda, Aquiles, que la revolución no espera los dramas de familia.



Aquiles Iriarte hizo, en los días que siguieron, las tres visitas de su vida, y las hizo en el orden que lo definió para siempre.

La primera fue a La Pastora, y no tocó la puerta. Se quedó en la esquina, al anochecer, viendo la casa del litógrafo: la luz del corredor, los geranios, una muchacha que llegaba con abrigo de telegrafista y era saludada desde adentro por tres voces, un muchacho que dibujaba en la mesa del corredor con la lengua entre los dientes, y el hombre —el hombre del taller, el que le había dejado corregir la pata del caballo, el que lo había mirado como si lo conociera, *porque lo conocía*— regando las matas con una totuma, en mangas de camisa, riéndose de algo que dijo la muchacha. Una casa entera, completa, cerrada como un pliego bien impuesto: sin lugar para una transferencia más. Aquiles miró aquello veinte

minutos desde la esquina, con la carpeta de cuero fino bajo el brazo, y se fue sin tocar, porque la aritmética se la habían enseñado cara: en esa casa no faltaba nadie.

La segunda visita fue al espejo de su cuarto, y duró menos: se miró la cara —la cara de artesano que el yeso de la otra casa le había facturado durante veinticuatro años sin que él supiera leer la factura—, se miró las manos, las manos rápidas que dibujaban solas, y entendió, con una carcajada corta que sonó igualita a la de su madre, que él era la única falsificación verdadera de toda esta historia: impreso con la piedra legítima, circulado con leyenda ajena, y sin resello posible.

La tercera visita fue a la calle del Comercio.

Belisario Fonseca lo recibió sin hacerse esperar, en el escritorio de los espejos, bajo el medio real enmarcado de las cincuenta y dos perlas, y no fingió sorpresa, porque a los cuarenta y nueve años ya no gastaba en fingimientos: miró al muchacho de arriba abajo, miró la carpeta de cuero fino, reconoció en la primera el porte de la madre y en las manos la sangre del padre, y dejó que el silencio confesara por él que aquella visita la llevaba esperando —cultivando, palmadita a palmadita, tarjeta a tarjeta, hipódromo a hipódromo— desde hacía años. Quizás desde un bautizo de 1868 al que nadie lo invitó y del que lo supo todo.

—Necesito trabajar —dijo Aquiles—. El apellido se me embargó anoche.

—¿Qué sabes hacer?

—Dibujo. —Y como el otro esperaba, añadió lo que sabía que era la contraseña, la seña de la perla torcida de su propia vida—: Dibujo *igualito*, señor Fonseca. Lo que me pongan delante. Siempre me ha salido igualito.

Belisario Fonseca se levantó, fue hasta el marco de la pared, lo descolgó, y puso el medio real de las cincuenta y dos perlas sobre el escritorio, delante del muchacho, como quien pone la primera lección o el primer pago.

—Ya sé —dijo—. Lo demás te lo enseño yo.



CAPÍTULO 32

El cuño del escudo

Caracas y Ciudad Bolívar, 1893-1894

La solución de siempre llegó con el año nuevo, y Santos la vio venir con tanta anticipación que hasta le dio tiempo de perder la pelea metodológica antes de empezarla.

Las estampillas robadas de La Opinión Nacional estaban haciendo exactamente lo que él había anotado en su cuaderno la noche del saqueo: aparecer. Goteaban en las taquillas del interior, limpias, legítimas, imposibles de distinguir —porque lo eran: emisión verdadera de 1882, robada ya nacida—, y la renta las pagaba dos veces: la primera cuando se las robaron, la segunda cada vez que una franqueaba gratis lo que debía cobrarse. El gobierno provisional hizo la cuenta que hacían todos los gobiernos desde 1873 y decretó el cuño: se resellaría toda la existencia legal con el escudo nacional entre líneas

diagonales, y lo que no llevara el escudo, a partir del plazo, sería papel muerto. Cuando esta historia tiene un problema, la solución es un resello — Santos ya podía recitarlo dormido.

La pelea que perdió fue la del método, y la perdió contra el reloj, que era el único adversario invicto de su carrera. Él propuso lo que la liturgia mandaba: cuño único, aplicación por pliegos completos, registro de posiciones, acta por resma —el resello como se había hecho en el setenta y tres, contable y reconstruible—. La urgencia contestó con lo que había: se grabaron cuños de mano, varios, no idénticos entre sí porque los grabó el apuro; se aplicaron sobre bloques pequeños, como cayera, por manos que cobraban por millar; y la tinta fue la que hubo esa semana en el depósito —roja hasta que se acabó la roja, carmín hasta que se acabó el carmín, negra el resto—, de modo que el resello legal de 1893 nació trillizo y desparejo, con el tamaño de los bloques y sus posiciones sin registrar en ninguna parte.

—Que conste mi protesta —dictó Santos para el acta, vencido—, y que conste para los que vengan: el suscrito deja constancia de que la aplicación se hizo en bloques cuyo tamaño y orden no quedarán documentados, por lo que en el futuro será imposible reconstruir la posición de cada resello en el pliego, y abundarán los ejemplares con el cuño cortado o incompleto en los bordes, sin que ello indique ilegitimidad. Se recomienda a los estudiosos por venir paciencia, y al Despacho, para la próxima emergencia, medio día más de plazo, que es lo que costaba hacerlo bien.

El Despacho archivó la protesta, naturalmente. Y el resello de 1893, con sus bordes cortados y su aplicación irregular, quedó siendo lo que era: un enredo sin cerrar, de esos que en este oficio no se resuelven, solo se heredan.



Lo de Guayana llegó por goteo, como llegaba todo lo de Guayana: con meses de retraso y en versión doble.

Ya desde el año anterior corría en el gremio la noticia confusa: que en Ciudad Bolívar, en octubre del noventa y dos, en el vacío entre dos gobiernos —Andueza caído, Crespo todavía entrando—, el jefe militar de la plaza había resuelto una escasez de estampillas de un bolívar y veinticinco céntimos a lo militar: resellando existencias con un cuño circular que decía *Resolución 1.º de octubre de 1892*. Que el general en cuestión era José Manuel Hernández, al que su gente decía el Mocho. Que Crespo, apenas asentado, había suspendido aquellos resellos de un plumazo —un caudillo regional emitiendo especies era precisamente el género de legalidad que la Revolución Legalista no venía a tolerar—. Y que la vida útil del resello circular había sido, contada con generosidad, unos catorce días, en una sola ciudad.

Hasta ahí, una anécdota de guerra. Lo que la convirtió en expediente fue el comercio: para fines del noventa y tres, aquel resello de dos semanas aparecía ofrecido en Caracas, en La Guaira, en las listas de los comisionistas europeos —

abundante, insistente, cada vez más barato—, y los aficionados del gremio nuevo, los de la palabra francesa, empezaban a preguntar qué era aquello: ¿emisión? ¿provisional? ¿fantasía? La Administración, que no tenía respuesta, hizo lo que se hace con las preguntas incómodas: se las mandó a un perito. Con viáticos.

Así fue como Santos Aguirre, a los cuarenta y nueve años, hizo el viaje más largo de su vida —y el último, aunque eso no lo sabía—: Caracas–La Guaira en el coche de la carretera que su tío Eusebio, el arriero, despreció; La Guaira–Barcelona en el vapor costanero, con escala en que el mar le recordó que él era de tierra firme; y Barcelona–Ciudad Bolívar a caballo, por el itinerario semanal de la posta, seis días de sabana, pantanos de palmeras y silencio, con un guía que hablaba lo justo y un cielo que no se acababa nunca. Llegó al Orinoco un atardecer de enero del noventa y cuatro, vio el río por primera vez —esa lámina de estaño fundido, ancha como un mar echado—, y entendió de golpe, mejor que en treinta años de dictámenes, por qué este país era tan difícil de gobernar y tan fácil de querer: porque no cabía en ningún pliego.

Ciudad Bolívar resultó una ciudad de piedra dorada asomada al río, con un comercio duro, memoria corta para las revoluciones y memoria eterna para los negocios. Santos trabajó su expediente con el método de siempre —el archivo primero, la gente después—, y en el archivo del Ejecutivo del

Estado, revolviendo legajos del año terrible con un escribiente que bostezaba, encontró lo que ya casi no esperaba encontrar: la Resolución original del primero de octubre de 1892.

La leyó dos veces, como leía todo. Y en la segunda lectura se quedó quieto, porque la Resolución decía algo que nadie — ni el comercio, ni los comisionistas, ni las listas europeas, ni el propio expediente de Caracas— recordaba.

El artículo segundo disponía que, además del sello circular, cada estampilla habilitada llevaría, estampado *en vertical*, un segundo sello: el facsímil de la firma del Tesorero General del Estado.

—¿Y esto se cumplió? — le preguntó al escribiente, señalando el artículo.

El escribiente miró, bostezó y dio la respuesta más guayanesa posible:

—Eso sabrá el tesorero, señor. Todavía vive aquí, a cuatro cuabras. Pregúntele usted, que a mí me da pena.



El Tesorero General del Estado Bolívar en octubre de 1892 se llamaba —y a Santos, cuando lo supo, le pareció que la historia patria se excedía en sus simetrías— Antonio José Sucre.

Ningún parentesco útil con el Gran Mariscal, aclaró él mismo antes de que se lo preguntaran, «aunque el nombre me ha costado más discursos que pesos me ha dado»: un señor de

sesenta años, fuerte y recio, de guayabera, comerciante retirado del ramo de cueros que había servido la Tesorería «porque en ese momento no había quién», y que recibió al perito de Caracas en el corredor de su casa, frente al río, con jugo de mango y una franqueza que valía el viaje entero.

—¿El resello del Mocho? Cómo no. Yo lo apliqué. Bueno — se abanicó—, yo apliqué *el mío*, que es de lo que usted viene a preguntar, ¿verdad? Ya me habían escrito dos comerciantes y un loco de Trinidad con la misma pregunta.

—El artículo segundo, don Antonio. La firma vertical.

—La firma vertical. —Sucre suspiró con toda el alma, y le dio un trago largo al jugo de mango, como quien toma impulso para confesar el pecado más viejo—. Mire, señor Aguirre: el general dispuso su resolución y el general sabía de guerra, pero de mostrador no había despachado nunca. El sello redondo lo aplicaban los muchachos de la oficina, pan comido: taca, taca, pliego va, pliego viene. Ahora, la firma mía era *otro* sello, aparte, en vertical, pieza por pieza —pieza por pieza, ¿usted me oye?—, y éramos los mismos tres gatos de siempre, con la ciudad revuelta, el correo atrasado y la caja por cuadrar. Yo estampé mi firma los primeros días, como mandaba el papel. Estampé... —hizo memoria, honrado— ... pocas. Pocas de verdad. Después el trabajo se fue quedando, y a los catorce días llegó la contraorden de Caracas y se acabó la función.

Se encogió de hombros, sin culpa y sin descargo, con la serenidad de los hechos consumados:

—Me resultaba fastidioso, señor. Esa es la verdad completa y no tengo otra. Estampar una firma dos mil veces es un castigo que no le deseo ni al que me robó los cueros del ochenta y nueve. Si por esa flojera mía se daña algún negocio de los señores de París, lo lamento en el alma — pero fíjese qué cosa: es la primera vez en la historia de esta Tesorería que la flojera de un funcionario *sirve* para algo. Porque las que yo firmé, las conozco. Y las que no firmé, no existen. Apunte, apunte.

Antes de dejar Ciudad Bolívar, el perito recibió el regalo lateral del viaje, que es el que los viajes serios siempre dan: un comerciante viejo del malecón, alemán de origen y orinoqueño de cocción, enterado de que «el señor de Caracas entendía de sellos», lo convidó a su escritorio y le abrió una caja de habanos donde dormía, envuelto en papel de china, el tesoro de su juventud: las grandes de Guayana.

Santos las conocía de fama y no las había tenido nunca en la mano: las estampillas enormes, toscas, casi rupestres, que Guayana se imprimió a sí misma en los años de la Federación —cuando Caracas quedaba a un mes de distancia y el Orinoco no podía esperar el correo de nadie—, con sus ornamentos contados y sus leyendas de pulso libre. El viejo tenía series, sueltas, hasta una pareja cabeza abajo, y una pieza donde la L de VENEZUELA se había rendido a mitad de camino y quedado en raya: VENEZUE-A.

—¿Y valen algo, señor perito? Me las ofrecen comprar unos señores de Trinidad, cada año más insistentes.

Santos las trabajó una hora con las dos lupas, y al final le contestó con la honradez que aquel gabinete de Orinoco merecía:

—No le puedo decir cuáles de estas son buenas, don Augusto, y le voy a decir algo peor: no sé si alguien podrá algún día. Estas se imprimieron sin actas, se usaron sin registro, se falsificaron temprano y se revolvieron después. Mi ciencia compara contra lo seguro — y de esto no existe lo seguro. —Le devolvió la caja con respeto—. Guárdelas y no venda: cuando no se sabe, el que vende siempre pierde. Y apunte en un papel dónde las consiguió su padre, y cuándo, y a quién. Ese papel, dentro de cincuenta años, va a valer más que la caja.

(La verdad es que ni el propio taller estaba seguro de cuántas planchas legítimas había, ni cuáles: de las grandes, la de los nueve ornamentos parecía la única fuera de duda, y del resto se podía discutir toda la noche sin cerrar nada. La caja de habanos de don Augusto se fue repartiendo por los álbumes, con o sin el papelito. Ojalá con.)

Santos apuntó. Apuntó con una alegría de oficio que le duró el resto del viaje, porque lo que el tesorero acababa de dictarle, entre dos tragos de jugo de mango, era la piedra angular de todo dictamen futuro sobre aquel resello —la contraseña perfecta, mejor que las perlas del sesenta y tres, porque esta no la había diseñado nadie: la había diseñado la flojera, que es la única fuerza de la naturaleza que ningún falsificador puede prever—:

El resello circular legítimo es escasísimo, y el legítimo COMPLETO —con la firma vertical del tesorero Sucre— es más escaso todavía, porque el propio tesorero declara haberla estampado en muy pocas piezas. Consecuencia matemática: la abundancia comercial actual del resello es, en sí misma, la prueba de su falsedad. Casi todo lo que se ofrece —sin la firma, o con firmas que don Antonio no reconoce— es falsificación, y falsificación reciente, fabricada PARA el mercado filatélico: el primer fraude de nuestra historia que no roba al correo ni al fisco, sino directamente al coleccionista. El género nuevo ha nacido. Recomendando a la Administración desentenderse —no hay renta lesionada— y al gremio, una sola pregunta ante cualquier oferta: ¿dónde está la firma de Sucre?



El dictamen lo escribió en el vapor de vuelta, con el Orinoco todavía en los ojos. La confirmación del «género nuevo» lo estaba esperando en Caracas, sobre su propia mesa, en tres sobres de remitentes distintos.

Eran consultas comerciales, de las que ya le llegaban a diario: piezas dudosas sometidas al ojo de Aguirre. Las tres traían resellos circulares de Guayana. Los dos primeros eran burdos — el cuño redibujado a ojo, la leyenda desigual, tinta de sello de despacho: los falsificadores de siempre, los del

montón, que ya operaban, se decía en el gremio, en Caracas, en La Guaira y en Barcelona, tres talleres por lo menos, denunciados a media voz en las tertulias y pronto con nombre en las revistas —.

El tercero lo hizo quedarse quieto.

El cuño era —buscó la palabra profesional y le salió la del muelle— *igualito*. No parecido: *igualito*. El círculo con su leyenda, el grosor, los remates de las letras, hasta el defectico del cuño original en la R de Resolución —que Santos conocía porque había tenido en las manos, en Ciudad Bolívar, piezas auténticas de referencia—: todo estaba, todo respiraba. Un trabajo que no copiaba el resello: lo *entendía*. Y sin embargo la mano supo antes que la cabeza, como siempre, y esta vez la mano tardó en decirle a la cabeza lo que sabía, porque lo que sabía no se podía saber.

Lo puso bajo la lupa grande. Buscó, con el método del viejo Serra, su primer maestro, la firma que no se ve —el gesto que el que copia no puede evitar, porque la mano es la mano—, y la encontró donde la encuentra siempre el que sabe buscar: en el remate inferior del trazo curvo, donde el buril del cuño falso había girado con un quiebre mínimo, elegante, seguro de sí — un quiebre que no estaba en el cuño original y que el falsificador había puesto sin darse cuenta, porque así giraba su muñeca, porque así había girado siempre, desde la primera vez que Santos se la vio girar, corrigiendo en cuatro trazos la pata trasera de un caballo, en un taller de la esquina de Salas, una tarde de mayo de 1882.

Santos Aguirre se quitó los lentes que ya usaba para el trabajo fino, se frotó los ojos, y se quedó un tiempo largo mirando la pared del fondo, donde no había nada que mirar.

Después escribió el dictamen del tercer sobre. Decía, completo: *Falsificación de calidad superior, de mano nueva y formación seria. Sin elementos para identificar el taller.* Y era, palabra por palabra, el primer dictamen falso de su carrera — porque elementos había: había una muñeca que giraba con un quiebre que él conocía de memoria, y un cuaderno donde esa misma noche, con la letra más lenta del año, el perito de la República asentó lo que no cabía en ningún expediente:

Hoy tuve bajo la lupa el primer trabajo de mi hijo. Es mejor que todo lo que yo hacía a su edad. Que Dios me perdone las dos cosas: no haberlo denunciado — y el orgullo.



CAPÍTULO 33

El Bolívar anónimo

Caracas, 1893

La emisión nueva de la paz crespista llegó de Nueva York en la primavera del noventa y tres, legalizada por Resolución en la Gaceta Oficial número 5.776 del veintiuno de abril, grabada — cómo no — por la American Bank Note, y dividida con una lógica que Santos reconoció al primer vistazo, porque era la lógica vieja de las escuelas, heredada y pulida: dos familias de estampillas, dos destinos, dos perfiles.

Las de INSTRUCCIÓN, para el correo de adentro y la renta, con el Libertador de perfil izquierdo. Las POSTALES, para el correo del mundo, con el perfil derecho. El mismo hombre, mirando a los dos lados: adentro y afuera, la renta y la Unión, el país y el mar. Facundo Meza habría dicho algo definitivo sobre un Libertador que miraba hacia donde lo mandara el

decreto —Santos compuso el chiste mentalmente en homenaje al viejo, con la melancolía de los chistes que ya no tienen quién los diga en voz alta—.

El grabado era hermoso, la impresión correcta, el dentado por fin decente: la casa de Nueva York, tras veinte años de práctica, iba aprendiendo a imprimir para el trópico. La serie se recibió, se contó, se distribuyó, se pegó. Circuló semanas, meses, con toda normalidad, por las taquillas de un país entero, bajo los ojos de administradores, estafeteros, comerciantes, fiscales, peritos y coleccionistas.

Y fue Trina Aguirre —diecisiete años, oficial tercera del Ministerio de Correos y Telégrafos, en el mostrador de la estafeta central un martes por la tarde— la primera persona en Venezuela, y hasta donde se sabe en el planeta, que la miró de verdad.

Estaba despachando la valija del exterior, cotejando franqueos, cuando se quedó con una carta en la mano —destino Hamburgo, veinticinco céntimos del perfil derecho, todo en orden— más tiempo del que el porte justificaba. La miró de cerca. La giró. Volvió a mirarla. Y esa noche, en el corredor de La Pastora, la puso sobre la mesa delante de su padre, junto a la lámpara de aceite, con el índice sobre la estampilla y la voz del reglamento:

—Papá. Léeme esta estampilla completa.

Santos se calzó los lentes del trabajo fino, la leyó, y la fue recitando con la naturalidad del que reza de memoria: — Correos. Veinticinco céntimos. El busto del Libertador, perfil derecho. El marco, las cifras...

—¿Y el país?

—¿Qué país?

—El nuestro, papá. —Trina no movió el dedo—. ¿Dónde dice Venezuela?

Santos volvió a la estampilla. La leyó otra vez —el marco, la leyenda, las esquinas, el fondo de líneas, buscando ya con el método, con la lupa, con los cuarenta años de oficio—, y la palabra no estaba. No estaba en el frente ni escondida en el grabado ni abreviada en un rincón. CORREOS, decía. Los céntimos, decía. El Libertador, mudo y de perfil, mirando hacia el mundo. Y de Venezuela —en la estampilla que viajaba a Hamburgo, a París, a Nueva York, en el papel que era la cara del país ante la Unión Postal Universal—, ni una letra.

Se quedaron los dos mirando la estampilla anónima, y Santos sintió una risa vieja subiéndole por el pecho, una risa de treinta años, de tabla de identificación, de caballo zurdo, de seis firmas que no miran.

—Trece años —dijo al fin—. En 1880 este país paró las prensas en Navidad, compró una perforadora por telégrafo y corrió como loco un mes entero, ¿para qué? Para cumplirle a la Unión Postal la regla sagrada: la estampilla debe decir el nombre del país. Esa regla parió la serie del medallón, y el

medallón parió todo lo que vino. Y ahora —le dio la vuelta a la carta de Hamburgo, con delicadeza de forense— el mismo país, con la misma Unión, encarga a la mejor imprenta del mundo una emisión para el exterior... y nadie, en la cadena entera —el que la decretó, el que la diseñó, el que la grabó en Nueva York, el que la aprobó, el que la recibió, el que la vende— nadie notó que le faltaba el nombre. La gente no mira lo que ve todos los días, hija: lo reza de memoria. Me lo enseñó un catalán antes de que tú nacieras, y este país lleva treinta años dándole la razón cada vez que puede.

—¿Y qué va a pasar? —Trina recogía ya la carta, práctica como su madre—. ¿La retiran? ¿La resellan con el nombre?

—Va a pasar —dijo Santos, con la certeza serena del naturalista— exactamente nada. Mira lo que te digo: la Unión no se va a quejar, porque la Unión tampoco mira. Y esta estampilla anónima va a circular años, tranquila, contra su propia norma fundacional, y va a ser la prueba —guárdame el secreto, que es de los alegres— de que la burocracia internacional y la criolla son la misma señora con dos idiomas. —Se quitó los lentes, y añadió, ya en tono de mesa—: Asíéntala en tu memoria, Trina: tú fuiste la primera que la leyó. En este oficio, eso no da medallas. Pero es el oficio.

El pronóstico se cumplió con creces: nadie reclamó nunca. Ni la Unión Postal, ni el Ministerio, ni los corresponsales extranjeros. La serie del perfil derecho —el Bolívar anónimo, la estampilla sin patria de la filatelia venezolana— resultó además una superviviente de raza: convivió con los resellos

del escudo, vio pasar la Colombina, vio pasar la Miranda, y seguía trabajando, incansable e innominada, cuando el siglo se acabó y llegaron los años del vértigo. Los coleccionistas del futuro la identificarían de un vistazo precisamente por su rareza mayor: es la del Bolívar que mira a la derecha — y no dice de dónde es, como los hombres verdaderamente conocidos.



Emilio entró de aprendiz formal ese mismo año, y la ceremonia —porque la hubo— fue del tamaño de la casa: un delantal nuevo, cosido por su madre con doble costura «porque el entusiasmo rompe», y el banco de la esquina en el taller de la Imprenta Nacional, junto a la ventana buena.

Tenía catorce años, los buriles de la Navidad del ochenta y ocho ya cortos para su mano, y una decisión sin grietas que a Schlageter —sesenta años ya, el nudillo más lento sobre los anteojos— lo rejuvenecía dos décadas por sesión. El alsaciano lo tomó bajo su disciplina con un rigor que no le había concedido a nadie en Venezuela, y lo explicó una sola vez, a su manera:

—Con usted, Aguirre, yo hice un pacto de países: usted me enseñó el suyo, yo le enseñé el mío. Con el muchacho el pacto es otro. —Se subió los anteojos—. El muchacho no es de ningún país todavía: es del oficio. Y el oficio, cuando

encuentra una mano así, no enseña: *entrega*. Yo ya no voy a grabar nada mejor que lo que grabé. Lo que me queda de bueno, que lo cargue él.

La formación fue de las que hacen época en un taller: francés técnico en la mañana, dibujo a mediodía, cobre por la tarde —el acero seguía siendo promesa: «el acero se gana»—, y los sábados, la escuela paralela del padre: la lupa, el trasluz, el papel, la ciencia de las firmas que no se ven. Emilio lo absorbía todo con una seriedad voraz, y solo una vez, ese año, hizo la pregunta que los dos maestros esperaban hacía tiempo, cada uno con su miedo:

—Papá. Herr Schlageter. —Era sábado, había una estampilla del perfil derecho bajo la lupa—. Si el grabado de Nueva York es el mejor... ¿por qué las estampillas más queridas de este país son las feas? La despeinada. Las aguilitas. Las de 1880 que usted defiende tanto. Todo el mundo guarda las feas con cariño y usa las perfectas sin mirarlas. ¿Por qué?

Schlageter miró a Santos. Santos miró la estampilla anónima, perfecta y sin patria, y contestó por los dos:

—Porque lo perfecto no necesita a nadie, hijo. Y lo feo, sí. —Le pasó la lupa—. Acuérdate de eso cuando estés allá, grabando maravillas: guárdale un defectico a cada cosa. Un sitio por donde la pueda querer la gente.

Emilio no contestó. Pero se quedó mirando la rayita que Santos escondía en el ángulo muerto de sus trabajos —la marca de la casa, la firma donde nadie mira— con una atención que a Santos no se le escapó: la de quien acaba de decidir, sin decirlo, que eso también lo va a hacer suyo.

El año del Bolívar anónimo se cerró en familia, con Marina pasando revista de fin de curso en el corredor:

—Trina lee estampillas que nadie lee, Emilio graba con dos maestros, tú sigues sin poder contarme la mitad de lo que dictaminas, y el país tiene estampilla nueva sin nombre. — Dobló su lista de calificaciones—. Todo en orden, entonces. Según este país entiende el orden.

—Te faltó tu renglón — dijo Santos.

—Mi renglón lo escribió el Gobierno en enero y todavía no me lo creo. —Marina se quedó un momento con la lista en la falda, mirando los geranios—. Veinte años diciéndote que un día iba a haber en Venezuela una escuela donde se aprendiera a ser maestra, y veinte años diciéndote que yo no la iba a ver. Estaba equivocada en la segunda mitad. Es la primera vez en mi vida que me alegra un aplazado.

No todo: faltaba una estampilla más ese año, la del Centenario que ya había pasado —la conmemorativa grande, la del Descubrimiento—, y con ella la polémica más sabrosa del gremio. Pero esa, por derecho propio, era de la maestra. Y la maestra, cuando le tocara, iba a dar la clase.



CAPÍTULO 34

La escena que nunca ocurrió

Caracas, 1893

La Colombina llegó a las taquillas el primero de julio de 1893, violeta y solemne, y era —los diarios lo celebraron con ese orgullo de estreno que el país reservaba para las cosas que llegaban de afuera— la primera estampilla conmemorativa de Venezuela: un millón de ejemplares de la American Bank Note para honrar el cuarto centenario del Descubrimiento, sumándose al puñado de naciones pioneras del género nuevo —la Argentina, Honduras, Nicaragua, El Salvador, los Estados Unidos con su gran serie de Chicago—, estampillas que no cobraban un porte cualquiera: cobraban memoria.

En la casa de La Pastora la recibieron con división de opiniones instantánea.

—Primera conmemorativa —leyó Santos en el diario, y fue al baúl, y volvió con el cuaderno de los papeles que se acuerdan abierto en la primera página, donde brillaba, dorada sobre azul, la Estrellita de Mérida—. Primera *nacional*, concedo. Porque la primera-primera la hizo una sociedad de caballeros andinos para pagar un baile, once años antes, y en esta casa hay constancia.

—Y llegó por la puerta chica, sin decreto, como lo mejor de este país —recitó Trina, que se sabía la letanía paterna de memoria—. Ya, papá. ¿Y la nueva cómo es?

La nueva era hermosa y venía con historia administrativa incluida, de esas que Santos coleccionaba con gula: la resolución original, de febrero, la había concebido de CINCO céntimos, azul añil. En abril, alguien en un despacho lo pensó mejor —cinco céntimos era porte de adentro; el Centenario había que mandárselo al mundo— y la mudó a VEINTICINCO céntimos violeta, el porte exacto de la carta sencilla al exterior. La estampilla cambió de valor y de color entre dos plumazos, sin haber nacido, y Santos anotó el detalle con cariño de gremio: hasta para conmemorar, este país corrige las pruebas en la máquina.

El grabado mostraba una escena a todo teatro: la costa de Tierra Firme, las naves al fondo, y en primer plano el Almirante en tierra, solemne, con la cruz alzada, el estandarte, los capitanes de rodillas y los indígenas postrados en la playa — la toma de posesión del continente, agosto de 1498, según la leyenda del marco: *Descubrimiento de la Costa Firme*.

Marina la miró largo, aquella primera noche, con la estampilla junto a la lámpara de aceite. La miró como miraba los exámenes buenos con un error grande: con pena por tener razón.

—Qué bonita —dijo al fin—. Y qué mentirosa.



La clase la dio un jueves, y no la dio en La Pastora.

El primero de enero de aquel año, por decreto, la República había creado en Caracas la Escuela Normal de Mujeres —la casa que Marina llevaba veinte años anunciándole a su marido en el corredor de los geranios: la escuela donde las muchachas iban a aprender el oficio de enseñar antes de pararse delante de una pizarra ajena—. Se instaló el veinte de febrero con dieciocho alumnas —dos que vivían en la casa y dieciséis que almorzaban allí y dormían en la suya—, en un local que olía a cal fresca y no tenía todavía el segundo pizarrón; al mes eran setenta y nueve. Y entre las maestras que la Dirección de Instrucción Pública llamó para armarla estaba, con sus cuarenta y siete años, sus treinta cursos y su nombramiento de moralidad y aptitud firmado por tres señores en 1873, la señora Marina Landaeta de Aguirre.

Aceptó sin ceremonia y puso una sola condición, que en el Ministerio dio que hablar: no dejaba La Pastora. Se quedó con su escuela federal por las mañanas —«a mis niñas no las

suelto por un ascenso»— y subió a la Normal por las tardes, seis días, veinte años más vieja que la mitad de sus compañeras y treinta que todas sus alumnas. A Santos, que hizo la cuenta de las horas y abrió la boca para decir algo, se la cerró con la única frase que en veinte años de matrimonio no admitió respuesta:

—Yo entré a esto por un examen ante tres señores que no habían dado una clase en su vida. Estas muchachas van a salir sabiendo. Déjame estar ahí cuando salgan.

De modo que la clase de la Colombina se dio un jueves por la tarde, en el aula grande de la Escuela Normal de Mujeres, delante de cuarenta y cuatro muchachas que no estaban aprendiendo a leer sino aprendiendo a *enseñar* a leer —lo cual le cambiaba la puntería a todo lo que allí se dijera—, con la Colombina clavada con un alfiler en el centro de la pizarra y los libros de cronistas —los suyos, los heredados de su padre, don Braulio, los que Santos le conseguía con los libreros del gremio— abiertos sobre la mesa. Santos asistió desde el fondo del aula, en la silla de las visitas, porque esa mañana su mujer le había dicho «hoy doy la clase de la estampilla; si quieres saber lo que pienso, ven a oírlo con las muchachas», y había cosas que no se declinaban.

—Vamos a leer esta estampilla —empezó Marina, con la voz de abrir curso—. Ustedes ya saben leer palabras. Hoy vamos a leer un dibujo, que es más difícil, porque las palabras confiesan y los dibujos convencen. ¿Qué vemos? Un desembarco. Una ceremonia. La cruz, la bandera, los señores

arrodillados, los indígenas en la arena. La leyenda dice: Descubrimiento de la Costa Firme, 1498. Muy bien. Ahora vamos a los libros, que para eso están. —Abrió el primero—. Día dos de agosto de 1498: el Almirante, don Cristóbal Colón, *avista* tierra firme desde su nave. ¿Avistar es desembarcar? No, Rufina: avistar es ver. La vio y siguió de largo, creyendo que era otra isla. Día cinco: unos botes bajan a tierra... ¿a fundar? ¿a tomar posesión? —pasó el dedo por el renglón— ... a buscar *agua y frutas*, señoritas. Y los indígenas, ¿postrados en la playa? Los indígenas se habían ido. No hubo ceremonia ninguna: hubo unos marineros con sed llenando barriles en una playa vacía. La toma de posesión formal fue el día seis, en otro punto de la costa, sin nada del teatro que estamos viendo.

Volvió a la estampilla.

—Entonces, ¿qué es este dibujo? Es el día dos, el día cinco y el día seis, fundidos en una sola escena que, tal como está, no sucedió nunca. Tres verdades cosidas hacen una mentira, y de las finas: de las que no mienten en los hechos sino en la *composición*.

Una muchacha de atrás —había siempre una, y Marina las cultivaba como Santos cultivaba las perlas torcidas— levantó la mano:

—¿Y por qué la hicieron así, señora? ¿No sabían?

—Sabían, Eduviges. Los que graban saben; para eso les pagan. —Marina desclavó la estampilla y la hizo circular de pupitre en pupitre—. La hicieron así porque las naciones, igual

que las personas, no se retratan como fueron: se retratan como quisieran haber sido. Nadie manda a grabar una playa vacía y unos barriles de agua. Se manda a grabar la ceremonia que *debió* haber, la que quedaba bien, la que no da vergüenza en el sobre de una carta que va a Europa.

Recuperó la estampilla, la miró un momento.

—Y ahora la parte difícil, señoritas, la que les pido que se lleven a la casa: esta estampilla mentirosa es también, al mismo tiempo, una cosa bella y un documento precioso. Porque dentro de cien años, cuando alguien la estudie, no va a aprender en ella cómo fue el Descubrimiento —para eso están los cronistas—, sino algo más raro: cómo *quería recordarlo* la Venezuela de 1893. Las mentiras de las naciones, bien leídas, son su retrato más fiel. Por eso en esta escuela no se rompen las estampillas mentirosas. —Miró al fondo del aula, al perito de la silla de las visitas, con un brillo de mostrador de La Guaira—: Se coleccionan, con etiqueta. Que en eso consiste toda la ciencia, ¿no es verdad, señor Aguirre? En guardar la mentira sin creérsela.

—Palabra por palabra, señora maestra — dijo Santos desde el fondo, y las cuarenta y cuatro muchachas se rieron sin saber del todo de qué. Se acordaron toda la vida.



La posteridad de aquella clase fue doble, y las dos líneas merecen su asiento.

La corta: Eduviges Rondón, la muchacha de la mano alzada, se graduó de maestra en la segunda promoción de la Normal y se fue con su título a Río Chico, y en su escuela, durante cuarenta años, la lección del jueves se repitió cada octubre con una Colombina clavada en la pizarra —la misma, cada año más pálida—, y quién sabe cuántas maestras salieron de allí repitiéndola a su vez; así viajan las clases buenas, de alfiler en alfiler, más lejos que las estampillas. Que era, exactamente, para lo que la Normal se había fundado: no para enseñar a cuarenta y cuatro muchachas, sino para enseñar a cuarenta y cuatro muchachas que iban a enseñar. Marina lo decía sin ninguna solemnidad, cerrando la puerta del aula: *aquí no se multiplica leyendo, se multiplica dictando.*

La larga: la trampa del grabado durmió setenta años, esperando su lupa, hasta que en 1962 un capitán italiano de apellido Rossini —coleccionista de los serios, de los que leen cronistas— publicó en *Il Collezionista* el artículo que armó la polémica internacional: la Colombina venezolana era una estampilla *equivocada*, la ceremonia que muestra no ocurrió jamás. Salió en su defensa, guantes arriba, el director de la Biblioteca Colombina de Montevideo; contrarreplicó el capitán; intervino medio gremio, y la discusión entera —sabrosa, erudita, inútil y feliz, como las mejores— quedó recogida en las revistas del Club Filatélico de Caracas, para regocijo de los tertulianos de tres generaciones. Ninguno de

los polemistas supo nunca que llegaban con setenta años de retraso a una clase de escuela federal de La Pastora, y que la sentencia definitiva del caso la había dictado una maestra con un alfiler en la mano: *tres verdades cosidas hacen una mentira — y las mentiras de las naciones, bien leídas, son su retrato más fiel.*

Queda, para cerrar, la nota de geografía, que Marina no alcanzó a dar y el tiempo dio por ella: aquella bahía del agua y las frutas, la de la playa sin ceremonia, se llama hoy Puerto Cristóbal Colón —Macuro, en la punta de Paria—. La historia, que se deja retocar en los grabados, terminó poniendo el nombre verdadero en el lugar verdadero, sin decreto y sin teatro.

La geografía, al menos, sí perdonó.



CAPÍTULO 35

El mapa en miniatura

Caracas y La Guaira, 1895-1896

El siglo se despidió de Venezuela con una crisis que no era de adentro, para variar, y Trina Aguirre la transmitió completa, tecla a tecla, desde su mesa del telégrafo: la vieja llaga de la Guayana Esequiba —el territorio del oeste del Esequibo que Inglaterra venía mordiendo desde tiempos de la Colonia, línea tras línea, mapa tras mapa— reventó en 1895 en pleito mundial, con notas diplomáticas como cañonazos, el presidente de los Estados Unidos invocando a Monroe en un mensaje que hizo temblar las bolsas, y durante unas semanas de diciembre, en las tertulias de Caracas y en los diarios de Londres, la palabra que nadie quería y todos usaban: guerra.

—¿Va a haber? — le preguntó Marina a su hija, una noche de aquellas, sin rodeos, porque entre las dos no se gastaban.

—No —dijo Trina, que llevaba el pulso del mundo en los dedos—. Va a haber arbitraje. Ya se cansaron de decirlo los cables: un tribunal, en París, para dentro de unos años. —Hizo una pausa de telegrafista, midiendo la palabra—. Nos van a arbitrar, mamá. Que es como cuando dos grandes se pelean el mango de un muchacho y deciden partirlo ellos, para que no pelee el muchacho.

El país, que no podía contestar con barcos de guerra, contestó con lo que tenía. Y lo que tenía —esta historia lo ha venido diciendo desde un muelle de 1858— era papel.



La emisión de la Apoteosis se decretó el siete de mayo de 1896, con la firma de Crespo, y cuando las pruebas llegaron a la mesa del perito Aguirre —de Nueva York, grabado limpio de la American Bank Note—, Santos las estudió con la lupa grande y llamó a la familia entera al corredor, cosa que no hacía nunca, porque aquello había que verlo junto.

—Miren esto. —Puso la estampilla bajo la lámpara de aceite—. Homenaje al Precursor: Francisco de Miranda. Ahí está su efigie, ahí el monumento vacío que le van a inaugurar en el Panteón —la tumba vacía, porque sus huesos se quedaron en la fosa común de La Carraca, en Cádiz, revueltos con los de los presos comunes, y no hay quién los encuentre: el hombre que soñó el continente espera todavía que el

continente lo recoja—. Todo eso está bien y es justo. Pero no es eso lo que manda la estampilla. —Pasó la lupa a Trina—. Lean el fondo.

El fondo era un mapa. Un mapa de Venezuela con su Guayana entera, y sobre la Guayana, grabadas con la minucia de la casa de Nueva York, las líneas: cada línea limítrofe que el pleito había conocido, cada mordisco con su nombre propio — la línea de Schomburgk del cuarenta, la del doctor Fortique, la de lord Aberdeen, y la última, la que se salía del mapa de puro apetito, rotulada sin diplomacia ninguna: *extrema pretensión inglesa*.

—Es un alegato —dijo Trina, que leía rápido—. Un alegato de abogado, en miniatura, pegado en cada carta.

—Es mejor que eso, hija. —Santos recuperó la estampilla con una reverencia nueva—. Es el alegato que no se puede contestar. Una nota diplomática se archiva; un discurso se olvida; un mapa de atlas lo ven cuatro sabios. Pero esto — esto viaja. Esto entra a Londres por el buzón, con el porte pagado, y el inglés que reciba carta de Caracas va a tener que despegar los ojos de nuestro reclamo para leer su correspondencia. Cien mil veces. Doscientas mil. En su propia casa. —Movié la cabeza, de admiración pura—: Llevo cuarenta años imprimiendo y dictaminando papeles de este país, y esta es la primera vez que veo a Venezuela usar una estampilla como lo que siempre fue y nadie quiso entender: un territorio. El más chiquito de los territorios nacionales —dos centímetros por dos y medio—, el único que Inglaterra no nos puede quitar.

La emisión traía además una rareza administrativa que completó el regocijo del perito, porque era la contrapartida exacta de toda su vida de canjes y retiros: fecha de vencimiento. El artículo segundo del decreto ordenaba que la serie circulara *solamente* del cuatro de julio al tres de noviembre de 1896 —cuatro meses justos, como los permisos—, única estampilla venezolana de la historia con partida de defunción firmada antes del bautizo.

—¿Y el que pegue una el cuatro de noviembre? — preguntó Marina.

—El decreto dirá que no vale. Y la estafeta la aceptará igual, por pura complacencia, que es nuestra institución más estable. —Santos lo dictó como quien dicta un pronóstico del tiempo—. Este país no ha sido puntual ni para nacer, mujer: no va a empezar siéndolo para vencer estampillas.

(El pronóstico, como todos los suyos de ese género, se cumplió: la Miranda siguió apareciendo en sobres, mansa y vencida, mucho después de su fecha — la complacencia, en efecto, no tiene artículo segundo —).

Ese mismo año le llegó a la mesa, por la vía de los corresponsales del gremio, la otra novedad del noventa y cinco, chiquita y coriana: una estampilla local de cinco céntimos, azul gris, litografiada y dentada, del viejo correo entre Coro y su puerto de La Vela —la ruta que llevaba treinta años despachando por su cuenta, desde los tiempos en que sus primeras tiritas debutaron en las revistas de París con doble

gloria: un redactor francés las creyó de Chile, y el impresor les había puesto errata de fábrica, *Corrco* por Correo—. La emisión nueva traía dibujado, orgulloso, un ferrocarril.

Santos la examinó, consultó su archivo, y le escribió al corresponsal el dictamen lateral que más gracia le hizo firmar aquel año: *La pieza es del correo de Coro a La Vela, legítima como local. Ahora, el tren del dibujo: sepa usted que esa línea férrea está en obras y no se ha inaugurado —el hierro llegará cuando llegue, que en este país los ferrocarriles se decretan rápido y se rematan lento—. La estampilla del tren es anterior al tren: aquí hasta las locomotoras viajan primero en efigie. Se lo apunto por si algún catálogo del porvenir se enamora del dibujo y casa estas piezas con el ferrocarril: que revise el calendario antes de la boda.* — El ferrocarril de La Vela a Coro se inauguró, en efecto, a fines del noventa y siete; el catálogo enamorado llegó puntual en el siglo siguiente, celebró la boda sin revisar el calendario, y el mito del «correo del tren» viviría décadas — hasta que otros pacientes, con los libros de la empresa en la mano, dictaminaran lo que el perito había dejado escrito de antemano: estas piezas nunca circularon por tren.

La Apoteosis misma fue en julio, con el país entero de luto solemne y fiesta cívica a la vez: el monumento vacío en el Panteón, los discursos, y —el detalle que Santos recortó y guardó en el cuaderno, porque nadie más pareció verlo— la columna que se levantó en Puerto Cabello en memoria de los diez ciudadanos *norteamericanos* que acompañaron a

Miranda en la expedición del año seis y fueron ahorcados allí, frente al mar, por adelantarse noventa años a la historia. Diez muchachos de Nueva York y de Boston, muertos por Venezuela antes de que Venezuela existiera.

Hay un pedacito de Estados Unidos enterrado en esta emisión —anotó Santos—. Me gusta que sea así este año, cuando el Norte nos prestó la voz para el pleito. Los países, como la gente, se deben favores viejos que no se cobran: se conmemoran.



El pasaje de Emilio se compró en agosto, con la lata de galletas del candado —que resultó contener, contada sobre la mesa, la mitad del pasaje: la otra mitad la puso Schlageter, con una violencia de generosidad que no admitió debate: «es la comisión del maestro, joven; usted la pagará igual, dentro de treinta años, con otro muchacho»—.

Pero el pasaje no fue lo último que cambió de manos, ni lo más pesado. Eso fue la víspera, de noche, y no lo supo el muelle.

Santos esperó a que la casa se durmiera —o a que Marina fingiera dormirse, que en veintidós años de matrimonio había aprendido a distinguir cuándo su marido necesitaba un hijo a solas— y llamó a Emilio al corredor de los geranios. Sobre la mesa, entre los dos, puso un cofre de cuero que el muchacho

no había visto nunca en su vida, y que pesaba, cuando Emilio lo alzó por curiosidad, como no pesa nada de una casa de imprenta.

—Ábrelo.

Cuarenta y una monedas de oro, en fila sobre la madera, encendidas a la luz de la lámpara de aceite: onzas gordas de reyes que ya no reinaban, cuatro libras, un napoleón solitario. Emilio miró el oro y miró a su padre, y no encontró qué decir, porque en aquella casa el oro había sido siempre una palabra de los otros.

—No es mío —dijo Santos—. Y por eso te lo puedo dar. Óyeme bien, que esto lo cuento una vez y después no se habla más.

Le contó a Rosalía. No todo —hay cosas que un padre no le debe a un hijo— pero sí lo esencial y verdadero: que antes de su madre hubo una mujer que le enseñó al padre lo que no se aprende en ningún taller; que se moría de fiebre cuando él era casi un niño de imprenta; y que la última noche le dejó aquel cofre a guardar, con una condición de dos filos. *Si me salvo, me lo devuelves. Si no, que me herede alguien que me quiso.*

—No se salvó. De modo que, según ella, el heredero era yo, que la quise. Y aquí lo tienes: treinta y tres años cargándolo sin gastar una moneda. En la ruina del ochenta y dos no lo toqué, y mira que tu madre y yo dormíamos esa noche sobre una caja de tipos. No fue virtud, Emilio; que nadie te cuente que tu padre es un santo. No lo toqué porque nunca hallé para

qué gastarlo sin traicionarlo. El pasaje tuyo se pagó con trabajo —el nuestro y el de tu maestro—, que es como debe irse un hijo: con lo que uno suda, no con lo que uno esconde. Pero esto —empujó el cofre dos dedos hacia el muchacho— esto es otra cosa. Esto es para que no llegues a Nueva York pidiendo. Para que el día que te ofrezcan la primera miseria por un año de buril, puedas decir que no y esperar la buena. Rosalía me enseñó una frase sola que me ha durado la vida entera: la vida no espera. Yo la esperé treinta y tres años con este oro debajo de una tabla. Tú no. Tú gástalo en no esperar.

Emilio quiso hablar de devolverlo, de que era demasiado, de todo lo que dicen los hijos buenos en el umbral. Santos lo cortó igual que lo habría cortado ella:

—No es regalo, para que no te pese: es un depósito, lo mismo que me lo hicieron a mí. Si te haces grabador, es tuyo y lo entierras en tu casa. Si no —se encogió de hombros, y en el gesto, sin que el muchacho pudiera saberlo, cabía una mujer muerta hacía más de treinta años— entonces se lo dejas a otro que quieras, por fuera de toda lista. Es la única herencia que en este país no se puede embargar ni quemar: la que va de mano a mano y no consta en ninguna parte.

Lo cosieron esa madrugada, madre e hijo, en el forro de la levita de viaje —Marina con la aguja y sin preguntar de dónde salía aquel oro; y si lo adivinó, se lo calló, que también ella sabía guardar secretos completos—: las onzas repartidas parejas para que no bailaran, las libras y el napoleón aparte, en el pliegue donde un ladrón busca de último. Tal como lo

había cruzado Santos por la Caracas a oscuras del año terrible: de noche, contra el cuerpo, y con instrucciones de callar. El depósito de Rosalía Berroterán volvía al mundo después de treinta y tres años, embarcado hacia el acero, que era la única cosa que ella —sin haber sabido nunca lo que era una estampilla— habría entendido a la primera: la vida, por fin, gastada en no esperar.

Diecisiete años, el francés corriente, el dibujo hecho mano, tres cartas de recomendación — una de Schlageter para un compatriota grabador de la casa de Nueva York, escrita en alemán «porque los favores serios se piden en la lengua de uno»; una del Director de la Imprenta Nacional, en papel sellado; y una tercera, sin sobre, que Santos le entregó la víspera: la tarjeta de un perito venezolano presentando a su hijo «a quien tenga la fortuna de ponerlo frente a un buril» —. Y el equipaje de los Aguirre: el venezolano de oro al cuello desde la cuna, los buriles de la Navidad del ochenta y ocho, y un álbum delgado, encuadernado por Cachito, el oficial mayor, en el galpón, que Santos le puso en las manos en el muelle, a última hora, porque hay regalos que no aguantan la casa:

—Ábrelo allá. Es un ejemplar de cada cosa que imprimió tu padre: de la despeinada al escudo del noventa y tres. No vale nada y lo vale todo, según el día. —Le acomodó la solapa, torpe de manos como nunca en el taller—. Cuando estés grabando maravillas en la casa grande y se te olvide de dónde vienes —que se te va a olvidar, y está bien que se te olvide,

para eso se viaja—, ábrelo. No para acordarte de mí. Para acordarte de contra qué se compara. Todo el oficio es eso, Emilio: tener un ejemplar seguro. Lo demás es pulso, y pulso te sobra.

El vapor salió de La Guaira un jueves por la mañana, con el mar planchado y el cerro atrás. Marina no lloró en el muelle —lloró después, en el coche, con método, la cara al frente, sin ruido: dos palmadas exactas al final y se acabó—. Trina saludó con el pañuelo hasta que la cubierta fue una raya. Y Santos se quedó mirando el barco irse exactamente desde el sitio —lo buscó a propósito, con los pies, sin confesárselo— donde un muchacho descalzo de catorce años había visto entrar un bergantín con cajas de Filadelfia, treinta y ocho años atrás.

El Joseph trajo las estampillas y se llevó la inocencia —escribió esa noche—. Este se lleva al grabador y me trae la vejez. El flete de los barcos no está en el documento de carga: nunca ha estado.



Lo que se llevó el vapor, además del hijo, fue la caja del taller.

Conviene decirlo con números, que es como Santos lo pensó. El oro de Rosalía se fue entero, cosido en el forro, sin que él le quitara una sola onza: eso era un depósito de treinta y tres años y se entregaba completo o no se entregaba. Pero el pasaje a Nueva York no lo paga un depósito. Ni la ropa de

invierno de un muchacho del trópico, ni el baúl, ni la pensión de la casa de huéspedes de Brooklyn hasta que lo colocaran, ni la letra mensual que Santos se comprometió a girarle durante un año «por si el acero tarda en abrirse» —y el acero, se sabía, tarda—.

Todo eso salió del cajón de abajo del escritorio, que era donde vivía lo del taller. Y en octubre, cuando cerró la cuenta, el cajón devolvió una cifra que Santos leyó dos veces con la calma del que ya ha estado arruinado una vez y sabe que esto no lo es: le quedaban trescientos y pico bolívares y una prensa chica.

No era la ruina del ochenta y dos. Era otra cosa, más pequeña y más tonta: era no tener con qué trabajar justo cuando había trabajo. Porque en noviembre la Imprenta Nacional sacó dos encargos menudos y los sacó juntos —formularios de aduana y un tiro de tarjetas—, y los dos había que servirlos a la vez, y servir los dos costaba mil ochocientos bolívares entre papel, tinta y jornales, y le pagarían en marzo, si marzo se portaba.

Podía renunciar a uno. Renunciar a uno, a los cincuenta y dos años y con Cachito a cuestras, era empezar a ser el taller al que ya no se le encarga.

Fue a la casa de comercio de la esquina del Cuño un martes por la mañana, con la petaca de las muestras bajo el brazo como excusa, y sin decir a qué venía. Se quedó de pie más rato del necesario antes de sentarse. Doña Cecilia lo dejó dar toda

la vuelta larga —el tiempo, la salud de Trina, el muchacho que ya debía andar por Nueva York— y después cerró el libro de un golpe seco, que era su manera de puntuar.

—Santos Aguirre. Llevo veinte años vendiéndole papel y usted nunca me ha hablado del tiempo. ¿Cuánto y para cuándo?

Santos se quedó con la petaca en la mano. Después la puso sobre el mostrador, que fue su manera de rendirse.

—Mil ochocientos. Y no se los puedo devolver hasta marzo. Puede que abril.

—¿Garantía?

—Ninguna. La prensa está vieja y la casa es de mi mujer.

—Bien. —Ella ya estaba abriendo el libro grande—. Le presto dos mil.

—Doña Cecilia...

—Dos mil, porque el que pide justo se queda corto y vuelve en enero con más vergüenza y menos tiempo. —Escribía sin levantar la vista—. Al doce por ciento, que es lo que cobro, y no me lo discuta que a Peñaloza le cobro dieciocho. Me los devuelve cuando le paguen, y si no le pagan, me los devuelve cuando pueda, y si no puede, me lo dice antes de que yo lo averigüe, que es lo único que de verdad no perdono.

—¿Y por qué?

Doña Cecilia dejó de escribir. Fue la única vez en dieciséis años que Santos la vio buscar una frase.

—Porque en el ochenta y dos usted me pagó lo que me debía cuando ya nadie le habría reclamado. —Volvió al libro—. Eso en mi oficio tiene nombre y se llama historial. Yo no le estoy haciendo un favor, Aguirre: le estoy prestando a un cliente de dieciséis años con historial impecable, al doce, y me estoy ganando doscientos cuarenta bolívares. Si quiere agradecerle a alguien, agradézcase usted, que pagó una deuda estando quebrado.

Firmó, arrancó la hoja y la pasó por encima del mostrador sin mirarlo.

—Y otra cosa. Cuando le paguen en marzo, no me pague a mí primero. Págueme al oficial mayor, que ese no tiene a quién cobrarle. A mí me paga en abril y no se lo cuento a nadie.

Santos salió a la calle con el papel en el bolsillo y la sensación exacta de haber sido auditado, socorrido y regañado en el mismo minuto, sin poder decidir cuál de las tres cosas agradecía más. Sirvió los dos contratos. Le pagaron en mayo, no en marzo —el país nunca ha sido de marzos—, y le pagó a Cachito en mayo y a doña Cecilia en junio, los dos mil y los doscientos cuarenta, hasta el último céntimo, porque de eso justamente iba el historial.

Esa noche apuntó en el cuaderno una línea que no era de estampillas y que se quedó allí, sin capítulo, hasta que hizo falta:

Mandé a mi hijo al acero con el oro de una muerta y me quedé sin caja, que es exactamente lo que había que hacer y exactamente lo que no había previsto. Me salvó el taller una comerciante de papel, al doce por ciento y sin garantía, alegando que yo tenía historial. En este país el crédito no lo dan los bancos: lo da la memoria de la gente que te vio pagar cuando no tenías.



Lo que Santos no supo —lo que no supo nadie en aquel muelle— fue lo del otro barco.

Tres semanas antes, del mismo puerto, en el vapor francés de la carrera de Europa, había embarcado con camarote de primera y equipaje breve un caballero joven de apellido embargado, pasaporte flamante y manos rápidas, despedido al pie de la escala por un solo hombre —maduro, impecable, de cadena de reloj—, que le entregó en el último apretón una cartera de documentos y una lista aprendida de memoria. Rumbo: Burdeos, y de ahí, España. Barcelona. Donde la casa Fonseca tenía, desde los años del lote zuliano, corresponsales de toda confianza y un pequeño taller asociado, discreto y bien surtido, en el barrio de los impresores.

Aquiles Iriarte iba, según la versión para el salón de su madre, «a estudiar el mercado europeo del arte». La lista que llevaba en la memoria decía otra cosa: papeles venezolanos con demanda creciente entre los coleccionistas del continente — los resellos raros, las águilas, las escuelas del interior que nunca ardieron, y en lugar preferente, subrayada por la voz del maestro, la novedad del año: *la Miranda del mapa. Va a vencer en noviembre y el mundo entero va a quererla: estampilla política, bonita, escasa y con cuento — no se diseña mejor un negocio. Cuando el original se acabe, Aquilito, el mercado no se acaba con él. Ahí empezamos nosotros.*

El taller de Barcelona apenas empezaba, y estas cosas, bien hechas, toman su tiempo. Pero la semilla iba en aquel vapor de septiembre, y Santos la vio embarcarse sin poder hacer nada: un aprendiz que se llevaba el pulso del padre y el humor negro de la madre, y que ya sabía lo suficiente para hacer mucho daño. Lo que ese muchacho llegara a hacer con lo que sabía no era asunto de aquella tarde. Pero Santos, que conocía la sangre y conocía el oficio, se quedó mirando el vapor más tiempo del necesario.

Dos barcos del mismo puerto, con tres semanas de diferencia. En uno iba el hijo del corredor de los geranios, rumbo al acero de Nueva York, con un álbum de ejemplares seguros y una carta en alemán. En el otro, el hijo de la gaveta con llave, rumbo al taller de Barcelona, con una lista de memoria y una errata esperándolo en el porvenir. Los dos con

las mismas manos. Los dos a trabajar el mismo papel de un mismo país chiquito y ruidoso — uno para que no se pudiera falsificar, el otro para falsificarlo.

El siglo diecinueve venezolano estaba listo para su último acto. Solo faltaba que se muriera un general, que se alzara otro con sesenta hombres, y que en una prensa de Nueva York, una madrugada cualquiera, una hoja de cien estampillas se quedara dormida debajo de otra.

Faltaban tres años. La pólvora estaba servida.

P A R T E V I

EL BOLÍVAR NEGRO

1898 · 1901



CAPÍTULO 36

Sesenta hombres

Caracas, 1898-1899

La última serie del siglo nació de la ley más detallista que había producido el Congreso venezolano, y Santos la leyó en la Gaceta con una sonrisa de anticuario: la Ley de Correos del presidente Ignacio Andrade, del diez de junio de 1898, no se conformaba con crear la emisión — la *diseñaba*. Fijaba las dimensiones: veinticinco milímetros por veintiuno. Fijaba el motivo: el busto del Libertador. Y fijaba, valor por valor, los colores, con la minucia de una señora encargando el vestuario.

—Metidos a impresores —dictaminó Santos en la tertulia del galpón de Cachito, que era lo que iba quedando de las tertulias—. Cuarenta años vi a este país decretar estampillas hexagonales que salieron cuadradas, encargar rojas que llegaron moradas y ordenar millones que nadie contó. Ahora el Congreso legisla los milímetros. Ya nada más falta una ley

que fije el sabor de la goma. —Dobló la Gaceta—. Y sin embargo, apunten lo que les digo: esta serie tan bien legislada va a tener la vida más desgraciada de todas. Porque las estampillas son como los hijos: las que nacen con todo previsto son las que agarran el camino que nadie previó.

Y sin embargo —hay que hacerle justicia a la ley de los milímetros—, entre sus artículos de sastre venía uno que era pura sabiduría nacional, destilada de sesenta años de mostrador, y Santos lo leyó dos veces y lo recortó para el cuaderno: el artículo quince. Disponía que cuando en un lugar de la República no fuera posible franquear la correspondencia *por carecer de estampillas*, se le daría curso igual, y el administrador escribiría en la cubierta, de su puño: «**No hay estampillas**» — y firmaría, cobrando el porte en efectivo.

—Léelo bien, Cachito, porque esto es un monumento. — Santos golpeó el artículo con el dedo—. El Congreso que legisla el color de cada valor y los milímetros del marco, legisla en el mismo pliego *lo que hay que hacer cuando no haya nada*. La ley previó su propio desabastecimiento. Le puso procedimiento, cubierta y firma a la escasez. —Movié la cabeza, entre la burla y la reverencia—: Sesenta años canjeando, resellando e incinerando, y al final el país encontró su fórmula perfecta: una estampilla que consiste en confesar que no hay estampillas. Es el franqueo más honrado de nuestra historia. Y va a ser, fíjate lo que te digo, el más difícil

de falsificar — porque para falsificarlo hay que falsificar la pobreza, y la pobreza, muchacho, es la única cosa de este país que siempre ha sido auténtica.

(Los sobres existen —«*Certifico que en esta Tesorería no hai estampillas*», con hache y sin ella, con firma de administradores de veinte pueblos: la escasez con caligrafía, el artículo quince trabajando—. Ninguna pieza de este libro resume mejor el siglo que le tocó.)



El otoño de aquel año le trajo a Santos Aguirre, en dos entregas y con un mes de diferencia, la historia más pequeña y más redonda que le pasó por las manos en cuarenta años de oficio.

La primera entrega llegó a la mesa de La Pastora un sábado de finales de octubre, dentro del maletín de Trina, que a los veintidós años era oficial de Cambio de la Administración de Caracas —la que cuadra lo que sale con lo que entra entre una oficina de correos y las demás: una de las plazas creadas por la Resolución del treinta de mayo del noventa y seis, y la única de aquella tanda ocupada por una mujer, cosa que en el Ministerio se resolvió no comentando—. La muchacha puso la circular sobre el mantel con dos dedos, como se presenta un objeto ridículo.

—Uniformes, papá. Para los carteros y los repartidores. — Leyó, marcando cada coma con placer de telegrafista—. *Azul oscuro, con vivo y boca-manga encarnados, y en el kepis la palabra «Correos».*

—En cristiano — pidió Marina, sin levantar la vista del cuaderno de calificaciones.

—Traje azul con el ribete y los puños colorados, y la gorra con la palabra Correos bordada. Los del telégrafo igual, pero en amarillo. Y un bolso terciado con el nombre encima, para la correspondencia. —Trina bajó el papel—. Y todo eso, dice, *para que sea más fácil la fiscalización del buen servicio, tanto por el público como por los inmediatos Superiores.*

—Eso último sí lo entendí de una vez —dijo Marina—: para que se les vea de lejos cuando se paren a conversar.

—Traducción exacta, mamá.

Santos pidió el papel y lo leyó dos veces, y a la segunda no le pareció ridículo. Veintinueve de octubre de 1898. Sesenta y ocho años de correo nacional, cuatro gobiernos de estampillas, tres ministerios y una Unión Postal Universal, y hasta esa semana los hombres que le llevaban las cartas a la ciudad habían hecho el trabajo con la ropa que tuvieran puesta. El Estado había legislado el color de cada valor de la emisión y los milímetros del marco antes de decidir de qué color iba el hombre que la pegaba en la puerta.

—¿Y de dónde sale la plata de la hechura? — preguntó, por deporte.

—Del ramo de Imprevistos.

—Naturalmente —dijo Santos—. En esta República lo único previsto es el decreto. Lo demás es imprevisto, incluida la gente.

Fue esa noche, buscando otra cosa, cuando dio con el nombre. Tenía en el estante, entre los papeles de trabajo, la *Guía o Directorio Anual de Caracas* del año anterior, de los hermanos Van Praag, que traía la planta completa de la Oficina General de Correos con nombre y cargo —el tipo de impreso que Santos compraba por oficio, porque un perito que no sabe quién firma no sabe nada—. La abrió por la página del ramo para ver a qué superiores les tocaba fiscalizar los kepis, y se quedó quieto con el dedo en el renglón.

Director general, el general Manuel M. Gallegos. Interventor, el general E. **Fonseca** Pérez. Encargado del servicio de fardos postales, Eduardo Bauder. Segundo empaquetador, José Antonio **Osío**. Y al final, en el renglón más largo y peor pagado de la lista, la fila de los siete que caminaban la ciudad:

*Carteros: Manuel María **Aguirre**, M. Abreu, José Trinidad **Sosa**, José Melitón Suárez, Juan de la Cruz Pérez, Miguel **Landaeta**, Valeriano Oporte.*

Santos llamó a Marina con la voz rara y le puso el dedo encima sin decir nada. Ella leyó, y leyó otra vez, y lo que hizo fue lo último que él esperaba: se rió con ganas, una risa larga, de las de antes de la fatiga del músculo.

—Un Aguirre y un Landaeta repartiendo Caracas —dijo, secándose los ojos—. Y el interventor, Fonseca. Y un Osío empaquetando. —Le devolvió la Guía—. Se acabó tu misterio, perito: este país no tiene apellidos, tiene siete. Nosotros creíamos que estábamos escribiendo una historia y resulta que estábamos repitiendo una lista.

—Ninguno es pariente — dijo Santos, que ya había hecho la cuenta.

—Peor todavía. Si fueran parientes sería una familia. Sin ser parientes es un país.

Pero no era Aguirre ni Landaeta el nombre que se le había atravesado. Era el tercero.



La segunda entrega llegó el primero de diciembre, otra vez por Trina, otra vez sobre el mismo mantel, y esta vez la muchacha no la puso con dos dedos: la puso con las dos manos y de frente, porque el expediente había pasado por su escritorio.

Resolución de treinta de noviembre de 1898. En atención á que el ciudadano José Trinidad Sosa, Cartero de la Oficina General de Correos de esta ciudad, ha dirigido solicitud de jubilación y pensión correspondiente al Director General del propio ramo; y considerando que, según informe extendido por

éste, dicho ciudadano ha desempeñado el empleo con cabalidad durante cuarenta y un años, observando siempre ejemplar conducta; que consta, además, la imposibilidad en que está por sus achaques de seguir en ejercicio de las funciones que le conciernen...

Cuarenta y un años. Santos hizo la resta antes de terminar el párrafo y le salió el número que ya sabía: mil ochocientos cincuenta y siete. El muchacho callado del zaguán, el que leía los sobres moviendo los labios, había entrado al correo de la República **un año antes de que la República tuviera estampillas**. Llevaba la valija cuando el porte se cobraba al llegar y el destinatario podía torcer la boca y devolverla. Había visto entrar el papelito engomado, el escudo, el águila, el hexágono que salió cuadrado, las escuelas, el medallón, los resellos, las contraseñas, la ceniza del ochenta y ocho, las zulianas y los seis valores con milímetros de ley —el inventario entero de este libro, de arriba abajo— y no había opinado nunca sobre ninguno, porque su relación con la estampilla era la única del país que no admitía discusión: él la caminaba.

Y el resto de la Resolución era la República retratándose de cuerpo entero en cuatro renglones. Le concedían pensión especial de **ciento veinte bolívares mensuales**. Santos fue al cofre, buscó y encontró: Resolución de ocho de octubre de 1888, que aumentó a ciento veinte bolívares el sueldo mensual de cada uno de los cuatro carteros urbanos de la Dirección General —y antes, la del veinte de septiembre del ochenta y siete, que los había subido a cien—. De modo que el hombre se

retiraba con el ciento por ciento de su sueldo. Con el ciento por ciento de su sueldo *de hacía diez años*: la misma cifra exacta, sin un céntimo de aumento en una década, convertida ahora en pensión de vejez por el sencillo procedimiento de dejar de caminar.

Se pagaba, decía el último renglón, por la Tesorería Nacional del Servicio Público, con cargo al ramo de **Imprevistos**.

—Otra vez Imprevistos — dijo Santos.

—Es que no hay de dónde, papá —dijo Trina, y lo dijo sin sarcasmo, que era lo grave—. No existe partida. No existe ley. No existe jubilación en el ramo, ni en ningún ramo. Un hombre trabaja cuarenta y un años, se le acaban las piernas, escribe una carta pidiendo, y si el Director informa bien y el Ministro está de buen humor, le sale una Resolución particular con su nombre y apellido. Como una gracia. —Golpeó el papel con el índice—. Y firmada, fíjate bien, por Relaciones Interiores. Este año creamos un Ministerio de Correos y Telégrafos en marzo y una Tesorería de Correos y Telégrafos hace dos semanas, y al cartero más viejo de Caracas lo jubila otro Ministerio con la plata de lo que no estaba previsto.

Santos dobló la Gaceta despacio.

—Es peor de lo que crees, hija, y es mejor. —Se quitó los lentes—. En cuarenta años de leer actas he visto a esta República decretar millones, anular emisiones enteras,

incinerar en un patio lo que costó una fortuna y perdonarle la vida a media docena de ladrones con levita. Esta es la primera vez que la veo escribir, en un papel con número, que un hombre *cumplió*. Con cabalidad. Observando siempre ejemplar conducta. —Puso el dedo sobre las palabras—. Cuarenta y un años caminando, y esto es todo lo que va a quedar de él en la historia del país: dieciocho líneas, entre un convenio postal y una tarifa. No es poco. Es más de lo que va a quedar de casi todos nosotros.



El acto fue en la Oficina General, un mediodía de diciembre, y no lo llamaron acto: lo llamaron *que pase por la Dirección a firmar*. Trina se llevó a su padre.

Era la primera vez que Santos entraba a la sala grande del reparto, y le pareció, con la sorpresa del que descubre tarde una cosa evidente, que era exactamente igual a un taller: mesones largos, luz de arriba, casilleros como cajas de tipos, y el mismo silencio ocupado de la gente que hace con las manos algo que hay que hacer bien. En un país de discursos, dos oficios trabajaban callados —el que imprime el papel y el que lo lleva—, y él había gastado la vida entera en uno sin poner nunca los pies en el otro.

José Trinidad Sosa esperaba de pie junto a su casillero vacío, con el sombrero en las dos manos. Cincuenta y cinco años de vida, cuarenta y uno de camino, la espalda de un signo de interrogación y las piernas hinchadas de los que caminan piedra —los *achagues* de la Resolución, traducidos—. Y llevaba puesto, planchado, nuevo, estrenado hacía cinco semanas, el traje azul oscuro con el ribete y los puños colorados y la palabra *Correos* bordada en la gorra.

Santos lo miró, y por primera vez en la mañana tuvo que buscar el pañuelo.

Cuarenta y un años de subir el cerro con la ropa que tuviera puesta, de repartir Caracas con el traje único de los entierros, de mojarse con lo que hubiera. Y la República, cuando por fin se acordó de vestirlo, se acordó **treinta y dos días antes de mandarlo a la casa**. Le hicieron el uniforme para que el público y los inmediatos Superiores pudieran fiscalizarle el buen servicio, y alcanzó a usarlo un mes: el mes número cuatrocientos noventa y dos.

—Buenos días, don Santos —dijo José Trinidad, que nunca en su vida lo había tuteado ni se lo había permitido a sí mismo—. Su niña me arregló los papeles.

—Es su niña también, Sosa. Usted le llevó a esta familia todas las cartas que hicieron falta.

El viejo lo pensó de verdad, como pensaba todo, con el retraso honrado del que no habla por hablar.

—Yo no las hice —dijo al fin—. Yo nada más las llevé.

—Yo tampoco las escribí —dijo Santos—. Yo nada más las imprimí. Y aquí estamos los dos, que somos los que sabemos lo que pesan.

Firmó el libro con una letra grande y lenta, de las que aprendieron solas mirando sobres. Le entregaron una copia de la Resolución, y él la dobló en cuatro y se la guardó en la camisa, contra el pecho, como se guarda un escapulario — igual que su tío Eusebio se había guardado el pliego del sueldo en el zaguán del taller, treinta y siete años atrás, la primera tarde en que esta historia lo vio de pie con el sombrero en las manos—. Después se quitó el kepis, lo puso encima del mesón junto al bulto de lona con la inscripción, y salió a la calle de civil y a pie. No sabía andar de otra manera.

Santos volvió a La Pastora sin hablar en todo el camino, y esa noche escribió en el cuaderno la entrada más corta que le dedicó a nadie que no fuera de su sangre:

Hoy jubilaron al correo. Un hombre entró en 1857, cuando la carta se pagaba al llegar, y salió en 1898, cuando la carta lleva el busto del Libertador y milímetros de ley. Todo lo que yo he peritado en cuarenta años se lo llevó él en la espalda, y ninguna de mis actas lo nombra. Le dieron por eso ciento veinte bolívars del ramo de Imprevistos y un uniforme que estrenó para irse.

Cuente usted las perlas, Aguirre. Pero no se le olvide contar a los que caminan, que esos no vienen en el pliego sellado.



Se encargaron a la American Bank Note cuatro millones y medio de piezas —la orden más grande del siglo—, y la casa de Nueva York cumplió con su puntualidad de acero: el primer lote llegó a La Guaira el catorce de marzo de 1899 y salió a la venta en abril. Seis valores, del cinco céntimos verde oscuro al dos bolívares naranja, bien grabados, bien dentados, con el busto y los milímetros que mandaba su ley. Una serie para servir diez años tranquilos.

Le tocaron dieciocho meses de manicomio, y ni siquiera enteros.



Porque 1899 no fue un año: fue una ruleta. Andrade gobernaba desde la elección polémica del año anterior —la del veintiocho de febrero del noventa y ocho, que medio país no le reconocía— con la legitimidad remendada y los alzamientos brotándole como hongos. Y el veintitrés de mayo de 1899, por la frontera del Táchira, entró desde Colombia la apuesta más

descabellada de todas: un general andino chiquito, enérgico, de verbo torrencial, llamado Cipriano Castro, al frente de un ejército de sesenta hombres.

Sesenta. Trina lo transmitió esa semana y lo comentó en la mesa con su aritmética de telegrafista:

—Sesenta hombres, papá. La guardia de la estafeta central tiene más. O el general está loco, o sabe algo del país que nosotros no sabemos.

Sabía algo. Sabía lo que los sesenta se fueron demostrando monte adentro, combate a combate, mientras el gobierno mandaba contra ellos ejércitos que se le derretían en el camino —desertaban, se pasaban, se esfumaban en las mismas sabanas por donde el andino avanzaba engordando—: que el país estaba hueco. Que a la República de Andrade no la sostenía nadie; solo la habitaba. Los sesenta fueron trescientos, después dos mil, después la Revolución Restauradora entera, y el veintidós de octubre de 1899 —cinco meses justos después de cruzar la frontera con menos gente que un velorio grande— Cipriano Castro entró triunfante a Caracas y se sentó en Miraflores.

Sesenta hombres en mayo, Miraflores en octubre. El siglo, que había empezado esta historia con un decreto y un bergantín, se despedía con el drama que le gustaba: el imposible verificado.

En la mesa de peritaje, mientras tanto, la vida administrativa del vértigo dejaba sus huellas de siempre, y una de ellas hizo reír a Santos con la risa vieja del gremio: la American Bank Note, que había recibido en julio una orden de tarjetas postales y la había tenido lista con su prontitud de costumbre, se quedó con el trabajo *hecho y parado* en Nueva York, mes tras mes, sin poder entregarlo —porque entregar requiere que alguien reciba, y en la Venezuela de aquel semestre no quedaba claro qué gobierno estaría en el muelle a la llegada del vapor—. La factura, puntual, salió el cinco de octubre; el país que debía pagarla cambió de dueño el veintidós.

Apunte para Emilio —escribió Santos en la carta mensual a Brooklyn—: tu casa de acero acaba de conocer el problema que ninguna prensa resuelve. Imprimir para Venezuela es fácil. Lo difícil es que Venezuela exista a la hora de la entrega.



Marina empezó a apagarse en septiembre, y lo hizo como había hecho todo: con orden, sin ruido y corrigiéndole los plazos a la muerte.

Fue el corazón —el médico lo llamó fatiga del músculo, y recetó reposo con la cara de los que recetan resignación—, y ella administró la noticia como un cierre de curso: soltó

primero la Normal, que era lo que dolía, y se quedó con las mañanas de La Pastora «mientras tanto»; entregó su cátedra de la tarde a una muchacha de veintitrés años de la primera promoción —alumna suya en el noventa y tres, la que había copiado entera la clase de la Colombina— con un discurso de traspaso de una sola frase: «No copies mi manera, cópiame la costumbre de revisar»; y organizó la casa, los papeles y a su marido con la eficacia serena de quien ya vio el examen y sabe las preguntas. A Santos no le permitió ni el drama ni el disimulo:

—No me hagas duelo por adelantado, que es de mal administrador gastar antes del vencimiento. Y no me mientas con la cara, Santos Aguirre, que te conozco los dictámenes: tú ya me contaste las perlas. —Le tomó la mano, tarifa completa—. Vamos a hacer lo que hicimos siempre: usar bien el porte que queda.

Lo usaron. Fueron dos meses de corredor y de geranios, de Trina llegando temprano, de cartas de Emilio leídas dos veces —Brooklyn, el taller de acero, un maestro irlandés que lo llamaba *Emil*, la primera plancha en que lo dejaron tocar metal—, y de conversaciones que fueron bajando de la superficie al fondo como baja el café en la olla. En una de esas, una tarde de octubre, con la ciudad todavía alborotada por la entrada del andino, Santos pagó por fin la deuda más vieja de su matrimonio:

—Me dijiste una vez que la culpa te la contara cuando estuviéramos viejos. —Le acercó la silla—. Ya estamos.

Y le contó. Carlota, el salón, la alcoba con vista al Ávila, los contratos, la pregunta tibia del sesenta y siete y el medio real sin la raya gruesa, y el niño de agosto del sesenta y ocho, y la pata del caballo corregida en cuatro trazos, y el cuño *igualito* del noventa y cuatro con su quiebre de muñeca, y el primer dictamen falso de su carrera. Todo. Cuarenta minutos de inventario, con la voz pareja del que declara, y al final el silencio del corredor, y los geranios, y Marina mirándolo con los ojos de la estafeta de La Guaira —más hundidos ahora, pero los mismos—.

—Ya lo sabía —dijo—. Lo de la señora, desde siempre: llegaste a nuestro noviazgo oliendo a esa alcoba, Santos, y las cartas de esos años las tengo contadas: eran más cortas y con la letra parada, de hombre que escribe con el sombrero puesto. Lo del muchacho lo supe el día del taller, cuando llegaste a la casa con la cara del pliego invertido y no me quisiste contar el día. Sumé. Siempre supe sumar más rápido que tú. —Le apretó la mano, cortándole la disculpa en la aduana—: No te absuelvo, porque no soy quién, y no te condeno, porque tampoco. Te voy a decir lo que sí soy quién: soy la maestra. Y como maestra te digo que ese muchacho es la única lección que te queda por dar y la única que no sabes. No la pierdas de vista. No sé cómo se hace, ni tú tampoco, ni importa: los exámenes que valen son los que uno no sabe hacer. —Y después, ya con la voz del final del día—: Y lo otro. El baúl. Prométeme una cosa del baúl.

—La que quieras.

—Que un día lo vas a abrir delante de gente. Todo. El têtê-bêche robado al descarte, las pruebas, el pliego verde, el breviario del padre, el cromo del caballo, mis cartas — todo, con sus cuentos completos, los confesables y los otros. — Respiró, midiendo el porte que quedaba—. Tú has guardado los secretos de este país cuarenta años, Santos Aguirre, y guardar estuvo bien: era tu oficio. Pero lo que se ve y no se cuenta se pudre adentro —es de mi papá y es mío, y ahora es tuyo—. Cuando yo no esté y el siglo cambie, busca a quién contárselo. Un muchacho con lupa. Una sociedad de esas nuevas, de la palabra francesa. Alguien que apunte. —Sonrió, con la sorna intacta en el último borde de la fuerza—: Al fin y al cabo, ¿de qué le sirve al país el mejor archivo de su papel, si el archivero se lo lleva callado? Cuéntalo. Es la última tarea que te pongo. Y ya sabes que yo reviso.

Murió el veintiséis de noviembre de 1899, un domingo al amanecer, con Trina de un lado y Santos del otro, sin agonía y sin discurso —dio las gracias por el agua, preguntó si había amanecido claro, dijo «qué bueno»—, y no vio el siglo nuevo por treinta y seis días, ella que había enseñado a leer a novecientas muchachas en treinta y seis años de pizarrón —y, en los seis últimos, le había enseñado a enseñar a veintisiete que salieron con título— y nunca llegó tarde a nada.

Al entierro fue la parroquia completa y tres generaciones de alumnas —se supo después que las maestras de media Caracas se turnaron para que ninguna escuela cerrara: «la señora no lo habría permitido»—, y sobre el cajón, junto a las flores,

alguien puso una pizarra chiquita con una sola palabra escrita con tiza, con letra pareja de niña aplicada, y nadie preguntó de quién había sido la idea porque la idea era evidentemente correcta:

Presente.

Santos no habló en el cementerio. Habló esa noche, solo en el corredor, con los geranios y el baúl, y lo que dijo no lo oyó nadie y lo sabemos igual, porque lo escribió después en el cuaderno, en la entrada más corta de los cuarenta años:

Se me fue la letra pareja. Queda el sombrero puesto.

La casa se llenó ocho días, como se llenan las casas: de gente que quería mucho a Marina y no sabía qué hacer con las manos. A Santos le tocó lo peor del oficio de viudo, que no es la noche —la noche es suya y se aguanta—, sino el mediodía: sentarse en el corredor a que le dijeran, uno por uno, que era una mujer extraordinaria, cosa que él ya sabía mejor que nadie, y contestar que sí, que lo era, con la voz de un hombre a quien le están explicando su propia casa.

Doña Cecilia llegó el noveno día, cuando ya no llegaba nadie. Entró sin tocar, miró el corredor de los geranios con la cara de quien inventaría un depósito, se sentó en la silla que no era la de Marina —la buscó a propósito, con los pies, y Santos lo notó y no dijo nada— y puso sobre la mesa, en vez del pésame, un libro de cuentas.

—Le traje lo suyo del semestre. Está mal sumado y no lo sumé yo. —Lo abrió por donde tenía el dedo—. Aquí le cobraron dos veces el mismo flete y aquí le pusieron a usted una avería que es de la casa. Son ciento veinte bolívares que no debe. Reclámelos.

Santos miró el libro. Después miró a la mujer.

—Doña Cecilia. Enterré a mi mujer hace nueve días.

—Ya sé. Estuve. —Pasó una hoja—. Yo enterré a mi padre en vida y a mi negocio dos veces, y le voy a decir lo que nadie le va a decir esta semana porque a todos les da pudor: usted no necesita que lo acompañen. Usted necesita que alguien le hable de trabajo. —Puso el dedo en la columna—. Mire este flete, Aguirre. Mírelo bien. ¿Le parece a usted normal?

Y Santos, que llevaba nueve días sin poder sostener una frase entera, se inclinó sobre el libro, siguió la columna con el lápiz que sacó del bolsillo sin pensarlo, y encontró un tercer cobro repetido que a ella se le había pasado.

—Aquí hay otro. En agosto.

—Ah. —Doña Cecilia se echó atrás con algo que en cualquier otra sería satisfacción—. Bueno. Entonces todavía sirve.

Se quedó hasta la tarde. No hablaron de Marina ni una sola vez, y cuando se fue, Santos se quedó de pie en el corredor con el libro abierto y el lápiz en la mano, y se dio cuenta de que era la primera vez en nueve días que había estado una hora sin

acordarse, y de que ese descuido —que le pareció una traición durante el minuto que tardó en entenderlo— era exactamente lo que la mujer había venido a traerle.

Vino con un libro de cuentas y me hizo trabajar — apuntó esa noche—. No me dio el pésame. Me dio una columna mal sumada, que es lo único que yo sé agarrar con las dos manos. Marina la habría entendido en dos segundos: a los que tenemos oficio, el oficio nos sostiene el esqueleto mientras se nos cae el resto.



El siglo diecinueve le hizo a Santos Aguirre la última cortesía de su estilo: no le dio tiempo de duelo.

El trece de diciembre de 1899 —a diecisiete días del entierro, a dieciocho del siglo nuevo—, el gobierno del general Castro, que llevaba mes y medio en Miraflores y ya desconfiaba de todo lo heredado, dictó el decreto que anulaba de un plumazo *todas* las estampillas, timbres y tarjetas postales en circulación: lo no resellado sería nulo, y su circulación quedaba prohibida —el decreto lo decía con esa hermosura brutal de la nueva era— *en absoluto*.

Todas. La serie de Andrade con sus milímetros legislados y sus ocho meses de vida. Las existencias enteras del país. El decreto 7.691: gobierno nuevo, cuño nuevo — la coreografía

que Santos podía bailar dormido, ahora sin pareja.

El oficio de la Administración llegó a La Pastora el quince, citando al perito Aguirre para la organización del resello. Santos lo leyó de pie, junto a la lámpara de aceite, con la casa en silencio —Trina en su turno, Emilio en Brooklyn, la mecedora vacía—, y por primera vez en cuarenta y un años de servicio sintió la tentación entera de no ir: de dejar que el siglo nuevo resellara solo, con sus generales nuevos y sus apuros nuevos, y quedarse él en el corredor, con los geranios y los muertos.

Fue, naturalmente. A las siete en punto del día siguiente, afeitado y de negro, con la lupa en el bolsillo.

No fue por la República, escribió esa noche, ni por el sueldo, ni por la costumbre, aunque de todo había. Fue porque en la baranda de la entrada de la Administración, esperándolo con el frío de la mañana, había una oficial de Correos y Telégrafos de veintitrés años, de luto riguroso y espalda derecha, con dos palmadas exactas ya listas en las manos, que al verlo llegar le dijo, con la voz de la letra pareja:

—Llegas tarde tres minutos. Ella nunca lo habría permitido. —Y le abrió la puerta—: Vamos, papá. El siglo no espera, y en esta familia el que ve, cuenta.



CAPÍTULO 37

R.T.M.

Caracas, diciembre de 1899 - febrero de 1900

El siglo nuevo encontró a Santos Aguirre donde lo habían encontrado todos los apuros de la República desde 1859: de pie junto a una prensa, organizando un resello.

El decreto 7.691 tenía la lógica sumaria del gobierno nuevo: la administración de Andrade —decía el considerando, la parte que explica los motivos— había incurrido en fraudes y abusos con las especies; por tanto, todo lo circulante quedaba anulado salvo resello. Si el argumento era cierto, nadie lo demostró nunca con un expediente; pero Santos, que había visto nacer la coreografía en 1865 y la había bailado en el 73, en el 93 y en todas las esquinas del siglo, sabía que el argumento era lo de menos: gobierno nuevo, cuño nuevo. El

resello no era una medida de seguridad — era una toma de posesión. El andino estaba haciendo con las estampillas lo que había hecho con los cuarteles: ponerles su gente.

Y nunca una toma de posesión fue más literal, porque el cuño que se aprobó —Santos asistió a la aprobación, mudo de gremio— consistía en la palabra RESELLADA en una banda ondulada, acompañada de la rúbrica del ministro de Hacienda en persona: el general Ramón Tello Mendoza. La firma del ministro. En cada estampilla. Millones de veces.

—La R.T.M. —bautizó Trina, a la semana, porque el país bautiza rápido—. En el mostrador ya nadie dice «las reselladas»: dicen «deme dos de la RTM», como si fuera una compañía de vapores. La estampilla con las iniciales del ministro. —Movié la cabeza, entre la risa y el asombro—: Cuarenta años poniéndole al papel el escudo, el águila, el Libertador... y el siglo veinte arranca poniéndole la firma del que manda la caja. Al menos es honesto, ¿no, papá? Por primera vez la estampilla dice la verdad completa: esto vale porque lo digo yo.

—Modestia administrativa — dijo Santos, y lo dejó ahí, porque la frase completa la escribió esa noche en el cuaderno: *Moens el belga, que en Bruselas cataloga cuanto papel imprime este mundo, no lo va a creer: hemos pasado de esconder la firma en una perla a estamparla en banda ondulada sobre la cara del Libertador. De la contraseña al autógrafo. Así también se cuenta la historia de un país: por dónde pone la firma el que manda.*

El trabajo se hizo en la Imprenta Nacional — y esa fue la ironía que Santos masticó a solas durante todo el tiro, porque era de las que no se comparten sin explicar demasiado: doce años atrás, el país había jurado sobre las cenizas del fraude de los Aramburu no volver a confiarle a un cuño caraqueño la seguridad de su papel; Nueva York o nada, había dicho el decreto del ochenta y ocho. Y ahora, con el siglo recién estrenado, la validez de cada estampilla de la República volvía a depender de un sello de goma manejado a brazo, en Caracas, por operarios a destajo, bajo la mirada de un perito viudo que había firmado las actas de la hoguera anterior. La historia no se repite, pero rima — y a veces, pensó Santos, encabezando el registro de control con su letra de siempre, rima en consonante.

Hubo una sola excepción en la matanza, y Santos la celebró como se celebra la salud de un viejo amigo: la serie de 1893 — el perfil derecho, el Bolívar anónimo de Trina— no fue tocada por el decreto y siguió circulando sin resello, sin cifra y sin firma, intacta entre la mortandad general. La superviviente, otra vez. *Ocho años esquivando decretos* —anotó en el cuaderno—. *Empiezo a creer que la salvó el anonimato: no se puede anular del todo a quien no dice ni de dónde es.*

Puso en el resello el rigor de los grandes duelos, que era su manera de estar de luto: registro por resma, cuenta diaria, muestras de archivo de cada jornada —con Trina llevando el libro paralelo, porque la promesa era la promesa y en esta familia el que ve, cuenta—. La R.T.M. entró en vigor en

febrero de 1900, y el público la recibió como recibía todo desde octubre: obedeciendo rápido y opinando bajito, que eran los dos verbos del nuevo régimen.

Quedó, de aquellas semanas, un expediente menor que Santos guardó con cariño de coleccionista de absurdos: el inventario del Banco de Venezuela —que hacía de banco central y custodiaba las especies— levantado en noviembre había arrojado un hallazgo digno de bronce: de las tarjetas postales, sencillamente, *no existía inventario*. No es que faltaran tarjetas: faltaba el saber cuántas debían ser. El país había pasado el siglo entero contando estampillas con lacre, con tribunal y con hoguera — y las tarjetas, la especie hermana, habían vivido y muerto sin que nadie las sumara jamás.

Cuarenta años creyendo que lo nuestro era destruir con acta —anotó Santos—. Resulta que teníamos un ramo entero administrado por la pura fe. No sé si es peor. Sospecho que es más nuestro.



Hubo también, en el vértigo de enero, un fantasma que pasó tan rápido que casi nadie lo vio, y que Santos registró porque registrar fantasmas era, a esas alturas, su especialidad.

El quince de enero de 1900, con la R.T.M. todavía en prensa, el gobierno decretó una emisión completamente nueva —otra: diseño nuevo, serie nueva, borrón total—. Y once días después, el veintiséis, la anuló sin haberse impreso ni una estampilla, sustituyéndola por una solución más sencilla que venía madurando en los despachos: encargar a Nueva York la reimpresión de la serie conocida con una sobrecarga de fábrica.

Once días de vida legal sin llegar a existir: ni las zulianas habían afinado tanto el arte nacional de la emisión fantasma. Santos archivó los dos decretos juntos, el de ida y el de vuelta, y les puso una carátula de su cosecha que décadas más tarde —cuando aquel expediente, digitalizado, hiciera sonreír a los investigadores— algún cronista del gremio glosaría a su manera, dándole gracias a Dios de que aquella emisión no se hubiera llevado a efecto, porque al ritmo de decretos de aquel trimestre el catálogo del siglo veinte habría necesitado tomo propio para enero.

La carátula de Santos era más corta. Decía: *Emisión de los once días. Nació por decreto, murió por decreto, no imprimió ni un pliego. Descanse en paz: es la única de nuestra historia que no falsificó nadie.*



La tarjeta de la calle del Comercio llegó en enero, con el luto atrasado de los que dudan si escribir.

Era una tarjeta de borde negro fino, papel de Holanda —el mismo papel, la misma letra inglesa de todos los hitos de esta historia: la del pacto del muelle, la de la boda, la del «buen papel»—, y traía tres palabras y una firma:

A la maestra, respeto. B.F.

Trina, que clasificaba el correo del pésame con método de oficina, la apartó sin saber su peso completo y se la alcanzó a su padre con el resto. Santos la leyó de pie. La sostuvo un momento —el tiempo de una vida: un depósito de aduana, un vaso de brandy, una copa rota, cuarenta años de expedientes sin costura—, y luego hizo con ella algo que Trina no entendió esa noche y entendió años después, cuando el baúl se abrió con todos sus cuentos: no la quemó, no la rompió, no la contestó.

La archivó.

En el cuaderno de los papeles que se acuerdan, con charnela, en la página del año 1900, junto a una R.T.M. de muestra. Y debajo, con la letra lenta:

Tres palabras verdaderas en cuarenta años de carrera. Las archivo como lo que son: la pieza más rara del especialista. Hasta el falsificador perfecto

emite, una vez en la vida, un original — y siempre es por un muerto que respetaba. Se cataloga: única conocida. Sin precio.

Afuera, en las taquillas, la R.T.M. despachaba el correo del siglo nuevo con la firma del ministro ondulando sobre el perfil del Libertador. Y en Nueva York, en un edificio de granito, acababa de llegar —enviada el veinte de febrero, recibida el diez de marzo— la orden que ponía en marcha el último acto de esta historia: la reimpresión de la serie con una cifra negra sobreestampada en fábrica, valor por valor, hasta el bolívar.

Cuatro números de nada: 1900.

En el taller de la American Bank Note Company que debía estamparlos, entre los operarios del turno reforzado que la casa dispuso para el encargo urgente de Venezuela, había un aprendiz de grabador de veinte años, flaco, serio, con un venezolano de oro colgado al cuello por dentro de la camisa.

La hoja dormida ya venía en camino. Y la iba a ver dormirse, sin poder despertarla, el único hombre del edificio que sabía exactamente lo que una hoja dormida podía llegar a ser.



CAPÍTULO 38

La hoja dormida

Nueva York, marzo-mayo de 1900

La orden de Venezuela entró a la American Bank Note Company el diez de marzo de 1900, con sello de urgente, y en el edificio de granito la recibieron como recibían todo lo de aquel cliente: con una mezcla de fastidio y de cariño, porque Venezuela pagaba tarde, cambiaba de gobierno entre el pedido y la entrega, y sin embargo —decían los viejos del taller— daba más historias por dólar que ningún otro país del catálogo.

Esta vez el encargo era una reimpresión de la serie del busto, hasta el valor de un bolívar, con una condición nueva que venía subrayada: cada estampilla llevaría, sobreestampada *en fábrica*, en negro, la cifra **1900**. Nada de cuños aplicados en Caracas —la instrucción no lo explicaba, pero en el taller corría la versión, traída por el agente de la casa, de que el nuevo hombre fuerte de allá desconfiaba de los

sellos de goma propios desde cierto escándalo viejo—, y dos valores cambiaban de color para que nadie confundiera lo nuevo con lo anulado: el cincuenta céntimos pasaba del gris al amarillo naranja, y el un bolívar del verde claro a un gris oscuro, profundo, casi negro.

Las cantidades venían fijadas por resolución, y el pizarrón del taller las tradujo a su idioma: un millón del cinco, medio del diez, un millón del veinticinco, medio del cincuenta — y trescientas mil del un bolívar gris. Tres mil hojas de cien. El dos bolívares figuraba en la orden y se quedó en ella: nunca se llegó a tirar con la cifra, y esa ausencia, que entonces no notó nadie, les daría trabajo a los catalogadores del siglo entero.

Al salón de sobrecarga, reforzado para el apuro, la casa subió gente de todos los rincones — y así fue como un aprendiz de grabador de veinte años, flaco, serio, con un francés de taller y un inglés de muelle de Brooklyn, terminó asignado tres semanas a las prensas tipográficas del sobreimpreso, contando pasadas y cuadrando talones —los resguardos de cada pasada—, que es el destino universal de los aprendices: los trabajos que nadie quiere y todo lo enseñan.

A Emilio Aguirre el encargo le tocaba el hueso dos veces. Era el papel de su país —el busto que había copiado a lápiz a los seis años, con la lupa de su padre— y era, además, la primera vez que veía a la casa grande trabajar para Venezuela desde adentro: el papel contado por resmas, las hojas de cien corriendo hacia la prensa de sobrecarga, la cifra negra

cayendo seca, pareja, hoja tras hoja, 1900, 1900, 1900, con esa perfección desganada que a su padre le producía desconfianza y a él, todavía, reverencia.

—¿Y esto para qué es, Emil? —le preguntó el maestro O'Rourke, el irlandés del salón, sosteniendo contra la luz una hoja del bolívar gris recién sobrecargada—. ¿Qué dice el numerito?

—El año, señor. Anularon todo lo anterior y esto es lo nuevo. El número es para que se distinga.

—¿Negro sobre este gris de funeral? —O'Rourke torció el gesto profesional—. Pues se distingue como un cuervo a medianoche, muchacho. Si me preguntas a mí, el que eligió ese color no pensó en el que va a tener que *verlo*. —Devolvió la hoja al río del trabajo—. En fin. El cliente manda. Cuadra los talones, que el vapor no espera.

Emilio cuadró talones tres semanas. Y el jueves de la tercera semana, con el grueso del bolívar gris ya embalado y el resto de la serie corriendo, se quedó después del turno con los libros del salón, porque un número no le daba.



El sistema era sencillo y por eso era bueno: cada hoja impresa se contaba al salir de la impresión; cada pasada de la prensa de sobrecarga se contaba en el talón del contador mecánico; y al final, hojas y pasadas debían decir lo mismo, porque cada

hoja pasa una vez y cada pasada marca una hoja. Trescientas mil estampillas del un bolívar eran tres mil hojas: tres mil pasadas.

El talón del contador decía dos mil novecientas noventa y nueve.

Emilio contó tres veces, con el método del padre —despacio, en voz baja, señalando—. Revisó los descartes: cuadraban aparte. Revisó los talones diarios, día por día: la falta venía del martes de la segunda semana, el día del apuro grande, cuando la prensa corrió a máquina llena con el papel saliendo todavía tibio de la imprenta. Dos mil novecientas noventa y nueve pasadas para tres mil hojas contadas y embaladas.

Una hoja había pasado sin pasar.

Y Emilio, hijo de perito, criado entre el trasluz y la lupa, no necesitó que nadie le explicara la mecánica, porque la mecánica dormía en todos los cuentos de su infancia: dos hojas que se pegan —la tinta tibia, la estática del papel seco, el apuro—, dos hojas que entran juntas a la prensa como una sola, la de arriba recibe la cifra, la de abajo recibe el abrazo de la de arriba y nada más, y las dos salen al mundo contadas como impresas, porque impresas están —impresas, dentadas, perfectas—. Solo que una, la de abajo, la dormida, salió sin el 1900.

Cien estampillas de un bolívar, gris oscuro casi negro, sin la cifra. En un mar de doscientas noventa y nueve mil novecientas iguales a ellas en todo —en el gris, en el busto, en el dentado— menos en cuatro números negros que, sobre aquel gris de funeral, como había dicho O'Rourke, se distinguían como un cuervo a medianoche: es decir, apenas.

Emilio pasó esa noche en el salón vacío, revisando lo que quedaba por embalar, hoja por hoja, a la luz mala, buscando a la dormida con la esperanza idiota de que no se hubiera embarcado. Al amanecer se rindió: el grueso del bolívar gris había salido en el vapor del sábado. La hoja iba en el mar, camino de La Guaira, mezclada en sus cajas selladas con las otras dos mil novecientas noventa y nueve, tan indistinguible en el bulto como una gota en otra gota.

Presentó el hallazgo el viernes por la mañana, con los talones en la mano, al jefe del salón, que lo escuchó completo —eso había que reconocérselo a la casa: escuchaban— y dictó el veredicto del mundo real con la calma de treinta años de oficio:

—Buen trabajo de cuadre, Aguirre. Ahora escucha el otro lado. Uno: la factura de este encargo cobra estampillas impresas, y las trescientas mil están impresas: la casa no debe nada. Dos: la sobrecarga se aplicó según orden, y una hoja en tres mil es una merma de proceso que cualquier tribunal de comercio del planeta llama tolerancia. Tres: ya navegó. ¿Qué propones? ¿Un cable a Caracas: «búsquense ustedes cien estampillas grises entre trescientas mil estampillas grises»?

Los volveríamos locos para nada: cuando la encuentren —si la encuentran— la anulan y santas pascuas. —Firmó el talón con su lápiz graso, cerrando el caso—: Archívalo, muchacho. Y no pongas esa cara, que nadie se murió: es una hoja dormida, no un pagaré. En cuarenta años he visto docenas. Se duermen, llegan, las despiertan y las queman. Fin de la historia.

Emilio archivó. Puso la cara en su sitio. Y se guardó para él —porque era hijo de quien era— las dos cosas que el jefe del salón, con sus cuarenta años, no podía saber.

La primera: que en el país adonde iba aquella hoja, las cosas anuladas no siempre se quemaban, y las quemadas no siempre se anulaban, y había gavetas del interior sin registro, y hombres pacientes que compraban por adelantado y sin regatear.

La segunda se la había enseñado su padre en un patio con braseros, a los nueve años, y era exactamente al revés del «fin de la historia»: que cien estampillas que no debían existir, en la filatelia —esa ciencia con nombre francés que allá en Caracas ya tenía tertulias, revistas y mercado—, no eran una merma.

Eran una *joya*. La clase de joya por la que los hombres del gremio de su padre daban colecciones enteras, y los del gremio del otro —el del taller de Barcelona, el de la calle del Comercio— daban cosas peores.

Esa noche, en su cuarto de Brooklyn, con el venezolano de oro sobre la mesa y el álbum del padre abierto en la página de la serie de 1880 —el bolívar verde, la línea tenue, todo el catecismo familiar de los errores que se vuelven leyenda—, Emilio Aguirre sostuvo un rato el vértigo completo: él era, en todo el hemisferio, el único hombre que sabía que el error existía, cuántos eran, y en qué remesa navegaban. Lo que esa información valía en el mercado de los pacientes no había ni que calcularlo. Le bastaba callar allá y escribir a otra dirección de Caracas —todos los del ramo sabían cuál— para que la lata de galletas de su infancia pareciera, retrospectivamente, un chiste.

Sostuvo el vértigo, lo miró bien —para reconocerlo si volvía, que es para lo único que sirve mirar los vértigos— y lo soltó. Después mojó la pluma y escribió la carta a la única dirección posible, la del corredor de los geranios, en el idioma cifrado de la casa, que no necesitaba clave porque su clave era una vida entera:

Papá:

Primero, lo que en esta casa no se dice y por eso lo despacho rápido: sé que el corredor quedó más callado desde noviembre. A mamá la lloro de lejos — la única manera que me dejaron el mar y el oficio—, y la lloro como ustedes me enseñaron, sin ruido y guardando. Ya está. Sigo, que es lo que ella haría.

Trabajé tres semanas en el encargo de allá. Todo salió según orden, menos una cosa que los libros de aquí ya cerraron y los míos no: en el valor grande, el del color nuevo oscuro, una hoja se quedó dormida debajo de otra en la prensa del numerito, y viajó sin él. Cien piezas. Van mezcladas en la remesa, y sobre ese gris, sin la cifra, no las va a ver nadie que no las esté buscando — yo tampoco las vi a tiempo, y eso me lo llevo yo.

Aquí dictaminaron tolerancia. Yo dictamino otra cosa, pero mi dictamen no vale en este edificio todavía. Te lo mando a ti, que eres la Administración que me importa: cuando llegue la remesa, haz que cuenten. Y si aparece —cuando aparezca—, acuérdate de lo que me enseñaste en el muelle: no para acordarte de mí. Para acordarte de contra qué se compara.

Se me olvidaba lo principal. La hoja durmió porque el papel salió tibio y el apuro no lo dejó enfriar: el acero no se equivocó — el acero no se equivoca: se duerme, como todo el mundo, cuando lo hacen correr. Anótalo en el cuaderno por mí. Creo que es la primera cosa que aprendo que tú no sabías.

Tu hijo, E.A.

La echó al buzón de la esquina el sábado por la mañana, con el porte exacto, y el vapor del correo salió detrás del vapor de la carga con una semana de agua entre los dos.

De modo que durante siete días, en el Atlántico de mayo de 1900, navegaron rumbo a La Guaira, en dos barcos distintos, la joya más famosa de la filatelia venezolana y la carta que la anunciaba —la hoja dormida y su partida de nacimiento—, sin saber la una de la otra, como viajan siempre las cosas y sus noticias en este cuento: el papel adelante, la verdad atrás, y en el medio el mar.

En La Guaira, el vapor de la carga atracó primero.

Naturalmente.



CAPÍTULO 39

La media firma

Caracas, junio de 1900 - 1901

La remesa del «1900» llegó a La Guaira a fines de mayo, se distribuyó entre junio y julio, y la carta de Brooklyn llegó — naturalmente— una semana después de que las cajas del bolívar gris ya estuvieran repartidas entre la bóveda del Banco de Venezuela y las taquillas de medio país.

Santos la leyó de pie en el corredor, dos veces, con el corazón haciéndole cosas que ya no le convenían, y cuando terminó hizo el inventario de su situación con la frialdad de cuarenta años de dictámenes, porque era eso o sentarse a temblar: en algún lugar de la República —en una gaveta de estafeta, en un pliego vendido a un comercio, en la bóveda misma— había una hoja de cien estampillas de un bolívar, gris oscuro casi negro, sin la cifra. Él era el único hombre de este lado del mar que lo sabía. Y no podía decirlo.

No podía, y las razones se contaban solas. Decirlo era delatar la fuente —un aprendiz de la casa de Nueva York violando la reserva del taller: el empleo de Emilio, quizás su carrera, quemados en un cable—. Decirlo era, además, desatar exactamente la cacería que ningún gobierno de aquel año iba a manejar con finura: el régimen andaba anulando emisiones por decreto trimestral; una «hoja fantasma» en boca oficial terminaría en otra orden de canje con cuatro días de plazo, otra hoguera, y de paso —Santos conocía a su país— en una fiebre de bolívares grises raspados, retocados y teñidos antes de que la verdadera diera señales de vida. Y decirlo era, por último, inútil: cien piezas invisibles en trescientas mil, ya regadas. No se busca una gota en otra gota. Se espera a que la gota *pase* — y se tiene el ojo entrenado para reconocerla cuando pase.

De modo que hizo lo único que sabía hacer mejor que nadie: convertirse en trampa. Pidió —como rutina de perito, sin explicar— que toda consulta comercial o administrativa sobre el valor de un bolívar de la emisión nueva pasara por su mesa; instruyó a Trina, sin darle el porqué completo —«el porqué es de Emilio; te lo debe él»—, para que en su ministerio cualquier rareza del bolívar gris se apartara sin ruido; y en el cuaderno de los papeles que se acuerdan abrió una página nueva con el encabezado más paciente de su vida:

Vigilia del bolívar gris. Empieza en junio de 1900. La hoja existe, son cien, no llevan la cifra. Esperar. El papel siempre pasa por la mesa de alguien: procurar

ser la mesa.



El país, mientras tanto, descubrió lo que Santos había visto en el primer minuto con la primera estampilla nueva en la mano: que la cifrita salvadora era, como seguridad, un chiste.

Cuatro números chicos, en negro, sin filigrana, sin secreto: cualquier falsificador de parroquia con un cuño de fecha ajustado podía tomar estampillas de 1899 —anuladas, muertas, compradas por resmas a precio de papel viejo— y «actualizarlas» pintándoles su 1900. La seguridad de fábrica, la que había cruzado el mar para no depender de cuños caraqueños, duró en la calle lo que tardaron los vivos en conseguir tinta negra: semanas.

La respuesta del gobierno fue la Resolución del veintisiete de junio de 1900, y fue tan de su época que Santos la archivó con una sonrisa cansada: agregar *otro* resello. Sobre las existencias de cinco, diez y veinticinco céntimos que reposaban en la bóveda del Banco de Venezuela se estamparía, en Caracas, la media firma del Jefe Supremo: **Castro**, en rasgo apretado, aplicada a mano, valor sobre valor. En vigor desde el catorce de agosto.

—A ver si lo llevo bien —dijo Trina, con el oficio ya de contralora de absurdos—: la estampilla trae el busto del Libertador, de fábrica. Encima, la cifra 1900, de fábrica. Y

encima de la cifra, la firma del general Castro, de Caracas. Tres gobiernos de tinta en dos centímetros cuadrados. — Levantó una a la luz—: Al pobre Libertador ya casi ni se le ve, papá. Lo están enterrando en resellos.

—Cuéntalo con calma, hija, que es peor: el busto es de la ley de Andrade, la cifra es del decreto de enero y la firma es de la resolución de junio. Esa estampilla lleva encima la historia política completa de dos años. —Santos la archivó de muestra—. Los coleccionistas del futuro van a necesitar un cronista solo para este trimestre.

¿Y por qué la media firma solo en los tres valores menudos? Porque —y aquí Santos le reconoció al caos, con justicia de perito, su única lógica— el cincuenta céntimos amarillo naranja y el bolívar gris oscuro estrenaban colores que jamás habían existido en la serie del noventa y nueve: imposible confundirlos con lo anulado, imposible por tanto «actualizarlos» con un 1900 pirata. No necesitaban firma. Hasta en el manicomio hubo un pasillo derecho — y por ese pasillo derecho, aunque nadie lo pensó así entonces, el bolívar gris quedó exento de la firma que le habría tapado a la posteridad su desnudez más famosa.

El dictamen técnico que Santos rindió sobre la media firma fue de los más finos de su carrera, porque le tocó adelantarse a un enredo que apenas empezaba: los cuños se aplicaban a mano, por filas, sobre pliegos —y las manos son las manos—, de modo que abundaban los resellos desplazados, corridos, montados entre dos estampillas, y quedaban filas enteras con

la cifra y *sin* la firma. *Esos ejemplares* —dictó, subrayando— *no constituyen emisión aparte ni variedad de catálogo: son accidentes de aplicación, y serán, además, el disfraz favorito de las falsificaciones por venir. Trátense con la máxima cautela: donde falte la firma, exíjase la historia completa de la pieza.* La cautela, como la complacencia, también se hereda.

Y quedaba el matasellos, que fue el capítulo final de la comedia. Con tanta tinta negra encima —busto, cifra, firma—, el matasellos negro del correo sencillamente dejó de verse: las estampillas llegaban a destino con cara de nuevas, y el público, que jamás ha necesitado que lo inviten dos veces, empezó a despegarlas y usarlas otra vez. El fisco tardó un año en enterarse y contestó con su prosa inmortal: Resolución del veintisiete de julio de 1901 — matasellar la correspondencia *en tinta roja*, bajo multa de diez veces el valor al infractor. Trina llegó esa semana a la casa con la circular y el frasco de tinta carmín reglamentario, y lo puso en la mesa como quien presenta un recluta:

—Tinta roja bajo multa del décuplo, papá. Décuplo. Diez veces. Hay un empleado en el Ministerio que lleva tres días preguntando diez veces *qué*. —Se sirvió café—. Y apuesto mi sueldo a que en año y medio vuelve la negra con un considerando de que «cesaron las circunstancias».

Perdió por poco: fueron dos años y tres meses. En noviembre de 1902 la tinta volvió a la negra, oficialmente, *por haber cesado las circunstancias* — y las circunstancias, ese

gran personaje de la historia administrativa venezolana, se retiraron a sus cuarteles de invierno, donde descansan entre capítulo y capítulo de este país.



Lo de Belisario Fonseca empezó —Santos lo reconstruyó después, atando fechas— casi al mismo tiempo que la vigilia, y empezó, como todo lo grande del personaje, por una deducción que nadie más había hecho.

No hubo espía en Nueva York, ni soplo, ni carta robada: hubo un viejo lector de papel sentado en su escritorio de la calle del Comercio, con la serie nueva desplegada y cincuenta años de entender el apetito ajeno. El razonamiento —Aquiles lo contaría muchos años después, en otra vida y otro continente, como la lección fundacional de su maestro— fue de una pureza escalofriante:

—Mira la serie, Aquilito, y dime qué falta. El coleccionista de sobrecargas quiere siempre lo mismo: la pieza *sin* la sobrecarga. Es su debilidad de nacimiento: el error posible. En los valores menudos, la pieza sin la cifra existe de sobra —se llama emisión de 1899 y es basura anulada—. Pero el bolívar gris... el bolívar gris no existió *nunca* sin su 1900: nació con la cifra puesta, color nuevo, historia limpia. Un bolívar gris sin cifra sería único: el error soñado, la variedad que todo álbum de Venezuela va a pedir a gritos. —Pausa de tasador—. No

existe. ¿Y desde cuándo eso ha sido un obstáculo? Si el mercado ya lo desea, el mercado ya lo compró: solo falta entregárselo.

Las dos vías las tenía el taller ensayadas de sobra, y se dejaban describir con la exactitud de lo que ya se estaba haciendo: tomar un bolívar gris resellado y *raspar* la cifra —trabajo fino, de bisturí y paciencia, detectable a trasluz por el adelgazamiento del papel—; o tomar el bolívar *verde* de 1899, comprado a peso de resma anulada, decolorarlo y teñirlo de gris —trabajo de química, heredero directo de la vieja lavandería, que dejaba el papel poroso y blanquecino para el que supiera tocarlo—. La Industrial Caraqueña por una punta, el taller de Barcelona por la otra, empezaron a producir con las dos, sin apuro, para el mercado europeo primero —donde nadie podía cotejar—, sembrando en los álbumes del continente, desde fines de 1900, los primeros ejemplares de una rareza venezolana que los vendedores ofrecían con la fórmula de los iniciados: *el bolívar negro, monsieur. Sin la sobrecarga. Rarísimo.*

Y aquí la historia hizo la pirueta que ni Santos, con todo su archivo, habría sabido inventar: **el falsificador fabricó la mentira antes de conocer la verdad.** Belisario Fonseca produjo bolívares negros falsos creyendo que falsificaba una fantasía —un error *verosímil*, no un error *real*—, sin saber que en una prensa de Nueva York, meses atrás, una hoja dormida había fabricado ya, por su cuenta, las únicas cien piezas legítimas de esa fantasía. El crimen perfecto de su vejez

consistió en falsificar, sin saberlo, algo verdadero. Cuando la verdad saliera a flote —y estaba por salir—, sus falsos no serían ya invenciones: serían *competencia*.

Y así empezó a haber, en las colecciones del mundo, más «bolívars negros» de los que la American Bank Note imprimió jamás — que es la definición más corta que existe de una falsificación exitosa.

La vigilia de Santos, mientras tanto, cumplió seis meses sin que la gota pasara por su mesa. Pasó, en cambio, otra cosa: en diciembre de 1900, un corresponsal del gremio nuevo —un comerciante filatélico serio de Hamburgo con el que carteaba dictámenes— le escribió pidiendo opinión sobre «una variedad venezolana que circula por aquí en oferta reservada: el 1 bolívar gris de 1900 *sin* la sobrecarga; se dice que provendría de un hallazgo no publicado». Adjuntaba una pieza a examen.

Santos la trabajó una noche entera. Papel poroso, blanquecino al tacto del que sabe; el gris, forzado; a trasluz, el fantasma de un verde que no había muerto del todo. Teñida. Del taller de la química: un 1899 disfrazado.

Sabía *qué* era. No sabía de dónde venía, y esa era la mitad que le faltaba desde hacía cuarenta años.

Porque el papel de una estampilla teñida no es el papel de la estampilla: es el papel del baño. Lo que le quedaba en la mano, poroso y blanquecino, era una pieza que había pasado

horas en agua con algo, y el algo se lo comen los años, pero el papel se acuerda. Y de papel, en aquella ciudad, sabía una sola persona más que él.

Fue a la esquina del Cuño el sábado, con la pieza en un sobre de cristal, y doña Cecilia —cerca de los sesenta, el mismo mostrador, el mismo lápiz detrás de la oreja— la sacó sin pedir permiso y la puso al trasluz de la puerta, entre dos dedos, con el gesto exacto que Santos le había visto hacer diez mil veces con una hoja de resma.

—Esto estuvo mojado.

—Eso ya lo sé, doña Cecilia.

—No le estoy diciendo que estuvo mojado. Le estoy diciendo que **el papel ya venía flojo antes de mojarse**. — Lo frotó con la yema, despacio—. Esta hoja nunca fue de estampilla. Es papel de envolver de los delgados, satinado por una cara para que parezca fino. El correo no compra esto. Yo tampoco lo vendo bueno: lo vendo barato.

—¿Y quién lo trae?

—Una casa de Curazao y otra de Saint Thomas, y en Caracas lo compra medio mundo: las boticas, los sombrereros, dos periódicos. —Dejó la pieza sobre el mostrador y por fin lo miró—. Pero de este gramaje, satinado de una cara, en resma entera y todos los meses, se lo venden a tres. Y a dos de los tres los conozco de misa.

Abrió el libro grande, el de las cuentas viejas, sin buscar el año —lo abrió donde tenía que abrirlo, que es la única clase de magia que Santos creyó en su vida— y le puso el dedo encima de un renglón.

Santos leyó el nombre del comprador y no le sorprendió. Leyó el nombre del que firmaba las órdenes por él, y ese sí: un comisionista de segunda que trabajaba para *La Industrial Caraqueña*, y que llevaba doce años pidiendo la misma resma el mismo día de cada mes, como quien tiene un consumo y no un pedido.

—¿Le sirve? —dijo ella.

—Me sirve para saberlo.

—Ajá. ¿Y para probarlo?

—Para nada.

Doña Cecilia cerró el libro con su golpe seco de siempre.

—Bueno. Pues entonces apúntelo, que es lo que usted hace.

—Se encogió de hombros con cuarenta años de mostrador encima—. Yo tampoco pude probar nunca que Peñaloza me robaba en las mermas. Se lo conté a todo el gremio, y a los dos años nadie le compraba. No lo condenó un juez, Aguirre: lo condenó la conversación. Los papeles hablan si uno los deja hablar mucho tiempo.

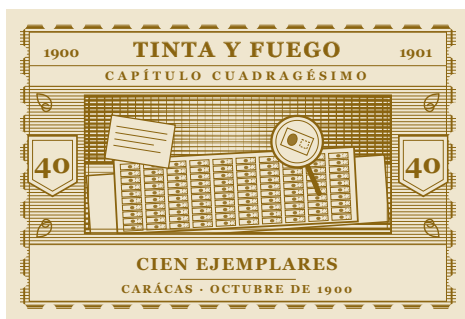
Volvió al galpón con el sobre de cristal en el bolsillo del chaleco y el nombre en la cabeza. Devolvió la pieza a Hamburgo con dictamen de falsificación —sin el nombre, que

no le constaba con la clase de constancia que él exigía— y se quedó hasta el amanecer en el corredor, con el frío chiquito instalado ya como inquilino, haciendo la única cuenta que importaba:

Los falsos ya estaban en el mundo, vendiéndose como rumor. La hoja verdadera seguía dormida, en una gaveta de su propio país, sin que nadie supiera reconocerla. Y cuando despertara —cuando la gota pasara por fin por una mesa—, la primera pregunta del mundo entero no iba a ser *¿existe?*, sino *¿y esta será de las buenas?*

El error más célebre de la filatelia venezolana iba a nacer con la partida de nacimiento en un puño... y la sombra de su propio falsificador adelantada, esperándolo en la puerta.

Faltaba el turno de despertar. Y el turno, como todos los turnos de esta historia, le tocó al mostrador.



CAPÍTULO 40

Cien ejemplares, ningún usado

Caracas, octubre de 1900 - 1901

La joya más famosa de la filatelia venezolana despertó como había dormido: sin la menor idea de lo que era. Llegó a la mesa del perito Aguirre un miércoles de octubre de 1900, en una carpeta de oficio del Ministerio, remitida por la administración subalterna de una ciudad del centro, con un membrete, dos firmas y el motivo del envío asentado en la prosa inmortal de las estafetas:

Se devuelve una (1) hoja de cien estampillas del valor de un bolívar, emisión corriente, por presentar defecto de impresión, a saber: que no le pusieron el numerito. Se ruega reposición.

Se ruega reposición. Trina —que llevaba cuatro meses filtrando sin ruido, fiel a la consigna que no le habían explicado— la trajo en mano hasta La Pastora, cerrada como

venía, y se quedó de pie junto a la mesa mientras su padre desataba la cinta del expediente, porque había visto el membrete y sabía sumar tan rápido como su madre.

Adentro estaba la hoja.

Cien estampillas de un bolívar, gris oscuro casi negro, en su hoja entera de diez por diez, con sus márgenes, su dentado y su goma — y sin la cifra. Cien bustos del Libertador mirando desde el fondo gris, desnudos del 1900, exactamente como la carta de Brooklyn la había anunciado: la dormida, la de abajo, la que recibió el abrazo de la de arriba y nada más. Había cruzado el mar en una caja sellada, había entrado a una bóveda, había salido a una estafeta de provincia, y allí — Santos reconstruyó después el itinerario completo, acta por acta, para su expediente— un administrador escrupuloso, de los de contar, la había apartado del expendio *por defectuosa* antes de vender una sola pieza, y la había devuelto por el conducto regular, rogando reposición, sin sospechar que tenía en las manos el papel más caro que iba a tocar en su vida.

La burocracia venezolana, que había perdido las planchas del Zulia, quemado las escuelas con acta y olvidado inventariar las tarjetas, salvó al Bolívar Negro por exceso de celo. A este país, pensó Santos con los ojos ardidos, no hay manera de tomarle el examen: contesta mal todas las preguntas y aprueba.

La contó. Perla por perla, como todo en su vida: cien. Completa, intacta, sin usar — y por eso mismo, comprendió en ese primer minuto con la lupa temblándole un poco, sin

descendencia posible: la hoja no se había vendido nunca al público, ni una pieza había franqueado una carta, ni una llevaría jamás un matasellos legítimo. El error entero estaba allí, en su mesa, en su estado civil definitivo: *cien ejemplares, ningún usado*. Los peritos del futuro repetirían esa fórmula durante un siglo sin saber que era, además de un dato, una biografía.

—¿Es lo que Emilio...? — empezó Trina.

—Es. —Santos puso la carta de Brooklyn junto a la hoja: la profecía y su cumplimiento, por fin en la misma mesa—. Cuatro meses esperando que pasara la gota. Y la gota llegó por oficio, con dos firmas, rogando reposición. —Se quitó los lentes, se pasó la mano por la cara, y cuando habló de nuevo le salió la voz del patio de los braseros—: Tu madre decía que en esta familia el que ve, cuenta. Bueno. Ahora nos toca.



El dictamen de Santos Aguirre sobre la hoja del bolívar gris — fechado el diecinueve de octubre de 1900, asentado en el registro de la Administración y copiado de su puño en el cuaderno de los papeles que se acuerdan— fue la pieza maestra de sus cuarenta años de oficio, y resolvió en tres párrafos el problema que ningún reglamento contemplaba.

Primero: la hoja era *legítima*. Impresa por la American Bank Note dentro de la orden contratada, entrada al país por conducto regular, contada en las trescientas mil de la remesa:

hija del asiento, con partida limpia. No era una falsificación — era un accidente de fábrica, y el accidente, en derecho de imprenta, pertenece a la emisión como el lunar al cuerpo.

Segundo: carecía de valor postal. Sin la sobrecarga que el decreto exigía, ninguna de sus cien piezas podía franquear correspondencia: eran, para el correo, papel inhábil — y debían anularse administrativamente para todo uso postal, cosa que el dictamen recomendaba hacer *en el acta y no en la hoja*, sin cuños, sin taladros, sin tinta encima: anular el derecho, no el papel.

Y tercero —aquí el perito se jugó el prestigio entero, y lo sabía—: *no incinerar*. El párrafo lo escribió despacio, pensando en un patio con braseros, en un águila retorciéndose, en cuarenta años de fuego con escribano:

...porque la destrucción, lejos de proteger la renta, la perjudicaría: es del conocimiento de esta Administración que circulan ya en Europa falsificaciones de esta misma variedad, fabricadas por raspado y por teñido, que se ofrecen como legítimas precisamente al amparo de que no existe término de comparación. La única defensa permanente contra el falso es la existencia verificada del verdadero. Se recomienda: levantar acta descriptiva de la hoja con el número exacto de sus piezas —cien—, dejar registro fotográfico y muestra de archivo, y disponer del resto conforme decida el

Despacho, con constancia de cada destino. El suscrito hace notar que estas cien piezas, debidamente documentadas, constituyen la mejor acta de defunción posible para las docenas de imitaciones que ya andan sueltas: cada bolívar negro verdadero, contado y descrito, es un perito de papel que trabajará gratis para la República durante los siglos venideros.

El Despacho —era el año 1900, la caja estaba exhausta y el pragmatismo andino no le tenía miedo a nada— decidió con una velocidad que el propio Santos no esperó: acta, registro, muestra de archivo... y el resto, a disposición. Las piezas salieron en los meses siguientes por las vías discretas por donde salía todo en aquellos años —algunas a funcionarios, muchas a los comerciantes del gremio nuevo, que pagaron bien y revendieron mejor, varias directo a Europa—, y se dispersaron por los álbumes del mundo con su acta detrás, contadas, descritas, legítimas: la diáspora mejor documentada de la filatelia venezolana. Los testimonios de los grandes coleccionistas del nuevo siglo la confirmarían medio asombrados y medio codiciosos —*fue una hoja que no pasó bajo las prensas, escribiría Brunel, este sello es conocido y algunos coleccionistas lo tienen; y Woodward, con la elegancia suprema del presumir exacto: es un sello muy raro: solo se conocen cien, de los que yo tengo tres en mi colección—.*

Y una pieza, una sola, tomó un camino distinto, y fue la única parte del expediente que a Santos le tembló el pulso al asentar. La Administración le debía al perito Aguirre — cómo no — honorarios atrasados de tres trimestres. El Despacho, exhausto de caja y expeditivo de ingenio, le ofreció saldar en especie: una pieza de la hoja, tasada a valor facial. Un bolívar.

Santos la aceptó, y esa noche escribió en el cuaderno la entrada donde toda esta historia se muerde la cola:

Hoy me pagaron sueldos atrasados en estampillas, como al tío Eusebio en 1861. Cuarenta años después, el país sigue pagando igual — solo que esta vez, sin saberlo, me pagó con la pieza que valdrá más que todos mis sueldos juntos. Un bolívar, dice el papel. La entrada del baúl dirá otra cosa: pagado por la República, por vía de deuda, un pedazo de su propia leyenda. Es el único bolívar negro del mundo que tiene recibo. Lo pego junto a la carta de Emilio, que es su partida de nacimiento. Ya son familia.



Belisario Fonseca vino a La Pastora en marzo de 1901, y fue la primera vez en cuarenta y tres años que pisó una casa de Santos Aguirre.

Vino sin anunciarse, en su coche de siempre, y el hombre que se bajó de él era y no era el de la calle del Comercio: cincuenta y ocho años, la levita impecable, la cadena de reloj

en su sitio — y debajo de todo aquello, visible para el ojo que sabía leer papel gastado, el trasluz inconfundible de la enfermedad que ya lo estaba adelgazando por dentro. Traía una sola cosa: una cartera de cuero fino, chica, de las de una pieza.

—No vengo a comprar nada —dijo desde el portón, adelantándose al silencio—. Ni a venderte nada, ni a que me perdones nada, que ya estamos viejos para los tres géneros. Vengo a lo único que me queda pendiente contigo, Aguirre. Vengo a *comparar*.

Santos lo dejó pasar. Lo sentó en el corredor de los geranios —donde Rosalía, donde Marina, donde toda la contabilidad de su vida—, sacó del baúl la pieza del recibo, y la puso sobre la mesa. Belisario abrió su cartera y puso al lado la suya: su bolívar negro, el mejor del taller, la obra maestra de la vía del teñido — el verde del noventa y nueve decolorado y vuelto a nacer gris, la pieza con la que la Industrial y Barcelona habían sembrado Europa.

Las dos estampillas quedaron juntas bajo la luz de la tarde: la verdadera y la suya. Gris contra gris. Busto contra busto. A simple vista —Belisario lo constató con una mirada larga, y algo se le aflojó en la cara que no era alivio—, iguales.

—La lupa — pidió, como se pide el veredicto.

Santos le tendió la lupa grande, la de cuarenta años, y no dijo nada mientras el otro trabajaba: dejó que el mejor lector de papel torcido del siglo leyera su propia obra contra el

original, porque esa lectura no se le podía regalar ni ahorrar a nadie. Belisario examinó las dos piezas, despacio, por el frente, por el dorso, al trasluz de la tarde —el papel poroso, blanquecino, delatándose al tacto y a la luz; el fantasma del verde asomando en las fibras como un ahogado bajo el hielo; el gris legítimo, en cambio, parejo, aburrido, *feito*—, y al final dejó la lupa en la mesa con el cuidado de quien deposita un arma, y dictó su propio dictamen, la última pericia de su carrera:

—Me faltó el papel. La tinta la vencí, el dibujo lo vencí, el dentado lo vencí. El papel no se deja: el papel *se acuerda* de lo que fue. —Se echó atrás en la silla, y miró los geranios sin verlos—. Toda la vida creí que tu ciencia era contar, Aguirre. Perlas, rayitas, milímetros: cuentas. Se copia lo que se cuenta; me lo demostré cuarenta años. Ahora resulta que en el fondo del fondo tu ciencia no cuenta nada: *escucha*. Le preguntas al papel qué recuerda. Y contra la memoria... —abrió las manos, mostrando por segunda vez en su vida las cartas— ...contra la memoria no hay taller.

—El tuyo es el mejor falso que he tenido en la mesa —dijo Santos, y era verdad, y por eso lo dijo—. Más bonito que el verdadero.

—Más bonito que el verdadero. —Belisario lo saboreó despacio, con una sonrisa que le costaba—. Toda la vida me lo dijiste al revés, ¿te acuerdas? La genuina es *feíta*. La belleza es sospechosa. —Recogió su pieza, la miró una última vez y la dejó —la *dejó*, sobre la mesa, empujándola dos dedos hacia

Santos—: Quédatala. Junto a la buena. Que los que vengan después las vean juntas y aprendan lo que tú y yo: que estuvimos parejos hasta el papel. —Se levantó, con el esfuerzo que ya no disimulaba, y desde la baranda del corredor, de espaldas, con el sombrero puesto, cerró los cuarenta y tres años—: En el muelle te dije que el bruto eras tú, y en el fraude te dije que brutos éramos los dos. Última corrección, y me voy: bruto fui yo, Aguirre. Tú leías gratis porque leías por gusto. Yo cobré toda la vida por leer... y nunca supe lo que decía el papel. Ahí está la diferencia entera. Los catálogos que tanto me van a condenar — que me condenen: pero que pongan eso.

No se dieron la mano, porque no se la habían dado nunca y los finales no se improvisan. Belisario Fonseca murió en agosto de 1901, en su casa de la calle del Comercio, de la enfermedad que traía a trasluz, sin que ningún tribunal de la República lo hubiera molestado jamás — y con el único tribunal que le importaba ya sesionando: en las revistas del gremio nuevo, en los manuales que venían, en el Vade-Mecum —un manual de referencia— que un francés minucioso compilaría un cuarto de siglo después, su obra entera empezaba a ser descrita, catalogada y condenada, falsificación por falsificación, con la minuciosidad póstuma que él había profetizado en la única confesión de su vida: *la única condena que dice la verdad completa — que fui el mejor.*

Dejó testamento ordenado, negocios liquidados con limpieza sospechosa de años, y un solo legado fuera de protocolo: la Industrial Caraqueña y «los intereses de Barcelona» pasaron, por vías que ningún registro capturó del todo, a un caballero joven de apellido Iriarte que desde 1896 residía entre España y Francia, y que no vino al entierro —mandó, eso sí, una corona sin cinta y una tarjeta de tres palabras en papel de Holanda, que los curiosos del velorio no supieron interpretar y esta historia sí:

Al maestro, respeto.

En cuanto a la hoja —la verdadera, la dormida, la de los cien—, le faltaba el último acto de su biografía, y se lo dio el calendario con la puntualidad de las ironías perfectas: en 1901, cuando hubo que reimprimir la serie, los valores menudos salieron ya sin la cifra —el 1900 había cumplido su año y su sentido— ... y el valor de un bolívar no se reimprimió. Ni entonces ni nunca. La emisión siguiente lo dejó fuera, la posterior también, y el bolívar gris oscuro casi negro quedó siendo lo que era una sola vez y para siempre: trescientas mil piezas con la cifra, cien sin ella, y ninguna manera —ninguna, jamás— de que el error se repitiera, se diluyera o le naciera un hermano.

Solo, irrepetible y feíto. Como las cosas legítimas de este país.



CAPÍTULO 41

Tinta y fuego

Caracas, 1901-1902

El siglo diecinueve postal de Venezuela no terminó con el siglo: terminó, como corresponde a esta historia, con una reimpresión y una despedida — y las dos pasaron por la mesa de Santos Aguirre, que ya para entonces sabía que estaba cerrando libros.

La reimpresión fue la de 1901: los valores menudos de la serie, otra vez de Nueva York, ya sin la cifra —el 1900 había cumplido su año y hasta los decretos se cansan—, y con ella el vértigo aflojó por fin: tres resellos, dos emisiones fantasma, una anulación total y una joya accidental en dieciocho meses; el correo del nuevo siglo pedía respirar. Santos verificó la remesa con el rigor de siempre y una atención nueva, casi

supersticiosa, en el valor de cincuenta céntimos — porque en su cuaderno, desde octubre, vivía una pregunta que no había querido cerrar:

Si una hoja del bolívar durmió bajo otra, ¿por qué no una del cincuenta? El amarillo naranja corrió por las mismas prensas, en el mismo apuro, con el mismo papel tibio. Un 50 céntimos sin la cifra, usado entre junio de 1900 y el fin de la sobrecarga, sería el hermano del bolívar negro — más difícil de ver, porque el amarillo no delata el negro ausente como lo delata el gris. Nadie ha reportado ninguno. Eso no significa que no exista: significa que nadie ha contado. Dejo la pregunta abierta, con método: buscar en correspondencia comercial del período, valor alto, tono naranja. Si algún investigador del porvenir lee este cuaderno: ahí tiene tarea. Y si lo encuentra — acuérdesse de quién le dio la pista.

(La pieza que Santos imaginaba —un pliego del cincuenta céntimos dormido bajo otro, como durmió el del bolívar— no ha aparecido. Puede que nunca haya existido; puede que ande por ahí, en una gaveta, esperando el ojo que la sepa mirar. Santos la dejó anotada como lo que era: una pregunta bien hecha, que a veces es más que una respuesta.)

La despedida fue la de Schlageter. El alsaciano cumplió en 1901 los catorce años de América y los sesenta y cinco de vida, y anunció el regreso con su economía de siempre: «La casa me

contrató por el arte mayor; el arte mayor de esta imprenta ya no me necesita: tiene jefe, tiene escuela y tiene en Brooklyn un muchacho que me escribe en alemán con faltas que me alegran la semana. Me vuelvo a mi tierra, que ya no sé de quién es, a discutir con mis hermanas y a morirme despacio.» Antes de embarcar hizo dos cosas. Fue al depósito de la Imprenta Nacional, destapó la piedra matriz retirada —la del busto, la de sus iniciales en el adorno en espiral, que Santos nunca dejó pulir— y le pasó la mano una sola vez, sin decir nada, como se saluda una lápida propia. Y en el muelle de La Guaira, ya con la escala puesta, le entregó a Santos un paquete chato envuelto en franela: adentro estaba su lupa de relojero, la de Mulhouse, la de toda la vida.

—El tiralíneas de su catalán, la lupa de mi maestro. —Se subió los anteojos con el nudillo, por última vez—. Los instrumentos no se heredan a los hijos, Aguirre: se heredan a los que siguen mirando. Usted mire por los dos. Y díglele al muchacho... —buscó el castellano exacto, lo encontró—: díglele que firme siempre. Donde nadie mire, pero siempre.

El vapor se llevó al último de los maestros extranjeros de esta historia, y Santos volvió del muelle —el muelle de todas las cosas— con la lupa en el bolsillo y la sensación exacta de que el elenco de su vida estaba saliendo de escena por orden de aparición.



Las cartas de aquel año fueron el resto del cierre, y el cuaderno las archivó como lo que eran: los arcos de medio siglo, posándose.

La de Emilio llegó en noviembre, después de que la noticia de la hoja despierta cruzara el mar por las revistas del gremio: *Papá: acá llegó la historia completa, con tu dictamen citado en la crónica de Londres. El jefe del salón me llamó a su oficina, me enseñó la revista y me dijo: «¿No era esta tu hoja dormida, Aguirre?» Le dije que sí. Se quedó callado un rato y después dijo: «La próxima vez que un aprendiz me cuadre talones, lo escucho.» Es lo más parecido a una disculpa que ha dado este edificio desde que lo fundaron. Me pusieron de segundo en la mesa de retoque de láminas: ya toco acero todos los días. En la primera plancha que retoqué entera busqué el ángulo muerto, abajo a la izquierda, y puse mis rayitas. Nadie las vio. Ahí siguen. Imprimen conmigo.*

Y esto no te lo había contado: la pieza que me tocó ver nacer y no pude despertar, ahora existe con acta, contada por ti. O sea que al final la despertamos igual — tú de allá, yo de acá, con veinte años y un mar en el medio. Familia de despertadores de papel. Dile a Trina que me mande la circular de la tinta roja, que acá nadie me la cree.

La de Aquiles no existió, porque Aquiles no escribía. Lo que llegó de Aquiles, en 1902, fue otra cosa: un catálogo comercial de una casa filatélica de París, impreso con lujo, remitido por

el corresponsal de Hamburgo con una nota alarmada — *vea usted la página 40, colega: ofrecen «reimpresiones» de la serie venezolana de 1880, series completas, nuevas, hojas enteras, precio módico. He visto muestras: son hermosas. Demasiado.* — Santos buscó la página, leyó la oferta, y no necesitó muestras: series completas de 1880, nuevas, en hojas —de una emisión litografiada a la carrera veinte años atrás, en papel de plaza, de la que no habían sobrevivido ni las piedras—. Reimpresiones imposibles. Falsificaciones en formación, todavía llamándose con el nombre piadoso del ramo, ensayando el mercado con la paciencia de escuela que él conocía demasiado bien.

El taller de Barcelona tiene heredero y el heredero tiene programa —asentó en el cuaderno—. Está ensayando la obra póstuma del maestro: nuestra serie de 1880, la humilde, la feíta — rehecha bonita. Lo del catálogo es todavía anzuelo y muestras: están afinando, y el muchacho no entrega hasta que le sale igualito, de modo que calculo tres o cuatro años para la inundación. Cuando llegue, será en hojas enteras, colores vivos, papel liso y duro, dentado de máquina suiza. Van a engañar a medio mundo precisamente por eso: porque el mundo quiere que el pasado haya sido más bonito de lo que fue.

Contra esa falsificación no hay perla que valga — hay una sola defensa, y la dejo escrita para el que la necesite: en la serie de 1880 de Venezuela, la belleza es sospechosa. Las genuinas nacieron pobres una madrugada de enero, con una perforadora de Curazao y un cajista profetizando. Lo feïto es lo legítïmo. Si algùn día un coleccionista —o un conferencista: los va a haber, dice Trina que ya hay quien da charlas— muestra una 1880 espectacular creyéndola buena, que no se avergüence demasiado cuando despierte: cayó en la trampa mejor construida del siglo, la que armaron entre el mejor falsificador que conocí y el hijo que no crié. La vergüenza repártanla entre los tres.

Era, aunque Santos lo apuntara sin darle importancia, de lo más agudo que guardaba el cuaderno: aquellas «reimpresiones» de 1880 —tête-bêche, perfectas, incansables— eran tan buenas que entraban en los álbumes serios vestidas de legítimas y se quedaban, porque un falso perfecto no se descubre: se hereda, y cada dueño lo defiende como propio.

Y debajo de lo agudo latía lo que el cuaderno no registraba, porque no era materia de cuaderno: que aquel heredero del taller de Barcelona era el niño de la manito de agarrador nato, el de agosto del sesenta y ocho, y que sobre él le había dejado Marina, en el corredor, el único encargo que no supo cumplir. *No la pierdas de vista*, le había pedido de Aquiles; los

exámenes que valen son los que uno no sabe hacer. Santos lo había perdido de vista desde la manito misma, desde el silencio elegido, y aquel examen no lo presentó jamás: lo reprobó por no atreverse a presentarlo, que es la peor manera de reprobar. Lo único que atinó a hacer fue lo suyo —anotarlo, para que al menos quedara contado— y confiar en que la maestra, que se había ido prometiendo revisar, fuera clemente con la única tarea en que él se sabía perdido de antemano.

De Trina no hubo carta porque Trina era la casa: ascendida a oficial primera, dueña del archivo de su ministerio —donde impuso un rigor que los viejos llamaban «el sistema Aguirre» sin saber cuánta razón tenían—, se casó en 1902 con un ingeniero de los ferrocarriles, un hombre tranquilo que la esperaba con la cena lista los días de cierre de valija, y puso una sola condición para la boda, que el novio aceptó sin entenderla del todo: los domingos eran del corredor de La Pastora, del baúl y del viejo. *El que ve, cuenta* —le explicó—, *y a mi papá le quedan muchos años de contar y yo soy la que apunta.*



El álbum lo empezó un domingo de agosto de 1902, en el corredor, con Trina de escribiente y los geranios de testigos.

No era el baúl —el baúl seguía siendo el baúl, con su fondo falso y sus deudas—. Era otra cosa, nueva: un álbum de verdad, encuadernado por Cachito, el oficial de siempre, en el galpón —tapas de cuero, papel de hilo, el lomo estampado en seco con las palabras que el encuadernador eligió solo y no consultó con nadie: *AGUIRRE. VENEZUELA 1859-1900*—, hecho para ser *visto*. La tarea de Marina, versión primera: lo que se ve y no se cuenta se pudre adentro; bueno — antes de contar, había que poner las cosas donde la gente pudiera verlas.

Santos abrió el breviario del padre Ceferino, sacó con la pinza el medio real amarillo de la primera emisión —la impresión fina, la de Filadelfia, la del misterio sin partida, elegida por el ojo de un cura en una estafeta de La Guaira cuando todo esto empezaba—, y la sostuvo un momento contra la luz de la tarde, como cuarenta y cuatro años atrás había sostenido un pliego entero en un depósito de aduana, con las manos de un muchacho descalzo que acababa de decidir su vida sin saberlo.

El amarillo exacto. Sereno. Repetido una sola vez, ahora, y suficiente.

—Primera página — dictó.

—Segunda — corrigió Trina, sin levantar la pluma.

Santos la miró por encima de los lentes. Su hija sostuvo la mirada con la placidez invencible de los archiveros que tienen razón:

—En el ochenta y ocho, en la mesa de un comisionista del puerto, tú viste dos sobres de Bejuma. Me lo contaste tú mismo, dos veces, que es tu manera de decir que algo te duele: un pueblito de Carabobo que en 1854 —*cinco años antes* que tu bergantín— imprimió sus papelitos de correo, Franca y Debe, en papel crema, porque la valija de ellos no podía esperar a que la República se decidiera. No los pudiste comprar y no los has visto más. —Señaló la primera hoja de hilo con la pluma—. Esta se queda en blanco, papá. Para Bejuma, cuando aparezca. Un archivo que empiece en su propia página dos es un archivo que dice la verdad: que antes del principio ya había país.

Santos miró la hoja en blanco un momento largo. Después asintió despacio, con el respeto de los vencidos con todas las de la ley:

—Que conste la enmienda de la archivera. —Y pegó el medio real en la segunda página, dictando—: *Medio real, 1859, impresión fina. Impresor: no consta — y que no conste es parte de la pieza. Llegó de Filadelfia en el bergantín Joseph el 18 de octubre de 1858. La vi bajar del barco. Casi todo lo demás viene de ahí. La página anterior sabe por qué dice «casi».*

Trabajaron hasta la noche: la despeinada con sus rayitas, los centavos del caballito zurdo —«*rebeldía del litógrafo o descuido: descuido no fue*»—, el tête-bêche del descarte que no era de nadie, las águilas con sus perlas contadas, la cuadrada con su raya gruesa, la contraseña de Mérida a

pluma, las escuelas, la Estrella dorada del baile, el pliego verde de 1880 doblado en cuatro y planchado al fin, la zuliana robada, la Colombina mentirosa con la etiqueta de la maestra, la Miranda del mapa, la R.T.M., y en la última página escrita —quedaban muchas en blanco, que un álbum sin páginas en blanco es un muerto— las dos piezas grises, lado a lado, la del recibo y la del enemigo, con la leyenda que Santos dictó completa y Trina escribió sin que le temblara el pulso:

Un bolívar, 1900, sin la sobrecarga. Izquierda: legítima, de la hoja de cien; pagada por la República como sueldo atrasado; hay recibo. Derecha: falsificación por teñido, obra del mejor falsificador del siglo, donada por su autor un mes antes de morir. Se exhiben juntas a petición suya y con acuerdo mío, para que el que mire aprenda de una vez lo que a nosotros nos costó la vida entera: se parecen en todo. Se distinguen en que el papel se acuerda. Mirar es preguntarle al papel qué recuerda — no hay más ciencia que esa, y no hace falta más.

Cuando terminaron era de noche y olía a tierra mojada. Trina encendió la lámpara de aceite del corredor —la llama subió, dorada, mansa, del tamaño de una uña— y Santos se quedó mirándola un momento largo, con el álbum cerrado bajo las manos.

Toda la vida el fuego había sido el enemigo: el de los braseros con escribano, el de las hogueras del Estado, el que se comía con acta lo que la tinta paría con esfuerzo. Cuarenta años oliendo a caramelo quemado. Y aquí estaba ahora el mismo fuego, reducido a su tamaño doméstico, alumbrando la mesa donde el papel sobreviviente de un siglo entero acababa de encontrar casa — el fuego al servicio de la tinta, por fin, después de tanto.

—¿En qué piensas, papá?

—En que ganamos, hija. —Santos apagó el pensamiento con la sonrisa de los balances buenos—. No la guerra: las guerras esas no se ganan. Ganamos el archivo. —Palmeó el álbum, dos palmadas exactas, herencia de quien era—. Ahora falta la última tarea, la que dejó tu madre con revisión pendiente. Contarlo. Búscame gente que apunte, Trina. Dicen que ahora hay sociedades de esto, muchachos con lupa, hasta revistas. —Se acomodó en la silla de siempre, de cara a los geranios y a la noche—: Que vengan. Cuando quieran. El viejo está en el corredor y tiene los cuentos completos.

Vinieron. Pero eso es el epílogo.

EPÍLOGO

La biblioteca

Caracas, agosto de 1905

El muchacho llegó un domingo por la tarde, con carta de presentación de la Sociedad Filatélica de Maracaibo, un cuaderno nuevo de tapas de hule y esa mezcla de reverencia y hambre que el viejo del corredor reconoció desde el portón, porque era la suya propia, cuarenta y siete años atrás, en un muelle.

Venía comisionado por su sociedad —jóvenes, entusiastas, recién fundados a la orilla de otro puerto— para lo que la carta llamaba, con solemnidad de acta, «recoger de viva voz el testimonio del decano de los peritos de Venezuela sobre las emisiones del siglo pasado, sus historias y sus falsificaciones, antes de que el tiempo disponga otra cosa». El tiempo, de momento, no disponía: Santos Aguirre tenía sesenta y un años, la espalda derecha, la lupa de Mulhouse en el bolsillo del saco y los domingos organizados desde hacía tres años alrededor de exactamente esta clase de visita.

—¿Usted es el que apunta? — preguntó, por todo saludo.

—Sí, señor. Me mandan a...

—Ya sé a qué lo mandan. —El viejo abrió el portón del todo—. Lleva tres años tardando en llegar, muchacho. Pase, que hay carato y hay cuento. ¿Cuánto papel trae?

—Un cuaderno, señor.

—Trina —llamó el viejo hacia adentro, con una alegría de estreno que el visitante no supo medir—: trae más cuadernos. Y el álbum. Y abre el baúl.

Lo que pasó ese domingo —y el siguiente, y los once siguientes, porque el testimonio tomó un trimestre de domingos— llenó al final cuatro cuadernos de tapas de hule, escritos con la letra apretada de un maracaibero de veintidós años que no podía creer su suerte: la historia completa, de viva voz, con las piezas sobre la mesa. La primera emisión bajando de un bergantín y el impresor que no consta. Las rayitas de la despeinada, nacidas de una queja y un cuchillo de zapatero. El caballito zurdo y su firma escondida —*apunte, muchacho: se cuenta lo que se ama, y se firma donde nadie mira*—. Las perlas de las águilas, contadas en un despacho con las ventanas cerradas; el pliego lacrado que despertó para su pleito; el canje de los cuatro días. El hexágono que murió en una mesa. Las escuelas, la renta sagrada, los diez pesos de la contraseña gastada. La feria de las transferencias imposibles. La perforadora de Curazao. El fraude que el expediente llamó escandaloso y la piedra que tenía a Páez por debajo. Las zulianas de los colores cambiados y las planchas que no constan. El tesorero al que le resultaba fastidioso. La estampilla que no dice Venezuela y la ceremonia que nunca

ocurrió. El mapa en miniatura. La hoja dormida —el muchacho dejó de escribir cuando el viejo puso sobre la mesa, lado a lado, las dos piezas grises, y hubo que esperarlo a que volviera a respirar—.

Y las cosas que no estaban en ninguna revista y el viejo dictó despacio, mirando los geranios, para que constaran completas: la parte de los muertos queridos y la parte de las culpas propias. *Esto también se apunta, muchacho. Un archivo con las vergüenzas recortadas no es un archivo: es un retrato de bautizo. Y ya usted vio lo que opinaba mi mujer de los retratos que posan.*

Hubo también, en aquellos domingos, una sola noticia que viajó en sentido contrario —del cuaderno del muchacho hacia el viejo—, y fue la que le regaló al testimonio su última carcajada. Salió al hablar de Guayana y del resello del Mocho: el muchacho, que traía las novedades del ramo, contó que en el Oriente, con las revoluciones de estos años, habían vuelto los correos provisionales —Carúpano, Maturín, Guayana, papelitos de emergencia con barquitos impresos—, y que las de Guayana del año tres venían *firmadas*, pieza por pieza, de puño y letra, por el administrador de correos de Ciudad Bolívar... un señor Antonio José Sucre.

El viejo pidió que se lo repitiera. Después se quitó los lentes, se recostó en la silla, y se rió —Trina salió al corredor a ver de qué— con una risa larga, de saldo de cuentas, que le costó explicar:

—El tesorero de la flojera, muchacho. El del noventa y dos, el que no firmó las del Mocho porque estampar dos mil firmas era un castigo que no le deseaba ni al que le robó los cueros. — Se secó los ojos—. Once años después, la vida lo asciende a administrador... y lo pone a firmar una emisión entera, pieza por pieza, de su puño y letra. —Levantó el vaso de carato hacia el sur, hacia el Orinoco—: Apunte esto de despedida del capítulo Guayana: en este país la justicia llega tarde, llega torcida o no llega. Pero el humor, muchacho — el humor no falla nunca. Salud, don Antonio. Firme parejo, que ahora sí lo estamos contando.

El último domingo, con los cuatro cuadernos llenos y el carato servido, el muchacho hizo la pregunta final de su cuestionario, la que su sociedad le había encargado subrayada:

—Señor Aguirre: para los que empezamos ahora... ¿cuál es la regla? Si tuviera que dejarnos una sola.

El viejo lo pensó el tiempo justo —lo tenía pensado hacía cuarenta años; lo que midió fue el tamaño del que preguntaba—, y contestó con las cinco que eran una:

—Compre la historia, no la ganga, que la ganga siempre cuenta el mismo cuento y el final lo paga usted. Certifique, que aquí se falsificó desde el primer día —estampilla y matasello, no se me olvide—. Cásese con las fechas: una fecha imposible mata una pieza sin gastar lupa. Eduque el ojo comparando contra lo seguro, que el ojo es un músculo y se entrena

mirando. Y estudie, muchacho, estudie siempre — porque todo lo que yo le conté está en alguna parte: en un acta, en una Memoria, en una revista, en un cuaderno como los suyos. —Se inclinó hacia adelante, y le puso al muchacho la mano en el hombro, y el muchacho escribió después que fue como si lo sellaran—: Todo está en las fuentes. En filatelia como en historia, todo está en las fuentes. Lo demás —la lupa, las perlas, el trasluz, hasta el ojo de Aguirre del que tanto hablan— lo demás es solamente la manera de ir a buscarlas.



El muchacho volvió a Maracaibo con sus cuatro cuadernos, y su sociedad los leyó en sesiones que se recuerdan, y los citó, y los copió a mano, y los guardó.

Y ahí —con el testimonio recogido, la voz del viejo pasada a tinta, las piezas nombradas una por una— esta historia se cierra a tiempo, y deja lo demás al que venga.

Santos Aguirre sabía por qué dictaba, y dictó sin guardarse nada. Un archivo con las vergüenzas recortadas no es un archivo, le había enseñado la maestra que ya no estaba; y él, que se había pasado la vida viendo al gobierno quemar lo que le estorbaba, había aprendido en carne propia la única defensa que existe contra el fuego, y no es una caja fuerte: es contar. Contar en voz alta, ante testigos, y dejar que el que escucha copie. Porque el papel guardado bajo llave es del que tiene la

llave; pero el papel contado, copiado, repartido, ya no es de nadie — o es de todos, que en filatelia como en la vida viene a ser lo mismo.

El último domingo, cuando el muchacho cerró el cuarto cuaderno y se despidió en el portón, el viejo se quedó un rato en el corredor de los geranios, mirando cómo se iba, cerro abajo, la copia entera de todo lo que él sabía. No sintió que perdía nada. Sintió, por primera vez en mucho tiempo, que había puesto algo a salvo — más a salvo, incluso, que en el fondo falso de su baúl, porque lo que va en la memoria de otro y en la mano de otro y en la imprenta de otro no lo alcanza ninguna piqueta ni ninguna hoguera.

El fuego era del gobierno. El papel, una vez que se cuenta y se copia y echa a andar, es de la gente.

Y echó a andar.

FIN



Nota final: la segunda vida de algunos personajes de este libro —la del joven que embarcó a Europa al cerrarse estas páginas, y la de las estampillas venezolanas del siglo que empezaba— es otra historia. No hace falta haber leído esta para conocerla, el día que se cuente. Pero el que leyó esta ya se lleva una cosa: desconfién de la belleza.

APÉNDICE

Lo que es verdad

Todo lo que en esta novela parece inverosímil es verdad, y casi todo lo que parece verosímil es invención. Conviene, en un libro que trata precisamente de distinguir lo legítimo de lo falso, dejar el inventario claro — con la advertencia del oficio: compare usted siempre contra lo seguro.

Es historia, con acta y con fuente, todo el esqueleto de este libro. El decreto de Julián Castro de junio de 1858 y la primera emisión llegada de Filadelfia en el bergantín *Joseph* — cuyo impresor, en efecto, no consta: el doctor José María Rojas nunca dejó constancia del taller, y ese misterio fundacional sigue abierto. Las reimpresiones caraqueñas de Henrique Neun hechas con las piedras matrices traídas del Norte, y sus líneas divisorias que la impresión fina no tiene. Las «77.741 estampillas y media» vendidas del un real, prueba contable de las bisectas, y los sueldos públicos pagados en estampillas.

El tête-bêche del dos reales, del que el doctor Rafael De Santis escribió que no se veía ni en diez años de subastas — y que es, punto por punto, la variedad que los catálogos registran en las tiradas caraqueñas del 2 reales rojo (1859-62): hubo de verdad filas enteras asentadas cabeza abajo en el

traspaso a la piedra, y el general Wickersham, al reconstruir la hoja, señaló la fila horizontal de veinte parejas enfrentadas que ese error produjo.

El mayor múltiplo sobreviviente en manos privadas —un bloque de seis en tono pardo poco común, posiciones 3-4-5 de esa fila de Wickersham, procedente de las colecciones Hubbard y Heister, con certificado Moorhouse— se subastó en 2011 como una de las grandes joyas de la filatelia venezolana. La noche de cansancio en el taller de Neun, el dilema del aprendiz ante el secadero y la pareja apartada del descarte son invención; las dos filas de cabeza, la hoja de doscientos y los cuarenta escudos invertidos por hoja, no.

El caballito del escudo que en los centavos de 1862 galopa hacia la izquierda — «rebeldía del litógrafo o descuido»: la historia no lo resolvió; esta novela eligió su respuesta.

Es igualmente documental el correo anterior a la estampilla que Rosalía le enseña a Santos en el escritorio de la casa Osío. Las estafetas venezolanas marcaban la correspondencia con su juego de tres sellos —FRANCA, DEBE y CERTIFICADA— y anotaban, a mano o con sellitos de números, el peso en onzas y el porte en reales; la carta se clasificaba en sencilla, doble, triple y pliego, y pagaba por distancia, según las tablas de leguas de las leyes de tarifas de 1834, 1840 y 1856; toda carta llegada del extranjero pagaba su porte fijo en el puerto de entrada; y las que salían al exterior viajaban francas —sin

porte venezolano de salida, cobrándolo entero el correo del país de destino— desde la ley de 1840 hasta la entrada de Venezuela en la Unión Postal Universal.

Son históricos los convenios postales de 1844 con Francia y con Gran Bretaña, la regularidad del paquete inglés y la irregularidad del francés, el tráfico epistolar del comercio con Liverpool y Burdeos, el cruce antillano de Saint Thomas, las dos valijas diarias entre Caracas y La Guaira, el porte pagado por el destinatario como norma del correo viejo, y los conductores particulares que cargaban cartas por fuera del monopolio postal, con multa prometida y costumbre intacta: todo está en los estudios de prefilatelia de Santiago Hernández Ron (1830-1859), en el estudio del servicio postal de Manuel Torres Parra y en la documentación del correo venezolano de la Fundación Polar. La reforma de Rowland Hill y el penique negro de 1840, con los ojos de buey del Brasil detrás, son historia universal.

Es verdad venezolana el cono monetario que Santos repasa ante el cofre: la República de aquellos años acuñaba el cobre de los centavos con la cabeza de la Libertad (mandado a hacer a Inglaterra) y estrenó en 1858 su primera plata propia, acuñada en París, que la guerra hizo desaparecer pronto; los tratos corrían en pesos fuertes españoles y mexicanos, la macuquina colonial sobrevivía por el occidente contra la ley, las cuentas se llevaban en pesos de cien centavos —por eso el correo cobraba en medios reales y centavos, y asentaba «estampillas y media»—, y oro venezolano no existía: la

República no lo acuñó en todo ese siglo hasta los años setenta, de modo que el oro de curso era la onza española o mexicana, recibida por dieciséis pesos fuertes en comercio, aduana y notaría, mientras las libras esterlinas y los napoleones eran moneda de remesa: la que los importadores guardaban para pagar a sus corresponsales de Liverpool y Burdeos.

Y la técnica litográfica que Serra y Neun le enseñan a Santos — la piedra caliza de Solnhofen, el graneado, la tinta grasa y el barniz de linaza, la goma arábiga acidulada, el reporte con su papel engomado y su prensa de rastrillo, el desprecio entre el agua y la grasa que Senefelder puso a trabajar — es la de los manuales del oficio en el siglo XIX, contada sin licencias.

Son documentales las Águilas enteras: la licitación de un solo oferente (Francisco Hernández, con Neun de socio oculto, como reveló el Tribunal de Cuentas), la piedra remitida sellada con cuenta diaria, el oficio N.º 59 del 10 de octubre de 1863 con sus 2.907 estampillas del primer día «que son \$363,37½ — Dios y Federación», las hojas de 153, el aviso de Cornelio Perozo del 5 de noviembre con su amenaza de dejar la correspondencia «sin dársele dirección», y la carta parchada del día 6 —el Águila pegada encima de la estampilla vieja— que perteneció a la colección de Carlos Heny.

La contraseña de las perlas viene del contrato del 8 de enero de 1863 (Quintero y Márquez Salcedo con Neun, para una emisión que nunca se imprimió), con su pliego «cerrado y

sellado» en el archivo — y la tabla es la de Hernández Ron: 56, 57, 49 con doble seña, 52 y 53 perlas.

El medio real falso de 52 perlas existió, circuló usado desde julio de 1865, no se le conoce matasellos legítimo, abunda nuevo — y los catálogos del mundo, Wickersham incluido todavía en 1949, lo trataron durante un siglo como «plancha redibujada» oficial, hasta que Hernández Ron preguntó por el asiento. Los dos decretos de Falcón del 2 de octubre de 1865 —prohibir la venta, no el uso— y el canje de cuatro días son textuales.

Es historia el hexágono decretado que salió cuadrado, y es historia también su explicación, que estuvo escrita desde el primer día: **el 2 de octubre de 1865 el gobierno de Falcón libró dos decretos**, ambos refrendados por el ministro de Fomento J. M. Álvarez de Lugo, y ambos sobre las mismas estampillas. El primero suspende la venta y manda emitir las nuevas «de conformidad con el artículo 3.º del decreto de 20 de Enero último» — y ese artículo de enero manda estampillas **rectangulares**, con las armas al centro, la leyenda arriba y el valor abajo. El segundo, del mismo día, dispone que «las estampillas tendrán la forma de un **exágono regular**». Ninguno deroga al otro.

Lo que se timbró en diciembre y salió a la venta el 1.º de enero de 1866 obedece al de enero al pie de la letra, cuadrado y con las tres inscripciones en su sitio; el octágono inscrito en

el marco es el único saludo que le queda al de octubre. Los colores del artículo 4.º de octubre tampoco se siguieron, y el cuarto de centavo encarnado no se emitió nunca.

Es historia, en fin, que la emisión **sí tuvo procedimiento escrito** —contrato, tiro presenciado por el Ministro y el Administrador general, planchas bajo llave, y una noticia de cantidades que el Administrador debía remitir al Ministerio— y que **de todo eso no ha aparecido un solo papel**; y que en ocho meses la caja de las planchas pasó de **tres llaves** repartidas entre el Ministro de Fomento, el Presidente del Tribunal de Cuentas y el Administrador general, a **una sola llave** en manos del Ministro.

La suspensión de 1870 que duró tres años; el falso del medio real sin la raya gruesa; las contraseñas de 1873 con sus 234.250 piezas contadas al detalle, sus resellos derechos más raros que los invertidos, los dos reales partidos en cuartos, la primera contraseña matada a pluma en Mérida en 1873 —corrigiendo a Gibbons— y la piedra nueva de 1875 «por no servir el que existía», por la que Aramburu cobró diez pesos.

Las escuelas enteras: el decreto del 27 de junio de 1870 con su financiación (hasta el 40% de las herencias), las nueve tiradas y sus litógrafos, las «transferencias imposibles» y los casi setecientos tipos, el 2 centavos de 1.075 ejemplares, los lavados químicos fallidos que mutaron piezas a rosado (documentados por David Carvalho en 1904), la

desmonetización de 1879 con su incineración de junio — que solo cubrió la Tesorería de Caracas: del interior, no hay registro, y esa laguna es real.

La serie de 1879 en centésimos y venezolanos; la Resolución del 24 de diciembre con la frase «bajo la base de la unidad monetaria nacional, el Bolívar» y su producto aplicado al ramo de las escuelas; el contrato relámpago de Rasco —tres mil bolívares, treinta días— y la primera perforación 11; la línea tenue que rodea la palabra BOLIVAR en todas las transferencias legítimas del 1 bolívar de 1880 — «esto no sucede en las falsificaciones», dejó escrito Alberto Moratti.

Son historia el fraude de los Aramburu con todas sus fechas —la denuncia del 28 de marzo de 1888 que el expediente llamó «escandaloso», el fiscal Sosa, el retrato de Páez grabado en el reverso de la piedra de tiro, la vuelta definitiva a la American Bank Note, la incineración de octubre—; las iniciales P S que Pius Schlageter escondió junto a los adornos; las zulianas de 1891 con los colores invertidos por la Homer Lee, las planchas que nunca constaron y el «descubrimiento asombroso» anunciado en París dos meses después de que Muñoz Tébar hallara el lote en la Aduana; el saqueo de La Opinión Nacional con su depósito de estampillas; los resellos de 1893 aplicados en bloques que nadie registró; el resello del Mocho con sus catorce días, y el tesorero Antonio José Sucre confesándole a Pinedo que estampó su firma en muy pocas

«porque le resultaba fastidioso» — y su regreso de 1903, firmando pieza por pieza los provisionales de Guayana, es rigurosamente cierto.

La estampilla de 1893 que no dice Venezuela; la Colombina con su escena compuesta de tres días distintos, discutida por Rossini en 1962; la Estrella del Centenario de la Sociedad Bolívar de Mérida, certificada de puño por Tulio Febres Cordero; la Miranda de 1896 con todas las líneas del Esequibo y su fecha de vencimiento; los locales de Bejuma (1854, cinco años antes que la República), los PAQUETE de La Guaira impresos por Waterlow, el correo de Petare, el falso «ZULLA», las águilas con sobres fabricados de 1873 y 1877, el artículo 15 de la ley de 1898 —«No hay estampillas», firma y efectivo—, y el tren de Coro y La Vela dibujado en 1895 en una estampilla, dos años antes de que el ferrocarril existiera.

Y es historia, hasta donde la historia alcanza, el final entero: los sesenta hombres de Castro, el decreto 7.691, la R.T.M. con la rúbrica de Tello Mendoza, la emisión de los once días, el sobreimpreso «1900» ordenado el 26 de enero y recibido en Nueva York el 10 de marzo, los cambios de color del 50 céntimos y del 1 bolívar, las 300.000 piezas del gris — y la hoja de cien (quizás dos: se ha discutido, y esta novela eligió una) que pasó sin la sobrecarga, pegada debajo de otra. Los testimonios de Brunel y de Woodward son citas reales; que no se conozca ni un solo ejemplar usado, también; y la pregunta de Federico Prahl por el 50 céntimos hermano sigue, a la fecha, sin respuesta. Búsquenlo.

Y es historia, por último —la que menos se cita y más aguanta—, la letra chica de la administración: la que le pagaba el sueldo a la maestra y le gastaba las piernas al cartero.

Es cierto que el decreto de instrucción gratuita y obligatoria de 1870 mandó a instruir a la República entera sin decir de dónde saldrían los que instruyeran: no existía en Venezuela una sola casa donde se aprendiera el oficio de enseñar, y la ley resolvía el hueco autorizando a servir de preceptor a quien reuniera «moralidad y aptitud a juicio de la Junta respectiva» — de modo que a las maestras del país las hacía, literalmente, un examen ante tres señores.

Las primeras Escuelas Normales se decretaron en noviembre de 1876, en Caracas y en Valencia, con cursos de seis meses, y eran de varones; en 1881 se les sumaron Cumaná, San Cristóbal y Barquisimeto. La **Escuela Normal de Mujeres de Caracas** —la primera casa venezolana donde las muchachas se prepararon para ser maestras— se creó por decreto del **1.º de enero de 1893** y se instaló el **20 de febrero** con dieciocho alumnas, dos internas y dieciséis semi-internas; al mes eran setenta y nueve, y para 1898 tenía ochenta y dos alumnas y veintisiete maestras tituladas.

Que Marina Landaeta fuera una de las maestras que la armaron es invención; que la escuela existiera justo a tiempo para el último tramo de su vida, no.

Es igualmente documental la Resolución del 19 de noviembre de 1873 que destinó íntegro el producto del impuesto de estampillas de correos a la instrucción primaria popular —el pizarrón pagado con papelitos, tesis de este libro— y que, en su artículo tercero, dispuso suspender el sueldo de los preceptores en los Estados cuyos tesoreros no rindieran cuentas: el castigo al que no tiene la culpa, que es una institución nacional con más años que el correo.

Y es rigurosamente cierto, con número de acto y firma, el retiro del cartero. **José Trinidad Sosa existió.** La *Guía o Directorio Anual de Caracas para 1897* lo lista entre los siete carteros de la planta de la Oficina General de Correos —junto a un Aguirre, un Landaeta, un Fonseca de interventor y un Osío de empaquetador, cuatro apellidos de esta novela que estaban en la nómina real antes de que nadie los escribiera aquí, y ninguno de los cuales tiene parentesco alguno con esta familia inventada—.

El 30 de noviembre de 1898, la Resolución número 7.297 le concedió jubilación y pensión especial de ciento veinte bolívares mensuales, «en atención a que ha desempeñado el empleo con cabalidad durante cuarenta y un años, observando siempre ejemplar conducta», y a la «imposibilidad en que está por sus achaques de seguir en ejercicio». Cuarenta y un años en 1898 significan que entró al correo en 1857: un año antes de que Venezuela tuviera estampillas.

Ciento veinte bolívares eran, exactamente, el sueldo que la Resolución del 8 de octubre de 1888 había fijado para cada uno de los cuatro carteros urbanos —de modo que el hombre se retiró con el ciento por ciento de una paga que llevaba diez años congelada—, y se le pagó con cargo al ramo de Imprevistos, porque no había en la República, ni en ese ramo ni en ningún otro, jubilación que reclamar: cada retiro era una gracia particular con nombre y apellido.

Un mes antes, el 29 de octubre, la Resolución 7.272 había mandado hacerles a los carteros un uniforme azul oscuro con vivo y boca-manga encarnados y la palabra «Correos» en el kepis, «para facilitar la fiscalización del buen servicio». Las dos fechas son verdaderas y están a treinta y dos días una de otra.

Que Sosa caminara de muchacho junto al tío Eusebio, que aprendiera a leer mirando sobres y que la hija de Santos Aguirre le tramitara el expediente es de la novela. Que estrenara uniforme para irse lo dispuso la República sola, y no hubo que inventarle nada.

(Nota para el lector atento: hay dos Sosas en este libro y los dos son de verdad. Domingo Sosa, el fiscal agradable que firmaba rápido, y José Trinidad Sosa, el cartero de los cuarenta y un años de conducta ejemplar. El azar de los apellidos venezolanos los

puso a los dos en la misma Recopilación de Leyes y Decretos, a diez años de distancia, y el novelista se limitó a no separarlos.)

Son ficción todas las personas de esta familia: Santos Aguirre y los suyos —Marina, Trina, Emilio, el tío Eusebio, la madre lavandera—, y con ellos Belisario Fonseca, Carlota Uzátegui, Aquiles, Rosalía Berroterán y su difunto Fermín Osío el de las telas, Facundo Meza, Joan Serra, el padre Ceferino, Cachito y Chispero, doña Cecilia la papelera, el canadiense Colville y su hija Vittoria, Práxedes Cordero, Evaristo Sarriá, el inspector Roldán, don Augusto del Orinoco y el maestro O'Rourke.

No existió un perito Aguirre — aunque alguien tuvo que contar aquellas perlas, y este libro está escrito en el hueco con forma de persona que los expedientes dejan siempre.

Tres de esas invenciones llevan, en secreto, nombre verdadero, y es hora de saldar la deuda. **Marina**, la de la letra pareja, la que escoge a un hombre por su honra y adora a su padre, lleva un nombre que en esta casa se pronuncia todos los días.

Cecilia, la papelera que le cobra el abuso al tramposo con el lápiz en la mano, tuvo modelo de carne y hueso —una que ganó su propia discusión de mostrador, delante de testigos, mucho antes de que yo la escribiera—; el guiño que el narrador le hace en el cuerpo del libro, mandándola a otra novela más famosa que esta, es para ella, y ella sabe por qué.

Y **Vittoria**, la niña que bailó prohibiendo que la miraran y no dejó de bailar, bailó así de verdad, un siglo después, en otra sala y para otro abuelo — y nació, como la del libro, en la nieve del Canadá.

El coleccionista Colville que la trae es invención, pero su camino no lo es: el Canadá era de la reina Victoria —su perfil, el mismo del penique negro de 1840, mandaba en sus estampillas—, su correo salía hacia el sur por Londres y por Saint Thomas como el de medio mundo, y es verdad comprobable, y un poco triste, que las primeras emisiones de Venezuela se conservan hoy mejor en los cajones secos del extranjero que en el trópico que las imprimió: el fuego, la humedad y las revoluciones se encargaron del resto.

A las tres —Marina, Cecilia, Vittoria— está dedicado, por debajo de la tinta, este libro.

Los personajes históricos que cruzan estas páginas —Neun, Rasco, los Aramburu, el fiscal Domingo Sosa, el cartero José Trinidad Sosa, Silva Gandolphi, Schlageter, Uslar, el Mocho, Sucre, Febres Cordero, los presidentes— existieron e hicieron, en lo esencial, lo que aquí se cuenta que hicieron; pero sus palabras en escenas privadas, sus gestos y sus motivos íntimos son imaginación del novelista, construida para no contradecir lo que de ellos consta.

Y son invención declarada, levantada siempre sobre huecos que los documentos dejaron abiertos, las soluciones de la trama: quién falsificó las 52 perlas y el medio real sin raya

gruesa; quién resolvió en la práctica el conflicto entre los dos decretos del 2 de octubre —que los decretos existan y se contradigan es documento; que la salida la encontraran Rasco y Santos un sábado por la tarde, dibujando un octágono dentro de un cuadrado, es novela: alguien lo decidió y no dejó dicho quién—; la perforadora comprada a Curazao; cómo se salvó, se contó y se dispersó la hoja del Bolívar Negro; el falsificador que fabricó la mentira antes de conocer la verdad; y la Sociedad Filatélica de Maracaibo recibiendo el testimonio en 1905 — un anacronismo cometido a sabiendas, como homenaje al lugar donde, un siglo después de aquellos domingos, nació la conferencia que engendró este libro.

El otro anacronismo deliberado del libro es el guiño del narrador a la *Doña Bárbara* de Gallegos, que es de 1929: también ese se comete a plena luz, y también es un homenaje.

Un libro como este se escribe sobre lo que se sabe el día que se cierra, y lo que se sabe cambia. Conviene decir en qué punto quedó cada cosa, para que el lector que sepa más que el autor pueda corregirlo — y para que el autor no quede diciendo «no existe» cuando lo honrado es decir «no lo he encontrado».

El cambio de forma de la emisión de 1866 — RESUELTO, y conviene contar cómo. Durante un siglo la literatura filatélica repitió que nadie había explicado por qué el hexágono decretado salió cuadrado. Este libro se escribió sobre esa premisa. Al presentar la investigación, un

asistente la refutó: dijo que sí había documento y lo situó en 1864. Tenía razón en el fondo y se equivocaba en la fecha, y la búsqueda que provocó dio con la respuesta.

El acto **no está en la Recopilación de Leyes y Decretos**, que es donde todo el mundo lo buscaba: la Recopilación no recoge los decretos de emisión de estampillas —tampoco trae el de las Águilas de 1863—, solo los orgánicos y de régimen. Los dos decretos del 2 de octubre de 1865 están impresos íntegros en la *Memoria que el Ministro de Fomento dirige a la Legislatura Nacional en 1866*, Documento N.º 35, páginas 109 a 111, ejemplar digitalizado y de acceso libre. Y el decreto de enero, con su artículo 3.º y sus estampillas rectangulares, es el acto N.º 1449 de la Recopilación, tomo IV, páginas 399-400.

No hubo, pues, misterio: hubo dos órdenes contradictorias del mismo día y una imprenta que obedeció a la que se podía imprimir. Nadie lo vio en siglo y medio porque los dos papeles nunca estuvieron sobre la misma mesa — que es, exactamente, la tesis de este libro sobre el oficio del perito.

Y en cuanto a lo del **decreto de 1864**: no existe ningún acto postal venezolano de ese año, verificado uno por uno en el índice cronológico de la Recopilación. Lo que sí existe es una **errata en la propia Memoria de Fomento**, que en su página 47 escribe «De Enero de 1864, fecha del decreto que organiza este ramo» cuando el decreto orgánico es de enero de 1865 — y la misma Memoria lo cita bien tres veces en sus documentos anexos. Esa línea es, casi con seguridad, lo que se

vio. Quede aquí el agradecimiento: la refutación era pertinente, y sin ella este apéndice seguiría diciendo una cosa que no era.

Lo que sigue sin aparecer: el contrato de impresión. El artículo 5.º manda contratar y la Memoria confirma que se contrató, pero no consta con quién, por cuánto ni cuántas. Tampoco ha aparecido la noticia de cantidades que el artículo 7.º le exigía al Administrador general — el documento que zanjaría, de una vez, cuántas cuadradas se imprimieron de cada clase. Que el impresor fuera **Félix Rasco** sigue siendo una atribución sólida y aceptada, no un asiento documental: hasta donde llega esta investigación, ningún papel primario lo nombra. Si alguien lo tiene, o sabe dónde está, escriba.

El 50 céntimos sin la sobrecarga «1900». La pregunta que dejó planteada Federico Prahl sigue, a la fecha, sin respuesta. Búsquenlo.

Quien tenga algo de esto, escriba: **albertonava@gmail.com**. Corregir un libro con la ayuda de sus lectores no le quita autoridad; se la da.

Nada de lo documentado proviene de la memoria del autor: proviene de la literatura filatélica venezolana — Santiago Hernández Ron, Manuel Pallarés, Pedro J. Dib, Ángel Pinedo, Humberto Bermúdez, Alberto Moratti, Federico Prahl, Miguel Dao, John Lampe Machado, Rafael De Santis, J. B. Casals, Attilio De Martinis, José Ignacio Amundaray, Kurt Kimmel,

Williams Castillo — y de los catálogos y estudios clásicos: Reyes Saldivia (1915), Hall & Fulcher (1924), el Vade-Mecum de Serrane (1929), Wickersham (1949), Raybaudi Massilia (1961), los catálogos ASOFILCA, y el estudio del servicio postal de Manuel Torres Parra (2001).

Ese siglo de papel está hoy digitalizado, transcrito y buscable —gratis, sin registro, en el teléfono— en la Biblioteca Filatélica de Venezuela: **bfv1859.pages.dev**. 1859, como nuestra primera estampilla. Escriba «Bolívar Negro» en su buscador y compruebe este apéndice línea por línea; escriba «Aramburu» y lea el fraude completo, con pelos y señales.

Porque esa es, al final, la única moraleja que este libro se permite, y la dijo mejor un viejo perito imaginario despidiendo a un muchacho real que todavía no nació:

En filatelia como en historia, todo está en las fuentes.

Al que llegó hasta aquí

Gracias.

Este libro se regala porque lo que cuenta casi se pierde. Los decretos que aquí se citan durmieron ciento cincuenta años en tomos que nadie abría; el organigrama del correo de Carácas de 1897 estaba en una revista de 1972 que copiaba una guía de 1897; la jubilación de un cartero que caminó cuarenta y un años cabe en dieciocho líneas entre un convenio postal y una tarifa. Nada de eso se iba a leer solo.

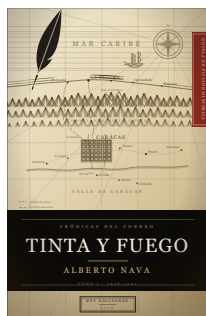
Si algo de esta historia le sirvió —para saber, para coleccionar, o nada más para pasar el rato—, hágala circular. Mándesela a quien crea que la va a disfrutar. Para eso está libre.



CRÓNICAS DEL CORREO

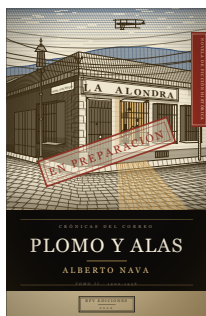
Tinta y Fuego es el primero de cuatro. Los cuatro siguen a la misma familia de peritos e impresores a lo largo de siglo y medio, y cada uno se lee solo: lo que hace falta saber del anterior se cuenta otra vez en escena.

De la tinta al óxido, del fuego a la luz.



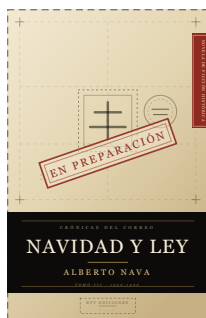
TOMO I

1858-1901 — la novela del papel
Publicado · descarga gratuita



TOMO II

1902-1938 — la novela del aire
En preparación



TOMO III

1936-1966 — la novela de la prueba
En preparación



TOMO IV

1966-2024 — la novela de la memoria
En preparación

De la tinta al óxido, del fuego a la luz



TOMO I • TINTA Y FUEGO 1858-1902 — la novela del papel

Este libro. Carácas, 1858: un decreto ordena pagar el correo con estampillas, y un muchacho del muelle de La Guayra decide que su vida será la tinta. Cuarenta y dos años de

aprendiz a perito, con el mismo enemigo enfrente desde el primer día — el otro aprendiz, el que estudió el mismo oficio para falsificarlo. Termina en el Bolívar Negro: la joya que nació de un descuido en Nueva York.

Publicado. Descarga gratuita.



TOMO II • PLOMO Y ALAS 1902-1938 — la novela del aire

Un litógrafo desembarca en La Guayra en 1902, con dos baúles de doble fondo y una niña de cuatro años, en un país a punto de ser bloqueado por tres potencias. **Plomo:** los linotipos, los grillos de La Rotunda, el socio que suma bien. **Alas:** el primer correo aéreo de 1930, y un hombre que bajó el correo de las minas de Guayana con cuatro mulas de oro. Su hija hereda de él un cuaderno cifrado con cada pieza que falsificó, y empieza una guerra de cincuenta años con la única arma que los falsificadores no pueden sobornar: los catálogos.

En preparación.



TOMO III • NAVIDAD Y LEY 1936-1966 — la novela de la prueba

Treinta años en que el país aprendió a hablar en voz alta y una mujer aprendió lo contrario. **Navidad:** las viñetas antituberculosas que no llevan cartas y solo curan. **Ley:** la Constitución, los resellos del Estado y un hijo preso. En medio, la pregunta que lo mueve todo: qué hace uno con una verdad que sabe y no puede probar.

En preparación.



TOMO IV · ÓXIDO Y LUZ 1966-2024 — la novela de la memoria

El cierre del ciclo. Los sesenta años en que el correo venezolano envejeció, enfermó y calló, y la familia que no dejó que muriera del todo. **Óxido:** los buzones que nadie abre, las toneladas represadas, el candado. **Luz:** la pantalla en la cuarentena, el escáner sobre los cuadernos de hule, la biblioteca que cabe en un teléfono. La tesis de la saga da su última vuelta: cuando ya no quedan catálogos impresos, *lo condena una base de datos.*

En preparación.



Cuándo

No hay fecha, y prefiero no inventarla: los tres tomos que faltan están escritos pero no cerrados, y van a salir cuando estén revisados y en regla, no antes. Se anunciarán en los dos sitios de donde salió este libro:

Biblioteca Filatélica de Venezuela —

bfv1859.pages.dev La descarga gratuita de esta novela, y los fondos documentales sobre los que está construida: las Gacetas, los decretos y los catálogos que se citan en el apéndice.

Mi Oficina Philatelic Society —

youtube.com/@MiOficinaPhilatelicSociety Ahí está el vídeo de la conferencia *Estampillas Clásicas de Venezuela 1859-1900*, que es la investigación de la que salió toda esta historia.

Y una petición

Este tomo va a circular mientras los otros tres se terminan de corregir. Si encuentra un error —una fecha, un dato filatélico, un decreto mal citado, una errata—, escríbame. No es cortesía: los tomos que vienen todavía se pueden arreglar, y un lector que conoce el tema vale más que tres revisiones más.

albertonava@gmail.com



La investigación de estos cuatro tomos se apoya en los fondos digitalizados de la Biblioteca Filatélica de Venezuela.

COLOFÓN

Este libro se compuso en letra Georgia y se cerró en Quebec, en agosto de 2026 — ciento sesenta y ocho años después del decreto de Julián Castro que le dio a Venezuela su primera estampilla.

Las cuarenta y una viñetas que abren los capítulos se grabaron para él, una por una, imitando la línea gruesa y fina de la litografía del siglo que aquí se cuenta. Nunca existieron: son las estampillas que este libro hubiera querido encontrar.

No hubo piedra, ni prensa, ni tinta grasa. Hubo oficio, que es lo que se hereda.